

DEFENDIENDO TERRITORIO Y DIGNIDAD

Emociones y cambio cultural en las luchas
contra represas en España y México

ALICE POMA





Universidade Estadual da Paraíba

Prof. Antonio Guedes Rangel | *Reitor*
Prof. Flávio Romero Guimarães | *Vice-Reitor*



Editora da Universidade Estadual da Paraíba

Luciano do Nascimento Silva | *Diretor*
Antonio Roberto Faustino da Costa | *Diretor-Adjunto*

Conselho Editorial

Presidente

Luciano do Nascimento Silva

Conselho Científico

Alberto Soares Melo
Cidoval Moraes de Sousa
Hermes Magalhães Tavares
José Esteban Castro
José Etham de Lucena Barbosa
José Tavares de Sousa
Marcionila Fernandes
Olival Freire Jr
Roberto Mauro Cortez Motta

Design Gráfico

Erick Ferreira Cabral
Jefferson Ricardo Lima Araujo Nunes
Leonardo Ramos Araujo

Comercialização e Distribuição

Danielle Correia Gomes

Divulgação

Zoraide Barbosa de Oliveira Pereira

Revisão Linguística

Elizete Amaral de Medeiros

Normalização Técnica

Jane Pompilo dos Santos
Editora da Universidade Estadual da Paraíba

Copyright © EDUEPB

Depósito legal na Biblioteca Nacional, conforme Lei nº 10.994, de 14 de dezembro de 2004
FICHA CATALOGRÁFICA ELABORADA PELA BIBLIOTECA CENTRAL – UEPB

P784d Poma, Alice.

Defendiendo territorio y dignidad. Emociones y cambio cultural en las luchas contra las represas en España y México [Livro eletrônico] /. Alice Poma. - Campina Grande: Eduepb, 2017.

2000 kb – 184 p. (Serie Premio de Estudiantes de la Red Waterlat-Gobacit).

Modo de acesso: Word Wide Web <http://www.uepb.edu.br/ebooks/>

ISBN 978-85-7879-385-2

ISBN EBOOK 978-85-7879-386-9

1. Medio Ambiente. 2. Los conflictos contra represas. 3. Gestión del agua. 4. Conflictos y las luchas sociales. 5. Los impactos negativos de las grandes obras de infraestructura. 6. Conflictos socioambientales. I, Red Waterlat-Gobacit. II. Título

21. ed. CDD 304.28



Editora filiada a ABEU

Rua Baraúnas, 351 - Bairro Universitário - Campina Grande-PB
CEP 58429-500 | Fone/Fax: (83) 3315-3381
<http://eduepb.uepb.edu.br> | email: eduepb@uepb.edu.br

Defendiendo territorio y dignidad.
Emociones y cambio cultural en las luchas
contra las represas en España y México

Libro publicado en coedición con:

DR © 2017 Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,
Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604.
www.publicaciones.iteso.mx



ALICE POMA

Defendiendo territorio y dignidad.
Emociones y cambio cultural en las luchas
contra las represas en España y México

Este livro dá início a Série Prêmio de Estudantes da Rede WATERLAT-GOBACIT. O Prêmio é outorgado a dissertações de mestrado e teses de doutorado apresentadas por estudantes da Rede na competição anual (<http://waterlat.org/pt/waterlat-student-prize/>). *Defendiendo territorio y dignidad: emociones y cambio cultural en luchas contra represas en España y México* corresponde à melhor tese de doutorado de 2014.

Índice

AGRADECIMIENTOS	9
PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	15
PARTE TEÓRICA	19
LAS LUCHAS POR LA DEFENSA DEL TERRITORIO COMO MOTOR DE CAM- BIO	21
Acercamientos teóricos a los conflictos contra represas.	23
Acercamientos teóricos a los conflictos ambientales	25
Analizando el cambio en el micro nivel	27
Analizando la protesta desde abajo	30
EMOCIONES Y CAMBIO CULTURAL	33
Por qué y cómo analizar las emociones en la protesta	33
Otros conceptos útiles para el análisis de la dimensión emocional de la protesta	38
Los procesos emocional-cognitivos que caracterizan las expe- riencias de lucha en defensa del territorio	41
Conclusiones	43
PARTE EMPÍRICA	45
PRESENTACIÓN DE LOS CASOS DE ESTUDIO. UNA LECTURA CRÍTICA Y COMPARADA	47
Breve historia de los casos	48
<i>La lucha por la defensa de Riaño, León, Castilla y León, España.</i>	48
<i>El conflicto por la defensa de río Grande, Málaga, Andalu- cía, España</i>	50
<i>La lucha contra la presa de San Nicolás, Los Altos de Jalis- co, Jalisco, México</i>	52

ÍNDICE

Un análisis comparado de los tres casos	53
EL PAPEL DE LAS EMOCIONES. UN ANÁLISIS COMPARADO	59
Los vínculos afectivos	60
<i>Las emociones recíprocas</i>	60
<i>El apego al lugar</i>	65
Los estados de ánimo	74
Las emociones morales	78
La dimensión colectiva de las emociones	85
EMOCIONES Y CAMBIO CULTURAL: DESDE EL SHOCK MORAL AL INJUSTICE FRAME	93
El shock moral	93
La elaboración de la amenaza	103
La identificación del culpable	108
El <i>injustice frame</i>	110
EL ANÁLISIS DEL CAMBIO: LA TRANSFORMACIÓN DE CONCIENCIA Y CON- DUCTA	119
La pérdida de legitimidad del sistema	120
Las demandas de cambio	131
El sentimiento de eficacia y el empoderamiento	134
Emociones y cambio cultural	144
La transformación de conducta	149
CONCLUSIONES	161
APÉNDICE METODOLÓGICO	169
BIBLIOGRAFÍA	175

Agradecimientos

“If I have seen further, it is by standing upon the shoulders of giants”

Isaac Newton

Aunque la investigación se desarrolló entre 2009 y 2012, el camino que ha llevado a la publicación de este libro empezó en septiembre de 2007. Ese camino ha sido posible gracias al apoyo de muchas personas e instituciones en distintos lugares: desde Sevilla (España) a Newcastle, en el norte de Inglaterra y, finalmente, a México, donde resido actualmente.

La primera persona que quiero agradecer es al Dr. Jesús Raúl Navarro García, investigador de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (EEHA-CSIC) en Sevilla, que me ha apoyado desde 2007 hasta ahora, dirigiendo la tesis y colaborando hasta la última etapa de la preparación de este libro. Gracias a su disponibilidad me sumé al Seminario Agua, Territorio y Medio Ambiente (ATMA) y pude cruzar dos maestrías y postular para una beca de doctorado (JAE Predoc, CSIC), que financió cuatro años de formación e investigación. Gracias a ella también participé en el proyecto de investigación “Andalucía y América. Intercambios y transferencias culturales“, que proporcionó los recursos para participar en los primeros congresos, además de poder asistir a las actividades organizadas en el marco del Seminario.

En 2009 hice una primera estancia en el European University Institute de Fiesole, Florencia (Italia), bajo la supervisión de Donatella Della Porta, gracias a la cual pude acercarme a la literatura sobre emociones y protesta. En 2010 estuve en Guadalajara, México, en el departamento de Estudios de los Movimientos Sociales (DESMOS) de la UdG, con el Dr. Jorge Regalado Santillán, que no solo me proporcionó muchísimas informaciones, ideas y lentes para mirar a México y al mundo, sino una amistad que se ha fortalecido con los años.

Otra oportunidad que pude aprovechar en este camino fue la de participar desde octubre de 2009 en la Red Waterlat, y en 2011 poder hacer una estancia en la School of Geography, Sociology and Politics de la Universidad de Newcastle en el norte de Inglaterra. Tanto la participación en la Red Waterlat-Gobacit como las estancias en Newcastle, incluida una segunda en 2013-2014, no solo han he-

cho posible la publicación de este libro, sino el camino para llegar a él y seguir adelante. Por esta razón, tengo que agradecer de corazón todas las oportunidades proporcionadas al Dr. Jose Esteban Castro, que también es amigo y maestro, así como a todos los colegas que hacen posible la existencia y avance de la Red Waterlat-Gobacit.

Todos los que he mencionado hasta el momento, no solo son investigadores reconocidos a nivel internacional, sino personas excepcionales, que a pesar de su nivel académico siempre estuvieron disponibles para ayudarme y asesorarme. Solo haber tenido la oportunidad de estar a su lado, ha hecho que esta experiencia haya valido la pena.

Intentando no olvidar a nadie, también agradezco el apoyo del departamento de Ciencia Política y Sociología de la Universidad de Florencia, donde la Dra. Annick Magnier me proporcionó su apoyo para una estancia en Florencia en 2012. Siempre en Italia tengo que agradecer al Dr. Stefano Boni y al Dr. Stefano Cristante, por su disponibilidad y generosidad increíbles.

Un agradecimiento especial debo a Geoffrey Pleyers (Universidad de Lovaine, Bélgica; y Presidente del RC 47 de la ISA) tanto por sus esfuerzos a nivel internacional para crear puentes entre continentes y culturas y fortalecer el estudio de los movimientos sociales, como por sus aportaciones y sugerencias que, junto a las de Laura Giraudó (EEHA-CSIC) y Javier Escalera (UPO), me han ayudado a seguir mejorando mi investigación.

En México, quiero agradecer también al Dr. Jorge Cadena-Roa (CEIICH-UNAM) y a la Dra. Ligia Talavera (FLACSO) por su apoyo e interés en difundir la línea de trabajo sobre emociones y protesta en México, invitándonos a impartir seminarios y aportando indispensables sugerencias para el desarrollo de publicaciones de calidad e impacto.

Finalmente, tengo que agradecer también al Dr. James M. Jasper (Cuny, NY, EE.UU.) y a la Dra. Helena Flam (Universidad de Lipsia, Alemania) por estar siempre disponibles y leer los avances de mi investigación aportando sugerencias también indispensables para poder dirigir la investigación en emociones y protesta. Tanto en Europa como en Estados Unidos ha habido muchos académicos que, sin conocerme, demostraron interés por mi línea de investigación, y de algún modo me dedicaron tiempo. No tiene sentido presentar un listado de nombres, pero quiero agradecer a cada uno de ellos, porque es esta solidaridad y disposición entre académicos y jóvenes investigadores la que hace posible el avance teórico y analítico, aunque esto nunca se vea reflejado en las evaluaciones de su trabajo docente e investigador.

También quiero decir que han sido años de mucho trabajo, a veces de entusiasmo, alegría y satisfacciones, pero otras de frustración, agobio, decepción y muchas más emociones, pero creo firmemente que ha valido la pena gracias a todas las personas mencionadas y a otras más entre las que destacan mis padres,

que siempre me han apoyado y siguen apoyándome en todas las decisiones, y las amigas y los amigos que viven en España, Italia, Inglaterra y México. Finalmente, un agradecimiento especial es dirigido a mi amado compañero de lucha, vida y trabajo: Tommaso. Si en algo encuentro la fuerza para seguir adelante a pesar de las dificultades e injusticias de este mundo, es en la felicidad que construimos cotidianamente en nuestro íntimo y pequeño mundo, del que también hacen parte nuestros gatos.

Y termino con lo más importante, agradeciendo a quienes hicieron posible la investigación dedicándome su tiempo. Empezando por quienes accedieron a compartir su experiencia de lucha conmigo, y también por los que no pudieron hacerlo, tanto en Coín y pueblos limítrofes, como en Riaño y León o en San Gaspar y Teocaltiche. En Coín la asociación Jara fue central para el desarrollo de la investigación, proporcionando espacio y contactos. Agradezco a quienes pertenecen a Jara y defendieron el río Grande, y a quienes luchan contra la violencia de género y contra la desigualdad, construyendo alternativas ecológicas y sociales en su territorio. También debo agradecer a Javier Martínez Gil, catedrático de Hidrogeología en la Universidad de Zaragoza, por su apoyo y ayuda, así como a los integrantes de la Red Andaluza por una Nueva Cultura del Agua, entre los que recuerdo al Dr. Leandro del Moral, catedrático de Geografía de la Universidad de Sevilla, y a Paco Puche, economista y activista que aceptó ser entrevistado en el marco de la investigación. Y a los integrantes de los diferentes colectivos que conforman la Red. En Zaragoza quiero también recordar a Juan Manuel Iranzo, por compartir su sabiduría y leer mis trabajos muchas veces. Sus comentarios y sugerencias siempre fueron muy acertados.

En Los Espejos de la Reina (León), nos queda el recuerdo de la amistad con Carmen, de su maravillosa casa y de su maravillosa persona, de Fonso, que siempre sigue contestando mis correos electrónicos y mensajes cuando les pedimos algo, y de las otras personas maravillosas que aceptaron compartir su experiencia a pesar del dolor que todavía sienten. Todos ellos siguen amando su tierra e hicieron de aquellas visitas a la comarca de Riaño una experiencia inolvidable. Participar en las actividades de la asociación por la Recuperación del Valle nos acercó a la tragedia que significó la inundación de Riaño y los demás pueblos, y el valor que presupone estar luchando después de treinta años para poder recuperar su territorio y hacer justicia.

Concluyo agradeciendo a los que defendieron San Gaspar de los Reyes, lamentando que algunos ya no estén, como María Félix, a quien nunca pude conocer, pero sí a su hija y hermana. Agradezco el interés y disponibilidad que siempre encontramos al volver al pueblo, y todo el apoyo que hemos tenido durante la investigación. También agradezco a Miguel Ángel y María Helena su amistad, las charlas y la hospitalidad. Mi estima está dirigida a todas estas personas que aman

y defienden esta tierra, y en particular a las mujeres de San Gaspar que lucharon y que me supieron transmitir esa energía.

Todas estas personas, además de sus corazones, me abrieron sus casas, me proporcionaron material e informaciones de todo tipo, apoyo y confianza. De todos vosotros aprendí muchísimo, y por eso os agradezco y os estimo por haber luchado. Espero que este trabajo también os sirva de algo.

Prólogo

Es un motivo genuino de satisfacción el presentar al público lector el libro de la Dra. Alice Poma *Defendiendo territorio y dignidad. Emociones y cambio cultural en las luchas contra represas en España y México*. El libro inaugura la Serie Premio de Estudiantes de Doctorado de la Red WATERLAT-GOBACIT, una Red dedicada a la investigación, la docencia y la acción práctica en relación a la política y la gestión del agua (www.waterlat.org). El Premio es una distinción que otorgamos anualmente desde el año 2014 a los estudiantes miembros de nuestra Red (<http://waterlat.org/es/docencia/premio-waterlat-para-estudiantes/>), una iniciativa del Dr. Cidoval Morais de Sousa, de la Universidad Estatal de Paraíba (UEPB), Brasil, adoptada por la Red durante la V Reunión Internacional celebrada en la Ciudad de Quito, Ecuador, en octubre de 2013 (<http://waterlat.org/es/encuentros/public-meetings/fifth-meeting/>).

El libro de la Dra. Poma constituye un excelente punto de partida para nuestra Serie, ya que es el producto de un proceso de investigación doctoral sobre uno de los temas centrales que convocan a nuestra Red: el estudio de los conflictos y las luchas sociales que surgen en torno de la construcción de grandes obras de infraestructura hidráulica, un tema al que se aboca el Área Temática 2 de la Red, “Agua y Megaproyectos» (<http://waterlat.org/es/areas-tematicas/at2/>). La investigación adoptó un enfoque comparativo para analizar tres experiencias de lucha, dos acontecidas en España (Riaño, León, y Río Grande, Málaga), y una en México (San Gaspar de los Reyes y San Nicolás de las Flores, Jalisco). Por una parte, el libro aborda esta problemática en forma innovadora, porque coloca el énfasis en la perspectiva de los sujetos sociales que participan en la lucha como afectados por los impactos negativos de las grandes obras de infraestructura. Por otra parte, el estudio da centralidad a la dimensión cognitivo-emocional de la lucha, un aspecto relativamente poco tratado en la literatura especializada, a pesar de su importancia para poder alcanzar una comprensión integral de estos procesos. El eje central del estudio consiste en examinar las formas en que los actores se constituyen en sujetos políticos empoderados como resultado de los procesos de lucha en los que participan. Esos procesos de lucha, argumenta la autora, tienen un carácter emancipador y constituyen momentos del largo y lento proceso de

democratización de las formas en que los seres humanos nos relacionamos con el agua, incluyendo las formas institucionalizadas relativas a los procesos políticos y de gestión del agua.

Considero que el trabajo de la Dra. Poma constituye una valiosa contribución al avance del conocimiento sobre las complejas interrelaciones entre las dimensiones socio-política y ambiental que tienen lugar en los procesos de lucha que llevan a cabo las comunidades humanas que deciden resistir los impactos negativos de las grandes obras de infraestructura hidráulica, una problemática de carácter global. Entregamos el libro al público con gran satisfacción y deseamos a todas y todos una agradable y provechosa lectura.

José Esteban Castro

Coordinador de la Red WATERLAT-GOBACIT

Diciembre de 2016

Introducción

Desde los años noventa del siglo pasado el interés hacia los conflictos socioambientales ha crecido, estando en aumento estas experiencias de acción colectiva en diferentes regiones del planeta. Mientras en Europa, Norteamérica y Japón se multiplicaron los conflictos contra los efectos de la industrialización y las instalaciones indeseadas ya desde los años setenta y ochenta del siglo pasado, en paralelo al auge de los movimientos ambientales y ecologistas, en el continente latinoamericano las políticas neoliberales que se están implementando desde los años noventa han producido un aumento exponencial de proyectos extractivistas y megaproyectos. La oposición a estos proyectos por parte de las poblaciones locales que defienden su territorio, su salud y su vida, ocasiona el enfrentamiento entre los habitantes y los estados y las corporaciones.

Esta conflictividad relacionada con el uso del territorio y de los recursos naturales se ha analizado desde la sociología y la ecología política bajo diferentes paradigmas, desde el denominado síndrome NIMBY y las críticas que suscitó, hasta las propuestas de la ecología política, entre las que destaca el ecologismo de los pobres (Martínez Alier, 2004). A esta literatura se suman las propuestas que insertan las luchas locales en el nuevo orden económico y de crecimiento, analizando el modelo de crecimiento extractivista (Svampa, 2008, 2012a, 2012b; Gudyna, 2010). Con el objetivo de manejar estos conflictos, que representan un problema para los gobiernos locales y nacionales, también se generó un conocimiento focalizado en la gestión de los mismos, así como análisis multiescalares, centrados en comprender la dinámica de estos conflictos, que toman en cuenta la complejidad de actores sociales, económicos y políticos, locales, nacionales y globales, brindando conocimiento sobre las dinámicas estructurales. Además, se sumaron las lecturas del marxismo crítico (Navarro y Pineda, 2009; Composto y Navarro, 2014) y neo-Gramsciano (Ekers, Hart, Kipfer y Loftus, 2012; Sasso y Latta, 2014), acompañadas por los trabajos que describen las resistencias que surgen en diferentes países evidenciando el carácter emancipatorio de las mismas (Zibechi, 2007 y 2008).

La riqueza de toda esta literatura dedicada a los conflictos socioambientales no solo evidencia la importancia de estas experiencias en el contexto en el que se

insertan, sino también la necesidad de comprenderlas desde diferentes perspectivas, enfoques y niveles de análisis.

Este libro se suma a la necesidad de proporcionar conocimiento de estas experiencias, pero desde una perspectiva diferente a las antes mencionadas, es decir, desde la perspectiva de las personas “comunes y corrientes” que se auto-organizan para defender su territorio. Y desde esta perspectiva, el objetivo del estudio es prestar atención a la experiencia y a las emociones de la gente, para comprender cómo la lucha tiene un impacto en la vida de los sujetos.

Esta investigación se diferencia de la mayoría de los análisis sobre conflictos socioambientales porque no analiza el discurso de los que resisten y luchan para defender el territorio, sino su vivencia individual y colectiva de la experiencia de protesta. Bajo este enfoque, la experiencia de lucha no se analiza como un conflicto entre actores diferentes, sino como un momento de ruptura en la vida de los sujetos.

Desde esta perspectiva, el hecho de que se trate de un conflicto en defensa del territorio por la extracción de un recurso natural y bien común como el agua, no nos lleva a analizar los problemas ecológicos o la lógica extractivista que está detrás de estos conflictos, sino la relación de los sujetos con el territorio y cómo esta relación influye en la dinámica del conflicto.

El hecho de que en este trabajo no se analicen las dinámicas meso y macro que caracterizan los conflictos analizados, ni se hable de modelo extractivista o de política hidráulica, no significa que quitamos importancia a lo que sucede en estas dimensiones de análisis, sino que consideramos que una laguna de la literatura que analiza los conflictos socioambientales reside en no haber prestado suficiente atención a las dinámicas micro-políticas de estas experiencias, como señalan también Fedi y Mannarini (2008), Jasper (1997) y Krauss (1989, 1993), entre otros.

El estudio aquí presentado supone un esfuerzo para contribuir al conocimiento de la experiencia de protesta como momento de cambio individual y colectivo, incorporando la dimensión emocional de la experiencia de protesta. De esta manera este trabajo, no solo quiere dar luz en una dimensión poco analizada de los conflictos socioambientales, sino también contribuir a la línea de investigación sobre emociones y protesta en el campo de estudio de los movimientos sociales.

Si libros como el de Della Porta y Piazza (2008) muestran cómo se pueden analizar los conflictos socioambientales utilizando herramientas teóricas propias del análisis de los movimientos sociales, Jasper (1997) proporciona herramientas útiles que —sumadas a conceptos surgidos de otros estudios de la protesta como los de Gamson (1992) o Piven y Cloward (1977) y de especialistas en conflictos ambientales como Devine-Wright (2009 y 2011)— darán vida al marco analítico de este trabajo.

Experiencias tan complejas como los conflictos socioambientales necesitan de enfoques interdisciplinarios que puedan contribuir a la comprensión de estas experiencias no solo a diferentes escalas, sino también desde diferentes perspectivas. El estudio de los movimientos sociales creemos que puede proporcionar herramientas de análisis útiles para comprender estas experiencias de lucha. Y dentro de este campo de estudio, el enfoque sobre emociones y protesta ofrece una lente privilegiada para comprender la experiencia de lucha en defensa del territorio.

Defendiendo territorio y dignidad. Emociones y cambio cultural en las luchas contra represas en España y México quiere ofrecer un análisis de la experiencia de hombres y mujeres, españoles y mexicanos, que decidieron organizarse contra la construcción de una presa que amenazaba destruir su territorio. Gracias a la inestimable colaboración de más de cincuenta personas que compartieron su experiencia de lucha y su tiempo en Coín (Málaga, España), San Gaspar de los Reyes (Jalisco, México) y Riaño (León, España), mostraremos como la fuerte carga emocional que tienen los vínculos humanos y con el territorio, la injusticia “que te saca las tripas” (E.Co.8)¹, la solidaridad y la consciencia de no estar solos, no solo son un motor para la acción sino que desencadenan un proceso que cambia a las personas. En una sociedad que nos lleva al individualismo y a la competencia, al cinismo y al desencanto, sentir la fuerza de la comunidad, experimentar el beneficio del apoyo mutuo, el aflorar de nuevas relaciones personales basadas en valores compartidos, son experiencias que dejan una huella profunda en quienes las viven. Lo que no te destruye te hace más fuerte, dice el refrán, y estas luchas, aunque puedan causar dolor y desesperación, empoderan a los individuos, y eso, con palabras de Howard Zinn, es “un poder que los gobiernos no pueden suprimir”.

Este libro se inserta así en la literatura que quiere contribuir a la comprensión de las experiencias de protesta, con el objetivo de redescubrir el potencial de cambio de la participación en la acción colectiva, a través del análisis de experiencias de resistencia contra presas, ya que la defensa del propio territorio es uno de los contextos sociales en el que personas ‘comunes y corrientes’ se enfrentan con poderosos enemigos como estados y corporaciones que amenazan su vida.

La investigación se basa en entrevistas en profundidad, observación y recopilación de fuentes primarias y secundarias en tres territorios muy distintos entre sí. La comparación nace de la hipótesis inicial de que la experiencia de lucha produce procesos micro políticos que se pueden observar en contextos históricos, sociales y culturales distintos. En particular, hemos querido demostrar no solo como el cambio que produce la experiencia de lucha puede ser analizado a través

¹ Entrevista número 8 del caso de Coín (Málaga). En el apéndice metodológico el lector puede encontrar la tabla con las entrevistas citadas.

de procesos emocional-cognitivos que viven los sujetos de los tres casos de resistencia, sino también el papel de las emociones en estos procesos. La hipótesis del trabajo surgió desde la experiencia directa de la autora en luchas de distintos países en las que se observaron procesos similares al micro-nivel, triangulada con la literatura que analizaba estos procesos en luchas y contextos diversos. Aunque el estudio no tiene la pretensión de universalidad, el análisis de los tres casos quiere servir como punto de partida para una propuesta analítica que contribuya a la comprensión de las experiencias de protesta y la defensa del territorio como momentos de cambio individual y colectivo, y del papel de la dimensión emocional en el proceso de cambio.

Para concluir, aunque el cambio cultural que experimentan los participantes de estas luchas —y que mostraremos a lo largo de este libro— puede parecer solo una gota en el mar respecto a los cambios estructurales, el cambio social es posible solamente si la mayoría de las personas se empodera a través de un proceso de emancipación que no puede ser rápido ni puntual, sino lento, constante y difuso. Y aquí es donde trasciende el análisis de la dimensión micro política, en su posibilidad de mostrar cómo se construyen subjetividades que pueden, a través de sus acciones, generar cambios sociales y culturales más amplios.

Parte teórica

Las luchas por la defensa del territorio como motor de cambio

“La oposición a las grandes obras se convierte en motor de cambio de las relaciones sociales y políticas, de los estilos de vida, de la identidad de los individuos y de las comunidades”

(Fedi y Mannarini, 2008: 11)

Las resistencias contra la instalación de infraestructuras no deseadas por parte de las comunidades locales y los habitantes de los territorios donde estas se quieren ubicar son experiencias de luchas locales muy comunes tanto en Europa como en América Latina donde se han intensificado en las últimas décadas como consecuencia del apremiante y creciente consumo de energía y recursos naturales.

Actualmente, miles de comunidades y colectivos, en todo el mundo, están luchando para defender su territorio de presas, autopistas, refinerías, parques eólicos, vertederos, centrales nucleares o nuevos aeropuertos, por mencionar algunos casos. Solo en México, en 2015, se han contado 420 conflictos socio ambientales (Enciso, 2016) relacionados principalmente con la minería, el agua y el sector energético. Ese dato nos indica la relevancia de esta problemática en la sociedad, y —como consecuencia— en el estudio de la acción colectiva.

Revisando cómo han sido analizados estos conflictos se puede observar que, quitando los escritos para difundir la experiencia de luchas y resistencias —centrales en la creación de redes de solidaridad que permiten superar el aislamiento y localismo de estas experiencias, fortaleciendo a sus protagonistas gracias al conocimiento de otras experiencias—, el análisis académico de estos conflictos se ha centrado principalmente en: estudiar los problemas socioambientales que las instalaciones producen en el territorio, sus posibles soluciones y alternativas; analizar el proceso de despojo a nivel macro y sus impactos en las comunidades; analizar las dinámicas de los conflictos creando mapas de actores y analizando las estrategias de los diversos actores, y en estudiar los impactos de estas experiencias, principalmente a nivel macro, es decir, en las instituciones, en las elecciones y en las políticas públicas.

Esta literatura ha permitido, entre otras cosas, proporcionar a los colectivos y comunidades los argumentos científicos y alternativas para enfrentarse a los promotores de las obras; proporcionar un discurso que permita enmarcar las luchas locales en un contexto más amplio de despojo, conocer los repertorios de la protesta, los actores presentes y las relaciones de poder entre ellos; así como los impactos de estas luchas en el macro nivel, pero raramente ha sido analizada la experiencia de los sujetos que defienden su territorio.

Acercándome a algunas experiencias de lucha por la defensa del agua y del territorio tanto directamente, como a través de historias narradas en libros y material autoproducido por diversas experiencias españolas y mexicanas, me di cuenta que había una distancia considerable entre los análisis de los conflictos y las experiencias de sus protagonistas, distancia que se traduce en una laguna en la comprensión de estas experiencias. En particular, lo que emergía de la observación y no estaba reflejado en la literatura científica, era la intensidad emocional de estas experiencias y el cambio profundo que producen en la vida de los sujetos. Esta constatación, me ha llevado a querer explorar la experiencia cotidiana, menos visible, de la defensa del territorio, bajo la intuición de que allí se podía encontrar alguna respuesta a preguntas tan importantes como ¿qué es lo que mueve a la gente a defender su territorio? ¿qué implica defender un territorio amenazado? ¿qué impacto tiene la experiencia de lucha en la vida de los sujetos? Para contestar a estas preguntas y poder comprender cómo cambia la vida de los sujetos implicados, incluyendo sus valores y creencias, era necesario diseñar una investigación que pudiese abarcar la dimensión cultural y biográfica de estas experiencias de lucha, incluyendo las emociones.

La experiencia de las personas es central porque es a través de esa experiencia vivida, subjetiva, directa y emocional, que las personas viven un cambio cultural, definido en la investigación como la reelaboración de ideas, creencias y valores, que puede despertar en las personas la consciencia de ser sujetos políticos:

“La movilización, proponiendo modelos alternativos de desarrollo del territorio y dando vida a procesos de integración tanto dentro de las comunidades locales como entre estas y la sociedad, vuelve a la ciudadanía más activa y consciente de sus potencialidades y de los recursos que tiene a disposición, sosteniendo así un proceso de *empowerment* o de desarrollo de comunidad, y puede hasta contribuir a la reconstrucción del ‘sentimiento’ de comunidad” (Fedi y Mannarini, 2008: 11-12).

Partiendo de estas premisas, el objetivo de nuestro libro es contribuir a la comprensión de las luchas por la defensa del territorio a nivel micro, centrándonos en el cambio que las personas experimentan durante la protesta.

En este capítulo se presentan las herramientas teóricas que guiaron el diseño de la investigación y su enfoque. En particular, se mostrará cómo revisando la

literatura sobre conflictos ambientales en general, y del agua en particular, surgieron los interrogantes que guiaron el análisis de tres experiencias de luchas contra represas en España y México, concluyendo con el motivo del análisis micro y de la mirada desde abajo y desde el sujeto.

ACERCAMIENTOS TEÓRICOS A LOS CONFLICTOS CONTRA REPRESAS

La literatura narrativa permite conocer las historias de comunidades que vieron sus tierras, sus casas y sus vidas inundadas. Si estas narraciones, ricas en emociones, junto con la observación de las experiencias de lucha fueron el camino para acercarse a la vivencia de los sujetos que padecieron una amenaza por la construcción de represas, los textos científicos que abordan el tema desde diferentes enfoques y perspectivas proporcionan herramientas para analizar estas experiencias.

La lectura de McCully (2004), por ejemplo, nos ofrece una visión de las presas como “expresión de hormigón, roca y tierra de la ideología dominante en la era tecnológica: iconos del desarrollo económico y del progreso científico” (2004: 3). Comprender el carácter simbólico y político de la construcción de estas infraestructuras, no solo permite comprender los discursos que se crean alrededor de su construcción y el uso político de las mismas, sino también la relación entre desarrollo, progreso y democracia, que es recurrente en la literatura que analiza los conflictos contra represas, y que a pesar de que se abarca principalmente a nivel macro, creemos que es central para comprender el por qué y el cómo los sujetos reelaboran estos conceptos a raíz de su experiencia de lucha.

Sucesivamente, en cuanto a los actores implicados en estas luchas, emergió la idea de que “la resistencia contra las grandes represas es frecuentemente una resistencia contra el Estado” (Martínez Alier, 2004: 168). Eso sucede porque el Estado, poseyendo la legitimidad de actuar para el interés general, se hace promotor de presas y obras hidráulicas. Tanto en España como en México se puede observar que “en la disputa, defensa y conservación de los recursos hídricos, el gobierno siempre aparece al lado contrario de los intereses sociales comunitarios y ligado a intereses particulares” (Regalado y Bañuelos, 2006: 183). Considerar esa característica de los conflictos contra represas produjo la necesidad de investigar cómo se transforma la relación entre los sujetos y el Estado y sus representantes, no solo a través de la reelaboración del concepto de democracia, sino también explorando las emociones hacia las autoridades y hacia los representantes institucionales.

Lo que emergió en la observación participante, y que también pudimos comprobar en la literatura, es la injusticia que se atribuye a la construcción de estas obras, ya que como escribe Roy, las presas “son la manera más descarada de quitarles el agua, la tierra y los regadíos a los pobres y dárselo a los ricos” (2008: 25).

El hecho de que el Estado se haga promotor y tenga los instrumentos jurídicos y materiales para imponer la decisión en las comunidades locales, convierte estos conflictos en luchas entre David y Goliat, donde el gigante casi siempre gana. Analizar cómo influye en la experiencia de los sujetos el hecho de pertenecer a la parte más débil y vulnerable, y qué pasa cuando el gigante es vencido, fue otro objetivo específico de la investigación.

Por último, un trabajo que se ha demostrado muy útil a la hora de diseñar la investigación ha sido el estudio antropológico sobre el impacto socio-cultural derivado de la regulación del río Ésera (Aragón, España), desarrollado por Mairal, Bergua y Puyal (1997). Los autores, en la introducción, resumen así la perspectiva y la motivación de su trabajo: “Nuestro objetivo, entre otros, ha sido mostrar un punto de vista, el de las partes, la más crítica y opositora, ya que hasta ahora se ha venido considerando perjudicada” (1997: 8). Como escribieron Della Porta y Piazza “centrarse en el punto de vista de los activistas no es señal de parcialidad, sino una elección metodológica necesaria para comprender el porqué de sus acciones y poderlas interpretar” (2008: 21). El libro de Mairal et al. (1997) es un ejemplo, ya que los autores analizan el conflicto de manera global y profunda, entrando a fondo en el análisis de la experiencia colectiva, a través de una investigación cualitativa y utilizando el método etnográfico.

Además de la obra antes citada, Mairal (1993, 1994 y 1996) en sus análisis de la dimensión cultural de la afectación que produce la construcción de una presa, muestra aspectos propios de la experiencia de los afectados que están ausentes en otros estudios. Por ejemplo, el hecho de que los sujetos empiecen a reelaborar su vida alrededor de un “antes” y un “después” de la construcción de una presa permite repensar la experiencia de lucha como un punto de ruptura, incorporando, como veremos luego, el concepto propuesto por James Jasper de “shock moral”. Finalmente, tanto el análisis de este autor de lo que significa la pérdida del pueblo (Mairal, 1993), como la amplia literatura internacional sobre la reapropiación forzada, destacando las consecuencias, no solo materiales, sino también emocionales que conlleva la construcción de una presa para los habitantes de las zonas afectadas, nos llevaron a incluir al análisis el proceso de elaboración de la amenaza, que como veremos está relacionado con la percepción del riesgo y con el sentimiento de inseguridad que los habitantes de las zonas afectadas por represas llegan a sentir cuando empiezan a elaborar la posibilidad de perder el pueblo, la tierra y todo lo que eso conlleva.

Si la literatura que acabamos de mencionar nos ha permitido seleccionar elementos específicos sobre la construcción de obras hidráulicas, la literatura que analiza los conflictos ambientales, desde una perspectiva sociológica, nos ayudó a poner atención a otras dinámicas de las experiencias que han sido analizadas en contextos de conflictos y luchas contra otras obras o instalaciones no hidráulicas, y que resultaron útiles para la comprensión de las luchas contra represas.

ACERCAMIENTOS TEÓRICOS A LOS CONFLICTOS AMBIENTALES

Como introducía al principio de este capítulo, la investigación sobre la que se basa este libro propone un análisis micro de las luchas por la defensa del territorio, centrándose en la experiencia de los sujetos que se organizan para defender su territorio.

De toda la literatura que analiza los conflictos ambientales, las críticas al denominado “síndrome NIMBY”¹ han sido muy útiles a la hora de elegir qué procesos analizar, ya que este enfoque, que se caracteriza por desprestigiar a los opositores a las instalaciones reproduciendo el dualismo entre emociones e irracionalidad, nos indicó algunos procesos que era necesario analizar desde otra perspectiva.

El término NIMBY se emplea como una acepción despectiva para referirse a los movimientos de protesta de base local o a los activistas individuales que se oponen a una instalación que proporcionaría desarrollo, según sus promotores, siendo empleada tanto para describir como para explicar las oposiciones locales (Devine-Wright, 2009).

Las críticas a la perspectiva NIMBY se hacen desde dos frentes: por un lado encontramos a los protagonistas de los conflictos elaborando una retórica que desmonta los presupuestos de las acusaciones de NIMBYsmo y, por el otro, los académicos críticos han desmontado empíricamente las frágiles, a veces inexistentes, argumentaciones sobre las que se basa esa interpretación de los conflictos locales, entre las que destacamos las acusaciones de egoísmo, interés particular, irracionalidad, ignorancia y prudencia atribuidas a los opositores. Entre las muchas voces críticas, Neveu sostiene que las interpretaciones en términos de NIMBY son “formas de negar a la gente de abajo la capacidad de ser movida por algo más que intereses materiales” (2002: 61). Estas críticas me estimularon a explorar qué aspectos no materiales pueden mover a las personas a defender su territorio y, en particular, qué papel juegan las emociones en la defensa del territorio.

La necesidad de incorporar la dimensión emocional de las experiencias de lucha por la defensa del territorio surgió en principio del acercamiento a historias y experiencias reales, haciéndose más evidente gracias a las críticas al uso estratégico de la racionalidad que caracteriza la perspectiva del Nimbysmo. Esa interpretación, que considera la fuerte carga emocional que caracteriza a estos conflictos como una debilidad de las poblaciones locales, asociando la emocionalidad con la irracionalidad, reproduce una regla del sentir que obliga a los opositores a canalizar sus emociones en un discurso racional, o mejor dicho, a-emocional (Whittier, 2001). Imponer este tipo de trabajo emocional (Hochschild, 1979, 1983) permite llevar la contienda a un terreno en el que el Estado y las

1 NIMBY (*Not In My Back Yard*) (no en mi patio trasero).

empresas promotoras de las obras tienen mayor control y medios, impidiendo que la experiencia de los opositores pueda difundirse, creando solidaridad y apoyo hacia las comunidades locales.

Otro aspecto que emerge de la literatura que critica el Nimbyismo, y que proporciona importancia a la experiencia de los sujetos, es el proceso de empoderamiento de las comunidades como resultado del conflicto. Lake, por ejemplo, afirma que estas experiencias “reflejan el papel del lugar en la movilización y el empoderamiento de la resistencia de la comunidad en contra de los intereses del capital” (1993: 88). Otra aportación que fortalece estas ideas es la de Celene Krauss, que se centra en la lógica interna de las protestas comunitarias y en el proceso “a través del que ciudadanos ordinarios se hacen críticos” (1989: 237). Como afirma la misma autora “la apropiación de la ideología democrática se convierte en un instrumento de y para la politización y la transformación de sujeto pasivo a ciudadano activo” (1989: 233). Todo esto muestra por qué la literatura que analiza los conflictos ambientales, tanto en Europa y Norteamérica, como en Latinoamérica, considera los conflictos en defensa del medio ambiente como luchas políticas, en tanto que “cuestionan las estructuras de poder y plantean una participación activa de las poblaciones en los procesos de toma de decisiones” (Leff, 2004: 406).

En cuanto a la relación entre conflictos ambientales y democracia, autores como Neveu (2002) ponen el acento en la posibilidad de que los ciudadanos participen en el proceso decisional, capacidad que estos conflictos demuestran en peligro. Hablando de las luchas por el agua en América Latina, Esteban Castro también muestra que “dichos enfrentamientos están íntimamente conectados con las luchas por la democratización substantiva de las sociedades de la región” (2009: 22). Della Porta y Piazza (2008), por otro lado, demuestran que los conflictos ambientales se caracterizan por una puesta en discusión de la concepción de democracia representativa, considerada como insuficiente por sí misma, emergiendo las peticiones de una democracia diferente basada en la participación de los ciudadanos. Estas argumentaciones son, además, fortalecidas por los resultados de las investigaciones que muestran que los movimientos sociales “son portadores de visiones alternativas de democracia, habiendo elaborado demandas de cambio radicales no solo en las políticas sino en la política” (Della Porta, 2009: 262).

Analizando la experiencia de los sujetos, lo que se puede comprobar es cómo la puesta en discusión del concepto de democracia empieza en el nivel micro. Como afirma Salvadori (2009) existe una gran distancia entre el ideal de la democracia y sus actuaciones y mientras el ideal es difícilmente contestado, la praxis es fuertemente contestada. Pero ¿dónde, sino en las experiencias cotidianas de los individuos, se elaboran estas ideas? Nuestra hipótesis es que el surgimiento de estas contradicciones a nivel individual y comunitario es alimentado por un sentimiento de traición por parte de la población, por una “violación de las

creencias más profundas y agarradas sobre la justicia” (Krauss, 1989: 236), que finalmente produce una reelaboración del concepto de democracia.

Apoyándonos en estas aportaciones, incluimos el proceso de reelaboración de la idea de democracia y el empoderamiento como procesos que constituyen el cambio de los sujetos, así como el análisis del apego al lugar, partiendo de los resultados de las investigaciones que proponen repensar estas experiencias como “acciones de protección del lugar, basadas en procesos de apego al lugar e identidad” (Devine-Wright, 2009: 426). Se mostrará así que el apego al lugar es un poderoso movilizador en las luchas contra las represas, e influye en las reelaboraciones que los sujetos hacen en el marco de la experiencia de lucha.

Finalmente, seguimos también la propuesta de Fedi y Mannarini (2008), que además de evidenciar la necesidad de analizar el significado simbólico y emocional que presupone la defensa del territorio, y ofrecer críticas al NIMBYsmo, ofrecen elementos para el análisis de estas experiencias desde la perspectiva de la psicología social. Su propuesta incluye el estudio 1) del sentimiento de injusticia colectiva percibido por las poblaciones afectadas por una infraestructura, 2) del cambio social que promueven estas experiencias de resistencia, 3) de la identidad ‘post-política’ de los sujetos que rechazan la política institucional y de la contra-identidad que se elabora durante estas experiencias, y finalmente 4) de los valores autónomos de los movimientos, entre los que destacan la defensa del territorio, la auto-organización como necesidad y la singularidad frente a la uniformidad. Los resultados de investigación presentados en este libro se centrarán principalmente en los primeros dos aspectos destacados por las autoras, mientras que los últimos dos aspectos han sido incorporados a los análisis para la comprensión de las luchas por la defensa del territorio (Poma y Gravante, 2015c, 2015d, 2016b, 2016c).

Terminamos este párrafo en el que describimos algunas de las propuestas teóricas que contribuyeron al desarrollo de la investigación, adelantando que en el siguiente capítulo describiremos cómo hemos incorporado la dimensión emocional de estas experiencias de lucha a nuestro análisis, incluyendo los conceptos que emergieron de esta literatura. Pasamos ahora a los últimos párrafos de este capítulo dedicados al enfoque de la investigación.

ANALIZANDO EL CAMBIO EN EL MICRO NIVEL

Los autores que se han ocupado de los resultados, o *outcomes*, de los movimientos sociales han tenido que enfrentar distintos problemas, primero determinando lo que hay que considerar como resultado de un movimiento y lo que no, y luego proponiendo las variables más significativas que caracterizan el éxito o fracaso de un movimiento.

En el intento de poner orden en ese campo de análisis, Giugni (1998) resalta la diferencia entre resultados y consecuencias, y dentro de los efectos de un movimiento los que son internos y externos a las organizaciones de los movimientos sociales (SMOs), así como los que son intencionados y los que no.

Los analistas no se centran exclusivamente en la consecución de sus objetivos iniciales para determinar el resultado de un movimiento, sino también en variables tanto internas a las SMOs, considerando por ejemplo si una organización ha incrementado sus socios, si ha fortalecido su identidad, si ha creado nuevas relaciones, etc., como externas a las mismas: es el caso de las elites, las condiciones económicas, las oportunidades políticas, los factores contextuales (Halebsky, 2006) y, finalmente, también los efectos involuntarios.

En la visión macro cultural se atribuye a los movimientos sociales el papel de cambiar el contexto cultural produciendo nuevos discursos y, en específico, es labor de las SMOs construir y difundir los nuevos discursos, a través de la elaboración de diagnosis, prognosis y motivaciones que transmiten al movimiento. Pero, como afirman Sherry Cable y Beth Degutis, también existen otras consecuencias, entre las que destacan las pequeñas victorias, el escepticismo de la gente, la cohesión de la comunidad o los cambios en los comportamientos políticos de los sujetos (1997: 123). Durante una experiencia de protesta los objetivos se modifican y son reelaborados, y muchas veces aunque no se pueda conseguir el objetivo inicial —algo que llevaría a considerar la experiencia como un fracaso— nos encontramos frente a experiencias que son percibidas por los sujetos que las han protagonizado como enriquecedoras, positivas, y que han supuesto cambios profundos tanto en la dimensión individual como en la colectiva.

Los impactos a nivel micro y macro pueden ser muy distintos y a veces aparentemente contrastantes.

El cambio, sea cultural, social o político, cuando afecta la estructura de una sociedad es más evidente. Movimientos o revoluciones que destituyen gobernantes, modas que rompen con los cánones estéticos o la introducción de nuevas tecnologías que puedan cambiar las formas de relación social, son ejemplos de cambios estructurales en la sociedad. Por otro lado, los cambios a nivel micro pueden manifestarse en la participación social o política de un sujeto, pero también en un cambio en sus relaciones familiares o sociales, en un cambio a nivel laboral, etc.

Una de las razones para desatender lo que pasa a nivel micro, es pensar que esto no tiene impacto a nivel estructural, o aun cuando se reconozca esa posibilidad, se desatiende su estudio por la dificultad que presupone construir un puente entre el micro y macro nivel, como veremos a continuación.

Sociología micro y sociología macro se diferencian entre sí tanto por el objeto como por el método. Micro “son los fenómenos que conciernen el actor social (...) su consciencia, su experiencia inmediata, la situación concreta (...),

sus ‘horizontes’, sus ‘mundos vitales’” (Strassoldo, 1988: 189), y la sociología micro tiene como objetivo desarrollar “un análisis detallado de los microprocesos de la vida cotidiana” (Bovone, 1988: 8) que se consigue a través de la observación directa, entrevistas en profundidad, historias de vida y otros registros escritos, orales o visuales. Por otro lado, la sociología macro se focaliza en “procesos alargados en el tiempo y en el espacio de entidades e instituciones” (Bovone, 1988: 8) y se caracteriza por el análisis histórico-comparativo, el uso de la estadística y la encuesta.

Aunque ‘micro’ y ‘macro’ se refieren a “dos perspectivas teóricas y dos aproximaciones analíticas” (Strassoldo, 1988: 200) estos dos enfoques pueden ser complementarios. La importancia de este diálogo reside en la posibilidad de poder transitar del nivel micro al macro, porque, como escribió Jasper, “no podemos comprender la naturaleza especial de lo global sin entender los micro fundamentos que crearon las políticas globales, nacionales y locales” (2012: 37). La construcción de la realidad desde el nivel micro al macro se hace “a partir de la propia consciencia individual, de la propia experiencia inmediata, del análisis de los fines y de las formas elementales de las acciones y de los comportamientos, de las maneras de interactuar, comunicar y organizarse” (Strassoldo, 1988: 204). Con palabras de Jasper “debemos empezar por las pequeñas cosas y construir nuestro camino hacia arriba y hacia las grandes cosas; no podemos construir hacia abajo, desde lo grande (...). Para hacer bien las cosas, debemos cambiar nuestro vocabulario básico y nuestras imágenes, añadiendo a los individuos, sus elecciones, sus emociones y demás” (2012: 38).

Analizar las luchas contra represas a nivel micro no solo permite apreciar toda la “creación emancipatoria” (Zibechi, 2008: 7) de estas experiencias, sino también clarifica procesos sociales y políticos que pueden tener un efecto en niveles meso y macro. La puesta en discusión del concepto de identidad o progreso que los sujetos experimentan a raíz de su vivencia, así como las emociones hacia las autoridades o el empoderamiento de los sujetos, pueden tener efectos que sobrepasan el conflicto.

El análisis micro no consiste simplemente en reducir la mirada hacia los individuos, presupone también asumir que la estructura y la cultura las hacen las personas, y por tanto no se pueden comprender sin conocer lo que pasa en sus fundamentos, es decir, en la base de la sociedad, y además en los sujetos porque, como escribió Jasper, “es el individuo el que puede tener una visión compleja del mundo, no una sociedad” (1997: 48).

Si resulta claro el papel que el enfoque de nuestra investigación atribuye al individuo, terminamos presentando la elección de los sujetos del análisis, quienes son los sujetos de investigación.

ANALIZANDO LA PROTESTA DESDE ABAJO

Como dijimos en la introducción, la experiencia de las personas que defienden el territorio ha sido raramente objeto de estudio, privilegiando los análisis que permiten comprender estos conflictos a nivel meso y macro. De esta manera, los sujetos de muchas investigaciones son elites políticas, activistas profesionales de SMOs, figuras de referencia de la comunidad, desde alcaldes a curas, periodistas, etc., siendo pocos los análisis que se centran en las actividades de protesta de la gente común, que como ya afirmó Krauss, “han sido a menudo trivializadas, ignoradas y vistas como acciones interesadas, particularistas y parroquianas” (1993: 248).

A nuestro entender, las actividades de protesta de la gente común, “revelan un mundo más amplio de poder y resistencia, que en cierta medida terminan desafiando las relaciones sociales de poder” (Krauss, 1993: 248), ya que como escribe Holloway: “hay un mundo de luchas que a veces no dicen más que ‘¡No!’, pero que muchas veces en el proceso de decir ‘¡No!’, desarrollan formas de auto-determinación o articulan conceptos alternativos de cómo debería ser el mundo” (2009: 17). Pero, además, este autor también hace hincapié en que “el cambio social no es producido por los activistas (...) es más bien el resultado de la transformación apenas visibles de las actividades cotidianas de millones de personas” (Holloway, 2011: 13).

Siguiendo esta línea, hemos querido aplicar un enfoque desde abajo que nos situara “entre la gente que cada vez más se auto convoca, se autoayuda, se organiza por sí misma” (Regalado, 2011: 141), y nos permitiera analizar el cambio vivido por estos sujetos.

La peculiaridad del enfoque desde abajo reside en la elección de tomar en cuenta sujetos que, normalmente, han sido olvidados tanto por el poder como por los análisis académicos. En nuestro caso, la preocupación por el sujeto trajo consigo la necesidad de dar voz a los protagonistas de las luchas contra represas, que no se definen ni se sienten activistas profesionales, ni ecologistas la mayoría, sino personas comunes y corrientes, que se sienten afectados por una obra que amenaza su territorio y contra la cual deciden oponerse, auto-organizándose. Por esta razón, nos pareció interesante utilizar la categoría de “los de abajo“, propuesta por Raúl Zibechi, que comprende “ese amplio conglomerado que incluye a todos, y sobre todo a todas, quienes sufren opresión, humillación, explotación, violencia, marginaciones...” (2008: 6).

Para acercarnos a la experiencia de los sujetos, hemos acudido a la literatura que ha prestado atención a la dimensión subjetiva de los movimientos sociales. Entre los investigadores más destacados, Jasper evidencia la importancia de la experiencia vivida, afirmando que “una atención etnográfica cuidadosa sobre aquellos que se movilizan (y sobre los que no los hacen) en la acción política

es el primer método para entender la interacción social de los puntos de vista de los actores” (2012: 36). La experiencia de resistencia se demuestra así central en nuestro enfoque, primero porque como sugiere Pleyers “no puede ser delegada” (2009: 144) y segundo porque “la vida cotidiana, el barrio o el territorio de una colectividad también pueden volverse asimismo espacio de experiencia contra la ideología neoliberal” (Pleyers, 2009: 142).

Como afirma Holloway (2011) las pequeñas experiencias cotidianas de rebeldía, aunque sean contradictorias y experimentales, son momentos de ruptura, que como veremos se caracterizan por una fuerte carga emocional, que consideramos un factor clave en la comprensión del cambio.

La necesidad de incorporar las emociones al análisis nos ha llevado a centrarnos en la experiencia de los sujetos, ya que como pudieron comprobar en su famoso estudio sobre los movimientos de los pobres en los EEUU Piven y Cloward “es la experiencia de todos los días de la gente [la] que contribuye a construir el sentimiento de injusticia, establece la medida de sus demandas y pone en evidencia los objetivos de su rabia” (1977: 20 y 21).

Para concluir, el enfoque desde abajo permite poder analizar el cambio que se produce en “los breves momentos en los que [la gente] está despierta por la indignación, cuando ellos están preparados a desobedecer a las autoridades, a los que normalmente los aplastan, estos breves momentos en los que los grupos de abajo ejercen alguna fuerza contra el Estado” (Piven y Cloward, 1977: X).

Esa “transformación tanto de conciencia como de conducta” (1977: 3) que describen Piven y Cloward es uno de los procesos que hemos incluido en nuestro análisis para poder estudiar el cambio vivido por los sujetos, como veremos en el próximo capítulo dedicado a presentar el marco analítico de la investigación, es decir, cómo se analiza el cambio de los sujetos, y por qué y cómo hemos incorporado las emociones al análisis.

Emociones y cambio cultural

“Una vez que una persona empieza a participar está sujeta a nuevos procesos sociales que ayudan a dar forma a sus emociones, moralidad y conocimientos”

(Jasper, 1997: 185).

En este capítulo presentaremos cómo se ha incorporado la dimensión emocional de la protesta para la comprensión del cambio cultural de los sujetos. Empezaremos argumentando las razones que han llevado a incorporar la dimensión emocional al análisis y presentaremos una breve revisión de la literatura acerca del papel de las emociones en la protesta. Luego ofreceremos una propuesta de organización de las emociones, evidenciando las que juegan un papel determinante en las experiencias de lucha que analizaremos, como puede ser el apego al lugar y su impacto en la dinámica de la protesta. Además, presentaremos unas cuestiones adicionales determinantes para la comprensión de los conflictos, caso de las emociones colectivas, recíprocas y compartidas, y la energía emocional.

Para concluir se presentarán los procesos emocional-cognitivos de reelaboración que llevan al cambio, analizando en profundidad conceptos extraídos de diversos autores que han sido encajados como piezas de un mosaico para proponer un cuadro lo más completo posible del proceso de cambio.

El objetivo del capítulo es poner los cimientos para la propuesta de análisis de las emociones como factor explicativo de la protesta.

POR QUÉ Y CÓMO ANALIZAR LAS EMOCIONES EN LA PROTESTA

Comprobando que había una distancia considerable entre muchos de los análisis académicos y las experiencias de los sujetos que se enfrentan a la construcción de una presa, hemos mostrado en el capítulo anterior cómo surgió la necesidad de incorporar al análisis el fuerte impacto emotivo que caracteriza este tipo de experiencias.

Para hacer eso, se ha demostrado muy útil la literatura sobre emociones y protesta, que permite explicar no solo por qué las personas de las comunidades afectadas se habían movilizado, sino también cómo habían cambiado.

Aunque esa literatura se ha convertido en los últimos años en uno de los enfoques reconocidos para la comprensión de los movimientos sociales y la protesta, su trayectoria es muy reciente. De hecho, fue solamente a partir de la década de los noventa —en sintonía con el giro cultural del estudio de los movimientos sociales (Johnston y Klandermans, 1995) que propone nuevos interrogantes e incorpora nuevas variables a dicho estudio— que se empieza a preparar el terreno para poder proponer marcos teóricos y analíticos que incluyan la dimensión emocional en el estudio de los movimientos sociales y la protesta.

Con anterioridad, tanto los paradigmas clásicos de los movimientos sociales² —pensamos en las teorías de los procesos políticos y de la movilización de los recursos— como las teorías que derivan del marxismo, negaron las emociones, introduciendo la idea del actor racional para alejarse del enfoque del comportamiento colectivo, el cual consideraba a las masas que protestaban como irracionales y desviadas.

Los trabajos que empiezan a ser publicados desde los años noventa del siglo XX nacen no solo para colmar las lagunas de los paradigmas dominantes de los movimientos sociales, sino también de la constatación por parte de algunos investigadores que las teorías existentes no lograban explicar todas las dinámicas de los movimientos que estaban analizando (Taylor, 2010; Gould, 2004). A pesar de que no existía un marco teórico de referencia (Jasper, 2008) algunos sociólogos empezaron así a incorporar las emociones en sus análisis de la protesta y/o de los movimientos sociales a partir de lo que sentían y observaban, contribuyendo a desarrollar esta nueva línea de investigación.

Pasando a las contribuciones que proporciona esa literatura, se puede apreciar que las emociones han sido incorporadas al estudio de la protesta para analizar distintas etapas y procesos que caracterizan a los movimientos sociales.

Esta literatura no solo contribuye a mostrar la importancia de las emociones que “ayudan a explicar el origen, el desarrollo y el éxito o no del movimiento” (Jasper, 1998: 416-417), “tienen efectos significativos en los movimientos” (Gould, 2004: 162) y por eso “nos ayudan a dar sentido al movimiento” (2004: 160). También muestra cómo las emociones permiten comprender dinámicas propias de los movimientos sociales como: las divisiones y problemas internos de los grupos, lo que pasa cuando los movimientos terminan (Adam, 2003; Klatch, 2004), la solidaridad y la unión entre los participantes, así como la construcción de la identidad colectiva (Polletta y Jasper, 2001; Bayard de Volo, 2006; Taylor y Rupp, 2002; Taylor y Leitz, 2010; Flesher Fominaya, 2010).

Como sugiere Flam (2005: 19) la mayoría de los estudios que incorporan las emociones al estudio de la protesta se han centrado en los procesos de la micro-política, y en particular en el rol de las emociones en la movilización (*mobilizing*

2 Para un análisis crítico de estos paradigmas véase Goodwin y Jasper (1999, 2004a y 2004b)

emotions), y en cómo los movimientos sociales transforman y gestionan los sentimientos de sus miembros. En cuanto al papel de las emociones en la motivación a la acción, mucha literatura ha confirmado que cuentan con una gran capacidad explicativa tanto a nivel individual como colectivo (Aminzade y McAdam, 2001; Goodwin et al., 2001b; Jasper, 2006). A nivel individual las emociones motivan el activismo y permiten entender por qué los individuos deciden involucrarse incluso cuando los costes de la movilización puedan superar a los beneficios (Aminzade y McAdam, 2001: 17; Goodwin et al., 2001b: 5 y 9). A nivel colectivo crearían el ambiente favorable para el desarrollo de la movilización (Aminzade y McAdam, 2001: 17; Jasper, 1997).

En cuanto a las propuestas de análisis a nivel meso y macro, Flam (1990a y 1990b, 2000) contribuyó con una propuesta que complementa el modelo del hombre normativo y racional en la que hace hincapié en la importancia de las emociones como “potentes motivadores de la acción individual” (1990a: 45). Pero, además, Flam (1990b) evidencia la importancia de las emociones en actores corporativos, es decir, en las organizaciones formales y legales como partidos políticos, sindicatos, asociaciones profesionales y grupos de intereses, llegando a proponer un “mapa” de las emociones que sostienen la estructura social y las relaciones de dominación (Flam, 2005).

Centrando nuestra atención en el nivel micro, Gould (2009) nos guió para comprender el papel de las emociones en la formación, ampliación, ruptura y caída de un movimiento, mostrando además la importancia de las emociones colectivas en el placer de la protesta y en la formación y fortalecimiento de la identidad colectiva.

Sin embargo, fueron centrales en el desarrollo de la investigación las propuestas de Jasper (1997, 1998, 2006, 2011) y las obras colectivas de Goodwin, Jasper y Polletta (2000, 2001 y 2004). Estos autores promueven una visión culturalmente orientada del estudio de la protesta, que pone al sujeto y a la cultura —que comprende emoción, cognición y moral— en el centro del estudio de la protesta.

Bajo este enfoque, la cultura se considera como “un conjunto de creencias, sentimientos, rituales, símbolos, visiones morales y prácticas culturales” (Jasper, 1997: 48), que comprende creencias cognitivas, respuestas emocionales y evaluaciones morales. Esta propuesta se basa en la idea de que “para entender por qué y cómo la gente se organiza para protestar contra algo que no le gusta tenemos que conocer lo que valoran, cómo ellos ven su lugar en el mundo, qué lenguaje utilizan, qué etiquetas utilizan” (1997: 11).

Incorporar la dimensión cultural y biográfica al estudio de la protesta (Jasper, 1997) trajo consigo la necesidad de incorporar las emociones. El problema era cómo, ya que las emociones son algo que emerge en los discursos y entrevistas

con participantes y activistas, pero no se ven. Para poder trabajar con emociones, desde una perspectiva sociológica, los autores antes mencionados se apoyaron en las propuestas teóricas de la sociología de las emociones. El estudio de las emociones en sociología cuenta con dos enfoques principales: el estructural, que considera que las emociones son determinadas por la estructura social³, y el cultural constructivista (*cultural constructive approach*), en el que las emociones son constructos socio-culturales (Hochschild, 1979, 1983). Este último es el enfoque en el que se han apoyado los autores que incorporaron las emociones al estudio de la protesta y de los movimientos sociales.

Desde esta perspectiva, no se trata la emoción como una categoría amplia y homogénea, ya que son muchas y diversas las emociones que influyen en las dinámicas de la protesta. Por eso, Jasper propuso una manera de organizar las emociones basada en su duración y la forma como se sienten. El autor propuso dividir las emociones en: impulsos, emociones reflejo, vínculos afectivos, estados de ánimo y emociones morales. Estas tipologías se diferencian por el grado de procesamiento cognitivo (mayor en las emociones morales), por la duración (las emociones reflejo son las más rápidas) y por estar o no dirigidas a un objeto, en este caso diferenciando los estados de ánimos de las demás emociones. Gracias a esta diferenciación entre los sentimientos que se pueden observar en las experiencias de protesta, ha sido posible determinar el papel de diferentes emociones en las dinámicas de la lucha social.

Los impulsos son los estímulos básicos, la alteración orgánica como la fatiga, el vértigo y el mareo. Son independientes de la cultura y la cognición, y no juegan un papel importante en los procesos políticos. Por esta razón no les dedicaremos más atención.

Las emociones reflejo son aquellas reacciones inmediatas al ambiente físico y social, rápidas, ya que llegan y se van rápidamente, estando relacionadas con cambios en el cuerpo o en la cara. Esas emociones pueden inducir a la acción y tienen un papel importante en el shock moral, aunque no influyen en procesos más elaborados por ser demasiado rápidas. Como escribe Jasper “otras formas de rabia o miedo, más duraderos que estos reflejos repentinos, son más centrales para los procesos políticos” (2006: 162). Aunque estas emociones representan solo la primera reacción a un evento o información, Jasper evidencia que “fueron tomadas como paradigma para todas las emociones” (2011: 287), convirtiéndose así en un fuerte límite para este tipo de análisis.

Luego están los estados de ánimo que se diferencian de las emociones reflejo por durar más y no estar dirigidos a un objeto. Los estados de ánimo influyen en la

3 El máximo exponente de esta corriente —desde una perspectiva macro sociológica— es Kemper (1990, 2001), mientras que desde una perspectiva micro encontramos autores como Collins (1990, 2001, 2012) o Scheff (1990).

percepción de la realidad y por tanto en las respuestas de los sujetos, pero además el cambio de un estado de ánimo puede ser el resultado de la experiencia de lucha, convirtiendo, en caso de éxito, por ejemplo, en optimista a quien antes no lo era. Pueden además “tanto condicionar nuestras emociones reflejo, como ser modificados por ellas” (Jasper, 2011: 287), “pueden también afectar nuestra propensión a sentir y expresar otras emociones” y “filtran nuestras intenciones y acciones, fortaleciéndolas o disolviéndolas” (Jasper, 2006: 164). Los estados de ánimo son el resultado de la interpretación que los sujetos hacen de su experiencia, algunos como la desesperación, el fatalismo, la resignación, el cinismo, actúan contra la acción política, mientras que otros como el optimismo o la esperanza juegan a favor.

Más duraderos que los estados de ánimo, son los vínculos afectivos. Pueden ser el apego o aversión hacia alguien o algo o también no estar relacionados con un objeto o persona, sino más bien con una visión del mundo. Por necesitar mucho tiempo para construirse, son muy sólidos y difíciles de cambiar, necesiándose un shock moral para que puedan cambiar. Por esa razón, un cambio o una amenaza hacia un afecto puede tener grandes consecuencias, conducir a un cambio profundo. Estos vínculos influyen en la interpretación de la realidad, incitan a la acción y son motivaciones cruciales en la acción política. En los casos analizados uno de los vínculos afectivos al que dedicaremos más atención será el apego al lugar.

La última tipología de emociones que, con la anterior, resulta ser la que tiene más peso en la acción política, incluye las emociones morales, que se distinguen por “necesitar un considerable procesamiento cognitivo” (Jasper, 2006: 165). Como afirma Rodríguez Salazar, las emociones morales son “indicadores relevantes para el análisis cultural” (2008: 146) ya que “permiten identificar cuándo y en qué medida una práctica, una creencia, una norma, un valor o una institución ha sido investida de emotividad y compromiso, así como el caso contrario” (2008: 157). Hablamos de “el más amplio grupo de emociones que surgen de complejos entendimientos cognitivos y toma de conciencia moral, reflejando nuestra comprensión del mundo que nos rodea y a veces nuestro lugar en él” (Goodwin et al., 2004: 422), es decir: vergüenza, orgullo, compasión, ultraje, indignación y formas complejas de disgusto, miedo y rabia que tienen que haber sido procesados cognitivamente respecto a las emociones reflejo más simples. Como sentimientos de aprobación o desaprobación basados en intuiciones y principios morales, estas emociones están vinculadas al sentimiento de justicia e injusticia, del bien y del mal, son culturales y sociales, influyen en la motivación y son fundamentales para el cambio tanto que, como ya hemos mencionado, han sido consideradas por autores como Goodwin, Jasper y Polletta (2001a), las emociones más importantes en los procesos políticos. Esa categoría de emociones reconduce a la relación entre emociones y cognición, ya que “las emociones morales están especialmente y es-

trictamente vinculadas con la cognición, las narraciones y el discurso que resultan ser claves en su creación y fortalecimiento” (Goodwin et al., 2004: 423).

Después de todo lo que hemos descrito en este apartado es importante recordar que aunque hayamos propuesto una categorización para ordenar las emociones y poderlas analizar, todas ellas interactúan entre sí (Flam, 1990a; Jasper, 2011; Gould, 2009). Por ejemplo, es posible sentir al mismo tiempo miedo e indignación frente a una carga policial, y ambas emociones pueden activar un shock moral que podrá influir en las opiniones hacia el gobierno o las autoridades. También es común encontrar en los eventos de protesta emociones aparentemente contrastantes como la tristeza y la alegría (Poma y Gravante, 2016c), tanto que Flam (1990a) habla de “constelación emocional” que puede contener emociones que se contradicen entre sí, como el amor y el odio. En la misma línea, Gould (2009) sugiere pensar en las emociones como elementos que actúan en matrices ya que, por ejemplo, una vivencia negativa como la represión policial, puede producir miedo que es vivido negativamente, pero también solidaridad que es percibida de forma positiva. Jasper (2011) también sugiere trabajar con emociones diversas, en su caso habla de “baterías de emociones”, es decir, vergüenza-orgullo, piedad-alegría, esperanza-miedo, según la idea de que “una emoción puede ser fortalecida cuando se compara, explícitamente o no, con su opuesta” (Jasper, 2011: 291). Finalmente, también recordamos que el efecto que pueden producir las emociones dependerá de la experiencia de los sujetos y de la interpretación que ellos hacen de lo que sienten, por esta razón es imprescindible no separar los procesos cognitivos que caracterizan la experiencia de las emociones que los influyen.

OTROS CONCEPTOS ÚTILES PARA EL ANÁLISIS DE LA DIMENSIÓN EMOCIONAL DE LA PROTESTA

Definidas las tipologías que nos ayudan a identificar las emociones que influyen en los procesos políticos, es necesario ahora completar el cuadro presentando algunos conceptos que resultaron útiles a la hora de analizar las experiencias de protesta.

En el campo de estudio de la acción colectiva, no se puede olvidar que aunque los individuos sienten las emociones, estas son un producto socio-cultural, cuya interpretación puede ser tanto individual como colectiva. Analizar la dimensión emocional de la protesta presupone así analizar la experiencia de sujetos que sienten, piensan y actúan, no solo individualmente sino también colectivamente. En la esfera colectiva las emociones que los individuos sienten, se fortalecen, se reelaboran y se contagian.

Siguiendo la propuesta de Jasper (1997) un concepto que resultó útil a la hora de analizar las resistencias contra represas fue el de las emociones colectivas: que el autor distingue entre compartidas y recíprocas.

Las emociones compartidas son las que los manifestantes comparten entre ellos fortaleciendo los vínculos teniendo en cuenta que los seres humanos “confiamos en los que estamos de acuerdo, y estamos de acuerdo con los que confiamos” (Jasper, 1997: 112). Toda emoción puede ser compartida con el grupo o colectivo, desde la alegría por una pequeña o gran victoria, al miedo por la represión. Lo que emerge en la literatura es que compartir determinadas emociones puede fortalecer “las conexiones afectivas y morales de los más identificados con el movimiento” (Romanos, 2011: 100), alimentando la identidad colectiva y la solidaridad.

Las emociones recíprocas, por otro lado, son las que sienten unos con otros, es decir, “estos lazos de amistad entre miembros de un movimiento social (...) que animan la participación de las personas en el movimiento” (Della Porta, 1998: 223). Como escribe Silvia Otero sobre las mujeres que militaron en las FARC en Colombia “los fuertes sentimientos de solidaridad, lealtad y amistad encontrados permiten entender que la organización hace las veces de grupo social de base o patria social para los participantes” (2006: 179). Las emociones recíprocas influyen en la participación, alimentan tanto el compromiso como la identidad colectiva, que “podría definirse como la percepción de una relación que conecta al individuo (cognitiva, moral y emocionalmente) con una comunidad más amplia” (Polletta y Jasper, 2001).

Resumiendo, las emociones colectivas se fortalecen las unas con las otras, “ayudando a formular significados y objetivos” (Jasper, 1997: 203), favoreciendo la solidaridad en el grupo y la identificación en el movimiento. Esas emociones juegan además un papel muy importante en el placer de la protesta y en la creación de una cultura e identidad del movimiento, convirtiéndolas en un elemento clave para entender no solo la motivación a la acción, sino también las dinámicas que permiten al movimiento o al grupo seguir adelante y fortalecerse. Jasper añade además que en el análisis de estas emociones es muy importante la escala, ya que las dinámicas emocionales no se desarrollan de la misma manera en grupos pequeños y grandes, y eso nos reconduce a la elección del enfoque desde abajo y desde el sujeto, pues como señalan también Goodwin y Pfaff (2001) en los grupos informales las emociones recíprocas y compartidas pueden garantizar la continuidad del grupo.

Hablando de la dimensión colectiva de las emociones recordamos que, entre las dinámicas que caracterizan las emociones, habrá que tener en cuenta el contagio emocional, es decir “el proceso por el cual los estados de ánimo y las emociones de un individuo se transfieren a las personas cercanas” (Kelly y Barsade, 2001: 106) y la importancia de la empatía, como capacidad de sentir lo que

los demás están sintiendo, elemento que está adquiriendo centralidad en muchos análisis y lecturas de la sociedad (véase Rifkin, 2010).

En el análisis de la protesta la empatía es importante porque alimenta la indignación, por un lado porque la misma indignación “es una emoción que resulta de la empatía con los que sufren y de la evaluación de las razones de ese sufrimiento” (Cadena-Roa, 2005: 81), por otro porque la falta de empatía entre quien está viviendo el conflicto y el gobierno aleja a los ciudadanos de unas instituciones que no saben, pueden o quieren entenderles. Esa falta de empatía entre ciudadanos y autoridades puede influir en la reelaboración de la idea y sentimientos hasta estos sujetos, provocando un proceso en el que podemos observar cómo “la frustración de no haber tenido un impacto, o a veces de no ser escuchados, muestra por qué los manifestantes adoptan como objetivo las instituciones que no les han protegido o ayudado” (Jasper, 2011: 291 y 292).

En cuanto a la interacción entre las distintas emociones encontramos el concepto de “energía emocional”, que se difunde desde cada interacción y que transforma las emociones reflejo en estados de ánimo, en vínculos afectivos y finalmente en emociones morales (Jasper, 2011: 294). Según Collins “la interacción ritual produce símbolos idealizados de pertenencia, la identificación del bien y el mal con el límite del grupo. Y produce alta energía emocional, es decir, confianza y entusiasmo; en el conflicto, la energía emocional toma la forma de valor, un sentimiento de fuerza en el grupo y la creencia de que al final vamos a ganar” (2012: 2). Esa energía, que emerge en los momentos colectivos y en los rituales, contribuye al cambio animando a los sujetos como si fuera un carburante para la acción colectiva. De acá la importancia de los momentos colectivos en la protesta, de la música y los bailes, que a menudo acompañan estas experiencias, de las manifestaciones públicas y de las pequeñas conquistas, ya que “cada victoria, aunque pequeña, produce confianza, atención y energía emocional, elementos que serán una ventaja en futuras acciones” (Jasper, 2011: 296).

Finalmente, para comprender el cambio cultural que viven los sujetos que luchan, es necesario superar el dualismo entre emociones y cognición, y aceptar que “las emociones tienen una dimensión cognitiva, puesto que implican pensamientos, creencias, juicios y evaluaciones” (Rodríguez Salazar, 2008: 150).

Según la autora, que ha analizado la conexión entre las emociones y las creencias con la valoración y la evaluación ética cotidiana, en la visión cognitiva de las emociones “se asume que las percepciones y las creencias desenvuelven un rol central en las experiencias emocionales” (2008: 146) lo cual nos permite comprender tanto “cómo y por qué las emociones indican, expresan o revelan las ideas y sus niveles de apropiación” (2008: 146) como también nos permitirá explicar el cambio cultural consecuente al conflicto. Elster añade además que la relación entre emociones y cognición “tiene (al menos) tres aspectos: la cognición puede provocar emoción, puede estar influida por la emoción y puede tener como

objeto intencional o propósito una emoción concreta” (2002: 490), determinando así, como también argumenta Jasper, que “nuestros procesos cognitivos, emocionales y morales son en muchos casos inextricables” (2006: 167). El análisis de las resistencias contra represas se centrará en los primeros dos aspectos, identificando tanto las emociones que influyen en los procesos cognitivos que queremos analizar como las que son provocadas por los mismos.

El papel de las emociones en los procesos cognitivos nos permite explicar cómo las emociones influyen en el cambio cultural. Según Jasper (1998) el cambio está relacionado con las emociones en juego: cuanto más intensas sean las emociones más profundos serán los procesos cognitivos experimentados por las personas. Finalmente, resulta que las emociones, además de ser “provocadas por creencias” (Rodríguez Salazar, 2008: 150), un ejemplo entre todos es la indignación, influyen en el cambio de valores y creencias (Kelly y Barsade, 2001: 105), y es ahí cuando se convierten en factor explicativo para analizar el cambio cultural y, como afirma Rodríguez Salazar, en “objetos apropiados para la reflexión crítica y la evaluación moral” (2008: 152).

Establecido que las emociones son centrales en los procesos cognitivos, en el siguiente apartado se presentarán los procesos analizados en los casos de estudio, los cuales nos permiten comprender el proceso que lleva a la gente a defender su territorio y sucesivamente el cambio que experimentan a raíz de la experiencia de protesta.

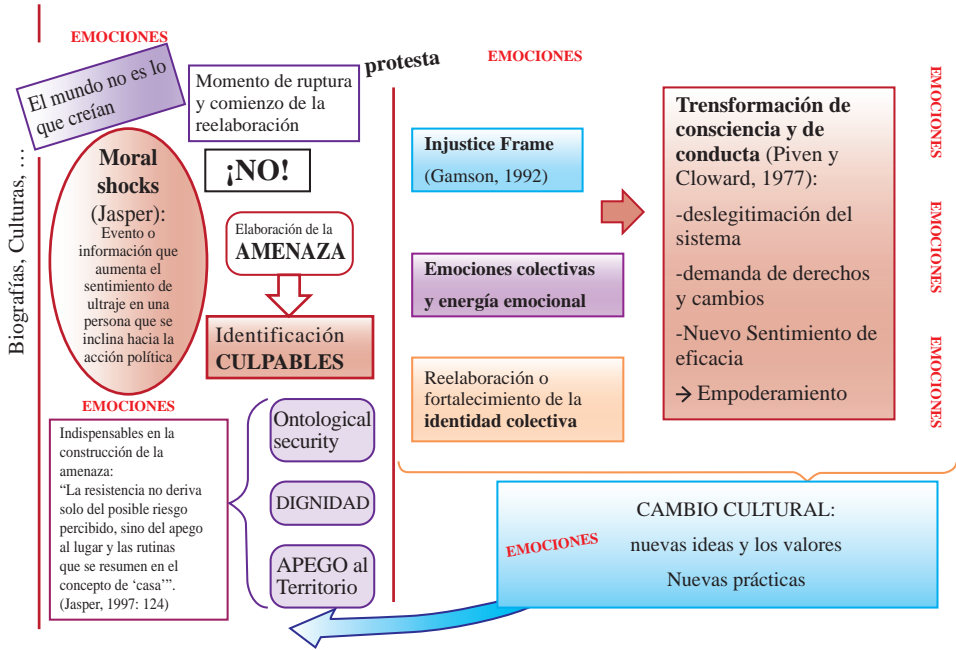
LOS PROCESOS EMOCIONAL-COGNITIVOS QUE CARACTERIZAN LAS EXPERIENCIAS DE LUCHA EN DEFENSA DEL TERRITORIO

Incorporar la dimensión emocional al estudio de la protesta no significa describir las emociones que se pueden observar en las experiencias de lucha, sino convertirlas en factores explicativos.

El cambio cultural es un proceso complejo en el que los sujetos reelaboran ideas, valores y creencias. El punto de partida de este estudio es que las emociones influyen en los procesos a través de los que los seres humanos interpretamos el mundo y le damos sentido, así como en la toma de decisiones y en los procesos de construcción cultural. Por esta razón, fueron identificados diferentes procesos, desde los que influyen en la movilización, a los procesos de reelaboración que se observan durante el conflicto, es decir: el shock moral, la elaboración de la amenaza y la identificación de los culpables, el proceso de enmarcamiento, o *framing* que nos conduce al *injustice frame* y, finalmente, la reelaboración de valores, creencias, etc. que se resume en una transformación de conciencia y conducta que nos conduce al proceso de empoderamiento, tanto personal como político.

En el esquema aquí reportado se muestra gráficamente la interacción entre los procesos de reelaboración que caracterizan la participación y que finalmente llevan al cambio.

La dimensión cultural de la Protesta (emoción, cognición, moral)



Fuente: elaboración propia.

Cada uno de estos conceptos ha sido propuesto por algún estudio de los movimientos sociales para comprender distintas dimensiones de la protesta, pero analizados en su conjunto, e incorporando las emociones, permiten conseguir una comprensión en profundidad del cambio cultural producido por el conflicto.

En el quinto y sexto capítulo se presentará el análisis de estos procesos, destacando el papel de diferentes emociones. La idea que nos guía en este análisis es que después de un momento de ruptura producido por un shock moral, los sujetos empiezan un proceso de reelaboración de lo que están viviendo llevándolos, inicialmente, a elaborar la amenaza e identificar a los culpables. Enmarcar lo que se está viviendo como una injusticia (Gamson, 1992), legitima y proporciona argumentos y energía emocional a la lucha. La experiencia colectiva permite redefinir las relaciones con los demás, fortaleciendo la construcción de una identidad antagónica entre un nosotros y un ellos, y los lazos de amistad y solidaridad entre los que luchan o se solidarizan con ellos. Finalmente, para el análisis del cambio, nos hemos apropiado de la propuesta de Piven y Cloward (1977) que describen

la transformación de conciencia y conducta de los que participan en protestas, y hemos incorporado las emociones a este proceso, ya que estos autores escribieron cuando los estudiosos de los movimientos sociales y la protesta negaban las emociones (Jasper, 2014: 210). Por último, es también importante destacar que estos procesos dependerán de la biografía y cultura de los individuos, alimentándose colectivamente durante la experiencia de protesta, ya que las emociones que los sujetos sienten, se convierten en acción cuando son compartidas con los demás.

A pesar de que identificamos estos procesos en los tres casos de estudio, es necesario aclarar que el orden en el que los describiremos no refleja siempre cómo los individuos los viven, ya que cada persona, teniendo su propia biografía, puede que haya experimentado ya antes circunstancias que la hayan llevado a reelaborar determinadas ideas y valores desde los que empezarán nuevos procesos de cambio. Por ejemplo, no es lo mismo un shock moral que deriva del ultraje producido por el sentimiento de traición que se siente hacia un gobierno o una institución en la que se confía, que la pérdida de confianza hacia sujetos de los que ya no se confiaba. Cada sujeto puede experimentar estos procesos en tiempos, formas y orden distintos, según su cultura, su estado emocional, su biografía, etc. Ese último aspecto se reflejará en la diferente forma en la que pueden vivir estos procesos los miembros de las comunidades sin experiencia en luchas previas y personas que sí la tenían. De hecho, es bastante intuitivo pensar que personas que ya han vivido una experiencia de protesta podrán más fácilmente enmarcar la nueva circunstancia, que las personas que por primera vez se encuentren en esa situación.

Lo que nos interesa resaltar es que independientemente del proceso de reelaboración de cada persona, la ruptura que presupone la experiencia de lucha desencadena un proceso de cambio que es el resultado de procesos emocional-cognitivos que pueden repetirse tantas veces cuantas experiencias se vivan, influyendo en reelaboraciones continuas de la realidad.

Comprender estos procesos y el papel que juegan en ellos las emociones, permite contribuir al conocimiento de las experiencias de protesta y resistencia, sugiriendo nuevas interpretaciones como las de Polletta y Amenta que demuestran, criticando a McAdam (1982), que “generalmente la gente es motivada por la rabia, la indignación, el miedo, la compasión o el sentimiento de responsabilidad, y no por el optimismo en las posibilidades seguras de obtener concesiones políticas a través de la protesta extra-institucional” (Polletta y Amenta, 2001: 305).

CONCLUSIONES

En esta primera parte del libro se presentan las herramientas teóricas y analíticas, así como el enfoque que caracteriza la investigación, de manera ágil y

no excesivamente extensa para dedicar más espacio al análisis y la presentación de los resultados de investigación. Quien esté interesado en profundizar más el conocimiento de estas herramientas podrá acudir tanto a las fuentes citadas como a los artículos científicos en los que se profundizan aspectos tanto de la literatura como empíricos (Poma y Gravante, 2015a, 2015b, 2015c, 2015d, 2016a, 2016b, 2016c, 2016d, 2017, Poma, 2014a, 2014b, 2014c, y Gravante, 2016).

Mirar a los conflictos contra represas desde abajo y desde la perspectiva de los sujetos que defienden el territorio permite ver cómo estas experiencias se convierten en motor de cambio. Para analizar este proceso de cambio ha sido necesario acudir a herramientas y conceptos surgidos en la literatura tanto de los conflictos socioambientales como de los movimientos sociales.

Partiendo de la literatura sobre las emociones en la protesta y su desarrollo en las últimas dos décadas, se ha querido presentar al lector la trascendencia de la incorporación de las emociones en los análisis de la acción colectiva. Ese esfuerzo teórico y, sobre todo, analítico —ya que “los sentimientos son la componente menos estudiada, por ser más difícil de abordar” (Hidalgo, 1998: 53)— presupone aceptar que la racionalidad humana está compuesta por emociones.

El gran esfuerzo teórico de los autores que nos precedieron ha permitido incorporar las emociones al análisis, decidiendo cuáles observar y dónde. En la segunda parte del libro se mostrará cómo se ha aplicado esta propuesta al análisis de tres experiencias de lucha contra represas, mostrando la importancia de incorporar la dimensión emocional para la comprensión tanto del por qué las personas defienden su territorio, como del cambio que esta experiencia produce en los sujetos.

Parte empírica

Presentación de los casos de estudio. Una lectura crítica y comparada

“Cuando la disputa es por los elementos esenciales para la conservación de la vida, la insurrección se convierte en mecanismo de supervivencia”

Ana Esther Ceceña (2004: 45)

En esta segunda parte, presentaremos el análisis de los casos estudiados, basándonos en el marco teórico y analítico descrito con anterioridad. Empezaremos con un primer capítulo dedicado a los casos de estudio, en el que describiremos brevemente la historia de los conflictos y, luego, propondremos una lectura comparada de los elementos más destacados que pueden ayudar a comprender el análisis.

El diseño de la investigación —presentado en el apéndice metodológico—, prevé el estudio comparado de tres casos. Los tres casos son experiencias de conflicto contra obras hidráulicas que difieren en importantes características, resumidas en la tabla 1.

La investigación se basa en una doble comparación. Por un lado, dos de los casos —cuyos pueblos de referencia son Coín (Málaga, España) y San Gaspar de los Reyes (Jalisco, México)— tienen varias características en común pero se desarrollaron en zonas geográfica y culturalmente muy distantes. Una en el sur de España y otra en el norte-occidente de México. Mientras que el tercer caso, la resistencia contra la construcción del embalse de Riaño, tiene una perspectiva histórica más larga, dándose en una etapa representativa de la historia española: la transición democrática y el primer gobierno democrático.

La diferencia temporal nos permite apreciar el impacto de la experiencia de lucha en la reelaboración de valores y conceptos, como la idea de democracia, en dos etapas distintas. En los casos más recientes se trata de una democracia consolidada pero en crisis, mientras que en el caso de Riaño se trata de una democracia recién nacida. Comparar los dos casos de éxito con el no exitoso ha permitido analizar la dimensión emocional en experiencias con resultados distintos.

TABLA 1

<i>Pueblo de referencia</i>	<i>COÍN</i>	<i>SAN GASPAR</i>	<i>RIAÑO</i>
País	España (Málaga)	México (Jalisco)	España (León)
Periodo	2006-2007	2004-2005	1986-1987
Duración de la resistencia	9 meses	9 meses	2 años
Resultado general	Proyecto desestimado	Proyecto desestimado	Inundación de los pueblos
Unión de los afectados	Sí	Sí	No
Participación de actores externos	Sí, grupos ecologistas y académicos comprometidos	Sí, grupos ecologistas, periodistas locales y los “hijos ausentes”	Sí, grupos ecologistas y académicos comprometidos
Violencia por parte del Estado	No	No	Sí
Promotores de la presa	Estado	Estado	Estado
Posicionamiento de las autoridades locales	Contra el proyecto, después de que la movilización hubiera empezado	A favor del proyecto	Contra el proyecto en la resistencia final, a favor antes.
Redes Sociales	Presentes antes de la movilización	Se construyen durante la movilización	Se construyen durante la movilización
¿Quién empieza?	Asociación ecologista local	Los habitantes preocupados	Los habitantes preocupados

Fuente: elaboración propia.

La diferencia geográfica y cultural entre España y México nos permite apreciar los valores y las emociones relacionadas al cambio en contextos culturales distintos, partiendo de la idea de que analizando la experiencia biográfica y centrándonos en los sujetos, esperamos encontrar similitudes en las experiencias de lucha.

BREVE HISTORIA DE LOS CASOS

La lucha por la defensa de Riaño, León, Castilla y León, España

La historia del embalse de Riaño empieza a principios del siglo XX, cuando en España se plantea la construcción de varios pantanos como parte de los planes de modernización de una agricultura atrasada. En 1930 la obra ya figura en el Plan de la Confederación Hidrográfica del Duero, y en 1933 será incluida en el Plan Nacional de Obras Hidráulicas, siendo en los años sesenta, bajo la dictadura de Franco, cuando el proyecto se pone en marcha. Con la aprobación definitiva del proyecto en el año 1965 empezaron las obras para la realización de la cortina, que se prolongaron hasta 1976, un año después de la muerte del dictador. Desde finales de los años sesenta y principios de los setenta empezaron las expropiaciones y

una parte de los vecinos decidió marcharse a los pueblos de colonización creados en otras provincias del Estado⁴. Pero no todos los vecinos se fueron, muchos se quedaron, ya fuera porque las expropiaciones tardaran mucho, perdiendo además valor; por aprovechar la tierra hasta el final, puesto que de eso vivían; o finalmente, porque no creían que el proyecto llegase a su conclusión. En ese contexto, toda una generación de jóvenes creció en Riaño estando los terrenos ya expropiados, enfrentándose a finales de los años ochenta al destino que otros habían decidido para su pueblo muchos años antes. A eso se añade que el fin de la dictadura y la transición a un sistema democrático fortalecieron la posibilidad de que se desestimara el proyecto, posibilidad que, como nos comentaron los entrevistados, estaba respaldada por las promesas electorales del candidato provincial del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) a las primeras elecciones democráticas de 1982, elecciones que el PSOE terminó ganando.

En un clima de esperanza para los habitantes que quedaban en la comarca, el 13 de mayo de 1984 apareció una pintada de varios metros de altura en la cortina con la palabra ‘demolición’, pero en los meses sucesivos los habitantes de la comarca se enteraron de que los planes para el ‘Nuevo Riaño’ seguían adelante⁵. Desde este momento hasta la fase final de los desalojos en 1987, se desarrolló la lucha por la defensa de Riaño y los demás pueblos amenazados, constituyendo un ejemplo claro de cómo las raíces y los vínculos identitarios y sociales no conocen papeles. Aunque el pueblo estaba formalmente expropiado, los que allí habían construido sus vidas no pudieron aceptar que se les quitase sin más.

Durante más de tres años, las movilizaciones se sucedieron sin interrupción, con la participación de personas y activistas de otras regiones del país. Hubo manifestaciones, fiestas, encuentros, etc. Gracias a la ayuda de abogados se recurrió a la vía legal allí donde se podía. Con la colaboración de científicos se puso en valor todo el patrimonio tanto histórico como natural que se iba a perder, y se escribió el libro *Riaño vive* que recoge toda esa riqueza humana, social, histórica y natural y que vio la luz solo después de la desaparición de los pueblos, porque, según los testigos, las editoras que tenían que publicarlo habían recibido intimidaciones.

Entre 1986 y 1987, a través de la intervención de la Guardia Civil, los pueblos fueron desalojados y las casas demolidas⁶. A lo largo del análisis haremos referencia a estos enfrentamientos y a los acontecimientos que se dieron en Riaño

4 Un ejemplo son los pueblos de colonización en la provincia de Palencia: La Nava y Villoldo.

5 Por ejemplo, en el *Diario de León*, del 15 de agosto de 1984 (pág. 5), encontramos la noticia: “En octubre podrán solicitarse parcelas en el Nuevo Riaño”.

6 Los primeros enfrentamientos de los vecinos con la Guardia Civil se dieron el 27 de octubre de 1986, cuando los vecinos intentaron impedir los primeros derribos de las casas, necesarios para construir el viaducto que hoy lleva al pueblo del nuevo Riaño. Los demás enfrentamientos y desalojos forzosos se dieron el 10 y 11 de diciembre de 1986, y el 27 de mayo de 1987, para la defensa de una casa en Vegacerneja, necesaria, al parecer, para las obras de la variante. El 7 de julio de 1987 hubo el desalojo definitivo, con más de trescientos

en los que algunas decenas de personas resistieron en los tejados de las casas que se querían demoler. El 31 de diciembre de 1987 cerraron las compuertas de la presa. Muchas personas se quedaron en un campamento que tuvieron que abandonar cuando las aguas del pantano subieron de nivel, alimentadas por unas copiosas lluvias. A partir de allí las historias de aquellas personas siguieron caminos distintos, unos pocos se quedaron en la comarca, muchos se fueron y solo algunos tuvieron la fuerza de volver al Valle inundado después de mucho tiempo.

Ahora, tras treinta años, la comarca está deprimida. Un pueblo con el mismo nombre, “Riaño”, mira desde lo alto el punto en el que estaba el anterior Riaño. Mucha tristeza y desesperación han llenado los corazones de los que vivían en aquella tierra y nunca aceptaron su desaparición, pero no todos se resignaron ya que desde 2007 se ha constituido la “Asociación para la Recuperación del Valle“, a través de la que algunos afectados empezaron a pedir justicia por lo que habían vivido, a compartir sus historias y su dolor, y a pedir la recuperación del Valle. Así conocí a unos cuantos riañeses que un día de finales de septiembre de 2007 fueron a una pequeña aldea de Asturias, Caliao, también amenazada por un embalse, a contar su historia tras muchos años de doloroso silencio.

El conflicto por la defensa de río Grande, Málaga, Andalucía, España

El conflicto por la defensa del río Grande, en Málaga, ha vivido distintas etapas pero nos centraremos en los acontecimientos que caracterizaron la lucha contra el azud⁷ de Coín, en 2006 y 2007, aunque no podemos olvidar los antecedentes. En el otoño del 2001 empezó una movilización contra el proyecto de presa en el lugar llamado Cerro Blanco, en el límite de los términos municipales de Guaro y Coín, llevada a cabo por la “Plataforma antipresa de Cerro Blanco”, creada en Guaro, centro de la movilización. El objetivo de la plataforma era paralizar el proyecto de presa y tuvo el respaldo de distintos actores: desde la Asociación Jara de Coín, que en esta etapa participó solo a través de algunos de sus activistas, hasta la Diputación Provincial de Málaga. El conflicto contra la presa de Cerro Blanco se caracterizó por la participación masiva de la población de Guaro que, con el apoyo y el empuje de su ayuntamiento, fue protagonista de varias manifestaciones tanto en la comarca como en la ciudad de Málaga. A diferencia del proyecto de azud del que nos ocupamos, esta presa iba a inundar huertas y casas de campo, y aunque no inundaba el núcleo urbano afectaba materialmente a un número considerable de vecinos. Muchas de las características del conflicto que vivió el pueblo de Coín como protagonista desde 2006 las encontramos aquí, constituyendo un preámbulo de lo que vendrá después.

guardiaciviles que tomaron el pueblo. En estos enfrentamientos fueron heridos tres vecinos que resistían en los tejados y un vecino se suicidó.

⁷ Pequeña presa que sirve de derivación y no para almacenamiento, y desde la que salía una tubería que hubiera tenido que llevar el agua a Málaga.

El conflicto contra el azud en el río Grande se desarrolla en un arco temporal bastante reducido, desde septiembre de 2006 a junio de 2007, caracterizándose por haber involucrado a gran parte de los ciudadanos del pueblo de Coín, que cuenta con unos veinte mil habitantes, junto a otros pueblos de la comarca entre los que destaca Cerralba, por su cercanía con el río Grande, y Pizarra, afectado directamente por el proyecto ya que se abastecía del agua de río Grande. El proyecto consistía en un azud, más pequeño que la anterior presa, desde el que salía una conducción hacia Málaga. El impacto de este proyecto no era la inundación, como puede pasar con una presa, sino la derivación del agua del río a otro lado y los destrozos consecuentes, tanto por la implantación de la tubería como por las infraestructuras relacionadas con la obra.

El 13 de septiembre de 2006 se constituye en Coín la “Coordinadora en Defensa del río Grande” que desde entonces trabaja para defender el río de proyectos hidráulicos y para difundir los principios de la Nueva Cultura del Agua. La coordinadora está formada por distintas realidades entre las que recordamos la Asociación Jara de Coín, la Mesa del Agua de Coín, regantes, afectados y ciudadanos que quieren defender el río. Poco después de su constitución la Coordinadora destacará ya por su activismo, organizando en un par de meses varias manifestaciones multitudinarias, tanto en la comarca (Coín, Pizarra) como en Málaga capital, al igual que asambleas informativas, campañas en los medios de comunicación, a través de ruedas de prensa, participación en programas radiofónicos y de televisiones locales, etc. Durante estos dos meses, noviembre y diciembre de 2006, la gente de la comarca estuvo involucrada en diferentes actividades, incluyendo a personas de todas las edades, con el objetivo de defender el río y transmitir nuevos valores. Entre las muchas actividades, recordamos talleres de pancartas y de grafiti, acampadas, comidas, cenas y conciertos.

El año 2007 se caracteriza por una intensa actividad informativa y divulgativa de la Coordinadora, que organiza varias charlas, asambleas y debates a los que invita también a expertos nacionales con el fin de garantizar a la población de la comarca un conocimiento profundo de su medio. Prosigue con su actividad difusora a través de los medios de comunicación y organizando y participando en actividades lúdicas.

A pesar de que en octubre de 2007 el Ministerio de Medio Ambiente desestimó esta obra, presentando un proyecto alternativo, dos años después la publicación en un Boletín Oficial de la Junta de Andalucía⁸ de una asignación de trece millones y medio de euros para realizar un trasvase de Río Grande a Málaga, provocó una reacción inmediata de la Coordinadora, que invitó a la población de la comarca a una asamblea, el día 20 de febrero. Antes de que tuviera lugar la asamblea, el 16 de febrero, salió la rectificación del error⁹, demostrando que la

⁸ Boletín Oficial de la Junta de Andalucía, 4, 8 de enero de 2009, pág. 74

⁹ Boletín Oficial de la Junta de Andalucía, 31, 16 de febrero de 2009, pág. 4 (94).

coordinadora sigue viva y activa, y que no ha bajado la guardia en cuanto a otros posibles proyectos que puedan surgir.

*La lucha contra la presa de San Nicolás,
Los Altos de Jalisco, Jalisco, México*

La presa de San Nicolás era uno de los muchos proyectos formulados para represar el río Verde que se fueron sumando en la historia y en la memoria de los habitantes de estas tierras de Los Altos de Jalisco¹⁰. La presa iba a inundar los pueblos de San Gaspar de los Reyes y San Nicolás de las Flores, en el municipio de Jalostotitlán (Jalisco, México), así como muchos ranchos y tierras fértiles del municipio de Teocaltiche. Ya a mediados del siglo XX el ingeniero Elías González Chávez —vocal ejecutivo de la Comisión para la Cuenca Lerma-Chapala-Santiago de la Comisión Nacional del Agua (Conagua)— realizó estudios a lo largo de la cuenca del río Verde para la construcción de la presa de La Zurda, cuyo objetivo era garantizar el consumo de agua para la zona metropolitana de Guadalajara. El proyecto La Zurda, inicialmente abandonado por privilegiar la opción de trasvasar el agua del lago de Chapala, fue retomado en 1989 por el presidente Salinas de Gortari, y luego respaldado por un decreto de 1995, firmado por Ernesto Zedillo, que reservaba las aguas nacionales superficiales del río Verde para abastecer los estados de Jalisco y Guanajuato. Aun así, hasta el año 2004 ninguna presa había sido construida en la comarca y por esa razón al principio la población no se lo creía porque, según contaban los entrevistados, llevaban décadas con la amenaza de una presa que nunca se había construido.

Como afirmó una entrevistada, empezó “como en todos los pueblos pequeños...con rumores” (E.Sg.6), pero la inquietud y la tenacidad de unos cuantos habitantes de la zona afectada permitieron romper el silencio institucional, acceder a la información y avisar a los vecinos del peligro que se estaba acercando. Las primeras informaciones fueron conseguidas gracias a un periodista local de Teocaltiche, quien difundió las noticias entre conocidos y familiares, que a su vez empezaron a organizarse. Los vínculos familiares, la existencia de una estructura comunitaria, el papel de las mujeres “educadoras y transmisoras de los valores familiares y de los principios de la fe cristiana” (Hernández López y Casillas Báez, 2006) son factores que influyeron en el desarrollo de la resistencia.

En 2004, a finales de abril, se llevó a cabo la primera reunión organizada por el Comité Pro Defensa de San Gaspar para informar a los vecinos y discutir cómo actuar. En menos de un mes el pueblo estaba lleno de letreros que expresaban el

10 Para un análisis del contexto del proyecto de la presa de San Nicolás, véase Hernández López y Casillas Báez, 2006 y 2008.

rechazo al proyecto por parte de los afectados¹¹. Los meses siguientes estuvieron llenos de reuniones, manifestaciones, etc., fueron meses “duros, durísimos”, “de dar muchos topes, muchas vueltas”, en las que los habitantes de la zona afectada, y en particular los que estaban metidos en el Comité, tuvieron que poner a un lado sus vidas para poder defender a su pueblo. Entre las acciones que promovieron los habitantes de las zonas afectadas recordamos la manifestación en la ciudad de Guadalajara, el 20 de noviembre de 2004, y en abril de 2005 la acción que evitó el paso de la maquinaria necesaria para empezar los trabajos de la presa y que supuso la retirada de la misma.

El conflicto, que en su manifestación más evidente y pública duró poco más de un año, terminó el 31 de mayo de 2005 con la presencia en San Gaspar del presidente del Estado de Jalisco¹² anunciando la desestimación del proyecto. San Gaspar, San Nicolás y todos los ranchos y comunidades de la zona, estaban a salvo, hasta otro nuevo proyecto. No hay que olvidar que el éxito de la protesta no puede ser entendido sin la colaboración de actores externos, como el MAPDER¹³, el comité CASA promovido por los hijos ausentes residentes en EEUU, periodistas locales, algún político no comprometido con el proyecto y protagonistas de experiencias similares, de otras partes del país, que “inyectaron valor” a los habitantes de la comarca.

UN ANÁLISIS COMPARADO DE LOS TRES CASOS

Una vez presentados los tres casos de conflictos contra una obra hidráulica veremos las diferencias y similitudes en los proyectos. En los casos de las presas de Riaño y San Nicolás, hablamos de infraestructuras de grandes dimensiones (cortinas de 90 y 65 m de altura) y extensiones (más de dos mil y ocho mil hectáreas respectivamente con una capacidad de 664 y aprox. 800 Hm³), con la inundación de ocho pueblos en el caso de Riaño¹⁴, y de San Gaspar de los Reyes y San Nicolás de las Flores en el segundo caso, más decenas de ranchos y tierras fértiles. Por otro lado, el azud que afectaba a río Grande era de dimensiones más modestas (7 metros de altura y 8,4 Hm³ de volumen embalsado) y no preveía la inundación de núcleos habitados. Esta diferencia será importante a la hora de determinar el papel de la afectación material en la dinámica de la protesta y el impacto de la inundación del pueblo.

11 Además de pintadas que expresaban el rechazo de la población a vender sus casas y propiedades, una frase que fue pintada en el pueblo era muy significativa “O te unes o te hundes. Defiende tu dignidad”.

12 Acompañado por el secretario de Gobernación, los alcaldes de los municipios afectados y representantes de la CNA.

13 Movimiento Mexicano de Afectados por las Presas y en Defensa de los Ríos.

14 Los pueblos inundados en la comarca de Riaño fueron: Anciles, Burón, Éscaro, Huelde, Pedrosa del Rey, La Puerta, Riaño y Salio.

El hecho de que el Estado fuese el promotor de los proyectos influyó, como veremos más adelante, en la identificación de los culpables y en las reelaboraciones alrededor de la idea de política, así como de los conceptos de democracia y desarrollo.

Para seguir con las características, hay que señalar que hablamos de tres zonas que podríamos definir como periféricas respecto a los centros económicos y de poder, estando vinculadas al medio rural. La estigmatización de ser pueblos y personas “de segunda categoría”, como nos explicó un entrevistado de Coín, es uno de los elementos que influyen en la elaboración del discurso de los que se oponen a la obra hidráulica. En los tres casos, por ser localidades periféricas y estar vinculadas a la tierra, se percibe la intervención estatal como una amenaza a la que hay que resistir.

Respecto a la represión y al uso de la violencia, así como al miedo de manifestarse, hemos podido observar que en los tres casos había miedo por las posibles represalias y violencias del Estado. En el caso español el miedo está vinculado al recuerdo de la aún reciente dictadura militar. Muchas personas mayores o de mediana edad, tanto en Riaño en los años ochenta como en Coín al principio del tercer milenio no participaban en las manifestaciones por miedo. En el caso de San Gaspar el miedo está relacionado con la violencia policial durante las manifestaciones y con los asesinatos y represalias hacia los activistas y sus familias, que se repiten en muchas protestas de México¹⁵. Como veremos en el capítulo dedicado al análisis de las emociones en la protesta, el miedo a la represión no siempre paraliza, sino que une a las personas implicadas, ya que la unión permite disminuir la propia vulnerabilidad.

Como afirma Mairal, la realización de un embalse presupone un ‘antes’ y un ‘después’ en la vida de las personas, cambiando “substantialmente las vidas de los individuos afectados por una parte y alterando la estructura socio-espacial por otra (...)”, convirtiéndose en “algo muy profundo en la experiencia vital colectiva” (1993: 185).

En las experiencias que hemos analizado el momento de ruptura es la amenaza, que en dos de los tres casos termina no cumpliéndose. En estos casos el ‘después’ es la vuelta a la normalidad, enriquecida por el bagaje de recuerdos, emociones y aprendizaje, que hemos definido como el ‘cambio cultural consecuente al conflicto’.

En el caso de Riaño, en el que se llevó la amenaza a las últimas consecuencias, el después es “el tiempo que se inicia con la desorganización de la propia comunidad (...) es un tiempo de cambios, de conflictos, de sucesos anormales que hoy retrospectivamente construyen parte de una leyenda que existe para ser

15 Del año 2010 a julio de 2016 se han registrado 303 casos de ataques hacia las personas defensoras de los derechos ambientales, de los cuales 63 casos entre julio de 2015 a junio de 2016 (Leyva Hernández et al., 2017).

narrada. (...) El colectivo atravesó un periodo de intensa anormalidad. Esta anormalidad, real y objetiva, se convierte en una experiencia vital fundamentalmente negativa que se ha asumido como se asumen las guerras” (Mairal, 1993: 207). Además de eso, Mairal evidencia cómo se produce un desequilibrio emocional “que hace que hoy los efectos del pantano sigan siendo reales” y la desorganización comunitaria sea consecuencia directa de la construcción de un embalse, algo que se puede observar estudiando el caso de Riaño.

Aunque la investigación no se centra en el dolor ni en las consecuencias de la construcción de las obras hidráulicas para los afectados, sino en la protesta que genera, en todos los casos ha aparecido claramente cómo la inundación de un valle o la amenaza de inundación provocan dolor y sufrimiento a niveles incommensurables. A pesar de que ese dolor es central para comprender la protesta y el cambio que viven los sujetos, no se ha considerado necesario describirlo o analizarlo en profundidad, existiendo una copiosa literatura sobre realojamientos forzosos y sus consecuencias, además de la propia narrativa que ofrece una cantidad considerable de experiencias de construcción de embalses.

En cuanto a las dinámicas propias de los conflictos contra la obra, en los tres casos emerge la cuestión de la falta de información suministrada a las poblaciones afectadas por las instituciones gubernamentales. Eso influirá en las emociones hacia las autoridades y en emociones morales como el ultraje y la indignación.

En cuanto a la estrategia los casos de Coín y San Gaspar se parecen mucho, mientras que en el caso de Riaño hemos encontrado alguna divergencia por haber sido una resistencia de un proyecto ejecutado. En los tres casos se organizaron comités o plataformas en los que participaron los afectados y colaboraron asociaciones y otros actores no institucionales, como ecologistas. En general, las decisiones se tomaron en asambleas abiertas en las que hubo una gran afluencia. En los casos en los que solo unos representantes podían participar en reuniones con políticos o técnicos las asambleas eran el momento de retorno a la comunidad, y aunque algunos entrevistados afirmaron que hubo intentos de cooptación por parte de los promotores, estos intentos fracasaron. En el caso de Riaño no hubo diálogo con las administraciones a través de representantes, y en la fase final de la resistencia las decisiones acerca de las acciones directas se tomaban en los grupos normalmente constituidos según la edad de los participantes. Hay que destacar que solo en el caso mexicano el gobernador del Estado acudió a reuniones abiertas en y con la comunidad, mientras que en el caso de Coín solo fueron reuniones a puerta cerrada y con representantes. En los casos analizados la estrategia que prevaleció fue el trabajo dentro de la comunidad para mantenerse unidos frente al enemigo. Consideramos que esa unión, en el caso de Coín y San Gaspar, fue una de las claves del éxito del conflicto, así como la división de las poblaciones de la comarca de Riaño fue una de las debilidades que probablemente influyó más en su desenlace. Aun así, en todos los casos se buscaron alianzas con actores

externos y visibilidad fuera de los términos de las comarcas, utilizando para ello la cooperación con organizaciones ecologistas, principalmente, y con personas que habían vivido experiencias similares a través de redes a las que accedieron gracias al conflicto. En todos los casos se organizaron además manifestaciones en las capitales regionales y en la estatal, consiguiéndose —en el caso de Coín— un reportaje en un programa de denuncia de una televisión nacional.

En todos los casos estudiados surgieron en los pueblos amenazados letreros y pintadas, se organizaron manifestaciones, además de otros eventos como fiestas, campamentos, etc. En cuanto a Riaño se trató de resistir en los tejados mientras la Guardia Civil desalojaba las viviendas para derrumbarlas; en San Gaspar hubo una concentración que bloqueó la carretera por donde tenía que entrar la maquinaria que debía empezar los trabajos para la presa. En ambos casos el control del territorio fue efectivo, aunque en Riaño finalmente no fue suficiente para poder salvar el Valle. En Coín se organizaron acciones simbólicas, así como muchas actividades culturales que involucraron a toda la población, en especial a los más jóvenes, que participaron activamente en el conflicto.

Siguiendo con las características propias de la protesta, creemos necesario dedicar unas líneas a la dimensión individual y personal de estas experiencias. Si hablamos de personas que tienen relaciones sociales, familiares, laborales, es decir, una vida, estas vidas se ven afectadas por el conflicto y, obviamente, influyen en el mismo. Si el conflicto es un momento de ruptura, esa ruptura se refleja en las vidas de las personas involucradas. Aunque como veremos las familias pueden apoyar y mostrarse solidarias, hay veces en las que surgen conflictos que pueden llevar a divisiones y separaciones. Así, el trabajo y las relaciones laborales pueden ser lugares de chantaje en nuestro sistema económico-social, pero en algunos casos también pueden crearse nuevas oportunidades¹⁶. Demasiadas veces en los análisis de estas experiencias se omite esa dimensión que, incluida, ayuda a entender tanto el placer como el agotamiento relacionados con la vivencia del conflicto. En eso destaca la vuelta a la normalidad, tan añorada durante los acontecimientos, que como veremos en los capítulos sucesivos no puede reducirse a simple egoísmo, sino a la intensidad emocional de estas experiencias.

Estas reflexiones nos enlazan con el tema de las tensiones entre intereses materiales y emociones. Las acusaciones de egoísmo basadas en la existencia de intereses particulares y materiales en la defensa del territorio, lleva consigo la idea de que la protesta es legítima solo si es desinteresada. Esa idea es peligrosa porque lleva a una jerarquización de las experiencias de protesta, difundiendo,

16 En el caso de Coín hubo quien perdió el trabajo por involucrarse en el conflicto, también los hubo que tuvieron problemas en el mismo. En San Gaspar hubo casos de amenazas y pérdida de trabajo, mientras que en Riaño la pérdida del trabajo fue directa consecuencia del proyecto, ya que muchos tenían comercios o vivían de la ganadería en la zona. Como veremos en el último capítulo, también el conflicto genera nuevos proyectos, en los que algunos pueden encontrar oportunidades laborales.

por ejemplo, imágenes como la del activista desinteresado que es muy dañina, primero porque siempre se puede acusar de actuar por algún interés, desacreditando así cualquier lucha, y secundariamente porque rebaja el compromiso o activismo de la mayoría de las personas que, sin aspirar a cambiar el mundo, ponen su granito para mejorar una situación o resolver algún problema. La idea que acompaña a esta investigación, y que cualquiera que haya luchado por algo puede comprender, es que intereses y emociones no se pueden separar, porque se alimentan mutuamente, pudiendo ser, por ejemplo, la consecución de la felicidad un interés legítimo por el que movilizarse, así como lo pueden ser el amor hacia una persona, una idea o un lugar, o el apego a un estilo de vida.

Tratando ahora las redes sociales que influyen o se crean durante el conflicto, en todos los casos los afectados buscaron alianzas y visibilidad fuera de sus localidades, pero solo en Coín ya existían previamente, confirmando a Jasper (1997) cuando sostiene que las redes sociales no son necesarias que existan *a priori* para que surja el conflicto. Entre los grupos que se solidarizan y apoyan a estos conflictos encontramos organizaciones ecologistas y, en particular, redes de organizaciones que trabajan asesorando conflictos contra represas. En los casos estudiados pensamos principalmente en el Movimiento Mexicano de Afectados por las Presas y en Defensa de los Ríos (MAPDER) —caso mexicano— y la Fundación Nueva Cultura del Agua (FNCA) y Red Andaluza para una Nueva Cultura del Agua (REANCA) en el caso de río Grande. En Riaño la solidaridad vino de grupos ecologistas recién nacidos, ya que en los años ochenta el ecologismo en España estaba todavía en una fase embrionaria.

Con esto terminamos la lectura crítica de los casos de estudio, esperando haber aportado las informaciones suficientes para comprender el análisis que presentaremos en los siguientes tres capítulos. Análisis centrado en el papel de las emociones en los tres casos analizados y en el estudio de los procesos emocionales cognitivos, que identificamos como motor de cambio, siguiendo la propuesta teórica descrita en el segundo capítulo.

El papel de las emociones. Un análisis comparado

El objetivo del análisis es comprender las experiencias de lucha contra represas incorporando la dimensión emocional. Por esta razón en este primer capítulo de análisis presentaremos qué emociones influyen en estas experiencias y cómo, mientras que en los siguientes capítulos analizaremos los procesos emocional-cognitivos que llevan al cambio, mostrando el papel de las emociones en los mismos.

Mostraremos las emociones que son centrales en las experiencias de lucha en defensa del territorio, apoyándonos en la clasificación propuesta por Jasper (1997, 1998, 2006, 2011) y que presentamos en el segundo capítulo. Según esta propuesta las emociones que más influyen en la protesta son las emociones morales, junto a los vínculos afectivos y a los estados de ánimo, mientras que las emociones reflejo o primarias, aun estando presentes, no influyen de manera decisiva en la dinámica de la protesta. Como ya vimos, las emociones son muchas y diversas y, por esta razón, distinguirlas por el procesamiento cognitivo que suponen, como se puede apreciar en la tabla que sigue, ha sido una herramienta útil a la hora de decidir qué emociones incorporar al análisis.

<i>(-)←Procesamiento cognitivo → (+)</i>			
<i>Reflejo</i>	<i>Vínculos afectivos</i>	<i>Estados de ánimo</i>	<i>Emociones morales</i>
Miedo Rabia/Coraje Dolor/ tristeza	Odio/hostilidad Desconfianza Desprecio	Pesimismo Resignación/fatalismo Cinismo Depresión/Tristeza Resentimiento	Ultraje Indignación Decepción
Sorpresa	Solidaridad Amor	Desesperación Soledad	Formas complejas de: Disgusto, miedo y rabia
Alegría/ Entusiasmo	Apego al territorio	Nostalgia del pasado	Dignidad Orgullo
	Confianza Respeto Admiración	Tranquilidad Optimismo Esperanza	

Fuente: elaboración propia.

Incorporar la dimensión emocional para comprender la experiencia de protesta presupone el reto de no limitarse a describir las emociones observadas, sino de analizar el papel que juegan diferentes vínculos afectivos, estados de ánimo y emociones morales, y mostrar cómo influyen en el conflicto las emociones recíprocas, si se produce contagio entre los miembros de las comunidades afectadas y de qué manera, si en los casos exitosos observamos emociones diferentes del caso no exitoso y en qué medida y consecuencia, y cómo el éxito y fracaso del conflicto influye en las emociones. También analizaremos cómo se manifestó la energía emocional en estos casos.

LOS VÍNCULOS AFECTIVOS

Los vínculos afectivos son emociones más profundas y duraderas que los estados de ánimo y juegan un papel central en la acción colectiva ya que construyen la relación entre los diversos sujetos, y también entre sujetos y territorio. En este apartado se analizará tanto el papel de las emociones recíprocas, entre los que luchan y sus contrapartes, como el apego al lugar. Este último es un concepto complejo en el que actúan muchas emociones y central en las experiencias de lucha en defensa del territorio. Por esta razón hemos querido dedicarle una atención especial a fin de poder aclarar de qué estamos hablando y el papel que juega en las luchas por la defensa del territorio.

Las emociones recíprocas

La protesta es un evento social que la unidad y la solidaridad pueden fortalecer, contrarrestando las emociones que pueden llevar al agotamiento o abandono de la lucha como son el miedo o la desesperación. La relación con la familia, los amigos, la comunidad es muy importante porque, entre otras cosas, puede contrarrestar estados de ánimo como la resignación y el cinismo, o favorecer otros, como el optimismo y la esperanza. En cuanto a las relaciones familiares, en nuestros casos de estudio pudimos comprobar que los entrevistados, por lo general, se sintieron apoyados, como se puede apreciar en este testimonio:

“Mi familia siempre nos apoyó (...) mamá me decía ‘a mí no me gusta que andes en eso, porque sabes con quién te estás enfrentando, y lo que eso implica, pero tampoco te voy a parar, tú sabes lo que haces y si crees que esto que estás haciendo está bien, hazlo’” (E.Sg.6)¹⁷.

17 Con la sigla E. seguido por Sg. (San Gaspar), Co. (Coín), y Ri. (Riaño) se identifica la entrevista de la que se ha extraído la citación. Al final del libro, después del apéndice metodológico, se encuentran las tablas con las entrevistas citadas.

El apoyo de la familia —aun cuando presupone dudas o preocupación por las consecuencias que puede tener la lucha— hace que las personas no se sientan solas durante el conflicto, proporcionando apoyo moral y a veces también económico, circunstancias que permiten, entre otras cosas, poder dedicarse a tiempo completo a la resistencia.

Si el apoyo familiar es importante, en las luchas locales las relaciones símil-familiares también se alargan a otros miembros de los pueblos. Las relaciones entre las personas con las que se comparte la experiencia producen un beneficio emocional ya que es gracias a la resistencia que las personas se conocen mejor, se apoyan, descubren afinidades, es decir se hermanan. Esto es considerado por los sujetos entrevistados en los tres casos como un aspecto positivo de la experiencia: “Estábamos todos como ‘hermanaos’ digamos... fue muy bonito, era muy bonito” (E.Co.1).

Luego, además de las personas con las que se comparte la cotidianeidad de la lucha, están también todas aquellas personas que apoyan desde fuera. Hemos podido comprobar que hacia estas personas también se siente un fuerte vínculo de unión y un sentimiento de agradecimiento, ya que la presencia de sujetos externos que apoyan la lucha tiene la potencialidad de cambiar el estado de ánimo de los más pesimistas y de inyectar energía, como se puede apreciar en este testimonio de San Gaspar:

“Tanta fue la emoción de ellos [los de Atenco] y el solidarizarse con nosotros que vinieron aquí... estuvieron aquí y bueno, fue un entusiasmo, la gente ese día se sintió tan apoyada, como dicen ‘prendió los ánimos’, la presencia de este grupo dio mucho valor a la gente, que incluso ya sentía la causa perdida” (E.Sg.1).

Como veremos en el siguiente apartado, los estados de ánimo pueden sufrir cambios durante la experiencia de lucha, y las emociones recíprocas y el apoyo proporcionado por actores sociales externos a las comunidades, como fueron los de Atenco en el caso de San Gaspar, pueden contrarrestar los estados de ánimo como el pesimismo o la resignación.

Otras emociones recíprocas centrales en el desarrollo de las luchas son la confianza y el respeto que los participantes sienten, por ejemplo, hacia las personas más implicadas, y que luego veremos se contraponen a la desconfianza hacia los promotores de las obras. Es inevitable que en un conflicto haya personas que se involucren más que otras, por tener más experiencia, tiempo, intereses, compromiso, etc., así que es interesante analizar cuáles son los sentimientos que estos sujetos provocan en los demás. En los casos analizados las personas más involucradas consiguieron el respeto y admiración de los demás, reconociendo su empeño no como egoístas o interesados, sino más bien por estar al servicio de la colectividad. Como veremos más adelante describiendo cambios en los prejuicios

de algunas personas, estas emociones de confianza no existían necesariamente a priori, sino que fueron el resultado de la conducta de los sujetos más implicados.

Otra categoría de personas hacia las que la mayoría de los afectados entrevistados demostraron respeto, gratitud y reconocimiento fueron las personas mayores, tanto porque se volcaron en la lucha como porque era el colectivo que más sufriría por el desalojo o por la posible inundación del pueblo:

“A todos han hecho daño, a todos de una forma, pero a la gente mayor mucho (...) tú imagínate uno de montaña, o mis padres metidos en Valladolid... encerrados en un piso... yo creo que esto es el daño mayor que han hecho a la gente” (E.Ri.4).

Este testimonio demuestra también que entre los afectados se siente empatía a pesar de las diferentes condiciones o afectaciones. Los sujetos más vulnerables, como la gente mayor, se convierten en una razón de peso para defender el territorio, ya que al dolor individual se suma el dolor que se siente en pensar y sentir los efectos que la presa puede producir en la vida de estas personas.

Por tanto, la trascendencia de las emociones recíprocas en el estudio de la protesta reside, por un lado, en fortalecer las “razones” de los afectados, y por otro en crear o fortalecer los sentimientos de pertenencia a un grupo y en su capacidad movilizadora:

“Yo creo al último todos se metían porque no puedes quedarte, ver que toda tu gente está trabajando está haciendo algo... y es como que y yo no puedo ser indiferente” (E.Sg.6).

Que las personas involucradas en una lucha se sientan apoyadas es así un factor que puede cambiar la dinámica del conflicto, ya que influye en el estado de ánimo y proporciona beneficios y energía emocional a los protagonistas de estas experiencias, como se puede leer en estos extractos de los tres casos de estudio:

“y ya cuando veías que estabas apoyado por más gente, pues entonces la gente como que se empezó un poco a espabilar, a decir: hoy sí tengo la opción de quejarme, y que se oiga en algún sitio, y no de quejarme tomando café y con los mismos siempre” (E.Co.10).

“Hubo recuerdos muy bonitos, porque viste la gente lo cariñosa que es, los que te apoyaban, gente de fuera que no tenía nada que ver con aquello, que te sentías... bien... en eso que la gente nos apoyaba” (E.Ri.5).

“afortunadamente aquí se nos unió mucha gente (...) eso nos apoyó mucho (...) se levanta la moral, [la gente] se siente apoyada... cuando tú tienes un problema con una persona, llega alguien y te apoya, se te levanta la moral” (E.Sg.7).

Como dicen los entrevistados, el apoyo “espabila”, es decir, moviliza: “levanta la moral”, “te da toda la fuerza del mundo” (E.Co.8), y hace que hasta una

experiencia como el desalojo de Riaño pueda proporcionar recuerdos bonitos, ya que la solidaridad y el apoyo durante los momentos difíciles hacen que las personas no se sientan solas. El apoyo es muy importante porque vence la soledad, estado de ánimo que, entre otras cosas, puede limitar la movilización, convirtiéndose en un arma poderosa de la acción colectiva, ya que permite superar una de las estrategias de los sistemas de dominación: aislar y dividir a las personas. De hecho, el individualismo y la consecuente soledad aumentan la vulnerabilidad del ser humano, mientras que la cooperación y el apoyo mutuo fortalecen a los sujetos. El apoyo es tan importante que su ausencia, es decir el hecho de que algunas personas no apoyen en la lucha, influye en las relaciones con estas personas, generando otras emociones como el resentimiento o, en algunos casos, hasta el odio.

Las emociones recíprocas incluyen lo que se siente hacia los “otros”, empezando por los políticos, hacia los que predomina el sentimiento de desconfianza y resentimiento, así como emociones como las del dolor, desprecio, rabia odio, lástima, tristeza o pena, como podemos apreciar en la aportación de esta mujer:

“Yo siento que ningún político es bueno, o sea, que de veras sea político de corazón, de que por ayudar a la comunidad, que sea un servidor público, pues, no son, porque no más llegan a donde querían llegar y se olvidan de todo... sigo viendo que son igual que traicioneros” (E.Sg.9).

Otras emociones recíprocas son las que se sienten hacia los que no apoyaron la lucha, es decir los miembros de las mismas comunidades que, por distintas razones, no se opusieron al proyecto, originando, entre otras cosas, decepción, rabia y odio:

“Fíjate que de esta rabia que tienes, los que marcharon al principio, los que fueron al nuevo Riaño, muchos estaban a favor de que tiraran Riaño, yo de todas maneras no les entiendo, pero bueno... y al principio les tenías como un odio” (E.Ri.5).

Además, en todos los casos, aparecen tensiones hacia aquellas personas de las comunidades que no se implican pero que se aprovechan de los resultados de la contienda o, como dijo un entrevistado, hacia la “gente que están muy acomodados esperando a que otros les solucionen el problema” (E.Co.10). Estas divisiones crean así sentimientos de hostilidad muy profundos que tardan mucho en curarse, como afirma este afectado de Riaño:

“La división se marcó ya tanto entre unos vecinos y otros, era muy difícil que las aguas volvieran... de hecho han pasado muchos años y las aguas apenas han vuelto a sus cauces, porque con la gente estuve una época tenso, pues sigues en la misma” (E.Ri.2).

En el caso de Riaño, donde la división pudo favorecer la derrota de la resistencia, el resentimiento hacia quienes no resistieron es más fuerte, aunque en el caso de San Gaspar y Coín también encontramos sentimientos similares, mitigados tan solo por el hecho de que finalmente la obra hidráulica no se realizó.

En fin, la experiencia del conflicto modifica las relaciones entre las personas y pone en evidencia su compromiso, su valor o falta de valor. Entre los aprendizajes que deja la experiencia de lucha, emerge el haber podido constatar en quién confiar y con quién trabajar. Todas estas relaciones alimentan, por un lado, la solidaridad entre personas que han vivido una misma experiencia o se reconocen bajo los mismos valores e ideales, y por el otro lado la polarización de la sociedad y el desencanto y descrédito hacia los ‘otros’, sean políticos, vecinos, etc.

Respecto a los vínculos entre las personas de los tres pueblos, a su sentimiento de pertenencia a la comunidad, hemos comprobado que los entrevistados de San Gaspar y Riaño se consideran una gran familia. Por el contrario, Coín, ubicándose a unos treinta kilómetros de Málaga, ha visto crecer mucho el número de sus habitantes en los últimos años y por eso ha ido perdiendo su identidad de comunidad, como muestra la experiencia de este entrevistado:

“Yo crecí de pequeño en un pueblo y eso se ha convertido en una pequeña ciudad dormitorio, mucha gente de fuera, (...) eso ya no es un pueblo, no es el pueblo que yo conocía. Todavía queda algo, afortunadamente, pero... se ha transformado bastante, tanto físicamente como en la idiosincrasia de la gente, su forma de pensar también ha cambiado un poco” (E.Co.2).

El tipo de vínculo que existe entre los habitantes de las áreas afectadas puede influir en la dinámica del conflicto, ya que es distinto organizarse entre habitantes de un territorio que casi no se conocen y entre una comunidad que se autodefine como familia. Además, como demuestra Della Porta (1995), cuando existen vínculos que se definen como familiares, el compromiso también es más fuerte.

Estos vínculos también son importantes porque se convierten en otra razón por la que luchar, ya que la disgregación de la comunidad y la pérdida de estos vínculos, cuando se rompen a causa de la inundación del valle, como en el caso de Riaño, se convierten en una de las mayores pérdidas para las personas:

“Te quedabas sin trabajo, te quedabas sin familia, te quedabas sin amigos, nada (...) eso es uno de los daños mayores, porque el pueblo en sí... lo tiraron e hicieron otro, pero la convivencia de los amigos, yo ahora... cada uno está en un lado” (E.Ri.4).

Además, lo que también se tiene miedo a perder, o se extraña, en el caso de Riaño, es la solidaridad entre los integrantes de la comunidad, que mejora la calidad de vida de las personas, como muestra este ejemplo expuesto por una mujer de San Gaspar:

“En una enfermedad no va a haber nadie que te va a dar un jarro de agua, porque estás en un lugar... ni quién te conozca, ni quién te vaya a dar una manita... o que te vengan a visitar de vez en cuando personas que dan caridad, que te conozca... que si te ven con una necesidad acudan a ti, te den una ayudita... y hay muchas cosas que pues son valores que yo digo que en otro lado yo no sería nada” (E.Sg.5).

Como veremos en el siguiente capítulo, una de las amenazas percibidas por los afectados es la pérdida de su estilo de vida. El desplazamiento a otro lugar produce la pérdida de estas relaciones de solidaridad, que hace a los individuos más vulnerables.

Resumiendo, este apartado —en el que hemos mostrado el papel de las emociones recíprocas— muestra cómo las relaciones entre las personas sufren cambios a raíz de la experiencia de lucha, polarizando las relaciones sociales, hermanando a quien comparte la misma experiencia, valores o emociones, manteniéndose en el tiempo más allá del conflicto. Por un lado, estas emociones influyen en la construcción de una identidad antagónica con los promotores o con quienes apoyan los proyectos. Por otro lado, sentimientos como la solidaridad, el respeto y la confianza entre los protagonistas de una lucha pueden cambiar el curso de la protesta, como resume este entrevistado:

“Todos los movimientos pueden tener éxito dependiendo de las personas que nos están rodeando. Porque nosotros cuando estábamos en el grupo, nada más en Teocaltiche, nos sentíamos algo solos, porque no nos sentíamos apoyados. Pero cuando empezamos a mirar que otras gentes de otros lugares empezaron a demostrar interés, a unirse, pues eso fue buenísimo, te levanta el ánimo, ¡ojo!” (E.Sg.7).

Pasamos ahora a examinar el apego al lugar porque si bien los vínculos entre personas son determinantes para la dinámica de la resistencia, en nuestros casos de estudio resultó tener también un papel muy importante la relación con el territorio.

El apego al lugar

Revisando la literatura sobre el apego al lugar resalta que no haya acuerdo entre los teóricos sobre una definición común. Una de las definiciones más aceptadas ha sido la de Low y Altman, que definen el apego al lugar como la “conexión cognitiva y emocional de un individuo a un escenario o ambiente particular” (1992: 165). Estos autores hacen el esfuerzo de ir más allá y proponen una lectura cultural según la que “el apego al lugar es la relación simbólica formada por personas que dan significados emocionales culturalmente compartidos a un espacio particular o porción de terreno que ofrece las bases para la comprensión

individual y colectiva de la relación con el medio ambiente” (Low y Altman, 1992: 165). M.^a Carmen Hidalgo, más recientemente, hace una revisión de otros tipos de apego, como el apego infantil o adulto, y propone considerar el apego al lugar como “un lazo afectivo que una persona o animal forma entre él mismo y un determinado lugar, un lazo que le impulsa a permanecer junto a ese lugar en el espacio y en el tiempo. La característica más sobresaliente es la tendencia a lograr y mantener un cierto grado de proximidad al objeto de apego” (1998: 51). En un trabajo aún más reciente, Manzo y Devine-Wright (2014) ponen las bases para seguir avanzando en el desarrollo teórico del concepto de apego al lugar que, como afirman los editores del libro, es aún insuficiente. Manzo (2014) evidencia las dimensiones menos tratadas del apego al lugar, como el papel de las emociones y la experiencia biográfica en la construcción del mismo y, finalmente, la relevancia de la dimensión política del apego al lugar, que ha sido muy poco explorada en el contexto residencial.

Lo que emerge de toda esta literatura es que el apego al lugar está compuesto por una componente física, relacionada con el lugar físico que llegamos a querer y con el que nos identificamos, y otra social relacionada con las personas que viven en el lugar. Por esa razón ha sido confundido o utilizado indistintamente con otros conceptos cercanos como el “apego a la comunidad”, que hace referencia a los vínculos entre los miembros de la comunidad, o la “identidad de lugar” que “se refiere a las formas en que los atributos físicos y simbólicos de ciertas ubicaciones contribuyen al sentido de sí mismo o a la identidad de un individuo” (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983: 59). Además, es importante subrayar que según el caso de estudio y los sujetos entrevistados, este vínculo afectivo estará compuesto de manera diferenciada por elementos físicos, sociales y culturales, según lo que cada uno valora más en su vida. Ese aspecto es importante porque, como defienden Hidalgo y Hernández (2001), dependiendo de si el objeto del apego es más social o físico la interpretación sobre la amenaza de un proyecto será distinta, y en consecuencia también la reacción de los afectados.

Una vez aclarado que el apego al lugar es el vínculo afectivo que nos relaciona con un territorio, entendido como su ambiente físico, su gente y su cultura, y que es una construcción individual y colectiva, ya que es influenciada por el contexto social en el que vivimos, necesitamos explicar por qué es un concepto clave en la protesta ambiental.

Entre los autores que han aplicado este concepto en nuestro campo de estudio, Devine-Wright (2009) propone un marco teórico y analítico para analizar las oposiciones a instalaciones indeseadas, que rompe con el enfoque NIMBY (véase también Gordon y Jasper, 1996) y que considera estas experiencias como una forma de acción colectiva cuyo objetivo es la protección del lugar. En su análisis las emociones son relevantes ya que según el autor el conflicto socioambiental surge

porque los proyectos que amenazan un territorio rompen los vínculos emocionales pre-existentes amenazando procesos identitarios que tienen que ver con el lugar.

Devine-Wright, que también se apoya en el constructivismo social y en la teoría de la representación social, analiza en su propuesta las varias etapas que experimentan las poblaciones locales que se oponen a las instalaciones, desde la toma de conciencia a la interpretación, evaluación y acción, en un análisis que comprende tanto procesos intrapersonales como socio-culturales. Después de varias aplicaciones de este concepto en casos concretos (Devine-Wright, 2009 y 2011; Devine-Wright y Howes, 2010), más recientemente (Devine-Wright, 2014) el autor hace hincapié en la necesidad de estudiar el apego al lugar de una manera dinámica y no estática, mostrando cómo el vínculo afectivo entre personas y lugares puede cambiar si el lugar cambia, como está sucediendo por el cambio climático. Como él afirma, en su experiencia raramente se analiza cómo va modificándose el apego al lugar en los sujetos cuando los lugares cambian, siendo necesaria una mayor investigación empírica acerca de los vínculos afectivos que los seres-humanos desarrollamos con los lugares.

El apego al territorio resulta ser así particularmente importante en los conflictos ambientales porque suele ser inconsciente y emerge en el momento de ruptura, cuando se produce una disrupción, es decir, cuando el territorio está amenazado. De hecho, como afirma Jasper, “la resistencia no deriva solo del posible riesgo percibido, sino del apego al lugar y a las rutinas que se resumen en el concepto de hogar, porque la seguridad depende de estas rutinas, posesiones materiales y miembros familiares” (1997: 124).

Es en ese vínculo afectivo que se construye entre las personas y un lugar donde se esconde la principal o una de las principales motivaciones para la acción en la protesta contra proyectos que amenazan un territorio, influyendo además en los procesos emocional-cognitivos que llevan al cambio.

El apego se fundamenta así en el amor hacia el espacio físico, fortalecido por recuerdos y sentimientos como la nostalgia, en las emociones recíprocas y compartidas con sus habitantes, pero también en el sentimiento de seguridad que otorga el vivir en un espacio conocido, con gente conocida. Como afirma Hidalgo, el apego al lugar “implica un sentimiento de seguridad asociado a su proximidad y contacto, y una pérdida de esa figura produce miedo y angustia” (Hidalgo, 1998: 53). El riesgo de perder esa seguridad produce terror, estrés y ansiedad, lo cual conduce a la acción, como explica claramente Jasper cuando afirma que “los seres humanos actuarán para prevenir cambios en el ambiente que pueden eliminar esta seguridad ontológica, esa es la razón por la que se oponen a involuntarios, incontrolables y desconocidos riesgos” (1997: 123).

Lo que mueve a los opositores contra una infraestructura no es el egoísmo —emoción comúnmente relacionada con los conflictos ambientales— sino proce-

sos cognitivos mucho más complejos que comprenden una amplia gama emocional. Además del sentimiento de seguridad, al que está relacionada la elaboración de la amenaza, Jasper vincula el apego al territorio también con la dignidad, concebida como “una serenidad y orgullo que deriva de la confianza en el lugar de uno, si ese lugar es la parte social y el contexto físico de uno” (Jasper, 1997: 126). Identidades estigmatizadas, incluidas las identidades geográficas, como puede ser la de un pueblo afectado por problemas como la contaminación, los residuos, la construcción de infraestructuras, etc., o que no ha sabido defenderse de una amenaza, pueden minar la dignidad de aquel pueblo, tanto que no es raro que la defensa del territorio se convierta a menudo en “una cuestión de dignidad”.

Otra emoción que juega un papel importante en la protesta, y que está relacionada con el apego al territorio, es el dolor que provoca la pérdida, o la idea de la pérdida del lugar querido. Es evidente que la aniquilación o la desaparición de un lugar querido puede producir dolor, como se puede comprobar en la literatura narrativa y en los testigos de los afectados, así como en la literatura científica sobre realojamientos forzados, en la que se ha demostrado cómo “las personas forzadas a abandonar su barrio manifestaban una gran aflicción, tan intensa como el dolor y la pena por la pérdida de un ser querido” (Hidalgo, 1998: 68). El dolor es una emoción que puede influir y cambiar la dinámica de la protesta, ya que puede llegar a ser muy intensa. Por un lado puede entristecer hasta llevar a la muerte, pero por otro se puede convertir en un motor para la acción, ya que se percibe que no queda nada más importante que perder. Este ejemplo demuestra, una vez más, la importancia de estudiar las emociones en su contexto, ya que según cómo se perciban y reelaboren, y según cómo interactúan entre sí, podrán tener efectos distintos.

Para concluir, el apego al lugar resulta ser un elemento determinante en el estudio de los conflictos ambientales, ya que “lo que nos mueve, lo que nos hace sentir, es también lo que nos tiene en un lugar” (Ahmed, 2004: 11). Aunque en la literatura especializada hemos podido comprobar que es un concepto que necesita de mayores elaboraciones teóricas y de más análisis empíricos. O con palabras de Giuliani: “el camino de la conciencia intuitiva del fenómeno a su análisis científico sistemático y coherente, aún está lejos de haber terminado” (2004: 192), tenemos material suficiente como para poder identificar el apego al territorio en nuestros casos de estudio y observar cómo influye en la protesta y en el cambio cultural.

Si como hemos visto en el párrafo precedente los sentimientos hacia los demás pueden cambiar la dinámica de una protesta, en un conflicto por la defensa del territorio el vínculo con el lugar se convierte en un elemento fundamental ya que explica las razones de la resistencia:

“Mucha gente que con sacrificio lo estaba haciendo, con mucho sacrificio, entonces es cuando tú dices, en verdad la gente le tiene amor a su pueblo” (E.Sg.7).

La relación con el territorio emerge cuando el territorio está amenazado, pero se construye a lo largo de la vida de un individuo, como afirma este entrevistado de Coín:

“Yo siempre lo he dicho, que esto no sea quizás, ni el sitio más bonito, ni la zona, pero es donde me he criado, y yo tengo unos grandes vínculos de enraizamiento con la tierra” (E.Co.2).

Pero, además, como muestra la literatura, el apego al lugar está compuesto por una componente física y otra social, que en palabras de un entrevistado se resume en la frase: “El pueblo no lo hacen las casas, lo hace la gente” (E.Ri.4). Lo que se defiende en el conflicto no son las casas y las tierras amenazadas por la construcción de la presa, sino lo que eso representa para los sujetos, o como dijo una mujer de San Gaspar:

“Yo defendía el pueblo y todo lo que significa... es una vida, es una historia, es todo, es tu patrimonio” (E.Sg.6).

Además, el territorio para muchas personas es fuente de sustento, de autonomía y de capacidad para poder decidir cómo vivir. De hecho, para las personas de estos pueblos, cultivar la tierra, criar el ganado o sus pequeños comercios son fuentes de rédito que garantizan un estilo de vida muy distinto de lo que puede ofrecer una ciudad o un trabajo asalariado. Por esta razón el apego al territorio y al pueblo se convierte también en apego a su estilo de vida, como muestra este testimonio:

“Río Grande no es solamente [un río]...es un modo de vida en cuanto a tener un pedazo de tierra, una huerta” (E.Co.2).

También hay que recordar que el territorio es parte de la identidad de las personas, y por esa razón una amenaza hacia el territorio puede ser percibida como una amenaza directa a las personas, a sus vidas y a su identidad, como podemos apreciar en este extracto:

“El tema del agua y de la identidad (...) el río es parte nuestra, es parte de la zona donde vivimos” (E.Co.7).

El territorio se convierte también en un refugio en el que las personas vuelven a estar bien. En el caso de Riaño, por ejemplo, las pocas personas que volvieron a la comarca después del desalojo afirman que una de las razones que las ha motivado son las sensaciones que sienten al estar en contacto con el entorno:

“Me consuela ver las montañas, y sus vidas, andar por los valles (...) porque el monte, cualquier flor, cualquier pájaro, me distrae” (E.Ri.2).

En el caso de San Gaspar, donde la mayoría de la población ha emigrado a los Estados Unidos, el pueblo representa el lugar al que volver, el espacio familiar donde poder recuperar su estilo de vida, las relaciones familiares y de amistad, y su identidad. El pueblo se convierte así en el nido al que volver, en el punto de referencia, de apoyo, en el que las personas vuelven a reencontrar sus raíces. Así nos lo comentó una entrevistada:

“Mis hijas, las dos mayores, decían «aunque no nos vamos a quedar, nosotros sabemos que hay un rinconcito en San Gaspar y un lugar para nosotros», de otra manera ¿dónde vas a volver a ver tu gente?” (E.Sg.5).

Quedarse sin un lugar al que volver cuando quieras, presupone un desarraigo, un sentimiento de abandono y de soledad, y esa es una de las muchas consecuencias que causa la construcción de un embalse, como expresó un afectado de Riaño:

“No es lo mismo marcharte a trabajar a tal sitio, que igual te va bien, y te quedas y si puedes seguir, encantado, y formar una familia y ser feliz, pero si es todo lo contrario tienes tu casa para poder regresar, pero nosotros no teníamos posibilidad de regreso a ningún sitio” (E.Ri.2).

Así, en los casos de San Gaspar y Riaño, donde hay un plan de alejamiento obligado del lugar de origen, el territorio se convierte en un punto de referencia y proporciona beneficios emocionales que permiten sobrellevar la condición de migrantes en tierras “hostiles”.

Otro elemento que emerge claramente de las entrevistas es que el apego al territorio es un proceso casi siempre inconsciente y emerge en el momento de la ruptura:

“Cuando tú lo ves, lo ves y ya está, pero cuando hay un peligro, como querían hacer esto, ya te involucras más... te ayuda a ver que cuando tienes una cosa y ves que la vas a perder... ya te preocupas... y dices ‘aquí hay que hacer algo’, yo y tantos como yo. Hubo muchas personas que pelearon la piel” (E.Co.4).

Resulta evidente que el territorio no es solo el espacio físico y cultural, sino que incluye también aspectos propios de las biografías, como los muertos y los recuerdos, además de las relaciones que ya hemos visto. El tema de los cementerios o panteones, por ejemplo, es recurrente en las experiencias que suponen un desplazamiento. En muchas culturas el lugar donde están enterrados los muertos es sagrado y es un vínculo muy fuerte entre las personas y el lugar:

“La gente peleaba los muertos... decía ‘los muertos, ¿qué va a pasar con ellos?’... nuestro templo, nuestras costumbres” (E.Sg.5).

El apego se fundamenta en una práctica cotidiana, que luego alimenta recuerdos que provocan muchas emociones y que hacen que aquel lugar se transforme en algo que no solo te pertenece, sino que es parte de ti. El apego al lugar es así una suma de emociones como el amor o el sentirse bien en un lugar, es la identidad, son las relaciones con las personas, las que están y las que se han ido, los recuerdos, etc. Este vínculo afectivo, junto con el sentimiento de injusticia y las emociones morales que veremos luego, es una de las mayores razones y motivaciones de las personas que defienden su territorio, como podemos leer en los extractos siguientes:

“Tenía veintitrés años cuando vinieron a echarme, por lo tanto ese es el motivo, los niños crecieron y se hicieron mayores, echaron raíces, y muchas raíces. Porque Riaño era un lugar muy fértil para la raíz sentimental de las personas (...) esa fue la causa principal de la protesta contra Riaño” (E.Ri.1).

“Nosotros defendíamos nuestra esencia, o sea, nuestra comunidad, porque eso somos, porque aquí nacimos, aquí crecimos, aquí hemos vivido toda la vida, la gente no ha conocido otro medio de vida” (E.Sg.9).

“Me interesó un montón, porque es una cosa que llevamos dentro, el tema del río. (...) Yo siempre he vivido junto al río, entonces siempre hemos estado muy pegados al tema del agua” (E.Co.7).

Parece evidente que el apego hacia el lugar es un sentimiento importante en los conflictos ambientales, ya que motiva a las personas a defender el territorio en el que viven y al que aman. Pero además es interesante observar como este vínculo emerge gracias al conflicto y se reelabora durante la experiencia de lucha. De hecho, hay una reapropiación del territorio por parte de los sujetos que empiezan a reivindicar el territorio como suyo rechazando las acusaciones de egoísmo, circunstancia que caracteriza tanto la lectura NIMBY como los discursos de los promotores de las obras. Según esta mujer:

“Aunque a veces el decir que algo es nuestro, es como mucho amor propio, como egoísmo, pero yo creo que hace falta un poquito de amor propio en este aspecto. Yo creo que hace falta porque destruimos a diestro y siniestro y no nos está importando nada, yo creo que el problema que no estamos mirando por la naturaleza y el medio ambiente es que realmente no lo consideramos como nuestro. Si lo consideráramos como nuestro no lo destruiríamos, porque nadie destruye su propia casa, nadie destruye sus enseres. (...) Si tú lo consideras tuyo, si tienes un poquito de amor propio tú cuidas y vives con ello” (E.Co.5)

El apego al territorio resulta ser fundamental para la defensa del mismo, pero ¿cómo se construye? En la investigación hemos comprobado que la biografía de

las personas tiene una importancia capital en la construcción de este vínculo. El río, por ejemplo, es el protagonista de muchos recuerdos: es donde mucha gente aprendió a nadar, era el lugar de ocio de la comunidad, del tiempo libre pasado con familia y amigos. En todos los casos los entrevistados comparten en las entrevistas recuerdos del tiempo pasado en el río:

“Nos bañábamos en el río, y además es que estaba limpio, aquello era [maravilloso]” (E.Ri.5).

Entre los recuerdos que emergen de las entrevistas, en todos los casos, las personas nos cuentan episodios naturales, como las riadas:

“Me acuerdo mucho de ir los días de invierno con mucha lluvia a ver cómo había crecido el río (...) como con las grandes lluvias el río iba cargado de agua” (E.Co.5).

Los eventos naturales son parte de la vida y de la memoria de la comunidad. El río mismo es parte de la comunidad, y sus cambios, su fuerza y su belleza son motivos de atención y orgullo para los miembros de la comunidad:

“Coín ha estado siempre muy orgulloso de tener mucha cantidad de agua (...) nos sentimos muy orgullosos del nacimiento de Coín” (E.Co.5)

La relación cotidiana de los entrevistados con su entorno también muestra el apego al lugar que sienten los sujetos. Cuando en Coín fui a visitar el río fue increíble la emoción de todo el mundo por la inesperada presencia de una nutria, así como el cariño que demostraban los entrevistados paseando por los márgenes del río. En Riaño recorrimos senderos y compartimos el amor hacia la montaña, el dolor y la rabia que acompañan también la vista del embalse. En San Gaspar fuimos al cerro que rodea el pueblo, paseando por el borde de la ladera, apreciando el paisaje que se hubiera inundado con la presa y escuchando historias de antepasados y misterios que caracterizan aquel lugar. De hecho, las emociones que aquí mostramos a través de las narraciones de las personas, se transmiten también en la relación entre el entrevistado y el entrevistador, gracias a la empatía, pudiéndose comprobar a través de la observación y vivencia con las personas.

La reapropiación del lugar durante el conflicto se basa así en el miedo a perder algo querido y se alimenta por recuerdos, vivencias y experiencias, individuales y colectivas. Como veremos en el último capítulo, la revalorización del territorio es una de las consecuencias de estas experiencias de lucha, incluyendo el proceso de reapropiación del mismo, en el que las emociones juegan un papel central.

En nuestros casos de estudio, por ejemplo, pudimos comprobar que las personas experimentaron sentimientos como el terror, el estrés y la ansiedad a

causa de las posibles consecuencias que hubiera traído la construcción de la presa. Como afirma esta mujer:

“Te quita tu tranquilidad aunque tú no quieras, te quita la tranquilidad, y siempre estás pensando ‘qué pasará si de veras nos mueven de aquí, si se acaba esto’. Son muchas cosas” (E.Sg.6).

Otra emoción que caracteriza estas experiencias es el dolor por la pérdida, o la idea de la pérdida, del lugar querido:

“Se te rompe el corazón, estás llorando dos años... y después de veinte si te pones un poco sentimental, también... esto está allí para toda la vida hasta que te mueras” (E.Ri.3).

En los casos donde se prevé el desalojo de los pueblos estas emociones pueden llegar a afectar a la salud y pueden entristecer tanto que pueden conducir a la muerte¹⁸. La pérdida del pueblo entristece también en los casos en los que se ha evitado, ya que —como afirma esta mujer— hay personas que no pudieron asistir a la victoria:

“Tristeza porque tanta gente se murió con ese pensamiento, de que San Gaspar se iba a terminar. Porque [hay] gente que murió, a lo mejor dicen que de tristeza, que por que todo esto se iba a acabar, se deprimieron, y hubo gente que falleció” (E.Sg.5)

El dolor puede llevar a la acción pero también puede dejar heridas muy profundas que —en el caso de Riaño, por ejemplo— hacen que la mayoría de la gente no regrese al lugar, como nos confirma este extracto:

“Hay gente que decidió marcharse (...) Yo pienso que no quieren verlo... han dejado de venir y no han vuelto por orgullo, por rabia, por lo que quieras” (E.Ri.3).

Las emociones que desmovilizan o llevan a abandonar la lucha o el lugar, pueden ser superadas gracias al apego al lugar, a las emociones recíprocas y a la energía emocional, como veremos al final de este capítulo. En Riaño, por ejemplo, los que volvieron lo hicieron movidos por el vínculo al territorio o a las personas:

18 Sin entrar en los procesos psicológicos que acompañan al dolor, en gran parte de los testimonios sobre realojamientos forzosos hay personas que “mueren de pena”. Además, en el caso de Riaño también nos comentaron como los animales, vacas, perros, etc. no querían salir de las casas y establos derrumbados, volvían al mismo sitio (casa, cuadra, etc.), algunos incluso cuando empezaba a subir el agua del embalse. Así nos contó un entrevistado: “las vacas de Manolo... iban al mismo sitio donde tenían la cuadra (...) el perro que nunca entraba en casa y aquel día entró, y no quería salir, y lo tuvieron que sacar los guardias a rastras” (E.Ri.4). Esta nota sirve para recordar que el impacto de estos proyectos puede afectar a todo ser vivo en el territorio perjudicado. En el caso de los animales comprende también una dimensión emocional muy poco estudiada hasta el momento.

“Mi territorio, un lugar en el que yo me manejaba bien (...) por eso vengo y vuelvo, y ando por la montaña y me siento yo mismo otra vez” (E.Ri.1).

Como es fácil de entender el dolor es una de las emociones más presentes en las narraciones de los afectados por el embalse de Riaño. Ese sentimiento se proyecta en el pantano, ya que todos los entrevistados afirman que verlo les produce mucha angustia y mucha rabia:

“Siento verdadero asco al verlo [el pantano], pero ya no me queda más...podría decir ‘eso no quiero verlo’ pero es que no puedo evitar... estás continuamente por allí, por el pueblo, te marchas y cuando regresas lo ves” (E.Ri.2).

La vista del agua que anuló su pueblo es tan indeseada que varios entrevistados afirman que cuando pasan por allí intentan no verlo, ya que la vista del agua les recuerda lo que perdieron, como afirma esta mujer: “Yo siempre pienso: debajo de esta columna estaba mi casa” (E.Ri.5).

Comprender el dolor que produce la pérdida del pueblo permite comprender por qué la mayoría de las personas que vivían en Riaño, y lucharon por defenderlo, no quieren hablar de su experiencia. Ese silencio fue roto por el grupo de personas que hemos entrevistado, quienes en 2007 decidieron volver a organizarse para conseguir la recuperación del valle, movidos por el amor a su tierra y el deseo de justicia. El dolor es así superable cuando otras emociones hacen que valga la pena.

Para concluir, en este apartado hemos podido demostrar la importancia de los vínculos entre las personas y el lugar en el que viven, y cómo estos vínculos pueden facilitar —o no— la protesta, haciendo que las personas no se sientan solas y se sientan apoyadas, construyendo confianza con algunos y resentimientos con otros. Hemos visto también cómo estos elementos, además, fortalecen la identidad antagónica entre los que se oponen a las obras y los que no, sea porque las promueven o porque piensan conseguir ventajas. No cabe duda, además, del papel del apego al lugar en las resistencias contra instalaciones no deseadas, ya que el vínculo que nos une al lugar en el que vivimos es muy fuerte y puede influir en nuestras decisiones y acciones, pero existen otras emociones que influyen en la dinámica de la protesta, como mostraremos a continuación.

LOS ESTADOS DE ÁNIMO

Los estados de ánimo se diferencian de otras emociones por durar más, ser menos intensos y no estar dirigidos a un objeto, sino ser el resultado de la experiencia y la biografía de la persona. En relación con la dinámica de la protesta, algunos como la esperanza o el optimismo pueden jugar a favor, mientras que otros como la resignación o el cinismo, pueden desmotivar. En nuestros casos de

estudio, las personas que deciden oponerse a la obra tienen que enfrentarse a la resignación de algunos vecinos:

“Había mucha gente mayor que decía ‘nadar, nadar y morir a la orilla’ eso decían... dichos semejantes, o el mismo dicho u otro parecido. Que era una causa perdida te lo decía todo el mundo, luchar contra... era como si fuera David contra Goliat” (E.Ri.2).

En todos los casos hay personas pesimistas y resignadas, y otras que siguen con esperanza. La experiencia de la lucha puede influir en estos estados de ánimo, pero el éxito o el fracaso de la lucha no es la única variable que incide en los estados de ánimo. El temperamento de una persona es muy importante, es decir, cada uno, según su personalidad, su biografía, etc. puede reaccionar de distinta manera. Eso hace que en Riaño no todo el mundo haya perdido la esperanza:

“Un poquito de lucecita, una ilusión de tonto e iluso que soy, de que eso va a desaparecer, pero si es como una lucha que tengo allí” (E.Ri.1).

Por otro lado, eso también hace que en casos exitosos como Coín y S. Gaspar haya gente que siga pensando que eso no significa nada aunque hayan parado el proyecto:

“¿Sabes el comentario que se dice? ‘Si luego después van a hacer lo que le da la gana, ¡¿tú qué te crees?!’ Todavía hay gente que te dice ‘sí, lo conseguimos parar, pero vete tú a saber... cuando pase un tiempo que esto esté calmado otra vez, eso sigue pa’lante’” (E.Co.5).

Ese estado de ánimo pesimista, a pesar de la victoria, se debe a la profunda desconfianza hacia el Estado, que por otro lado fue también clave en el éxito de la protesta, porque permitió a las dos comunidades evitar ser engañadas, como se puede leer en estos testimonios:

“La gente en la calle no se fiaba absolutamente de nada [de] lo que oían, porque estábamos en pre-elecciones, entonces estábamos que decíamos ‘me cuentan por aquí... ¿Y eso es verdad? ¿Es mentira?’ y simplemente se confiaba... había gente que lo que le dijera la coordinadora era la verdad absoluta, el resto ya, para nada” (E.Co.10).

Pero, además, la actitud pesimista se apoya en la conciencia de que la administración es un enemigo poderoso, que a diferencia de los habitantes de las zonas afectadas posee medios y tiempo, pudiendo presentar proyectos similares en el futuro, como sugiere este extracto de una mujer de San Gaspar:

“No está del todo terminado... hasta donde sé yo, aunque lo hayan movido de lugar, si aumentan el nivel de la cortina, que creo que lo tienen considerado, puede afectar aquí” (E.Sg.6).

Las emociones hacia las autoridades y el saber que el Estado tiene el poder de volver a amenazar el territorio, aun en los casos de victoria, producen un sentimiento de impotencia:

“Era como una impotencia (...) ‘¿qué derecho tiene nadie a quitarle a alguien lo que es suyo, desde siempre lo ha sido, y además que les haya aportado tanto?’” (E.Co.3).

La impotencia produce además resentimiento, otro estado de ánimo que deriva del agravio por la injusticia sufrida. El resentimiento lleva al deseo de venganza y al odio hacia los responsables: en nuestros casos de estudio principalmente hacia los políticos, pero, en el caso de Riaño, también hacia la guardia civil que desalojó el pueblo y reprimió a los que resistieron:

“Me he encontrado con gente que estuvo allí de guardia civil y que me han venido a pedir perdón (...) a mí me pidió perdón... No te quiero decir que les tenga odio, pero no tengo buen concepto de ellos... Les miro con... odio no les tengo, pero a mí me hicieron tanto daño” (E.Ri.5).

Entre los estados de ánimo que pudieron caracterizar la experiencia de lucha, encontramos también la incertidumbre, que produce ansiedad acerca del futuro tras la obra o acerca de la respuesta en la gente durante la movilización:

“Las reuniones: siempre estábamos asustados que la gente no viniera... cada vez que había una reunión era un subidón” (E.Co.7).

Otro estado de ánimo o, mejor dicho, un trastorno del estado de ánimo que, como hemos podido comprobar, derivó de la experiencia del conflicto fue la depresión. En nuestros casos puede generarse con la idea de perder el pueblo, como en el caso de S. Gaspar:

“Pues yo lo viví mal... a mí me dio depresión, yo tuve que ir al doctor, por cierto que hasta ahorita todavía estoy tomando la medicina para la depresión” (E.Sg.10).

Otra consecuencia derivada de la experiencia del conflicto, observada en los casos de San Gaspar y Riaño, y motivada por la gravedad del impacto, fue la obsesión que experimentaron los afectados por el tema del embalse:

“Se hablaba todos los días del mismo tema, yo creo que ya nos dormíamos soñando con el agua que ya se nos venía encima” (E.Sg.1).

En Riaño hemos comprobado la existencia de otro estado de ánimo, la frustración, consecuente al fracaso. Las personas entrevistadas nos contaron que estaban convencidas de que, por una razón u otra, al final se quedarían en el pueblo, como testimonia esta mujer: “Yo desde luego siempre pensé que habría vivido en Riaño, siempre” (E.Ri.5).

La consecuencia de no haber podido defender el pueblo llevó al sentimiento de frustración, que además se suma a la nostalgia que experimentan cuando vuelven al Valle, cuando, como expresó un entrevistado:

“Piensas en lo que era antes y en lo que habías debajo... porque estábamos al pico Jordas y ahora está tapado por el agua... pero bueno, qué se va a hacer... perdimos la pelea” (E.Ri.3).

Aunque muy poderosos, estos estados de ánimo no producen siempre el abandono de la lucha, ni en los casos donde son más intensos, como en San Gaspar y Riaño, porque son sobrellevados gracias a otras emociones como son la rabia, el dolor y los vínculos afectivos:

“El coraje era mucho mayor que toda la impotencia y todo lo demás, incluso la impotencia te da coraje, a mí me lo dio” (E.Ri.1).

Entre los estados de ánimo más recurrentes en los casos de éxito, la esperanza que proporciona la victoria permite difundir la creencia de que el pueblo, en caso de amenaza, volvería a levantarse:

“Si se volviera a presentar el problema la gente participaría con aún más gana, porque lo tomarían más en serio... Si volvieran... nos vamos a levantar en armas” (E.Sg.4).

Además de la esperanza que la experiencia deja de cara al futuro, otros estados de ánimo que juegan a favor de la movilización durante el conflicto, son el optimismo debido a la participación y la esperanza de tener éxito, como podemos apreciar en estos extractos:

“Pensaba que lo podíamos conseguir... era lo que me motivaba a mí, es mi manera de plantearme las cosas, es así... más como verlo positivo y echarle mucho empeño y trabajo, y entonces yo creo que las cosas salen, y esto lo tenía muy claro” (E.Co.11).

Por último, en los casos exitosos, destaca la tranquilidad que llega una vez terminado el conflicto, como podemos leer en estos testimonios:

“Todo vuelve a su cauce otra vez, es lo bonito también, se sabe que esto está allí, y como alguien... eso vuelve a nacer” (E.Co.3b).

Esa tranquilidad es la meta anhelada durante el conflicto que, muchas veces, es interpretada por analistas y activistas de SMOs como egoísmo, pero en realidad es una necesidad natural del ser humano, y es una de las razones por la que las personas luchan: poder vivir en sus pueblos, tranquilos, haciendo sus vidas, como afirma este hombre: “lo que queríamos es que nos dejaran vivir” (E.Ri.2).

Para concluir, los estados de ánimo son importantes no solo porque influyen en la movilización, sino porque pueden ser también el resultado de la misma. De hecho, en los casos de victoria se puede convertir en optimista quien antes no lo era:

“Pensábamos que no se podía con el gobierno... pero sí se puede, si el pueblo se queda unido” (E.Sg.2).

En el caso de Riaño el cambio de estado de ánimo, para muchas personas, se dio a la inversa, dado que el entusiasmo de los jóvenes que resistieron al desalojo, se convirtió luego en resignación:

“Si ya no creo en nadie... yo ya no creo en nada... igual me lo creo, pero de momento me echo para atrás o me lo pienso dos veces, al final me ganan igual, como mi padre” (E.Ri.4).

Para concluir, el análisis de los casos muestra que los estados de ánimo pueden influir en la dinámica de la protesta, favoreciendo o desfavoreciendo la movilización, y también pueden sufrir cambios a raíz de la experiencia de protesta. Aquí también emerge la importancia tanto de la biografía de los sujetos, ya que cada individuo puede ser más optimista o pesimista como consecuencia de su experiencia o carácter, como de la dimensión colectiva de las emociones, ya que las personas que defienden el territorio tienen que manejar tanto sus estados de ánimo como los de los demás, evitando que estados de ánimo que pueden desmotivar se contagien, y evocando o favoreciendo los que pueden favorecer la movilización.

Pasamos ahora a presentar el análisis de las emociones morales, las emociones que según Goodwin, Jasper y Polletta (2001a) son las más importantes en los procesos políticos.

LAS EMOCIONES MORALES

Las emociones morales son aquellas que dependen de la visión del mundo del sujeto, de lo que considera justo o injusto y de su sistema de valores.

Entre las emociones morales que tienen un papel importante en la experiencia de protesta destaca la indignación, “que comprende una gran cantidad de conceptos, creencias y expectativas (...) [y] es provocada por la creencia de que alguna norma moral ha sido deliberadamente rota y que un daño y sufrimiento han sido infligidos a personas que no lo merecían” (Cadena-Roa, 2005: 81). En el caso de Riaño, por ejemplo, la indignación es la respuesta frente al desalojo y la destrucción de los pueblos, que se está percibiendo como una injusticia:

“Un momento muy chungo fue cuando fui a mi casa, yo no quería ir a mi casa, porque sabía que la iba a liar, eso era muy fuerte, y mi casa ya la estaban tirando (...) Es como que te entra una cosa dentro terrible, mucha indignación... y mucha rabia y mucha impotencia, pero en cantidades abismales” (E.Ri.1).

Como se puede leer en este extracto, la indignación puede ser acompañada por otras emociones, como rabia o impotencia, pero también dolor.

En los casos de estudio la indignación también se siente frente a la imposibilidad de ejercer un derecho que las personas creen legítimo, como el de poder manifestarse pacíficamente para expresar su disconformidad, como se puede comprobar en este testimonio:

“Allí es cuando empiezan a negarte [el derecho a manifestarte], bueno no me puedo ni manifestar... ¿qué pasa?... la gente estaba muy indignada” (E.Co.1).

Por último, la indignación también surge de las repetidas mentiras de los promotores de las obras:

“Es que había indignación... cuando le mientes tres veces, ya la tercera que les diga lo que les diga te están mirando así...” (E.Co.3b).

La indignación, como nos recuerda este entrevistado, se alimenta de la información que las personas consiguen y puede movilizar cuando se consiguen superar sentimientos como la frustración, la soledad o la impotencia, como afirma este entrevistado:

“Si empiezas a escarbar un poquito más empiezas a indignarte, empiezas a... con todo lo que está pasando ahora, la gente está indignada, no han llegado a la frustración, por eso han reaccionado, aquí no se llegó a una frustración, aquí se llegó a una indignación” (E.Co.10b).

Además, “la indignación hacia el propio gobierno puede mover particularmente, cuando en ella influye un sentimiento de traición” (Jasper, 2011: 292). Esa decepción que sienten las personas hacia los políticos, será carburante en la transformación de conciencia y conducta que describiremos en el último capítulo:

“Se sorprende uno de no tener el apoyo de la autoridad municipal (...) uno cree contar con él (...) uno esperaba pensar en el apoyo al 100%” (E.Sg.5b).

Junto a la indignación, el ultraje fue otra emoción moral que influyó en la dinámica de los conflictos estudiados. El ultraje es un “potente motivador en la protesta (...) que juega un papel significativo en la deslegitimación de la política y en la generación de acción colectiva siempre y cuando la conducta del Estado sea percibida como arbitraria (...) [y que además] por el hecho de proveer objetivos lleva a la gente a enfrentarse con la autoridad” (Reed, 2004: 667). El ultraje influye en la motivación para la acción, en la elaboración de los culpables y del *injustice frame* y en cuanto compartido “altera la evaluación de los costes y de los beneficios relacionados con la participación en la protesta” (Jasper, 1997: 203)

El ultraje es la respuesta emocional a acciones y declaraciones que son percibidas como un insulto o una ofensa. Vamos ahora a presentar los acontecimientos que desencadenan esta emoción en nuestros casos. Para empezar, en todos ellos, el ultraje está relacionado con el engaño de los políticos:

“[La gente se movilizó] porque hubo mucho engaño de parte de las administraciones públicas” (E.Co.1).

Otra actitud que desencadenó un sentimiento de ultraje fueron las mentiras que los políticos difundieron, relativas a las divisiones de la comunidad o actuaciones de personas que no se oponían a la obra, o las que despreciaban y minusvaloraban a la comunidad y su gente:

“Y eso también fue una cosa que nos molestó, el maquillaje que le estaban dando a esto, el tinte que querían hacernos ver como si fuéramos muy poca cosa, que para un puñito de personas que éramos, pues no... pero realmente no sabían que se estaban enfrentando también contra gente que tenía intereses aquí, tanto materiales, económicos, sentimentales, culturales, etc.” (E.Sg.1).

El ultraje y la indignación, en los casos de Riaño y San Gaspar, también están relacionadas con la actitud del Estado al desprestigiar y minusvalorar el territorio, actitud que activa el sentimiento de dignidad, amor propio y orgullo hacia el territorio menospreciado. El orgullo es otra emoción moral que, además de ser experimentado por el territorio, también está relacionado con el hecho de que las personas hayan sido capaces de defenderlo:

“El orgullo de ser coína¹⁹ y de que todo mi pueblo se haya levantado, como se ha levantado para luchar por él, a mí eso todavía me emociona” (E.Co.5).

19 Natural de Coín, Málaga, España.

“La gente llenó el salón y se demostró que no éramos no más un puñito de gente los que estábamos queriendo defender...” (E.Sg.1).

Aunque en estos casos de estudio, al contrario de otros contextos como el de Gould (2009), vergüenza y orgullo no están entre las emociones más determinantes, la estigmatización del territorio como “sacrificable” en nombre del progreso, produce ultraje, indignación, dolor, rabia y una humillación producida por ser la localidad que va a desaparecer y por la inconformidad de ser considerados ‘ciudadanos de segunda categoría’ (E.Co.1):

“Aquí enfrentaron a la tierra de campos con la montaña (...) había que sacrificar esta zona para que otra zona (...) yo no lo entendía que tuvieran que sacrificar nuestra tierra para que otra gente progresara” (E.Ri.3).

Lo que los ciudadanos piden es que los políticos les traten como personas, es decir que se les explique el problema, las soluciones propuestas, se permita el debate y, finalmente, se les incluya en la toma de decisiones:

“Yo para mí vale más juntar a todo el pueblo [y decirles] ‘Señores hay un proyecto. Ustedes piensen cuáles son las altas y bajas. Qué es lo que le conviene y lo que no le conviene. Ahora, si ustedes pueden darnos opciones, ayudas, estamos abiertos a un diálogo. Vamos viendo lo que más nos conviene’” (E.Sg.5).

El ultraje nace así también de la falta de diálogo por parte de las clases dirigentes que es percibida como una falta de respeto hacia la gente:

“[Los políticos] no te escuchaban, ni querían saber nada, iban a lo suyo y a lo marcado en su día” (E.Ri.2).

De hecho, la actitud que ofende a las personas es cuando la administración actúa como si los ciudadanos fuesen incapaces de decidir y evaluar acerca de decisiones que les afectan o de darse cuenta de lo que presuponen los proyectos. En muchas ocasiones se ha demostrado que tanto entre la gente del campo que conoce el medio así como entre las personas que han estudiado en esas comunidades hay siempre mucha sabiduría y conocimiento, que lleva a no creer en las argumentaciones que se les da:

“Eran dos tubos y un camino, dos tubos de un metro y sesenta creo que era...dicen que era simplemente para recoger el agua de las avenidas... ‘dos tubos que cabe uno de pie para recoger el agua de las avenidas, ¡venga, hombre, por favor!’” (E.Co.1).

Dentro de las manifestaciones de desprecio hacia los afectados una de las que hemos comprobado que duele e incide más en el sentimiento de ultraje, es la

de considerar a las personas como ignorantes, aspecto que se legitima y defiende en la literatura NIMBY y que se puede encontrar en los discursos de los promotores en todos los casos analizados:

“Que nos hagan ver así como ignorantes... ‘esos no saben nada’... y eso también te molesta...” (E.Sg.6).

El ultraje también está vinculado al trato que sufrieron los afectados durante el conflicto, desde la represión a los abusos durante una manifestación, como demuestran estos testimonios:

“En una ocasión que fuimos había un desfile, y lo único que hicieron nos pusieron una fila de barredoras allí a trabajar a echarnos todo el polvo de la basura... imagínate con tu familia en eso... pues te duele mucho eso, te sientes impotente... lo que quiere hacer el gobierno contigo” (E.Sg.7).

Volviendo al trato que sufren las personas por parte de las autoridades, el ultraje también se produce a raíz de sentir que los políticos estén actuando como si no estuvieran tratando con seres humanos:

“Yo cuando pensaba que iban a hacer una presa decía ‘es que no es como un corralito, donde vas a sacar unas gallinas, y las avientas a otro’, y desafortunadamente el gobierno no entiende estas cosas, antes de hacer sus proyectos nunca toman en cuenta a las personas” (E.Sg.6).

El ultraje está además relacionado con la desproporcionalidad de la respuesta por parte del Estado: “Si tocábamos cuatro policías por persona... como quieres que nos sintiéramos” (E.Ri.3).

En Riaño, la violencia policial no solo fue desproporcionada sino que fue tan exagerada que produjo ultraje, indignación y un descrédito hacia el Estado que examinaremos con más profundidad en el último capítulo. Pero todas estas emociones no fueron solo el resultado del trato sufrido por los afectados, sino también de las expectativas que ellos tenían, como muestra este extracto:

“A mí me echaron de mi casa en diciembre... Yo nunca había tenido una experiencia semejante (...) nos sacaron a rastras... a la fuerza... Nos cogieron por los hombros y nos sacaron de la casa, así (...) Cuando llegaron yo pensaba que no iban a hacer eso. Yo pensaba que iban a ser más civilizados, o iban a charlar con nosotros, y nos íbamos a convencer... y yo le decía ‘no nos van a convencer y de aquí nosotros no salimos’ y bueno... no hubo ni negociación siquiera... nos echaron y punto” (E.Ri.5).

Valores, expectativas, ideas y creencias influyen en las emociones morales que surgen en la experiencia de lucha incluyendo —como destacó Jasper

(2011)— formas complejas de miedo, rabia, dolor, disgusto. Estas emociones son muy comunes en las experiencias de protesta, pero pueden causar confusión por poder ser tanto reflejo como morales, y la diferencia puede ser muy importante para la propia dinámica de la protesta.

La rabia, por ejemplo, puede ser inmediata y muy intensa en su forma primaria o reflejo, pero este tipo de rabia no es la que influye más en la dinámica de la protesta, ya que se siente y se va rápidamente, y normalmente no es compartida. Otro tipo de rabia, que es el resultado de un discurso oculto (Scott, 2000), se asocia por ejemplo a un marco de injusticia pudiendo ser reiterada y compartida colectivamente, capaz de cambiar las dinámicas de la protesta: motivando a la acción o incluso legitimando la violencia política. En nuestros casos de estudio, esa rabia “moral” se siente hacia los promotores de las obras a causa del perjuicio que se está sufriendo, como podemos apreciar en estos extractos:

“Sentías (...) esa rabia de...es que esto es importante para mí, ha sido nuestro durante toda la vida, además es super necesario y nos lo están arrebatando, y nos tenemos que callar” (E.Co.3).

Esa rabia es una rabia moral, ya que es el resultado de pensar que lo que está amenazado es algo importante para el sujeto y además es algo injusto. Esta rabia se siente principalmente hacia los políticos que tienen la legitimidad y la fuerza para desalojar a los pueblos y expropiar las tierras, influyendo en las emociones hacia las autoridades, entre las que destaca una forma de disgusto “moral” que, como veremos en los siguientes capítulos, tiene importantes consecuencias en el cambio:

“Él [el gobierno] no conoce valor, él no conoce sentimientos, no conoce nada, nada más que el poder” (E.Sg.5).

Como consecuencia, la disposición hacia los políticos se refleja en un rechazo hacia todo lo que es política: “Es que la política, de verdad, me asquea mucho” (E.Ri.5).

Otra emoción que ya hemos encontrado y que tiene su forma “moral” es el dolor provocado por la pérdida, que influye en la elaboración del agravio, en la revalorización de lo que peligra y en la movilización a la acción, ya que al igual que la rabia, el dolor muy intenso puede también inducir a la necesidad de defender hasta el último recurso lo que está peligrosando, como sugiere este testimonio:

“A mí en lo personal sí me afectó mucho, y a lo mejor... fue lo que me ayudó a sostenerme allí en el movimiento... si no defendiendo lo mío luego ¿qué hago?” (E.Sg.7).

En nuestros casos de estudio el dolor hizo que la gente se involucrase en el conflicto y reelaborase lo que significaba la pérdida y, en el caso de Riaño, influyó en la necesidad de reorganizarse para pedir la recuperación del Valle.

Además de la rabia, el disgusto y el dolor, el miedo es otro sentimiento que puede tener una forma compleja. El miedo a perder el pueblo o el territorio es el resultado de tomar conciencia de la importancia de estos elementos en la vida de las personas como vimos en el apartado anterior dedicado al apego al lugar. El miedo, en este caso, se relaciona con la preocupación por lo que puede pasar en el caso de tener que abandonar el pueblo que desaparece bajo las aguas:

“Yo ni dormía, todos tenían miedo y coraje, miedo que decíamos ¿dónde vamos a dar? ¿Dónde nos van a llevar?” (E.Sg.13).

Pero el miedo, sobre todo en las experiencias de lucha, puede estar relacionado también con la posibilidad de represión, como se lee en este testimonio:

“Nosotros sentíamos que corríamos peligro de ser hasta agredidos, y sentíamos en amenaza nuestras vidas (...) nosotros teníamos este miedo por las experiencias que se habían comentado en los encuentros, donde hubo comisarios ejidales que fueron asesinados, otros atacados, encarcelados injustamente” (E.Sg.1).

Mientras el miedo a perder el pueblo o la tierra es similar en los tres casos, el miedo a la represión juega un papel diferente en todos ellos. En el caso mexicano es más intenso por el contexto de violencia que vive el país, en el cual ha habido muchos casos de asesinatos de personas involucradas en los conflictos. Pero en los tres hubo miedo hacia posibles represalias o violencias:

“En la lucha ha habido un momento en que parecía que nos iban a machacar, y hay amenazas, por suerte vivimos en un país en que se supone que hay más democracia y a lo mejor México es más chungo, mucho más chungo, seguro” (E.Co.7)

En Riaño, por ejemplo, los entrevistados expresaron que sintieron miedo al resistirse al desalojo en los tejados de sus casas:

“El tejado estaba malísimo, que casi [nos caemos]...terminamos agarrados a ello con un miedo, pero bueno, era el único que nos quedaba a donde agarrarnos, ya... por lo demás los estábamos viendo llegar [a los guardias civiles]” (E.Ri.2).

Aunque el miedo pueda desmotivar a la acción, otras emociones, como los vínculos entre las personas, la legitimidad que proporciona el sentimiento de injusticia, el dolor que provoca la pérdida, la rabia, etc., permiten sobrellevar el miedo, como podemos leer en el testimonio de este entrevistado:

“Se siente temor, porque ve uno tanta policía, tantos granaderos, pero creo que el defender una causa justa nos da esta valentía de enfrentarlo” (E.Sg.1).

Aun así, hay que destacar que el miedo también puede producirse a causa de las posibles represalias contra los activistas locales y los participantes, algo que desgraciadamente no es inusual en estos contextos de lucha. En los casos de nuestro estudio, por ejemplo, las amenazas fueron hacia sus puestos de trabajo, aspecto que pone en evidencia la desigual distribución del poder entre ciudadanos y promotores, perjudicando en especial los primeros:

“A mí de hecho (...) me costó el puesto de trabajo el participar en la lucha del río Grande” (E.Co.2).

Para concluir, el miedo en estos contextos de lucha puede ser causado por las represalias y la represión, mayor en México que en la España actual, donde es más fácil que se genere indignación, emoción relacionada con la percepción de una situación injusta.

Para concluir, lo que emerge del análisis de las emociones morales es que dependen de lo que los sujetos piensan, creen y consideran justo o injusto. Estas emociones pueden movilizar en la acción colectiva cuando superan otros sentimientos como la resignación o la impotencia. El compartir estas emociones es central en las experiencias de lucha porque significa que los sujetos comparten también los valores que están en la base de las mismas, alimentando la identificación con el grupo o colectivo, así como la solidaridad, y eso nos introduce en la dimensión colectiva de las emociones que trataremos en el último epígrafe de este capítulo.

LA DIMENSIÓN COLECTIVA DE LAS EMOCIONES

Terminando ya con las diferentes categorías de emociones, el lector habrá observado que las emociones se mezclan y actúan combinándose, tanto que en el segundo capítulo hemos hablado de “energía emocional”.

Esa energía juega un papel importante tanto en la resistencia, porque anima y motiva a las personas y puede evitar el agotamiento, como en la transformación de conciencia y de conducta. En nuestros casos esa energía se experimenta cuando hay respuesta de la gente y puede transformar el miedo inicial, debido a la incertidumbre sobre los resultados de la lucha, en satisfacción y orgullo:

“Entonces sientes una satisfacción cuando ves que toda la gente responde... que toda la gente está unida, que aunque pasan cosas, cuando ves que toda la gente está motivada, dispuesta a defender sus derechos yo creo que es la mayor satisfacción... que veas que aunque te quieran aplastar... esa actitud de la gente tan positiva, que no tan fácil se doblega ni se deja...” (E.Sg.6).

Esa energía, además, se produce en los momentos colectivos, como, por ejemplo, las manifestaciones. Hablamos de experiencias en las que, al principio, las personas pueden sentir miedo, inseguridad y nerviosismo por lo que puede pasar, pero luego estas emociones se transforman en valentía, compañerismo y entusiasmo, como muestra este testimonio:

“Hay muchos momentos emocionantes. Sobre todo, la manifestación que se hizo..., también fue un momento muy tenso, pero emocionante... Por ejemplo, la primera gran manifestación que se hizo, que tuvo una acogida masiva (...) y fue espectacular, porque ver el pueblo movilizándose por un río, la verdad es que fue muy emotivo, sentirse como si estuvieras haciendo historia, una historia en pequeño” (E.Co.11).

Esa energía se produce por la interacción entre las personas, es decir, por compartir y contagiarse emociones entre los asistentes, aspecto que explica la importancia de los momentos colectivos en la dinámica de la protesta, pudiendo “inyectar valor” a los participantes, impulsar a la acción y, hasta en un caso negativo como Riaño, permitir salir adelante:

“Todos los que estábamos allí en la lucha, [después del desalojo] hicimos un campamento, muy bien organizado, todos allí... tuvimos una vivencia muy buena entre todos (...) nos ayudábamos (...) fue impresionante aquel verano” (E.Ri.5).

Por último, no podemos olvidar la energía que produjo la victoria en los casos de San Gaspar y Coín, que como veremos en el último capítulo influyó en el empoderamiento:

“Fue un gusto grande, una emoción tremenda la que sentimos, todos nos abrazábamos, todos gritábamos ‘Sí, se pudo. Sí, se pudo’” (E.Sg.5).

“Es que fue un subidón cuando se paró la historia, como si nos hubiese tocado la lotería, eso fue un subidón general para todo el mundo... y fue el resultado de toda la lucha, de todo el esfuerzo de un montón de gente” (E.Co.3).

Tanto en las victorias finales como en las pequeñas victorias una emoción que juega un papel importante es la alegría. Un ejemplo muy especial es el caso de Riaño en el que, aunque prevalecen emociones como el dolor, encontramos acontecimientos que los afectados recuerdan con entusiasmo, como en este caso:

“[En este momento sentí] alegría porque allí conseguimos que no la tiraron [la casa] y se fueron [los guardias civiles]. Fue un pequeño triunfo dentro de la guerra” (E.Ri.3).

La alegría, además, fortalece los vínculos entre las personas e influye positivamente tanto en la dinámica de la protesta como en el cambio, motivando e induciendo a un estado de ánimo más positivo. Esto explica por qué en los casos exitosos, por ejemplo, las personas son más optimistas hacia el futuro y tienen más esperanza de poder cambiar las cosas. En los casos de Coín y San Gaspar, la alegría suprema se consiguió con la desestimación de los proyectos, como podemos apreciar en las palabras de esta mujer:

“Yo no más que me dio mucho gusto cuando nos dijeron que no se iba a hacer. Mucha alegría sentí, que hasta mi corazón me latió hasta aceleradamente así de alegría” (E.Sg.10).

Hablando de la dimensión colectiva de la protesta recordamos también que entre las dinámicas que caracterizan las emociones habrá que tener en cuenta el contagio emocional, que emerge claramente, por ejemplo, en las narraciones de los momentos colectivos:

“Había un contagio, para mí que soy una persona muy emotiva, un contagio de un cruce de alegría (...) Yo creo que todo el mundo estábamos contagiados de esta emoción, de la emoción de decir ‘qué bien, todo Coín se ha unido por esto’ y esto lo hace más contagioso todavía” (E.Co.5).

La energía emocional tiene un papel en el proceso de reelaboración de la legitimidad de la lucha y en la autoestima, ya que produce satisfacción, confianza y entusiasmo, permitiendo superar el pesimismo y la impotencia inicial:

“Y [siento] sobre todo optimismo y alegría... Estoy luchando por algo, es algo muy serio, pero yo me la voy a pasar bien. Yo creo que aquí es lo que ha funcionado en todo momento” (E.Co.7).

Esa energía, junto a los vínculos entre las personas, además de movilizar, hace posible que el aprendizaje de la experiencia no se acabe con el fin del conflicto, como veremos en el último capítulo, y explica el placer de la protesta (Jasper, 1997) como muestra este extracto:

“Es bonito, por un lado tiene su lado, no digo divertido, pero de satisfacción, de decir ‘bueno, hay que dejar cierta marca siempre en esta vida’. Hay quienes pasan y parece que no estuvieron aquí... entonces, nunca hemos pretendido que nos erijan un monumento, ni que nos estén haciendo condecoración, y honores (...) Quizás sí dejemos esta huella, esta marca, este recuerdo, seguiremos presentes por mucho tiempo (...) Eso uno lo tiene siempre lleno de recuerdos, de satisfacción, y de sentir el compromiso con esta comunidad, hasta el último día que esté aquí uno” (E.Sg.1).

El placer de la protesta permite sobrellevar la tensión, el estrés y el cansancio que caracteriza a las experiencias de lucha, y hace que la gente considere participar de nuevo en otras ocasiones:

“Todo fue bastante bonito, la verdad es que yo nunca me metí en una cosa así, y lo haría otra vez, no me importaría” (E.Co.4).

Las emociones que conforman el placer de la protesta se convierten en beneficios emocionales de la protesta (Wood, 2001), manifestándose en los casos de San Gaspar y Coín de diferentes maneras, desde el orgullo por haber defendido al pueblo, haber participado por primera vez o al sentirse útiles. Además, estos beneficios emocionales producen consecuencias una vez que el conflicto termina, ya que las personas no quieren perder lo que han adquirido durante la experiencia de lucha, en términos de relaciones humanas, vivencias, etc. Aun cuando se hayan conseguido los objetivos de la lucha, el fin de la experiencia puede dejar un hueco en las vidas de las personas, como podemos leer en este extracto:

“Mucha gente pelearon juntos... y entonces ahora de repente, lo hemos conseguido, se acaba la lucha, y había mucha gente que estaba disfrutando de esta hermandad, de quedar con los demás para hacer cosas (...) como fue una lucha larga entonces se acostumbró uno a eso y empezó a disfrutar... cuando consigue algo ‘¿y ahora qué?’” (E.Co.3b).

Ese extracto muestra cómo, a pesar de la victoria, el fin de la experiencia de lucha puede producir tristeza, abandono, inseguridad, como también demostró Adams (2003). Resuelta la amenaza al territorio, lo que enfrentan los sujetos es el miedo a perder las relaciones construidas durante el conflicto, circunstancia que en el caso de Coín fue superada por algunos sujetos dando vida a nuevos proyectos, como veremos en el último capítulo. El placer de la protesta influye así en el cambio de los sujetos que analizaremos en los siguientes capítulos.

En torno a la legitimidad de la lucha, la energía y los beneficios emocionales del conflicto estas experiencias son necesarias de por sí, independientemente de los posibles resultados, hasta en un caso como el de Riaño:

“Después de todo te ha quedado eso, la satisfacción de decir ‘bueno, hice lo que pude’ que era poco, pero bueno, dentro de las posibilidades que teníamos, luchamos por ello (...) aunque no lo conseguimos por lo menos nos queda allí haberlo hecho y haberlo intentado, eso por lo menos” (E.Ri.2).

Si el placer de la protesta y la energía emocional muestran el papel de las “emociones de la resistencia” (Whittier, 2001), hay que recordar que la defensa del territorio también produce “emociones del trauma” (Whittier, 2001), como el miedo, la rabia, la impotencia, el estrés o el agobio que cada sujeto reelabora tanto

individual como colectivamente. Los protagonistas más involucrados, además, sienten el peso de la responsabilidad, el peso de todo lo que les puede pasar a las personas que participan, como afirma este entrevistado:

“Toda la responsabilidad que nosotros sentíamos, porque para nosotros era una cosa tan sagrada que la gente nos apoyara” (E.Co.8).

Estas experiencias pueden ser tan intensas y duras que una de las metáforas recurrentes, sobre todo en los casos de San Gaspar y Riaño, fue la de la guerra:

“Fue una guerra que tuvimos entre ellos y nosotros, pero toda la gente [se quedó unida]” (E.Sg.10).

En Riaño la gente comparaba su experiencia con la guerra y la dictadura:

“Gente que había vivido en la posguerra o así, y luego cuando llegó el momento (...) la gente mayor que lo estaba viviendo lo decía ‘esto es peor que la posguerra, es una dictadura auténtica, una represión’” (E.Ri.2).

La experiencia de perder el pueblo o pensar en la posibilidad de perderlo, caracterizadas por las emociones del trauma, pone a prueba a las personas, tanto que algunos entrevistados nos dijeron:

“Fue una experiencia que no se la deseo a nadie... ni al peor enemigo” (E.Ri.5).

“Espero no volver a vivir otra cosa de esa” (E.Sg.10).

Emociones de la resistencia y emociones del trauma coexisten y caracterizan la experiencia de lucha. Como describimos en el segundo capítulo las emociones actúan en matrices y se alimentan entre sí, por esa razón hay que analizarlas en el contexto y en la interacción entre sí. Pero, además, las emociones se transforman y pueden ser redirigidas hacia otros sujetos, como se muestra en este extracto, en el que el amor hacia el pueblo se convierte en frustración por no haberlo salvado y en odio hacia quienes lo destruyeron:

“Un amor a Riaño terrible y que ahora se ha convertido en frustración y odio, por lo que ha pasado” (E.Ri.1).

Estos últimos extractos nos recuerdan que las experiencias de lucha son experiencias complejas, en las que los sujetos tienen que manejar sus sentimientos, aprovechando la energía emocional y las emociones recíprocas para poder sobrellevar o evitar el agotamiento. Esa intensidad emocional también nos permite comprender la importancia de la vuelta a la tranquilidad para los casos de éxito, que hemos mostrado al final del apartado dedicado a los estados de ánimo.

Terminando el análisis de este capítulo en el que hemos querido mostrar las diferentes emociones que influyen en las luchas contra represas, no podemos ignorar que las emociones no son solo un producto individual, sino también colectivo, ya que se contagian y se comparten, por eso hablamos de emociones compartidas (Jasper, 1997). Compartir emociones es muy importante para la comprensión de la protesta porque, como nos comentaron los protagonistas de los casos estudiados, el compartir la experiencia es lo que une a los sujetos:

“Hay un motivo de esto para unirse, es una causa común, es una lucha de la población... y de hecho hay gente que igual ahora mantiene relación, ‘¿te acuerdas cuando fuimos en aquel tejado, o hicimos esto... o le quitamos un escudo al policía?’... cosas de estas” (E.Ri.3).

El hecho de compartir emociones permite fortalecer las relaciones con las personas y superar los momentos difíciles relacionados con el miedo a la posible represión durante una movilización o con la desesperación consecuente al desalojo:

“Allí [en el campamento] bien, y nos juntábamos todos, teníamos un bar y nos consolábamos” (E.Ri.4).

En estas experiencias, caracterizadas por la gran intensidad emocional que las personas comparten, hemos podido comprobar que nunca falta la solidaridad y el apoyo mutuo, elementos que sirven para poder soportar las dificultades, tanto materiales como psicológicas:

“El momento mejor fue el campamento... nos encontramos todos en la calle, ya después de todo (...) fue lo mejor que podíamos hacer (...) y nos llevábamos muy bien porque no nos faltó nunca de comer, siempre venía alguien y nos hacía un cocido para todos (...) procurábamos hacernos unos a otros la vida lo mejor posible... fue una experiencia, la mejor” (E.Ri.5).

Además de los vínculos que se crean entre las personas que viven la misma amenaza, compartir la experiencia genera empatía hacia sujetos que pueden vivir una experiencia similar, generando solidaridad, como apreciamos en estos testimonios:

“Fue una experiencia muy amarga, muy dolorosa... que uno se pone en lugar de las personas que están pasando por esto (...) Y por eso digo que a mí me da mucha lástima y mucha tristeza con esa gente como aquí en Temaca, que quieren hacer la presa” (E.Sg.10).

Por otro lado, la falta de empatía juega un papel importante en la construcción de la identidad colectiva, ya que alimenta la distancia hacia aquellos actores

que no la tienen, caso de los políticos que promueven la obra, tal como indica este extracto:

“[Los políticos] no contaron ni con el apego de la gente, ni contaron con la dignidad de la gente” (E.Co.10b).

Para concluir, la energía emocional y el placer de la protesta constituyen un bagaje emocional que los sujetos adquieren y que juega un papel muy importante en el sentimiento de eficacia de la lucha que, como hemos podido comprobar en los casos de Coín y San Gaspar, se traduce en la metáfora del granito de arena:

“Y sobre todo por poner un granito de arena más apoyando al pueblo, porque realmente era el pueblo que quería todo, entonces eso me llenaba a mí también” (E.Co.7).

* * *

Las experiencias de lucha contra represas se caracterizan por una compleja dimensión emocional que influye en todas las dinámicas del conflicto.

Como pudimos comprobar analizando los tres casos, la defensa del territorio no se podría comprender sin el papel que juegan las emociones, es decir, sin la comprensión de la dimensión individual y biográfica, ya que como afirmó un entrevistado:

“La motivación de ella era más emocional, la relación que tenía con la familia, y realmente la familia de ella se ha educado allí, en río Grande... oriundos de allí... ‘¿y tú de dónde eres? Yo soy de río Grande’ es algo más emocional...” (E.Co.10b).

En fin, estos conflictos se pueden entender solo comprendiendo lo que presupone la construcción de la presa para los individuos afectados. Resumido en las palabras de una entrevistada:

“Estábamos luchando por lo nuestro, por lo que vivimos toda la vida, donde tenemos nosotros las esquinas y los recorridos que hacíamos” (E.Ri.5).

Finalmente, también mostramos cómo las emociones morales juegan un papel importante porque son el resultado de los valores, creencias y expectativas de los sujetos. Estas emociones dependen de sus creencias y de su biografía, como indica este extracto:

“He sido una persona que me ha gustado luchar por las causas justas, la verdad es que nunca he estado de acuerdo cuando se abusa de la gente (...) Yo cuando veo una cosa así injusta, cuando uno quiere abusar del otro, aprovechándose de su ignorancia, del desconocimiento, es donde siempre me he metido a luchar, a defender” (E.Sg.1).

En el caso de Coín, donde el impacto material era menor en comparación con los otros dos casos esta sensibilidad tuvo un papel muy importante, ya que permitió que la gente se volcase en la lucha:

“Siempre me ha gustado eso, el tema de las asociaciones, el tema de echar una mano de los problemillas que hay, de estar informado de lo que no es lo que sale en la tele, por ejemplo, eso siempre me ha movido” (E.Co.7).

Analizar estas experiencias incluyendo la dimensión emocional y biográfica permite así comprender por qué las personas han defendido su territorio y qué ha significado para ellos. Nos alejamos así de una visión universalista y biológica de las emociones para mostrar como son constructos socio-culturales que dependen de muchos factores, entre los que destaca la cultura y la biografía del individuo. Si bien la psicología y la neurociencia estudian la expresión corporal de las emociones y dónde se generan en el cerebro, mostrando a veces las emociones como procesos mecánicos del cuerpo humano e independientes del sujeto, el estudio socio-cultural de las emociones permite ver cómo las emociones son interpretadas y manejadas por los sujetos, que individual y colectivamente les atribuyen significados y actúan a partir de lo que sienten. En la acción colectiva eso se traduce en que no hay que pensar que sean ciertas emociones las que movilizan, ya que según cada contexto la misma emoción, como el miedo, puede movilizar o desmovilizar, sino que debemos analizar el significado que el sujeto atribuye a lo que siente, cómo responde a ello y con quién comparte su sentir.

Así concluimos este capítulo dedicado a las emociones en los casos estudiados de lucha contra represas. En el próximo analizaremos los procesos emocional-cognitivos que nos permiten comprender cómo la experiencia de la lucha puede llevar a un cambio en los sujetos, así como el papel desempeñado por las emociones en este cambio.

Emociones y cambio cultural: desde el shock moral al injustice frame

La hipótesis de este trabajo es que el cambio cultural que experimentan los sujetos que defienden el territorio es el resultado de procesos emocional-cognitivos que producen una reelaboración de ideas, creencias y valores. Como se dijo en el segundo capítulo estos procesos no son lineales, sino que son dinámicos y cambiantes según la persona que los experimenta y el momento en el que se producen. Además, no son procesos puntuales, sino que pueden repetirse tantas veces cuantas experiencias se vivan, influyendo en reelaboraciones continuas de la realidad. El análisis que presentaremos en las próximas páginas consiste en mostrar cómo se manifiestan los procesos cognitivos en los casos estudiados. Gracias a su descripción y explicación en los casos concretos, podremos demostrar su eficacia en el estudio del cambio cultural consecuente al conflicto.

En este capítulo se analizarán: el shock moral producido por la noticia de la construcción de la obra hidráulica; la elaboración de la amenaza, es decir, qué implica la construcción de una presa para los habitantes de las zonas afectadas; la identificación de los responsables y el *injustice frame*, es decir el proceso que permite a las personas determinar que lo que están viviendo es una injusticia.

EL SHOCK MORAL

La noticia de que se va a construir una presa que puede cambiar para siempre el territorio en el que una persona vive, trabaja o veranea, produce una respuesta emocional que tiene la capacidad de producir en las personas un proceso de reelaboración de la realidad. Ese proceso es lo que hemos definido un shock moral, es decir: “la vertiginosa sensación que se produce cuando un evento o información muestra que el mundo no es como uno lo pensaba, y que puede a veces llevar a una articulación o reelaboración de principios morales” (Jasper, 2011: 289).

Como afirmaron varios autores, entre los que recordamos a Piven y Cloward (1977), la protesta se produce a raíz de una ruptura de la cotidianeidad, y el evento o información que rompe esa cotidianeidad es la que produce el shock. La atri-

bución de “moral” se explica por la reelaboración de ideas, creencias y valores que eso implica.

El shock moral resulta ser una respuesta emocional que implica un elemento cognitivo. Como afirma Jasper: “la información o el evento ayuda a las personas a pensar en sus valores básicos y cómo el mundo diverge de esos valores” (Jasper, 1998: 409), y ese proceso de reelaboración se produce gracias a las emociones experimentadas por los sujetos, como pueden ser los vínculos afectivos o la sensibilidad hacia algunos temas que producen el choque.

En cuanto al papel de las emociones en este proceso, Jasper muestra que el moral shock “ocurre cuando un evento inesperado o un conjunto de informaciones aumenta el sentimiento de ultraje en una persona que se inclina hacia la acción política, tenga o no conocidos en el movimiento” (1998: 409). Pero el ultraje, como veremos, es solo una de las emociones que pueden influir en este proceso, un proceso que depende de las emociones, y según el tipo de emoción y su intensidad, se darán reacciones diferentes a un mismo input cognitivo.

El moral shock dependerá de la cultura, en la medida en que las emociones son también construcciones culturales, de los momentos históricos, ya que según la época el ser humano es más o menos propenso a aceptar o no su condición, a defender derechos adquiridos, etc., y finalmente de la biografía de las personas, circunstancia que fortalece la necesidad de un enfoque centrado en el sujeto.

Mostraremos en el análisis de los casos que el shock moral influye tanto en la motivación a la acción y en la participación —empujando a las personas a ‘hacer algo’ para oponerse al proyecto— como en los otros procesos emocional-cognitivos que analizaremos más tarde. De esa manera podemos afirmar que el shock moral es el primer paso de un proceso de reelaboración más complejo que comprende otros procesos que también analizaremos.

Empezaremos así nuestro análisis identificando cómo se manifiesta el shock moral en los sujetos entrevistados y determinando las emociones que lo provocaron, comparando los resultados para encontrar patrones comunes.

En los casos analizados el primer shock se produce cuando las personas de las comunidades afectadas toman conciencia de que el proyecto “va en serio”, pues la historia de las diferentes obras hidráulicas, tanto en México como en España, suele ser muy larga. En todos los casos encontramos entrevistados que justifican el inicial escepticismo de los pobladores sobre la posibilidad de que la presa se construya, basándose en la memoria del pueblo, es decir, en la memoria de las personas mayores, como evidencia este testimonio:

“Eso de la presa, hablas con personas mayores y lo dicen, dicen ‘yo desde que era muy pequeño escuchaba que iba una presa allí’” (E.Co.1).

El caso de Riaño es aún más emblemático ya que no solo el primer proyecto de embalse es de principios del siglo XX, sino que la presa ya estaba construida desde los años sesenta. Los entrevistados, es decir los jóvenes que resistieron a

mediados de los años ochenta al desalojo de Riaño, habían convivido toda su vida con la cortina, construida bajo la dictadura, pero sin la amenaza real de que esto pudiese convertirse en el embalse que anegara su futuro. Para los habitantes de Riaño, pueblo ya oficialmente expropiado desde antes del desalojo, la noticia del cierre del pantano por el primer gobierno democrático produjo un primer shock moral:

“Yo nací con el pantano ya construido, hecho. ¿Quién se podía imaginar que así de repente [decidieran terminar el proyecto]? Pues, así empezó la historia” (E.Ri.3).

En todos los casos analizados el shock consiste en darse cuenta de que el Estado es capaz de hacer algo que se pensaba no haría, pero en el caso de Riaño es particularmente traumático que el primer gobierno democrático fuera el que llevó a cabo el proyecto. Las personas que vivían en el pueblo habían puesto mucha confianza en que el cambio de régimen se reflejaría en un cambio en las políticas del país, incluyendo las energéticas, sobre todo cuando implicaban la anulación de una comarca entera. Así lo afirmó un entrevistado:

“Es que estábamos convencidos de que no se iba a hacer, yo pensaba que no se iba a hacer, a veces pensabas que sí, otras veces que no, pero yo pensé que en esta época [democrática] no iban a hacer una cosa tan borrosa como la cosa esa” (E.Ri.4).

En este caso el shock fue enfrentarse a la idea de que la democracia no suponía un cambio en la política y en la práctica del Estado, y la consecuencia de ese evento se reflejará en la reelaboración de la idea de democracia que presentaremos en el siguiente capítulo.

Como hemos visto también en la parte dedicada a las emociones morales, las expectativas de las personas son centrales en la elaboración del shock. La misma información interpretada por distintas personas no ocasiona la misma reacción ya que cada sujeto las interpreta y reelabora según su biografía y su carácter. Una información puede provocar un shock en una persona y no en otra, como hemos podido comprobar en los casos de estudio en los que los entrevistados nos comentaron que mucha gente mayor no creía que el gobierno hubiera cumplido la amenaza, ya que no era la primera vez que esto sucedía, como se puede apreciar en este testimonio:

“Hace 60 años mi abuelita decía que iban a hacer la presa de La Zurda y mira ya mi abuelita se murió y no hicieron nada... porque no la creían, no creían... ‘nada más el gobierno dice’” (E.Sg.1).

En muchos casos la gente simplemente no cree, no solo a las promesas que provienen de la clase política, sino tampoco a las amenazas. Fue la inesperada materialización de la amenaza la que produce el shock en los casos analizados.

Las razones de la desconfianza y el escepticismo se basaban, en el caso de Riaño, en la incapacidad de creer que durante tantos años el gobierno hubiese pospuesto la destrucción del valle permitiendo a las personas construirse una vida sabiendo que un día se la iban a quitar. En el caso de San Gaspar, el escepticismo se basaba en los incumplimientos de amenazas anteriores por parte del gobierno, mientras que en el caso de Coín eran además alimentadas por la confusión de las informaciones que recibían los afectados, como podemos apreciar en este testimonio:

“Habían oído que iban a expropiar viviendas, no se lo terminaban de creer, empezaron a llegar algunas cartas del ayuntamiento, unas ponían que sí, parecía los iban a expropiar, otra que querían una reunión” (E.Co.10).

En cuanto a cómo llegan estas informaciones a los afectados en los tres casos es evidente que existe una falta de información y comunicación acerca de los proyectos que afectan al territorio, tanto que en San Gaspar afirman que “como en todos los pueblos pequeños, [empezó] con rumores” (E.Sg.6). Estos rumores, como nos contaron los entrevistados, provocaron inquietud y otras emociones que alimentaron la necesidad de conseguir más informaciones y de unirse para actuar. Hemos podido observar así que en los casos analizados el shock moral inicialmente puede motivar la búsqueda de información y la verificación de la información que ya se tiene, con los medios que la gente tiene a su disposición, como evidencia este testimonio:

“Nos enteramos y, a partir de ese momento, empezamos a indagar con el municipio qué estaba pasando, que no nos dieron mucha información, y empezamos a indagar a través de Internet de los proyectos de CONAGUA y efectivamente había este proyecto, sí existía” (E.Sg.1).

En Coín la noticia llegó a la comunidad gracias a una asociación local que tenía contactos con personas que trabajan en la administración, y a los afectados a través de las cartas de expropiación. El shock que sufren los afectados es producido por todo un conjunto de emociones que incluyen la sorpresa, la inseguridad relacionada a la falta de más información, el ansia de comprender la magnitud de la afectación y cómo enfrentarse a eso, así como el sentimiento de impotencia inicial y rabia. Todas estas emociones producidas por las informaciones conseguidas ocasionaron la reacción generalizada de todo el pueblo:

“Cuando mandaron las cartas [la gente se dio cuenta] de que eso iba en serio y que incluso podían perder sus casas en el campo, allí fue donde ya reaccionaron la gente que estaba un poco más tranquila, los que estaban haciendo otro tipo de vida, su trabajo, su agenda... estaban pendientes de su agenda, y allí vieron que eso era un tema importante” (E.Co.10).

En esa primera fase el acceso a la información es fundamental para determinar la gravedad de la amenaza. Mientras en Riaño no había que indagar mucho porque la presa ya estaba construida y las expropiaciones ejecutadas, en San Gaspar y Coín tuvieron que ingeniárselas para conseguirla. No encontramos diferencias entre el caso español y el mexicano, en ambos las autoridades no proporcionaron información a los afectados, que tuvieron que apañárselas para conseguirla, como muestra la narración de este episodio:

“Estuvimos allí clandestinamente, me metieron como una persona del municipio, y allí estaban las gentes de las altas esferas de este proyecto, y allí presentaron todo el proyecto que ya estaba destinado a hacerse. Entonces de allí, yo toda esta información la compartí, y la gente entonces la tomó más en serio” (E.Sg.xx).

Estas experiencias no solo se caracterizan por la falta de información a los afectados sino también por la divulgación de noticias contradictorias y falsas que las autoridades proporcionan cuando están presionadas. El shock moral, en este caso, no solo lleva a las personas a comprender que a los ciudadanos no se les informa, sino que además se les engaña. Todo esto hace que los afectados decidan averiguar y triangular la información que se les ofrece, como podemos leer en este testimonio:

“A pesar de que nos prometieran y nos dijeran, nosotros seguíamos indagando y seguíamos informándonos. A todo nos decían que sí y sacábamos la información de que no era que sí, que por otro lado estaban negociando otra historia” (E.Co.3).

Hemos comprobado que la dificultad para acceder a las informaciones, junto a la actitud de las instituciones que —según los entrevistados— hubieran tenido que informarles, alimenta el sentimiento de ultraje y rabia, y la consecuente pérdida de credibilidad de la administración. Estas emociones influyen en la motivación para la acción, como demuestran las palabras de esta persona:

“Nadie nos informó, ningún organismo público nos informó de nada (...) no hubo claridad y al no haber claridad la gente estaba como enfadada, como dolida y yo pienso que esta fue una de las mayores, en la que hubo más reacción de la gente” (E.Co.1).

Una consecuencia de la desinformación promovida por la administración es que los afectados se organicen y consigan gran cantidad de información, de distintas fuentes, que ellos mismos se ocupan de divulgar entre la población, desmontando completamente las acusaciones de ignorancia que la literatura NIMBY hace a los opositores de instalaciones indeseadas. Los autores que utilizan la etiqueta NIMBY acusan de ignorancia a los opositores, ignorancia referida a la

ubicación y a las consecuencias de estas instalaciones, algo que los afectados consiguen muchas veces, como en estos casos de estudio, gracias a la colaboración de actores externos, como pueden ser periodistas, académicos o activistas de organizaciones ecologistas.

Otro elemento ulterior que produce un shock —y que hemos observado tanto en San Gaspar como en Riaño— es la comparecencia de representantes del Estado en los pueblos, explicado por el hecho de que en estas zonas periféricas no sea común su presencia. Estas visitas improvisadas, inesperadas, de gente ‘especial’, producen inquietud, desconfianza y rabia. Estas emociones, entre otras cosas, alimentarán la necesidad de resistir a las imposiciones de unos poderes que hacen valer sus decisiones, condenando pueblos y destruyendo el futuro de miles de personas, como si eso no tuviese valor alguno, así como afirmó un afectado de Riaño:

“Y de repente vinieron unos señores diciendo que tenías que irte, y todo aquello no significaba nada, y nos rebelamos” (E.Ri.1).

En cambio, en muchas experiencias de conflicto los representantes institucionales no acuden a los lugares afectados, demostrando aún menos interés por las consecuencias de sus decisiones. Esto pasó en Coín donde la administración nunca citó a los afectados, que solo pudieron enterarse de la expropiación a través de cartas y movimientos de técnicos que medían los terrenos:

“Los técnicos ya previamente habían estado aquí (...) han estado midiendo en mi finca (...) no me informan de nada, entran en mi finca, miden, preparan y no me dicen nada” (E.Co.1).

La falta de información y transparencia se observa, por ejemplo, en el desarrollo de los estudios preliminares que se realizan sin avisar a la población ni a los propietarios de las fincas afectadas. Estas circunstancias y el hecho de que ningún representante diese la cara frente a los afectados provocó emociones como la desconfianza, el ultraje y la rabia, que juegan un papel determinante no solo en la motivación para la acción, sino también en la reelaboración de ideas, creencias y valores.

Centrándonos ahora en el caso de Riaño, el momento del desalojo y del derrumbe de las casas fue el momento de mayor impacto emocional para todos los presentes. Si el primer shock de los habitantes de la comarca de Riaño fue provocado por la noticia de que el embalse se iba a cerrar, el segundo gran shock fue consecuente a los desalojos, como confirma este testimonio:

“La vivencia de cuando tenías que salir de tu casa, jamás se me olvidará” (E.Ri.2).

Mientras que el primer evento desencadena emociones que llevan a la resistencia, este segundo suceso presupone la pérdida de toda esperanza, la conciencia de que la resistencia ha fracasado y de que el pueblo va a desaparecer y el sentimiento de rabia e impotencia frente al Estado.

Para los entrevistados los momentos de enfrentamiento con la guardia civil, que fue enviada a desalojar los pueblos para permitir el derrumbe, fue “el despertar del sueño, o el comienzo de la pesadilla” (E.Ri.1), el momento que para las personas que lo vivieron señaló un antes y un después:

“Allí me di cuenta que llegaba ese día, de repente había un montón de antidisturbios y la franja aquella era para hacer las obras del pantano (...) allí empezó todo, allí empezaron los palos, las pelotas, allí me di cuenta que empezaba la historia” (E.Ri.1).

Como ya dijimos, Mairal (1993) muestra que la construcción de una obra hidráulica presupone un antes y un después, es decir, un punto de ruptura que presupone también un cambio en los sujetos. En el caso de Riaño el después adquirió unas características de total precariedad y desesperación, como podemos leer en las palabras de esta mujer:

“Y así, de la noche a la mañana, cuando tienes una edad que es para ser ya para pensarte las cosas (...) te chafan la vida, así... y de repente te ves en la calle, hundida en la miseria, sin nada a dónde ir” (E.Ri.5).

Las emociones que acompañan a este momento van desde el amor por la tierra y el dolor por su pérdida a la nostalgia, comparándose ellos mismos a emigrantes obligados a abandonar sus tierras:

“Es un vacío muy grande, es una sensación muy indignante y es como perder tu vida, (...) te destruyen tu pueblo, tu tierra, tus vivencias, tu luz, tu infancia, pero luego también te digo que es como los que están fuera de sus tierras, lo vives con más intensidad, aunque siempre tienes ese pozo de tristeza y de amargura” (E.Ri.1).

Estas emociones influirán en procesos de reelaboración como el sentimiento de injusticia y a alguna de estas personas las motivarán para reorganizarse y pedir la recuperación del valle en 2007.

Todos estos sentimientos, a treinta años del desalojo, siguen presentes, y las heridas abiertas. Para concluir, creemos que la posición común de las personas que resistieron en Riaño se resume en esta frase que dijo uno de los entrevistados: “ni olvido, ni perdono” (E.Ri.9).

Estos testimonios relativos a la historia de Riaño demuestran la intensidad emocional de esta experiencia, en la que encontramos: rabia, tristeza, impotencia,

desesperación, etc. Sin embargo, no es necesario que la amenaza se materialice para generar un shock moral. En Coín y San Gaspar, aunque los proyectos finalmente fueron desestimados, el shock moral provocado por la noticia de la construcción de la presa o azud representa para todos un momento con una carga emocional muy intensa en la que hay indignación, impotencia, desesperación e incredulidad, o recordando las palabras de una entrevistada:

“Yo me imaginaba como que tu vida se acaba y luego vuelves a empezar” (E.Sg.6).

El hecho de que el pueblo no desaparezca, no significa que la intensidad emocional haya sido menor para estos casos. La idea de que el pueblo pueda desaparecer es suficiente para producir emociones como la rabia, el dolor, el agobio, la tristeza, la ansiedad, el miedo, el dolor... Ciertamente es que en lugar del dolor provocado por el desalojo en los casos en los que se desestima el proyecto la energía emocional permite reelaborar la experiencia de otra manera y sobrellevar las emociones experimentadas durante el conflicto.

El shock moral es muy importante en la dinámica de la protesta no solo porque influye en la motivación a la acción, sino también porque constituye un momento de ruptura en el que se empiezan a rediseñar las estrategias y a reelaborar la identidad colectiva. Emociones como la indignación, que acompañan a ese shock, cambian las prioridades de las personas involucradas, que empiezan a unirse, organizarse y elaborar individual y colectivamente sus razones, llegando al momento en el que deciden modificar su cotidianeidad para volcarse en la resistencia, como se puede leer en este testimonio:

“Entonces llegó un momento que ya perdí lo que hubiera que perder para poder colaborar con ellos [los amigos implicados en la lucha] en lo que fuera... la protesta, lo de todos, luchar por salvar Riaño” (E.Ri.2).

En ese momento, en el que las personas se movilizan porque algo peligra, la unión es fundamental, ya que los afectados se sienten solos frente a la amenaza, conscientes de que si no se unen para defenderse nadie lo hará por ellos y conscientes también de que además la contraparte es muy poderosa y hará todo lo posible para realizar la obra:

“Empezamos a oír rumores que se quería hacer la presa y decidimos unirnos, pues hacer un grupo, porque el gobierno no nos tomaba en cuenta, para nada, tenía eso muy oculto, quería llevar esto muy reservado” (E.Sg.7).

El shock moral contribuye así a la unión, considerada como estrategia para enfrentarse a los cambios que están por venir, evidenciando quienes son los suje-

tos que apoyan y los que no, alimentando la división antagónica entre opositores y promotores, entre los que tienen el poder y los que sufren las consecuencias:

“Todos nos apoyaron... menos los que tenían el poder... esos no” (E.Ri.5).

Por último, es preciso mencionar que el moral shock no siempre produce motivación para la acción. De hecho, es la interpretación de los sujetos la que hace que eso sea posible. Siendo el moral shock una respuesta emocional a lo que están viviendo los sujetos, si produce emociones morales como rabia e indignación, junto con esperanza y unión de la gente, como pudimos observar en nuestros casos, habrá movilización, si por el contrario el suceso o la información produce desilusión, desesperanza, resignación, etc. puede ser desmovilizador, como se puede apreciar en este testimonio en el que una entrevistada de Riaño nos describió cómo se sintió después del desalojo:

“Yo en julio ya me desmoroné (...) me desinflé tanto... que es que ya... digo ‘el poder es el poder y no puedes hacer nada contra él’... no te metes ya en ninguna historia de nada, porque dices ‘si lo vamos a perder...’” (E.Ri.5).

En este caso, nuestra entrevistada pudo sobrellevar parte de la carga emocional del desalojo gracias a la unión con otras personas que lucharon e involucrarse en algunas de las actividades que actualmente se organizan en el marco de la lucha para la recuperación del Valle, pero este proceso es complejo y necesita mucho tiempo.

Para concluir, queremos evidenciar que el shock moral es el momento en el que empieza el proceso de cambio cultural, considerado como el proceso que lleva a comprender que “el mundo no es como lo pensabas” (Jasper, 1998: 409) y que clarifica y activa los valores subyacentes de la gente (Jasper, 2011: 293) en muchas y diversas dimensiones. Por ejemplo, como veremos en el siguiente capítulo, el shock moral produjo un proceso de revalorización del medio y de sus elementos, caso del río.

Terminamos este apartado en el que hemos descrito cómo y cuándo se manifiesta el proceso de shock moral en los casos analizados. Como hemos mostrado, con el soporte de las palabras de los entrevistados, este proceso cognitivo es producido por un evento o información que provoca muchas e intensas emociones y que además es alimentado por un discurso oculto (Scott, 2000) ya presente en los individuos y comunidades afectadas. Dicho en otras palabras, ese proceso, alimentado por emociones, extrae argumentos de la experiencia y de la vivencia de las personas. De esta manera, por ejemplo, el Estado se convierte en enemigo, no solo actual, sino histórico, como podemos observar en Riaño y, con mayor claridad, en San Gaspar donde surge la recuperación de episodios del pasado que evidencian la conflictividad entre los habitantes del territorio y el poder dominante:

“Esta región siempre es lo que desde tiempo atrás es la lucha por la tierra, por tu estancia, por tu cultura, por tu forma de vida, pues yo pienso que si ya nuestros abuelos, nuestros antepasados, tuvieron que partirse la madre por estar aquí, yo creo que si a nosotros nos tocó vivir en este tiempo, pues algo tenemos que hacer” (E.Sg.6).

El “discurso oculto” se puede encontrar en la relectura de eventos del pasado percibidos como una injusticia por los habitantes del territorio, o en el discurso que alimenta la división entre el territorio afectado y el beneficiario que goza de más privilegios. En el caso de Coín el enfrentamiento es entre la ciudad de Málaga y su costa, consagradas al turismo de sol y playa, y las comarcas circundantes que ofrecen recursos tanto humanos, es decir mano de obra, como naturales, en este caso el agua:

“Allí en Málaga hay una porrada de personas que me parece estupendo, pero lo que no se puede es despilfarrar agua de esa manera tan bárbara, que ahora llega el verano y hay que ir a la playa, y en la playa cada x metros tenemos un grifo, un grifo del que sale toda el agua que tú quieras allí, para bañarte, para... Que me parece muy bien, pero tú lo que no puedes hacer es destrozar una zona con tanto valor, con tanta riqueza, o que no la tuviera... para abastecer de agua otra zona, y tampoco sin necesidad” (E.Co.14).

El moral shock —además de producir una ruptura en la cotidianeidad— influye en la reelaboración del problema, como se puede apreciar cuando los sujetos denuncian el uso que se quiere hacer del agua con estos proyectos, como comentó un entrevistado de Riaño:

“Se puso en contra a los leoneses de un lado y del otro, del norte y del sur, para hacer esta obra, al final no se benefició ni el norte ni el sur, salieron perdiendo los dos y ganando los políticos y las hidroeléctricas, como siempre” (E.Ri.6).

En el caso de San Gaspar todo el mundo reconoce la importancia del agua, sobre todo por ser una zona árida, pero critican que el agua que se había embalsado iba a beneficiar a otro estado y a determinados intereses particulares:

“Tenemos aquí una zona muy árida, y necesitamos mucho del agua y no nos empezó a gustar que el agua únicamente la íbamos a mirar y se la iban a llevar a otro estado... eso fue el malestar” (E.Sg.7).

Analizar el moral shock que se produce a raíz de la noticia de la construcción de una presa permite comprender cómo estas experiencias de lucha representan, desde el principio, un momento de ruptura en la cotidianidad de los sujetos, que a raíz de este shock empiezan a buscar informaciones y a reelaborar la amenaza, como veremos en el siguiente párrafo. Además, hemos evidenciado la componen-

te emotiva que acompaña a este proceso y que resalta una vez más la trascendencia de la incorporación de las emociones al análisis de la acción colectiva.

LA ELABORACIÓN DE LA AMENAZA

Una vez que el evento o información ha desencadenado una respuesta emocional hasta el punto de hacer replantearse a las personas sus ideas sobre el mundo, pudimos observar que el siguiente paso en el desarrollo del conflicto fue la elaboración de la amenaza y la identificación de los culpables.

La elaboración de la amenaza es el proceso que permite enmarcar los acontecimientos en la vida cotidiana, determinando la gravedad y las posibles consecuencias de la ruptura, desarrollando, por ejemplo, la sensación de estar en peligro. La elaboración de la amenaza es así otro proceso subjetivo que nos permite comprender las reacciones diferentes de las personas frente a situaciones similares. Si pensamos, por ejemplo, en la reacción de la gente frente a los datos sobre la contaminación del aire o del agua, dependerá de si las personas consideran la contaminación una amenaza a la salud o no. La elaboración de la amenaza depende de las informaciones disponibles, pero también de la biografía de cada persona, de sus ideas y de sus valores ya que, toda información es interpretada por el sujeto. Un caso emblemático de la elaboración de la amenaza en un contexto de contaminación ambiental es la experiencia de la agrupación Un salto de Vida en el municipio de El Salto, Zona Metropolitana de Guadalajara (México), que se ha organizado para denunciar y combatir la contaminación del río Santiago que atraviesa su municipio y que está produciendo enfermedades y malestares en la comunidad.

La elaboración de la amenaza muchas veces no está respaldada al principio por datos científicos o técnicos pues se necesita tiempo y recursos —tanto humanos como económicos— para ser producidos. Como tanto el Estado como las empresas no tienen el menor interés en proporcionarlos, la amenaza percibida por las poblaciones locales es considerada despectivamente como irracional. Lo que se defiende en este trabajo es que el proceso que lleva a elaborar la amenaza, que es el resultado de la interpretación de la experiencia y de las emociones de los sujetos, lejos de ser irracional es racional y representa un mecanismo de defensa y supervivencia.

En la dinámica del conflicto, la construcción de la amenaza es importante porque “en la amenaza se puede encontrar el origen de muchos movimientos sociales” (Jasper, 1997: 125) y es central en los conflictos ambientales en los que la amenaza al territorio es la *raison d'être* de estas resistencias.

La elaboración de una amenaza está además relacionada con la idea de seguridad y de calidad de vida, de dignidad, que es uno de los “beneficios emociona-

les” de la protesta (Wood, 2001), y de percepción del riesgo, que también depende de la cultura y de las emociones, ya que “el riesgo es percibido cuando hay una sola posibilidad remota de que la amenaza pueda destruir la comunidad, la forma de vida” (Jasper, 1997: 122). De hecho, no es ni suficiente ni necesario que esté en juego la vida o la salud para que la gente proteste, pero sí tiene que peligrar algo cuya falta haga que las personas decidan no querer vivir, sea su pueblo, su tranquilidad, su estilo de vida o su dignidad.

Analizando el proceso de elaboración de la amenaza en los casos estudiados, pudimos comprobar que también se fundamenta en emociones, ya que se tiene miedo a perder vínculos tanto con el lugar como con la gente que vive en aquel medio. En Coín la amenaza estaba focalizada en la posible pérdida del río, que goza de un alto valor simbólico y sentimental tanto para la gente del pueblo como para la de las huertas. El río representa no solo un medio de subsistencia, sino también el estilo de vida de la gente del lugar, como se puede leer en este testimonio:

“Habrá gente que aquello lo veía como una amenaza para el ecosistema del río, y yo digo que sí, que es una amenaza para el ecosistema del río, pero también para los modos de vida que se han desarrollado aquí durante siglos y siglos” (E.Co.2).

En este caso, la amenaza de perder la casa —que en la mayoría de los casos no era la primera vivienda, sino la residencia de los abuelos donde las familias pasan los fines de semana o la temporada de trabajo en el campo— presupone no solo una pérdida económica, sino también sentimental. Esto movió tanto como la amenaza hacia el propio río que corre justo al lado de las casas, con el que se tiene un vínculo muy fuerte y con cuya agua se riegan las huertas. El hecho de que sean amenazados el río y las casas incluye tanto pérdidas económicas como sentimentales, siendo una de las razones que explican la motivación para la acción, así como expresa este entrevistado:

“Todos leían lo mismo ‘nos van a quitar la casa del campo, donde se criaron mis padres’ (...) allí también acudieron muchas gentes que son quizás más paradas, y que allí dijeron ‘es que no es solo el río, es mi casa’” (E.Co.10).

Por el otro lado, en San Gaspar y Riaño la amenaza consistía en perder el pueblo, con todo lo que eso implicaba: identidad, recuerdos, sentimientos, vínculos afectivos y relaciones humanas. En el caso de Riaño la amenaza se materializó y por eso podemos conocer la magnitud de esa pérdida:

“Mi vida, mi vivencia, mi infancia, mis sentimientos, mis amigos, los paradores de mi casa, las casas, el pueblo, todo lo que significa un pueblo, un pueblo que tiene

una vida propia (...) Esto ha sido una pérdida muy grande, y yo creo que tenía conciencia de ello cuando tenía veinte años” (E.Ri.1).

En el caso de San Gaspar, la inundación del pueblo se quedó en una amenaza, circunstancia que permitió una reelaboración de lo que se iba a perder, no solo en una dimensión económica, sino también sentimental:

“Aquí era más de sentimientos, no era tanto por lo que nos pudieran dar... pensábamos en todo, pero más que nada, en lo que nosotros ya hemos vivido, porque nadie puede quitarte tu privacidad, tu vida que a ti te ha costado, si un jarrón, una cosa, tiene tu historia” (E.Sg.5).

Entre otras cosas, en San Gaspar, a la hora de elaborar la amenaza, resultó ser importante el sentimiento de seguridad que proporciona el vivir en un pueblo pequeño donde todo el mundo se conoce:

“Uno se acostumbra que se levanta a las cinco o a las seis de la mañana y no tiene miedo, ya se conoce uno... la mayor parte de la gente nos conocemos, nuestros hijos han crecido en un pueblito libre” (E.Sg.5b).

Así, la amenaza no es solo el desplazamiento, sino todo lo que se pierde con el pueblo, es decir, las relaciones de amistad y familiares, con el territorio, el sentimiento de seguridad, la identidad, etc. Como hemos descrito en la presentación de los casos no todas las personas sufren las mismas consecuencias. En el caso de la seguridad, por ejemplo, las mujeres son más vulnerables, como podemos apreciar en este testimonio:

“[Somos] puros conocidos aquí... yo aquí he andado a las 4, a las 5 de la mañana, y yo aquí no tengo miedo... ¿Por qué? Si me encuentro alguien es conocido, ni modo que me vaya a hacer mal...y en otra parte no conoce uno a las gentes, las manías de la gente que tenga... la mal entraña... que viera una mujer en la calle y quiere aprovechar de ella o algo... y aquí no...” (E.Sg.10).

La elaboración de la amenaza está íntimamente conectada con la percepción del riesgo, algo que en el caso de San Gaspar y Riaño se manifiesta en la pérdida del pueblo, con sus vínculos, relaciones y seguridad, mientras que en el caso de Coín lo hace con la pérdida del río, como patrimonio natural y fuente de ocio y sustento.

La amenaza, en particular, está relacionada con la posibilidad de destruir la comunidad, allí donde es más fuerte, como en el caso de San Gaspar, y eso ha determinado que las personas revalorasen todos los aspectos relacionados con los vínculos y la dimensión sentimental. Esa mujer, por ejemplo, compartió con

nosotros el sentimiento de anulación de la identidad que presupone abandonar un lugar caracterizado por fuertes vínculos personales, por otro, donde no los hay:

“La ignorancia que a veces piensan que con el puño de dinero que le van a dar se van a ir a otro lugar... pero allí no eres nadie, en otro lugar no eres nadie, eres un ave, que pasa y total... y aquí, para nuestra gente aquí, sí somos algo...” (E.Sg.5).

La misma experiencia fue vivida por una mujer en Riaño pues habiendo tenido que abandonar su territorio, sufre desde hace 30 años las consecuencias del desarraigo: “Es que aquí²⁰ no soy nadie (...) ¿qué pinto yo aquí?” (E.Ri.5).

Creemos que este ejemplo es particularmente interesante por dos razones. Primero, porque las dos mujeres aun perteneciendo a dos contextos culturales y sociales muy distintos han expresado con las mismas palabras lo que significa para ellas tener que vivir en un lugar que no es el suyo. Secundariamente, también creemos que no es casual que los dos testimonios sean de mujeres, acostumbradas a vivir la cotidianidad y a construir relaciones de solidaridad en la comunidad. En el caso de San Gaspar, muchas mujeres no trabajan fuera del pueblo, y esa también es una de las razones que explica el porqué del papel determinante de las mujeres en la lucha, siendo mayoría en el comité por la defensa de San Gaspar. Por lo que concierne a Coín el papel de los hombres y las mujeres en el conflicto es muy parecido, ya que su estilo de vida no es tan distinto. En general ambos trabajan, algunas veces lejos de casa, aunque no es raro que la mujer tenga más responsabilidades en la vida doméstica y con los hijos, hecho que comporta que, a veces, tengan menos posibilidades de involucrarse.

Volviendo a la elaboración de la amenaza, en los tres casos se refleja más en la pérdida de la forma de vida que en los bienes materiales, ya que las obras —fuese la presa o el trasvase del agua del río— impedían seguir viviendo de la tierra:

“Yo antes tenía ovejas... me planteé ‘tengo mi ganado, vivo de ello’... ya que ya vivía de ello (...) ¿Qué hago yo en León si la ciudad no me gusta?” (E.Ri.3).

Este último testimonio nos sugiere que la amenaza de ser desplazados incluye no solo la pérdida del pueblo, de las relaciones, del territorio en el que han crecido estas personas y que aman, sino también perder su independencia económica y convertirse en trabajadores asalariados y mano de obra no calificada. Para personas que siempre han vivido de la agricultura o de la ganadería, tener que abandonar su territorio significa perder el trabajo y tener que vivir en un entorno hostil, caracterizado por tiempos y ritmos totalmente diferentes, como recuerda esta mujer de San Gaspar acerca de su experiencia en los Estados Unidos:

20 En la ciudad en la que vive ahora.

“Yo he vivido en Estados Unidos y allí ves un mundo lleno de conveniencia... porque en Estados Unidos hasta los cuarenta años te explotan... después ya no te dan trabajo tan fácilmente, porque allá eres un desecho” (E.Sg.5).

Varios entrevistados, de los tres casos, nos explicaron además que estas obras afectan a las mejores tierras y que es prácticamente imposible encontrar un terreno con características similares cerca de estas zonas. Eso significa que estos proyectos obligan a los que no quieren ir a trabajar a una ciudad a tener que buscar otros lugares muy lejos de su tierra para poder seguir trabajando en la agricultura, y eso conlleva la muerte de los pueblos, como explica este entrevistado:

“Nos están afectando las únicas tierras fértiles que tenemos aquí en la zona... con eso están agotando los pueblos... [nos] están agotando porque es el único que tenemos, es el único patrimonio para la familia y allí dependíamos muchas personas” (E.Sg.7).

En Coín, donde la mayoría de los afectados no comercializa los productos de las huertas, sino que los produce para autoconsumo, la pérdida de sus tierras, además de los valores sentimentales que tienen y los usos recreativos que generan, implicaba un cambio en los hábitos de consumo. Comprar los productos a terceros supone un gasto económico que, para muchas familias, es algo insostenible y, sobre todo, una pérdida en la calidad de su alimentación y, en general, en su autonomía, como afirma este entrevistado:

“Todo el mundo tiene su huertecito y siembra su tomate, su pepino, su cebolla, es que ya te digo, estamos hartos de comer porquerías... yo siembro las cosas mías, y ¿si no hay agua? ¿qué haces?” (E.Co.4).

La cotidianidad y el estilo de vida resultan ser también elementos amenazados que se revalorizan, bien porque se han perdido a causa de la inundación, como en Riaño, o porque se podrían perder como en los casos de Coín y San Gaspar. Un elemento de este estilo de vida —recurrente en varias entrevistas— es la diferencia en el transcurrir del tiempo en los pueblos y en la ciudad, que hace que la vida en el pueblo sea percibida como menos estresante y más placentera:

“Se vive la vida de otra manera en un pueblo, no tiene nada que ver con la capital, aquí todo el día estresado, que si tengo que llevar la niña a clase de no sé qué, ahora a matemática... todo el día así, y allí es que es tan relajado, tan relajado todo” (E.Ri.5).

La elaboración de la amenaza se ve acompañada por una notable intensidad emocional que abarca desde la tristeza al sentimiento de incertidumbre, pasando por la identidad y sentimientos como el dolor relacionados con la pérdida del

territorio querido. La amenaza está también relacionada con el miedo y la angustia, sobre todo en los casos en los que el impacto presuponía la desaparición del pueblo, como se puede apreciar en el testimonio de esta mujer:

“Me acuerdo que sentías aquí [en el pecho] una cosa como ganas de llorar, pero un nudo aquí, una opresión en el pecho que querías llorar, querías gritar, querías saltar... tantas cosas que se encontraron allí” (E.Sg.5).

En el caso de Coín no encontramos emociones tan fuertes por el menor impacto de la obra. Aun así, todos los entrevistados expresan su dolor y lástima en relación con lo que hubiera podido pasarle al río en el caso de que hubiesen construido el azud:

“Entonces claro que me duele, me duele no porque sea mío y no porque sea Coín, es que me duele cualquier barbaridad que se escucha por allí a cada instante” (E.Co.6).

Resumiendo, la amenaza está relacionada tanto con emociones como el miedo o el dolor, como con vínculos afectivos, caso del apego al lugar, que a su vez está vinculado al sentimiento de seguridad, calidad de vida y dignidad. Una vez elaborada la amenaza —necesaria para involucrarse en los conflictos, ya que si no se percibe una amenaza es más improbable que se sienta la necesidad de protestar— el paso siguiente es la identificación de los culpables.

LA IDENTIFICACIÓN DEL CULPABLE

Identificar a los culpables o responsables es un proceso central para que la gente proteste, ya que la falta de culpables y responsables, puede provocar resignación. En caso de desastre natural, por ejemplo, es usual no culpar a entidades o personas físicas por lo sucedido y, por esta razón, no se dan protestas, sino grandes ejemplos de solidaridad (Gordon y Jasper, 1996; Jasper, 1997 y 1998). Pero se puede dar el caso, por ejemplo, de que se propicie entre los afectados un sentimiento de amenaza y la consecuente acusación de responsabilidad hacia las instituciones que hubieran podido evitar los daños materiales o la pérdida de vidas humanas. Cuando eso ocurre se pueden dar episodios de protesta, ya que “cuando seres humanos pueden ser culpados de causar una amenaza, el ultraje es la respuesta común” (Jasper, 1998: 410), mientras que la falta de responsables induce a la resignación.

En nuestros casos de estudio los protagonistas se enfrentan al Estado, promotor de la obra y responsable de garantizar las expropiaciones. Por eso es fácilmente identificable como el causante de la afectación. En el caso mexicano se habla del gobierno, “nos pusimos con el gobierno” (E.Sg.6), y en el caso es-

pañol de la Administración del Estado: “la administración, que era contra quien luchábamos” (E.Ri.2).

En el proceso de identificación de los responsables, así como hemos visto para el shock moral, influye el discurso oculto que, volviéndose público y compartido con los demás oponentes, fortalece las razones de las luchas y contribuye a construir identidades antagónicas entre los afectados y el Estado, como se puede leer en este extracto:

“El gobierno se ha impuesto siempre a hacer su santa voluntad... a costa de inocentes, a costa del... lo que a él le vale” (E.Sg.5).

Ese discurso elaborado durante el conflicto no desaparece cuando concluye, como demuestra el caso de Riaño, en el que después de treinta años las personas siguen sintiendo lo mismo hacia los responsables de la desaparición de su pueblo:

“Mucha rabia y de mucho rencor hacia España, que nos estaba haciendo esto, hacia el Estado y todo lo que significa la corporación de un país, todo el mundo político, y lo sigo pensando igual, sigo pensando que son unos manipuladores y unos sinvergüenzas” (E.Ri.1).

No nos sorprende que las ideas que han emergido en las entrevistas de los casos españoles sobre la política o los políticos se encuentren en el discurso de los indignados españoles, aunque ese movimiento surja años después y no tenga nada que ver con los conflictos estudiados. La cuestión es que las experiencias vividas o sufridas por los españoles en su relación con el Estado han ido construyendo un discurso que se ha vuelto público desde el 15 de mayo de 2011, cuando empezaron las protestas en todo el país para pedir mayor y mejor democracia.

Volviendo al proceso de identificación de los responsables, ya que el Estado y la Administración son instituciones y no personas, los políticos ocupan un lugar relevante: “Yo pienso que ha sido culpa de los políticos todo esto que nos están quitando” (E.Co.1).

Los políticos son la personificación del Estado y se les acusa de perseguir intereses propios pasando por encima de las vidas de las personas, como denuncia una entrevistada de Riaño:

“No quiero ni pensar en ellos [los políticos]... es que te tiran tu vida... jugaron con la vida de la gente como les dio la gana, es que no se puede jugar así con la vida de la gente, es que fue mucho lo que nos hicieron... es que te destrozan la vida” (E.Ri.5).

Además, se detecta una particular decepción hacia los políticos locales, acusados de traicionar a su propio territorio. Como veremos más adelante el sentimiento de traición es fundamental en estos procesos porque alimenta la in-

justicia, la indignación y la pérdida de legitimidad. La falta de apoyo por parte de las autoridades municipales provocó dolor y sorpresa, que sumados alimentan el sentimiento de traición. Otra acusación que se les hace a los políticos es la de dividir a la gente, como podemos apreciar en este testimonio:

“Luego se pusieron a lo que son ellos muy expertos, los políticos... a dividirnos, a enfrentarnos, a enfrentar Málaga con Coín” (E.Co.3b).

La estrategia del ‘divide y vencerás’ es recurrente en las contiendas entre el Estado y los ciudadanos, y por esa razón la unidad se convierte en una de las claves del éxito de los dos casos en los que los habitantes consiguieron parar los proyectos:

“Nos querían dividir... pero no afortunadamente todos los que anduvimos en el grupo, todo el tiempo, a defender lo nuestro” (E.Sg.7).

Terminamos aquí el apartado dedicado a la identificación de los responsables, recordando que, como veremos a lo largo del siguiente capítulo, la actitud de los políticos, identificados como culpables, ha desencadenado en nuestros entrevistados emociones y procesos cognitivos que han influido en la percepción de la política.

Empezamos describiendo cuáles eran las amenazas percibidas por los habitantes de las zonas afectadas por las presas, entre las que encontramos principalmente la pérdida del pueblo, en todas sus dimensiones, incluido el estilo de vida y la pérdida del río y de la riqueza natural. Pasamos ahora a analizar otro proceso determinante para el cambio cultural: el proceso que permite enmarcar la experiencia como una injusticia.

EL INJUSTICE FRAME

Hemos podido comprobar que a través de procesos cognitivos producidos y alimentados por emociones, los protagonistas de las luchas analizadas han empezado un proceso de elaboración que como veremos en el siguiente capítulo les ha llevado a poner en discusión sus ideas sobre el gobierno, los políticos, los medios de comunicación, etc. La amenaza principal es la pérdida del pueblo y/o del río y de todo lo que supone en cuanto a vínculos, redes, estilo de vida, recuerdos, patrimonio, etc. La identificación de los culpables permite dirigir las emociones hacia determinados sujetos. Pero existe otra elaboración que puede potenciar el conflicto, y es la del sentimiento de injusticia de lo que se está viviendo o, como lo definió Gamson (1992), el *injustice frame*.

Haber conseguido identificar a los responsables, o haber llegado a una conciencia de que “actores humanos motivados asuman algunas de las responsabilidades por haber causado daño y sufrimiento” (Gamson, 1992: 32) abre el camino a lo que Gamson definió como el *injustice frame* es decir, el proceso que permite construir o desenterrar el sentimiento de injusticia o, con las palabras del autor, “la indignación moral expresada en la forma de conciencia política” (Gamson, 1992: 6).

El enmarcar la experiencia vivida como una injusticia y reconocer que se está siendo víctima de una injusticia son procesos que influyen en la motivación para la acción y fortalecen las razones de seguir implicados en el conflicto, más allá de intereses materiales, evaluaciones coste-beneficios y discursos. De hecho, piénsese en las discriminaciones por género, ideología, raza, preferencias sexuales, etc. que, generando un sentimiento de injusticia, han conseguido unir a muchas personas que, aun siendo muy diversas entre sí, se reconocían en las categorías estigmatizadas. Además, muchas veces, quienes sufren una injusticia luego sienten empatía hacia otros sujetos que sufren otras injusticias, dando lugar a expresiones de solidaridad espontáneas y transversales. El hecho de que las infraestructuras, desde las presas a los vertederos, se construyan en lugares periféricos, o que los efectos de un fenómeno natural afecten de manera más intensa a determinados sectores de la población, provoca un sentimiento de injusticia que es alimentado por el discurso oculto presente en la sociedad pudiendo favorecer la formación o la consolidación de identidades antagónicas, es decir, de un “nosotros” contra “ellos”.

El sentimiento de injusticia justifica el conflicto independientemente de los argumentos a favor o en contra de una instalación. El sentimiento de injusticia hermana y une a quienes lo comparten, y se construye individual y colectivamente. Veamos ahora cuáles son los elementos que permiten enmarcar la experiencia concreta como una injusticia.

En los casos estudiados, el sentimiento de injusticia está relacionado con el no comprender o no aceptar las razones por las que se justifica la obra:

“Yo lo de Riaño lo veía razonable que se parara, es que no había ninguna razón para que no se parara, que nos entrara en la cabeza a nosotros (...) es una burrada (...) no había ninguna razón [para hacer ese embalse]” (E.Ri.4).

En las experiencias analizadas la construcción de la presa es percibida como injusta cuando los argumentos que sostienen la decisión de llevar a cabo la infraestructura, que tiene una afectación importante en el territorio, son muy débiles, como refleja esta entrevista:

“Todos los argumentos que tenían se desmontaron... si no tienen una base firme, para un beneficio real, unitario, se desmonta, y eso se desmontó enseguida, y eso lo entendió perfectamente cualquiera que estuviera implicado de manera emocional

con el río, y el que no estuviera implicado siquiera, ‘¿nos están tomando el pelo, o qué?’ y yo creo que como yo, muchos, entraron al conflicto con la administración por esto mismo” (E.Co.11).

La debilidad de estos argumentos se hace palpable cuando, por ejemplo, no se tienen en cuenta las soluciones alternativas que no afectan a las personas o al medio, como se puede apreciar en este testimonio:

“También fue una de las razones por que yo me metí en esto... si yo hubiera visto que realmente, y creo que mis compañeros también, si no hay otra solución... no hay agua, y no hay otra solución... hubiéramos tal vez accedido, pero cuando ves que hay otras formas, o sea porque te quieren fregar... no es posible, dices ¡no!” (E.Sg.6).

La injusticia también está relacionada con la idea de que los promotores tienen intereses particulares en el proyecto, ya que con palabras de un entrevistado: “Estábamos mirando que eran más bien intereses propios del gobierno” (E.Sg.7).

El sentimiento de injusticia está además relacionado con la afectación. Como podemos leer en este testimonio, los afectados se indignan frente a la magnitud de su perjuicio que, sumado a la falta de razones, parece aún más desproporcionado:

“Y cuando llegas aquí y te encuentras eso... que te van a derribar la casa, que te van a dejar sin terreno, bueno ¿esto por qué?, esto no es lógico, me van a dejar sin terreno, me van a dejar sin agua, yo creo que es indignación, te indignas” (E.Co.1).

El sentimiento de injusticia está asociado también al carácter impositivo del proyecto por parte del Estado. En estos proyectos se hace evidente la falta absoluta de diálogo y de inclusión de las poblaciones afectadas en las decisiones, y eso aumenta aún más el agravio percibido por los ciudadanos, como se puede leer en este testimonio: “Los políticos no nos hacían caso, no había nada de respuesta” (E.Sg.3).

Además, la propia planificación se caracteriza todavía por su verticalidad y unilateralidad, siendo el Estado la única autoridad capaz de determinar el interés general, y eso provoca la oposición de las personas que quieren poder decidir sobre su vida, su casa o su territorio, así como expresa esta mujer:

“Te echaron de allí, ¿y pa’ qué?... De una manera ¿y pa’ qué?... Todos tenemos derecho a lo nuestro, todos tenemos derecho de vivir en lo nuestro, donde nos hemos criado toda la vida” (E.Ri.5).

En estos contextos el sentimiento de injusticia es alimentado por el ultraje, que como vimos en el capítulo precedente es el resultado de sentirse engañados, y puede ser un motivador de la protesta, como también se aprecia en las palabras de este entrevistado:

“Además que parecía que era una tomadura de pelo... de que te lo quito porque quiero, y me voy a hacer más rico todavía... entonces dices tú ‘¿hasta dónde?’” (E.Co.10)

El sentimiento de injusticia también es alimentado y, a su vez alimenta, la identidad antagónica entre los de abajo y los de arriba, entre los ciudadanos y los políticos que siempre se salen con la suya, mientras que la gente de a pie es la que resulta perjudicada:

“Allí abajo el agua de Riaño, los canales, servían para dar mucho dinero a empresas constructoras, a empresas eléctricas, pero la gente de a pie, sigue igual, en la misma situación o peor” (E.Ri.1).

Esta relación de poder es vivida como algo injusto y puede ser alimentada por otros sentimientos como el dolor o las amenazas al propio patrimonio, que proporcionan legitimidad para reaccionar frente a estos abusos:

“Si tienes una propiedad, un algo que sea más tuyo... donde te ha hecho vivir toda tu vida, que no es tanto decisión deshacerte de él, y llegar a arrancártelo... nunca vas a quedar conforme” (E.Sg.7).

El sentimiento de injusticia, como es fácil de imaginar, depende de las consecuencias radicales que estas obras presuponen para la gente que vive en los territorios afectados, o con palabras de un entrevistado de Riaño: “Yo no podía concebir que toda mi vida se convirtiera en un escombros” (E.Ri.1). Pero también se construye a través de las narraciones y experiencias de otras personas, es decir, se enmarca la experiencia en un contexto más amplio, en el que muchas otras personas han sufrido los mismos abusos, como muestran las palabras de esta mujer:

“Ya tantas personas que le han arrebatado su casa, su hogar, que les han pisoteado sus derechos” (E.Sg.6).

La legitimidad de reaccionar frente a una injusticia no es por tanto una cuestión del individuo o de la comunidad afectada, sino más bien un desafío colectivo que crea un vínculo de unión entre todas las personas que sienten estar sufriendo alguna injusticia. De esta manera podemos afirmar que el sentimiento de injusticia es producto de las experiencias previas de los sujetos, directas e indirectas, que como hemos explicado ya generan un discurso oculto que emerge en los conflictos. Para utilizar una metáfora, el proceso que lleva a enmarcar la experiencia como una injusticia es como la gota que colma el vaso:

“Ya nos han quitado [mucho]... que ya no podemos trabajar allí, que no podemos trabajar donde siempre hemos trabajado y ahora también nos quieren quitar el agua y nos quieren quitar el terreno. Pues entonces yo creo que esta fue una de las cosas por la cual la gente se unió y se manifestó” (E.Co.1).

Además, el sentimiento de injusticia está relacionado no solo con lo que hace el gobierno, sino también en cómo lo hace. Una entrevistada de San Gaspar lo expresaba así: “Algo que no se puede aceptar, en la manera de hacer, en cómo nos trataban” (E.Sg.2).

En los tres casos los entrevistados se quejan de la actitud del gobierno, que alimentó el sentimiento de injusticia, el ultraje, y como consecuencia fue motor para la acción:

“La forma que lo hicieron en plan ‘bravo’ es peor todavía y por eso fue un poco más eso de la rebelión” (E.Ri.4).

En el caso de Riaño el sentimiento de injusticia está relacionado también con el hecho de que la generación que resistió no vivió las expropiaciones, y tuvo que sufrir decisiones tomadas muchos años antes, durante la dictadura, sin la libertad de expresión de los familiares que habían firmado las expropiaciones bajo la presión de las autoridades:

“Aquí expropiaron y no dijeron nada, dejaron pasar el tiempo, treinta años, la gente veía que esto no iba, compraba más ganado... y allí nació una generación que fuimos lo que decimos, ‘¿Pero qué culpa tenemos nosotros?’ (...) ¿Por qué me dejaron crecer allí? ¿O hacerte ilusiones?” (E.Ri.3).

En ese caso además la injusticia no fue solo el desalojo e inundación de los pueblos, sino la inutilización de las aguas del pantano, como expresa este entrevistado:

“Aparte del daño irreparable, que ese sí que no tiene vuelta atrás, pues sí que te quedas con la sensación real, porque además es real, de que los objetivos para los que se hizo la obra no se han cumplido en absoluto, entonces todavía te crea más frustración por qué no se cumplió para nada lo que se hizo, aparte que da la sensación esa que fue un ensañamiento sin razón ni motivo, fue una cabezonería del Estado” (E.Ri.6).

Finalmente, en el caso de Riaño, el sentimiento de injusticia que sigue vivo, es una de las motivaciones de la nueva y sucesiva reivindicación de recuperar el valle, como muestran las palabras de uno de los activistas de la Asociación para la Recuperación del Valle:

“He tenido hijos, y eso creo que me ha ayudado a dar un segundo salto en la lucha, y por eso me ha salido el caldero²¹, y he querido revivir un poquito la lucha contra la

21 El caldero es una cubeta y la expresión vaciar el pantano “caldero a caldero” es “Una llamada de atención a la acción ciudadana de las personas. Una forma de intentar sensibilizar a todos aquellos que como nosotros, buscamos un mundo mejor, más lejos o más cerca de alguna parte; más grande o más pequeño. Sin más colectivo político que el de cada uno con sus inquietudes, o lo que lo mismo en este caso, con su caldero;

injusticia que sigue allí patente, ahora ya consumada, pero que para mí sigue siendo el enemigo de siempre, el pantano, antes sin, ahora con agua” (E.Ri.1).

Como en Riaño, también en los demás casos el enmarcar la experiencia vivida como una injusticia y reconocer que se está siendo víctima de una injusticia son procesos que influyen en la motivación a la acción y fortalecen las razones de seguir implicados en el conflicto, más allá de intereses materiales, evaluaciones coste-beneficios y discursos. Además, como afirma este entrevistado, la injusticia motiva más allá de las posibilidades de éxito que uno piensa se puedan tener:

“Era algo injusto (...) teníamos que hacer algo... aunque hubiéramos perdido, [yo] por lo menos tenía que saber de haber hecho todo lo que podía” (E.Sg.2).

Como expresa la mujer que acabamos de citar, los seres humanos luchan contra los abusos aunque no tengan esperanza de tener éxito. Eso nos permite corroborar la idea de que “generalmente la gente es motivada por la rabia, la indignación, el miedo, la compasión o el sentimiento de responsabilidad, y no por un optimismo sobre las posibilidades seguras de obtener concesiones políticas a través de la protesta extra-institucional” (Amenta y Polletta, 2001: 305), como también confirma este testimonio de Riaño:

“Decidimos subir a los tejados y luchar sabiendo... porque ya teníamos conciencia de que aquello era una batalla perdida, pero no podíamos evitar que saliera de dentro lo que eras como persona, un coraje, una rabia, una rebeldía contra la injusticia tan brutal que era aquello” (E.Ri.1).

Justicia y dignidad son sentimientos que legitiman la lucha aun cuando las posibilidades de victoria parezcan escasas. Como emerge en los casos analizados, intentar hacer algo, evitando ser estigmatizados como los que no reaccionaron frente al abuso, puede ser un motivador de la protesta:

“Y decimos ‘bueno, vamos a intentarlo, por lo menos’” que... ver venir las máquinas y hacer un pasillo para que pueden pasar libremente, ¡no!... todo lo contrario, hay que luchar, por lo menos el derecho a la protesta que lo tengamos, que no digan, ‘es que no os opusisteis al proyecto’” (E.Co.2).

No oponerse a una injusticia es una actitud que mina la dignidad de las personas, como podemos apreciar en las palabras de esta mujer:

en busca de un único y saludable objetivo que es hacer desaparecer de la Montaña, lo que ha sido y es, causa de tanto daño: el pantano de Riaño...solo, caldero a caldero lo conseguiremos“ (<http://rianovive.blogspot.mx/2013/12/en-los-calderos-del-14.html>).

“Cómo vas a permitir que se cometa una injusticia (...) yo digo, si hay gente que quiere luchar por ello, yo me tengo que unir, y claro que lo tienes que defender porque representa también como tu dignidad” (E.Sg.6).

Además, está en juego la identidad ya que, como hemos descrito con anterioridad, la estigmatización de la identidad de una comunidad es una de las razones por las que se lucha y, además, alimenta el sentimiento de injusticia:

“Toda la opinión del resto de España, en general, éramos medio bárbaros que no teníamos la razón... ¿Por qué? ¿Por defender lo mío? ¿Porque han pagado una cantidad a mi abuelo treinta y pico... o los años que fueran? Yo eso no lo veo justo” (E.Ri.3).

El sentimiento de injusticia que los protagonistas de estos conflictos sienten eleva la lucha a una dimensión de valores en la que lo que está en juego no es conmensurable, no se puede evaluar económicamente, no contempla indemnizaciones ni compromisos. La única salida es el enfrentamiento con los promotores de las obras, lleve eso al éxito o al fracaso, como confirma el testimonio de esta mujer:

“Hay cosas que no se hacen tanto por dinero... si vamos a lo económico yo no tengo tierra más que la que traigo ahora entre las uñas, y sin embargo lo haces como para defender la dignidad de que no más porque yo soy fuerte y puedo más que tú, puedo llegar y hacer lo que quiero contigo... hay cosas que no se justifican nada más por el hecho de poder más que tú” (E.Sg.2).

Eso permite entender por qué el sentimiento de injusticia influye en la legitimación de la lucha, aun cuando no se piense que se pueda conseguir el objetivo para lo que estás luchando, que como veremos a lo largo de este análisis es también fuente de consuelo, independientemente del resultado:

“Que los de Temaca luchen, luchen por lo de ellos, y si no salen victoriosos, de perdido que digan que lucharon por lo que ellos creían que era lo mejor” (E.Sg.5).

El enmarcar la experiencia como una injusticia es un proceso cognitivo en el que intervienen muchas emociones y que llega a proporcionar legitimidad de la lucha. Como hemos visto en este parágrafo el sentimiento de injusticia se construye a través de las experiencias de las personas, como suma de elementos que van desde la falta de argumentos y razones que caracterizan los proyectos, hasta la imposición y la actitud del Estado. Percibir lo que se está viviendo como una injusticia sube el nivel de la contienda, entrando en juego cuestiones como la dignidad y la identidad y los valores de los sujetos, que transforman el conflicto en una lucha basada en principios, más que en intereses, en la que además, los

sujetos aunque fracasen, habrán ganado mucho, en términos de dignidad o de empoderamiento, como veremos en el siguiente capítulo.

* * *

En este capítulo han sido analizados cuatro procesos que permiten comprender la emergencia de las luchas contra represas como momentos de ruptura y reelaboración de la realidad.

El shock moral, que es la respuesta emocional a un evento o información, produce una primera reelaboración de la realidad en los afectados. La noticia de la construcción de la presa es el primer momento en el que las personas perjudicadas se enfrentan con la realidad de que el Estado está promoviendo un proyecto que pone en peligro su vida cotidiana. La amenaza que los sujetos perciben y elaboran, está principalmente relacionada con la pérdida del pueblo y del río, con todo lo que ellos significan: relaciones sociales, recuerdos, estilo de vida, fuente de subsistencia, patrimonio social, cultural, natural, etc. Culpables de esta situación han sido los políticos, promotores y ejecutores de los proyectos. La facilidad para la identificación de los culpables ha sido sin duda un elemento a favor de la movilización, junto al apego al lugar, la indignación y el ultraje que las personas experimentaron, así como la creencia de que se trataba de una injusticia.

Comprender estos procesos y el papel que juegan en ellos las emociones, permite contribuir al conocimiento de las experiencias de protesta y resistencia. Dicho en otras palabras, la propuesta analítica aquí presentada se fundamenta en la idea de que “los y las de abajo nunca actuaron con base en la racionalidad instrumental, como suelen creer ciertos científicos sociales y los analistas que ven el mundo desde arriba. La gente común aplica en su vida cotidiana, de la que forman parte tanto las resistencias como los levantamientos, una racionalidad otra, hilvanada de indignaciones, sufrimientos y gozos, que lleva a actuar con base en su sentido común de dignidad y ayuda mutua” (Zibechi, 2012: 13).

El análisis del cambio: la transformación de conciencia y conducta

Después de haber mostrado los procesos emocional-cognitivos que influyen en la ruptura y reelaboración de la realidad por parte de los sujetos que se enfrentan a una amenaza en su territorio, en este último capítulo queremos presentar los procesos que acompañan el cambio de los protagonistas, apoyándonos en dos conceptos: la transformación de conciencia y conducta (Piven y Cloward, 1977) y el empoderamiento.

Para el proceso de transformación de conciencia y conducta acudimos a la definición que proporcionaron Piven y Cloward:

“El surgimiento de un movimiento de protesta conlleva una transformación tanto de la conciencia como de la conducta. El cambio en la conciencia tiene por lo menos tres distintos aspectos. Primero, ‘el sistema’ o aquellos aspectos del sistema que la gente conoce pierden legitimidad. Un gran número de hombres y mujeres que normalmente aceptan la autoridad de sus gobernantes y la legitimidad de las instituciones empiezan a pensar hasta cierto punto que estos gobernantes y estas instituciones son injustos y están equivocados. Segundo, las personas que son normalmente fatalistas, que consideran inevitable el sistema existente, empiezan a reivindicar derechos que implican demandas de cambio. Tercero, hay un nuevo sentimiento de eficacia; las personas que normalmente se consideran indefensas empiezan a creer que ellas tienen alguna capacidad de cambiar su condición. El cambio en la conducta es igual de sorprendente, y normalmente más fácilmente reconocible, por lo menos cuando toma la forma de huelgas masivas, marchas o revueltas” (1977: 3-4)²².

Los autores a través de esta descripción definen el movimiento de protesta evidenciándose dos elementos clave como son el desafío y el carácter colectivo. Esa definición, a nuestro aviso, es la más exhaustiva aunque McAdam, posteriormente, renombró este proceso definiéndolo de “liberación cognitiva” (1982: 48-51). Con este término el autor —en lo que James Jasper consideró como “un esfuerzo por insertar la cultura en los modelos estructurales de los ‘procesos políticos’” (1998: 415)— destacó la importancia del proceso de reconocimiento

22 Traducción de la autora.

de las oportunidades de una acción política por parte de las personas que pueden participar, para que esas oportunidades lleven a la acción. Ese concepto ha desencadenado varias críticas, principalmente porque es sobre todo cognitivo, no incluyendo las emociones, añadiendo también que “‘liberación’ implica emociones fuertes que ‘cognitiva’ niega” (Jasper, 1998: 416), pero además porque “aunque el término parezca suponer un cambio radical en la perspectiva de uno o en su visión del mundo, la liberación cognitiva es representada como una lectura relativamente instrumental de informaciones disponibles sobre la probabilidad de la represión” (Goodwin et al., 2001b: 7). Por estas razones, y también porque la descripción de Piven y Cloward resulta completa y eficaz a la hora de aplicarla, a lo largo de este trabajo nos referiremos a este proceso como la transformación de conciencia y de conducta. Aun así, hay que evidenciar que en la experiencia de campo los entrevistados utilizaron una metáfora para describir ese proceso: el despertar. Por último, lo más destacado es que quede claro que ese proceso emocional-cognitivo, independientemente de cómo lo nombremos, existe y que habrá que determinar las emociones que lo activan.

LA PÉRDIDA DE LEGITIMIDAD DEL SISTEMA

El primer aspecto en el que se manifiesta la transformación de conciencia y conducta es a nivel de sistema, es decir, cuando se produce la pérdida de legitimidad de la autoridad. Esa pérdida de legitimidad que ya hemos descrito empieza con el sentimiento de decepción y traición que se produce a raíz del trato que reciben los ciudadanos y que refleja este extracto:

“Es muy triste que te des cuenta que la gente que te representa, con la que debes contar un apoyo... es gente de veras bien tapada, ignorante, prepotente...pues todo lo que se pueda decir... Yo lo veo muy triste eso... que esta gente que te debe ayudar, la verdad... no lo haga...” (E.Sg.6).

La deslegitimación comporta una pérdida de confianza y respeto hacia los políticos, que lleva a los entrevistados a afirmar, por ejemplo, que “los políticos (...) les considero unos falsos a todos” (E.Ri.5). El desprecio y desconfianza se debe a la experiencia de los entrevistados, que acusan a los políticos de actuar exclusivamente movidos por sus intereses personales. Estas emociones llevan no solo a desconfiar de ellos, sino también a perder el temor reverencial hacia la autoridad:

“Fulano [dice] ‘porque son del gobierno vamos a hacerle reverencias...’ ¿Por qué? Yo no tuve escuela, yo no tuve preparación, pero yo digo que a las personas, las que están en el gobierno se les paga, y se les paga más que bien porque te atiendan, para que te escuchen, para que te ayuden, no para fregarte” (E.Sg.5).

Esa pérdida de legitimidad se produce a raíz del trato reservado a los que protestan, pero es también consecuencia de lo que a nivel popular se define como “añadir insulto a la injuria”, es decir, no solo se engaña a la gente, sino que se hace de manera continuada e insolente, tanto que entre las metáforas empleadas por los entrevistados, encontramos el ser tratados “como animales” o el estar “jugando” con ellos, como se aprecia en este extracto:

“Era amarrar a las autoridades de las manos, porque ellos se la pasaron jugando con nosotros” (E.Sg.9).

El “jugar” con los afectados también implica el engaño, que es otra razón que influye en la pérdida de legitimidad de las autoridades, ya que como afirma este entrevistado: “Allí te fallaron todos, pues la administración y todo eso te engañaba” (E.Ri.4).

Que los ciudadanos se sientan engañados o no tomados en serio produce un sentimiento de ultraje y alimenta la elaboración de la idea política y de los políticos, centrados en sus intereses personales y sin ninguna atención hacia la población, como se aprecia en estos dos testimonios:

“[La experiencia] me ha demostrado que la política aquí solamente intenta beneficiar a unos pocos que no están aquí, precisamente, a cambio de la destrucción de esta zona... es tan sencillo como eso” (E.Ri.1).

“Yo pienso que ellos [los políticos] (...) les da igual el afectado, que vengan afectados por un lado, por el otro (...) actúan... hacen un proyecto y les da igual lo que pensamos nosotros o quien se lleven por delante” (E.Co.1).

Como hemos podido comprobar en el capítulo anterior, el mundo de la política institucional, el Estado y la clase política, sin olvidar los lobbies y los poderes que gravitan a su alrededor²³, han sido los responsables de los conflictos estudiados. La deslegitimación del sistema comporta una reelaboración de la idea de la política, de la percepción de los políticos, de la idea de democracia. Para empezar con una metáfora, la política es algo sucio y turbio:

“La terminología política es como las recetas de los médicos, nunca las vas a entender porque tiene que escribir mal” (E.Co.7).

“El relacionarse con política pues es embarrarse de lo mismo” (E.Sg.1).

La consecuencia de esta percepción negativa de la política es la construcción de una identidad antagónica entre lo que pertenece al mundo político, cuyos

23 En los casos analizados: hidroeléctrica, regantes, latifundios, ganadería industrial, turismo de masas, etc.

integrantes son responsables de los proyectos que afectan a las comunidades, y la gente:

“El tema político (...) no es una cosa que yo viera que tuviera importancia para mí, para mi pueblo, para mis amigos y para mi gente... eran los que estaban allí, son el poder, y al final los padecemos, tuvimos que luchar con ellos, pero nada más...” (E.Ri.1).

En todos los casos los entrevistados relacionan la política con los negocios y los intereses particulares de los políticos:

“Cuando hay unos intereses así tan grandes del gobierno, ya sabes que no estás jugando...hasta donde nosotros sabíamos, eran millones los que había en juego” (E.Sg.6).

Para las personas de los casos analizados, los políticos se dedican a la política solo para perseguir intereses particulares, es decir, para enriquecerse a costa de los demás, como se puede leer en este extracto:

“¿La política? Yo allí es que no me gusta meterme... ¿para mí la política? Mejor que no te diga nada [ríe] (...) por lo que se ve, y además lo vemos todos, llegan al poder, se llenan la cartera y allí te quedas, su buena paga cuando terminan y ¿quiénes sufrimos? Los de los pueblos, siempre” (E.Co.4).

Por todas estas razones, no extraña que las personas expresen su total desinterés o rechazo de la política: “Ahora sí que estoy totalmente desconectado de la política, no me interesa para nada” (E.Ri.6).

Centrándonos ahora en la percepción de los políticos, que como hemos indicado en el capítulo precedente fueron identificados como los responsables de la amenaza, hemos observado que la experiencia del conflicto produjo también un rechazo total hacia ellos:

“Yo los veía como personas respetables...antes, y ya no más miré eso...y no son más que unos comprados...no son nada de personas suertudas que llegan al cargo... no van con intereses de representar uno a su pueblo (...) para mí fue una muy mala experiencia, en cuanto a eso, conocer gentes que consideras respetables, y decir ‘¿qué tienen de respetable?’” (E.Sg.7).

Este rechazo es debido a emociones como la decepción, el ultraje por sentirse engañados o el sentimiento de superioridad que caracteriza a los detentadores del poder, que llevan a una falta total y absoluta de confianza hacia los políticos, como afirma este entrevistado: “Ya no confío casi en nadie, y mucho menos en nuestros gobernantes” (E.Sg.4).

Entre las muchas características negativas que se atribuyen a los políticos hemos podido notar que los entrevistados los consideran falsos, hipócritas y calculadores, o ‘peseteros’ (E.Ri.1) y oportunistas como se puede leer en este testimonio:

“Siempre que un movimiento ciudadano movilice mucha gente, hace que los políticos se arrimen... es inevitable... porque los políticos cuando ven que algo se mueve van detrás, para sacar partido, para sacar su rédito, eso es lo que los mueve... en definitiva eso es el problema (...) Esa es otra cosa que se aprende, que si se consigue llegar a la gente, al final el político lo mueve en la dirección que quiere porque el político se mueve por las masas” (E.Co.11).

Estos sentimientos hacia los políticos no prevén diferencias ideológicas, es decir, los políticos de los partidos mayoritarios son considerados iguales, tanto en España como en México:

“Ya sea PSOE, PP, me da igual, son todos iguales, no están más que a un negocio, y eso quieren convertirlo en un recurso para un negocio a cambio de destruir el medio ambiente” (E.Ri.1).

Añadimos además que personas que creían en la vía institucional para cambiar las cosas, sea a través de la participación en el gobierno local, sea concurrendo en el *iter* burocrático administrativo diseñado para la participación ciudadana, después de estas experiencias han cambiado su opinión y actitud:

“Dimos muchos topes... hasta el grupo que hicimos, lo registramos y todo, como una asociación... pero vimos que no nos iba a resultar, no había otro más que manifestarnos y andar aquí y allá... y es lo que hizo que esto funcionó...” (E.Sg.7).

Hemos indagado también cómo esta percepción y estos sentimientos hacia la política y los políticos se reflejan en el voto y la conclusión ha sido que una parte sigue votando, aunque sin convicción, más bien por cumplir con un deber cívico o por no considerar otras opciones, como afirma esta mujer: “Tenéis en cuenta una cosa, que no es solo quién gane sino la alternativa que haya” (E.Co.5).

Otra parte, sobre todo de Riaño, no ha votado ya más después del desalojo, o solo vota en las administrativas, como se puede leer en este testimonio: “No, desde hace 25 años, no voto ni a dios...” (E.Ri.1).

Tanto en el caso de Riaño como en San Gaspar la razón por la que decidieron ejercer su derecho a no votar fue sobre todo por el abandono que habían sufrido por parte de los políticos, hacia los que no tenían ya ninguna confianza:

“Vino un señor que votáramos por él... dije ‘¿sabes qué? Nosotros no vamos a votar por nadie. ¡Por nadie cabrones! Cuando nosotros los ocupábamos nadie nos dio

la mano, se volaban de nosotros. Nadie de Jalos nos dio la mano. No hay voto” (E.Sg.13).

Aun así hay que decir que el voto, en general, es percibido como una rutina ceremonial, en la que las personas no tienen poder de decidir realmente y que sirve solo para legitimar el sistema, identificándole como democrático.

La pérdida de legitimidad de los políticos se alimenta no solo de la experiencia de la protesta, sino también del discurso oculto de los sujetos que, por ejemplo, asocian el interés de los políticos hacia el pueblo solo con los momentos electorales, ya que como dijo una entrevistada: “lamentablemente el gobierno cuando está sentado se olvida de todo” (E.Sg.5). También se alimenta de la falta de información que sufren los afectados: “Eso fue lo que nos pasó en lo de la presa, pues que todos sabían, menos nosotros” (E.Sg.5). Podemos así observar en los casos analizados, cómo la pérdida de legitimidad hacia los políticos se traduce así en la pérdida de legitimidad hacia el sistema democrático y hacia los medios de comunicación.

La democracia es percibida como un ceremonial, ficticia, un proceso inconcluso o, como expresó un afectado por el embalse de Riaño: “La democracia es un cuento que nos contaron hace poco” (E.Ri.3).

Sobre la reelaboración del concepto de democracia todos los entrevistados ponen en duda la naturaleza democrática del sistema vigente. Un entrevistado afirmó que “la democracia es un día” (E.Co.1), frase con la que subraya que fuera del día de las elecciones los ciudadanos no son escuchados. Lo primero que destaca es una desilusión común en los tres casos hacia este concepto:

“Después de lo vivido, para mí parece que [la democracia] no existe...” (E.Ri.2).

“La democracia en nuestro país no existe, la democracia es una palabra que usan ellos como políticos, como bandera, para vanagloriarse de algo pero no existe, porque en el momento que tú los ocupas, nadie te ayuda, entonces ¿dónde está la democracia?” (E.Sg.9).

“¿Democracia? No sé. La democracia la tienen los ricos. Los pobres seguimos casi igual” (E.Co.4).

Como afirma este último entrevistado la idea de democracia también está asociada a una desigualdad, a una injusticia. Las reglas de los sistemas democráticos no se aplican de manera igualitaria a todas las personas, y eso alimenta la identidad antagonica que hemos visto que se construye en estos casos de conflicto entre las personas que sufren injusticias y las que las causan. Esta identidad antagonica es capaz de unir y acercar a individuos que pertenecen a contextos totalmente distintos, con visiones del mundo e ideologías distintas, etc. pero que comparten su condición de subordinación.

El sentimiento de traición que surge por las expectativas de cambio que produjo el fin de la dictadura y la llegada de la democracia en España, y que en muchos casos no llegó, alimenta la indignación. En particular la experiencia de Riaño es emblemática, ya que se desarrolló en la primera década de la democracia española:

“[La democracia] ¿Existe? No hubo cambio ninguno, fue peor. Para nosotros la democracia no sirvió de nada. Pensábamos esto también, llega la democracia, no era igual que cuando Franco, cuando nuestros padres iban a firmar con los dos guardias al lado... y ahora [pensamos] habrá más diálogo... y prevalecerá la razón... no sirvió de nada... ¿Democracia? ¡Intereses!” (E.Ri.4).

Para los entrevistados la democracia, como la política, esconde intereses personales y solo proporciona ventajas para algunos:

“Si estamos en democracia, cuando se hace una cosa, debería ser bueno para todos, no para unos pocos, aquí la democracia se queda en la mitad, siempre... bueno para alguno y malo para el resto...” (E.Co.4).

Como escribe Sartori la democracia no solo está en crisis, sino que también está en peligro (2008: 113) y uno de los problemas que emerge es que existe una gran distancia entre el ideal de la democracia y sus actuaciones (Salvadori, 2009). Ambos autores distinguen entre el ideal y la realidad de la democracia, y mientras el concepto, el ideal, es difícilmente contestado y “todas las principales alternativas a la democracia han desaparecido” (Salvadori, 2009: 6) la praxis está siendo fuertemente contestada. De la misma manera, en los casos analizados, mientras la praxis está contestada, hemos podido averiguar que emerge el respeto hacia la idea de democracia:

“La democracia (...) es una gran palabra” (E.Ri.1)

“La palabra democracia, en sí, es...fantástica” (E.Co.4).

“La democracia...yo creo que...lo que yo pienso...yo creo que implica el respeto, la honestidad y los valores” (E.Sg.6).

Aunque tampoco encontramos grandes idealizaciones de este sistema, considerado más bien como un proceso que hay que perseguir y construir:

“El concepto de democracia en México sigue evolucionando, allí va, poco a poco” (E.Sg.1).

En el caso español, como es fácil de entender, el concepto de democracia es elaborado a partir de la comparación con la dictadura, y por eso es considerado claramente un sistema mejor que el precedente:

“La democracia de verdad...el pueblo tiene más voz... por supuesto la prefiero a lo otro [dictadura], (...) dentro de todas las formas prefiero la democracia... pero no voto (...) la democracia la valoro en el sentido... no creo en los políticos... pero entre otros sistemas... me parece que es el mejor de todos” (E.Ri.5).

Sin embargo, como afirma este entrevistado español, hay mucho camino por delante para conseguir un sistema realmente democrático:

“Aquí el que tiene el poder es el que siempre ha mandado, y seguirá mandando... Ahora podemos hablar un poquito más...podemos defendernos un poquito más... pero realmente... métete en algún follón o cualquier problema... te vas a enterar... que se meta un pez gordo en un problema, no le hacen absolutamente nada...” (E.Co.4).

Un elemento muy interesante que emerge en las entrevistas, porque nos reconduce al proceso de elaboración de nuevos conceptos de democracia, es que para los protagonistas de estas experiencias, democracia es lo que habían vivido en el pueblo. En el caso de Coín eso emergió expresamente, como se puede leer en este extracto:

“Para mí una democracia es lo que se vivió en Coín, de que la gente fuera capaz de decidir cuál es su futuro, y su futuro es que no querían un azud en río Grande. Y la gente votó que no querían un azud. ¿Cómo votó?: no hizo falta hacer una urna... en una asamblea” (E.Co.7).

En Riaño, esa democracia se vivió durante los años anteriores al desalojo, cuando la gente que se había quedado en el pueblo se auto-organizó, ya que el pueblo estaba totalmente abandonado por la autoridad y sufría los síntomas de la decadencia:

“Hicimos también una asociación de mozos del pueblo, y esa quien lo llevaba, había otro amigo, yo era el secretario, y otro amigo era el vocal, con esa asociación intentamos rehabilitar el pueblo y lo que sacábamos de dinero con las obras de teatro, el baile, hacíamos el cine del domingo” (E.Ri.4).

En San Gaspar también es normal unirse para proporcionar servicios al pueblo o ayudas a quien lo necesite, por ejemplo a un conciudadano enfermo a través de rifas o recolectar dinero para construir la escuela secundaria, abrir una biblioteca o remodelar la iglesia. La auto-organización no es una prerrogativa de los conflictos en defensa del territorio, pero en estos casos la experiencia de resistencia creó las condiciones para que en estas comunidades se produjesen experiencias de autogestión, que se pueden considerar formas de democracia directa, que además, en el caso de Riaño, culminaron con la victoria de los jóvenes

en las elecciones municipales de 1986, aunque nunca pudieron ejercer su derecho porque los pueblos fueron desalojados, como afirma este entrevistado:

“Decidimos, como estábamos en democracia, presentarnos a las elecciones, presentar gente joven (...) para poder hacer algo más... lo que pasa es que no nos dejaron respirar (...) Pensábamos que desde dentro era más fácil, y no nos dejaron...” (E.Ri.4).

En los tres casos se pudo observar que la deslegitimización del sistema incluye la pérdida de confianza en la clase política, pero también un sentimiento de decepción y traición hacia el sistema democrático. A continuación vamos a ver cómo este proceso también conlleva la puesta en discusión. No se limita al mundo de la política institucional, sino que mina también la relación con los medios de comunicación y otras instituciones.

En este proceso de deslegitimación, los medios de comunicación son considerados instrumentos del poder, con información manipulada y usada en contra de los colectivos que protestan y presentan una realidad en la que los afectados no se reconocen. Esta es la experiencia de un afectado de Coín:

“Los medios de comunicación además nos hicieron un cerco informativo tremendo, nos costó mucho romperlo (...) lo primero, siempre hablaban de ecologistas cuando no todos los que había detrás eran ecologistas (...) claro, ecologista porque es algo peyorativo, muy intencional, muy sectaria la información que se daba” (E.Co.2).

En los medios oficiales no hay espacio para los sujetos, para las luchas locales, como denuncia un fautor de la recuperación del Valle de Riaño:

“en la prensa todo el juego este que yo ahora he montado solo sale el que puede y el que tiene influencias, pero no sale de verdad el fundamento y la importancia de ese fundamento... que cada persona tiene su lucha, no trasciende porque hay una barrera política” (E.Ri.1).

Por esa razón, en todos los casos de estudio los actores construyeron relaciones con medios locales, permitiéndoles poder superar el cerco informativo:

“Ellos querían manejar sus cosas a su modo, el gobierno, pero nosotros teníamos quien nos estuviera respaldando [más de un periodista local], sacando exactamente qué fue lo que pasó... no que fueran a envolverlos con puras mentiras” (E.Sg.5).

Otra consecuencia directa de la pérdida de legitimidad de los medios de comunicación es el éxito de los medios alternativos, como redes sociales, youtube o blogs, en los que las personas hacen su propio medio:

“Hay los mass media que controlan toda la información y ellos son los que deciden lo que se publica y lo que no se publica. Entonces, por mucho que tú intentes, tienes que buscarte siempre medios alternativos” (E.Co.7).

Otra institución que también perdió mucho crédito en San Gaspar fue la Iglesia, algo particularmente interesante si se considera el peso de esta institución en la cultura de esta región. Los habitantes del pueblo acudieron a las máximas instancias pero no encontraron apoyo, y así como pasó con los representantes políticos, los religiosos perdieron legitimidad. Eso no significa que las personas no sigan creyendo y participando en la vida religiosa, sino que los cargos eclesiásticos ya no gozan del mismo respeto y prestigio:

“El Señor obispo tampoco puso objeción para que se hiciera eso, nosotros acudimos a él y él dijo que el agua se necesitaba, y le dijo ‘sí, pero no a costa de nosotros’ (...) él nos dejó solos, también... al momento no más nosotros éramos los afectados, porque ellos bien a gusto que están en su casa” (E.Sg.5).

La experiencia de lucha hace que se evidencie la fractura entre los actores que apoyan a los afectados y los que apoyan a los promotores de la infraestructura, produciendo en los sujetos que viven la experiencia una reelaboración de su visión del mundo ya que tienen que ir separando sus valores y creencias, como el hecho de ser católicos, o creer en un sistema democrático, de las instituciones y de sus representantes. Ese proceso de reelaboración comprende también la reelaboración que se ha dado con respecto a la idea de progreso, comúnmente percibida como positiva, hasta que es utilizada por los promotores de las presas para legitimarlas.

Primariamente, el progreso es percibido como algo negativo por las personas que han vivido estas experiencias ya que los proyectos a los que se oponían eran presentados como elementos de progreso en el discurso oficial de políticos y promotores. El progreso es así percibido como un retroceso y devastación:

“Eso es el progreso que decían... Eso es como los cangrejos... no sé si sabes que los cangrejos van para atrás...y si esto no hubiera pasado la zona en sí hubiera ido para adelante” (E.Ri.3).

Secundariamente, el progreso lleva consigo injusticia, ya que solo es efectivo para los promotores de las obras, mientras que los habitantes de las zonas afectadas son perjudicados:

“Lo que iban a hacer era destrozarnos nuestra tierra, y eso no es progreso, eso es progreso para unos cuantos, pero no es progreso para todo el mundo” (E.Co.4).

La injusticia reside en el hecho de que el progreso, como la democracia, no proporciona beneficios para todos, sino que más bien beneficia a unos cuantos y perjudica a la mayoría. En San Gaspar el sentimiento de injusticia fue muy potente, quizás alimentado por un discurso oculto que es el resultado de las injusticias sufridas por parte de la población de la mano del Estado, que pocas veces ha actuado en beneficio de la gente común y corriente:

“En este caso la presa, sí, va a beneficiar a muchos, ¿pero a cuántos iba a fregar? Entonces ¿cómo [puede ser] un progreso... cuando para ayudar a unos estás fregando a otros?” (E.Sg.6).

La elaboración de la idea de progreso es particularmente importante si se considera que los conflictos socioambientales se caracterizan por la estigmatización que sufren las comunidades amenazadas al ser presentadas por el discurso oficial como las que se oponen al progreso, como evidencia este testimonio:

“Tuvimos una reunión con la Consejera de Medio Ambiente, en Sevilla, y nos dijo que nosotros estábamos un poco como en contra del progreso, que había una serie de dinero invertido que se iba a perder” (E.Co.2).

Para contestar a estas acusaciones las comunidades reelaboran la idea de progreso explicando lo que presupone este progreso para ellas y proponiendo nuevas ideas también de lo que tendría que ser el progreso:

“No nos oponemos al progreso, pero sí que ese progreso vaya de la mano de todos, nada de progreso que sea nada más para los que dirigen los proyectos, las obras, los acuerdos” (E.Sg.1).

Explorando estas reelaboraciones, preguntando qué sería o tendría que ser el progreso, surgieron respuestas que sugerían ejemplos relacionados con la vida diaria, y sobre todo la mejora de las condiciones de vida para la mayoría de las personas:

“Yo no voy en contra del progreso... El progreso es que el hombre se pueda desarrollar, si el hombre está dotado de una inteligencia, que utilice esta inteligencia en beneficio propio, pero también en beneficio de lo que lo rodea. Si no, no es inteligente” (E.Co.6).

En el caso de Coín, donde el tema medioambiental es más difuso, el progreso está relacionado con eso y, de cara al futuro, el progreso serían los retos por alcanzar, partiendo de la experiencia del conflicto:

“Se han puesto en marcha muchos proyectos gracias a esto: y yo creo que eso es el progreso” (E.Co.7).

Como hemos mostrado en el primer capítulo, detrás de las acusaciones de egoísmo, irracionalidad e ignorancia se esconde la etiqueta NIMBY con la que se identifica las resistencias de las comunidades locales que se oponen a instalaciones en sus territorios. Después de lo que hemos presentado en estas páginas creemos que es evidente que la realidad es mucho más compleja que una simple acción en “defensa del propio patio trasero“, y que además el uso de la idea de progreso así como del egoísmo son instrumentales para deslegitimar estas luchas y estigmatizar a los habitantes de los territorios amenazados, como se puede apreciar en este extracto:

“Muchas gentes nos criticaron, desde la iglesia, desde otros políticos, desde otros pueblos, ‘Qué egoístas son... imagínense a todos los pueblos que van a beneficiar y todo esto’ (...) Mucha gente nos tachó como egoístas, decían ‘es que es un proyecto muy bueno donde mucha gente se va a beneficiar, ¿por qué se oponen a ello?’” (E.Sg.6).

Un ulterior argumento que demuestra que estos conflictos no se pueden clasificar como NIMBY, sino más bien como NOABY (en ningún patio trasero), lo encontramos en las afirmaciones de los entrevistados, que subrayan su interés para que estos proyectos no afecten a ninguna persona:

“Un valle que no haya habitantes ni nada, lo destruyes, pero lo del daño moral de las personas y eso no lo haces... y nosotros lo que queríamos es que no destruyeran ningún pueblo, no... los valles tampoco nos gustaban, pero era menos daño posible” (E.Ri.4).

Apropiarse del territorio, física, emocional y culturalmente, es una etapa necesaria hacia la defensa del mismo y hacia lo que se ha definido como conciencia ecológica, y no tiene nada que ver con las acusaciones de egoísmo. Además, a favor de esta tesis también recordamos lo que hemos visto a lo largo de los capítulos precedentes, es decir, la intensidad emocional con las personas que viven estas experiencias, la empatía, la solidaridad, etc. que se manifiestan en las nuevas prácticas que presentaremos en la última parte de este capítulo.

Concluimos este apartado con las palabras de Agustín López Tobaja, quien confirma que las luchas en defensa del territorio, lejos de ser conflictos centrados en intereses locales y egoístas, están contribuyendo a la elaboración de una nueva narrativa antagónica al sistema dominante, que es radical, en el sentido que va a la raíz del problema: “toda pretensión de defender la naturaleza que no cuestione, con rigor incendiario si es preciso, el progreso, la industrialización, el desarrollo,

la tecnología —en suma, las bases mismas sobre las que se asienta la sociedad occidental contemporánea y que ninguna fuerza política se atreve a cuestionar—, no puede ser ya más que fariseísmo o banalidad” (López Tobaja, 2005: 92).

El primer aspecto de la transformación de conciencia y conducta analizada en las tres luchas contra represas, incorporando la dimensión emocional, nos muestra cómo la experiencia de la protesta produce cambios sustanciales en la visión del mundo de los sujetos gracias a la carga emotiva que caracteriza a estos conflictos y la relación con el territorio. De esa manera, el medio vuelve a ser central en la vida de estas personas, lejos de reproducir una relación de carácter ceremonial o interesada con la naturaleza, como pasa en los ámbitos oficiales:

“Eso es medio ambiente, medio ambiente de verdad, no el oficial, el burocrático, que eso es solo una panda de asalariados” (E.Ri.1).

Este extracto, en el que se puede percibir también el encono de esta persona hacia la administración, nos introduce en el siguiente apartado en el que presentaremos algunas de las propuestas que los entrevistados desarrollan a partir de la deslegitimación producida por la experiencia de lucha.

LAS DEMANDAS DE CAMBIO

El segundo aspecto de la transformación de conciencia y conducta que describieron Piven y Cloward se produce cuando las personas que son normalmente fatalistas y consideran el sistema como inevitable empiezan a demandar o reivindicar derechos que implican demandas de cambio.

En los casos analizados ese segundo aspecto de la transformación de conciencia y conducta se manifiesta en las propias resistencias contra las presas. Como hemos analizado en el apartado dedicado a los estados de ánimo, muchas personas en las comunidades analizadas eran fatalistas y creían que no podían vencer pero encontraron otras razones y emociones para defender su territorio, demostrando, en dos de los tres casos, que era posible desestimar la obra. Además, también se dieron otros ejemplos de reivindicación de derechos tras la experiencia de lucha en defensa del territorio como veremos en el apartado dedicado al empoderamiento y el cambio de conducta.

El análisis de estas luchas evidencia que en las experiencias analizadas, las demandas y reivindicaciones de derechos no pasan por un diálogo con las autoridades y las instituciones, que perdieron legitimidad también a raíz de la experiencia de protesta, sino a través de la acción directa y proyectos autogestionados. Eso hace evidente la importancia del enfoque desde abajo en la investigación que se centra en la experiencia de sujetos que a menudo son excluidos del estudio de

la acción colectiva. De hecho, los enfoques prevalentes en el estudio de la acción colectiva –como las teorías de la movilización de los recursos y de los procesos políticos– se han caracterizado por ser estado-céntricos (Taylor, 2010).

Estos enfoques definen los movimientos sociales en función de sus relaciones con el Estado, legitiman las organizaciones formales, los líderes y los activistas como únicos actores de la protesta y reconocen los cambios estructurales como exclusivos resultados de la acción colectiva. Detrás de estos acercamientos teóricos podemos encontrar el Estado-centrismo, es decir, la idea de que el cambio radical es posible solamente tomando el poder institucional (Holloway, 2002) o interactuando con el Estado.

Además, estos enfoques no se centran en la experiencia de los sujetos, ya que como afirma James Jasper hablando del modelo de las oportunidades políticas, eso “ignora las elecciones, los deseos y los puntos de vista de los protagonistas: los potenciales participantes son asumidos como ya formados, y justo esperando la oportunidad de actuar” (2010: 965).

Los cambios analizados desde una perspectiva Estado-céntrica se limitarían a los cambios y derechos conseguidos a través del diálogo con las instituciones, llevando a la conclusión de que estos conflictos representan un fracaso a nivel político, no habiendo producido un cambio ni en las políticas del agua, ni en la defensa de los territorios amenazados. El enfoque desde abajo, centrándose en la experiencia de los sujetos que defendieron y siguen defendiendo el territorio, evidencia otro tipo de cambios, demandas y proyectos, que aunque es difícil determinar qué impacto puedan tener a nivel macro, sí lo tienen en la vida de los sujetos analizados y de las comunidades o territorios que ellos habitan, como veremos a continuación mostrando algunas de las demandas de cambio que emergieron en las entrevistas.

Como hemos visto en el párrafo anterior, la pérdida de legitimidad de los medios oficiales o de los representantes eclesiásticos conlleva la búsqueda de autonomía, es decir, las personas buscan los medios para superar las barreras impuestas por el poder. Ese cambio en la conducta conlleva un alejamiento de la práctica de la delegación como vía para cubrir sus necesidades, como expresa este entrevistado:

“No vamos a dejarlo esto en manos de un abogado... o de un grupo político, porque esto es un problema de nosotros y no se puede ganar legalmente, fue lo que me negué hacer esto” (E.Sg.7).

La experiencia del conflicto contribuye también a la difusión de una visión crítica de la clase política y a la necesidad de un cambio de la cultura política del país:

“El político tiene que hablar bien aunque no diga nada, debería cambiar eso, esa es otra cultura que debería de cambiar” (E.Co.7).

En el caso de Riaño, la demanda de cambios está relacionada con la recuperación del Valle:

“Yo sigo creyendo que eso está pendiente de justicia de verdad, no de justicia de los jueces, otro tipo de justicia, la Justicia con mayúsculas” (E.Ri.1).

Mientras que en el caso de Riaño la decepción y la frustración han influido en la reelaboración del concepto de democracia, que se vive más bien negativamente, en los casos de San Gaspar y Coín hemos podido profundizar el tema para explorar si existían nuevas ideas alrededor de este concepto. Las ideas que han emergido tienen que ver con que la democracia tendría que mejorar la vida de las personas, sin distinciones:

“Desgraciadamente eso a mí me hace dudar de la democracia en México todavía, para que alcance su totalidad creo que faltan años y espero que no sean necesarias revoluciones u otros movimientos para hacer entender a la clase política que ya queremos ver resultados reales, transformaciones, acuerdos, que en verdad mejoren la vida de los pueblos, porque hay con que mejorarla” (E.Sg.1).

Otra de las ideas que aflora en las entrevistas es la necesidad de promover una mayor participación ciudadana en los procesos de toma de decisión:

“Mayor participación ciudadana (...) Poder expresar mi opinión, una más, pero allí está (...) Si no se participa solamente hay una opinión, que es la de la Administración” (E.Co.2).

En la misma línea, un elemento que destaca de los demás es que un proceso democrático tendría que promoverse desde la ciudadanía, desde abajo:

“Creo que la forma de cambiarlo es desde abajo y apostando por la confianza... trato de rodearme en un ambiente de confianza, porque sé que puedo confiar en el grupo que se ha consolidado, por ejemplo en la movilización de río Grande” (E.Co.4).

Como veremos al analizar las prácticas que surgen de estas experiencias, las personas implicadas en estos conflictos aplicarán sus ideas y reelaboraciones en su vida diaria, creando alternativas que, aunque no produzcan un cambio inmediato en el sistema democrático de los países analizados, representan grietas en el sistema, apropiándonos de la metáfora utilizada por Holloway (2011).

EL SENTIMIENTO DE EFICACIA Y EL EMPODERAMIENTO

El último aspecto de la transformación de conciencia descrita por Piven y Cloward (1977) contempla la emergencia de un “nuevo sentimiento de eficacia“, que se produce en las personas que ordinariamente se consideran políticamente impotentes y que a raíz de la experiencia de protesta comienzan a creer en su capacidad para cambiar las cosas. Este aspecto nos introduce en el último proceso que trataremos, el empoderamiento, que se manifiesta en cambios tanto a nivel individual como colectivo.

El *empowerment*, inicialmente propuesto en el marco de la psicología de comunidad en los años sesenta, y muy pronto utilizado en distintas disciplinas, incluida la política, indica el proceso, individual y colectivo, de adquisición del poder, no como “poder sobre alguien” sino como “poder de“, como potencialidad (Dallago, 2006). En política el empoderamiento, que además Wood (2001) identifica como un beneficio emocional de la participación en un movimiento, es tanto el “despertar” antes comentado, como el proceso de emancipación consecuente a la toma de conciencia. Drury y Reicher (1999, 2000 y 2005), así como Lake (1993) o Krauss (1989) reconocen además este proceso como uno de los resultados de los movimientos, que lleva a un cambio social y que depende de las emociones experimentadas en la protesta. Por esta razón, entre las muchas definiciones de empoderamiento que se pueden encontrar en la literatura, hemos decidido referirnos al empoderamiento como “una condición socio-psicológica de confianza en las habilidades de uno que desafía las relaciones existentes de dominación” (Drury y Reicher, 2005: 35). Aun siendo un concepto de amplia envergadura, estamos de acuerdo con los autores cuando afirman que siguen empleando este concepto “no solo porque lo utilizan las mismas personas que están involucradas en los movimientos sociales, sino porque captura aspectos de la experiencia —en particular las concomitantes alegría, entusiasmo y placer emocional— que la mera eficacia, una explicación del poder subjetivo como un cálculo esencialmente racional, no hace” (Drury y Reicher, 2005: 54).

Finalmente, creemos que ese concepto resulta idóneo en nuestro análisis, no solo porque nos permite complementar el proceso de toma de conciencia antes descrito, sino también porque incorpora dos niveles de cambio, el individual y el social. Como escribe Dallago “el concepto de empoderamiento subraya, en ámbito político, la estrecha interdependencia que existe ente el cambio individual y el cambio social” (2006: 11), circunstancia que en nuestro trabajo de investigación se manifiesta en el cambio cultural consecuente a la experiencia del conflicto. Eso confirma la idoneidad de elegir un enfoque biográfico, desde abajo y centrado en lo local, ya descrito en el capítulo dos, y vinculado en el largo periodo con los objetivos de emancipación y autonomía de las comunidades y/o movimientos. En esta línea, en nuestros casos de estudio iremos analizando

tanto la “dimensión política” como la “dimensión psicológica” o individual del empoderamiento (Friedmann, 1998) y determinaremos las emociones que influyen en ese proceso, ya que no hay que olvidar que defendemos la idea de que todos los procesos cognitivos que producen el cambio que viven los sujetos a raíz de la participación en la defensa del territorio son provocados y alimentados por emociones.

El empoderamiento está relacionado con el aprendizaje que emerge de la experiencia de resistencia y se manifiesta en diferentes formas, según la persona, su bagaje cultural personal, etc. Como nos dijo un activista andaluz:

“Todos hemos aprendido mucho (...) Esta apertura de ojos no es solamente una apertura de toma de conciencia, sino de ver lo que tienes delante. Prohibido ver lo evidente, reza el cartel. Pues de pronto se ve. Se descubre el telón y ves lo que tenías siempre” (E.Ex.1).

Antes de presentar en qué consiste este aprendizaje queremos reflexionar sobre cómo es posible. El shock moral y los procesos cognitivos que hemos presentado en el capítulo precedente son el camino a través del que se desarrolla el aprendizaje. El aprendizaje es el resultado de la experiencia y de su carga emocional, así como de las relaciones con las personas que participan en estas experiencias. En ese proceso de aprendizaje, por ejemplo, fue indiscutible el papel de los actores que vinieron desde fuera a aportar su solidaridad y su apoyo, como podemos apreciar en este testimonio:

“Conocí a mucha gente muy maja, de aquí de la Universidad de León fueron mucho allí, que también nos hicieron pasar momentos muy buenos (...) Inyectarnos a nosotros cosas... porque nosotros éramos unos palurdines... no teníamos idea de nada” (E.Ri.5).

En el caso de Coín influyeron en el aprendizaje las charlas organizadas por la plataforma en las que participaron académicos comprometidos con la Red Andaluza por la Nueva Cultura del Agua y la Fundación Nueva Cultura del Agua. La participación de expertos que apoyan los conflictos es muy importante porque otorga legitimidad a la lucha y da seguridad a la población ya que los expertos proporcionan argumentos científicos. Pero la participación de estas personas también contribuye al proceso de toma de conciencia, presentando casos similares en otros lugares del mundo, y ubicando y contextualizando, con un lenguaje comprensible, el caso local dentro de una realidad más extensa. Todos los entrevistados reconocen la importancia de ese aporte para la toma de conciencia de la comunidad, tanto que un entrevistado afirmó:

“A través de esto de las charlas, fuimos conociendo algo, tampoco no es que sepa yo mucho de esto, pero (...) era interesante porque te abría los ojos” (E.Co.1)

En el caso de la recuperación del Valle de Riaño, también se está invitando a expertos a las jornadas que la asociación organiza. Como en Coín, se reconoce la importancia de esta presencia en las comunidades locales:

“Ahora que esta situación se está dando con el tema de ahora, actual, ni así la gente se entera, nadie es profeta en su tierra... será verdad... Yo no soy profeta, simplemente les cuento las cosas que conocen y no valoran, que se olviden de los manás, están ciegos” (E.Ri.1).

El papel de los académicos está relacionado con la importancia del conocimiento en los conflictos. Ese connubio entre razón y corazón es uno de los elementos que se han demostrado clave en el éxito de muchas movilizaciones:

“Para defender hay que tener armas, pero las armas sobre todo del conocimiento, de la verdad, de la razón, de la justicia, ya las armas de la violencia y todo eso ya lo dejamos para último recurso, pero siempre he sido una persona inquieta” (E.Sg.1).

El aprendizaje, en el sentido más literal, tiene que ver con la adquisición de nociones nuevas, tanto sobre derechos como sobre el medio natural:

“Aprendimos... parte de la fauna que hay en el río que no la conocíamos antes, nos hemos criado aquí pero no la conoces (...) a través de ellos [Jara], a través de las charlas, a través de lo que había aquí” (E.Co.1).

Una vez más vemos cómo la influencia de la asociación Jara en Coín dio mucho peso al tema medioambiental, haciendo que al aprendizaje relacionado con la experiencia de lucha se sumase el conocimiento del territorio.

En el caso de San Gaspar quienes tuvieron un papel muy importante en el aprendizaje fueron las personas que habían vivido experiencias similares y que fueron a llevar su solidaridad y su experiencia, porque los afectados se dieron cuenta de que en casi ningún caso el gobierno había mantenido las promesas y que el aceptar las condiciones hubiera podido llevar a consecuencias muy negativas para la comunidad:

“Entonces venían de Guadalajara, Lupita [de Arcediano], vinieron ellas y gente del pueblo, hablando, los domingos, venían y nos manifestaban que no vendiéramos porque a ellos todavía no les pagaban, los sacaron y no pagaban todavía lo que el gobierno había dicho que iba a pagar, y si los desalojaron, empezaron a tumbar sus viviendas, todo lo que ellos vivieron, ellos nos lo daban a conocer aquí, cada ocho, cada quince días... entonces nosotros no queríamos tampoco” (E.Sg.5).

Otra dimensión del aprendizaje es la relativa a la organización. Si bien la mayoría de las personas de las comunidades afectadas no tenía experiencia previa

de lucha, fue importante el papel de los actores que aportaron su conocimiento y los asesoraron, como se puede apreciar en este testimonio:

“La idea de los tejados... todo era de esta gente... de subirnos a los tejados... porque nosotros, con toda la mejor intención del mundo... luchas con lo que entiendes... con lo que sabes (...) nos decían por dónde teníamos que encauzar las cosas (...) la gente nos ayudó de una manera o de otra, todos mucho, yo desde luego les estoy muy agradecido a todos los que fueron por allí, porque nos ayudaron mucho” (E.Ri.5).

El aprendizaje no se limita a la lucha en sí, sino que se convierte en herramienta de cara al futuro para poder enfrentarse a otros problemas o para aplicarlo en la vida cotidiana, en nuevos proyectos, etc., como expresa este entrevistado:

“Todo lo que vivimos nos sirve para aprender... pues a lo mejor en otro tipo de problema ya no estaríamos como ¿qué hacemos? Tal vez ya tendríamos más gente conocida, contactos, ya sabríamos a quién acudir” (E.Sg.2).

El aprendizaje que proporciona la experiencia de lucha influye en el empoderamiento de los sujetos, tanto personal o psicológico, como político. Un ejemplo de empoderamiento psicológico que observamos en los casos de estudio, es el aumento de la autoestima o el tener mayor confianza en sí mismos, como se aprecia en este extracto:

“Fue como un momento que me hizo revalorarme (sic), o sea descubrir quizás capacidades que no había desarrollado, o sea como que me revaloré (sic) a mí mismo (...) No me imaginaba el cambio que iba a traer esto en mí realmente (...) descubrir que yo podía también, podía tener la capacidad de hablar (...) fueron momentos que sí despertaron en mí otro tipo de persona que no ero yo” (E.Sg.1).

El empoderamiento se observa en la capacidad adquirida por los sujetos de hacer cosas que antes hubieran sido impensables, como subir a un tejado o hablar en público:

“Fue una experiencia algo difícil... exponerte en público a hablar... sí es algo crítico para uno... nunca lo había hecho, tuve dificultades, pero a mi manera lo llegué a hacer...” (E.Sg.7).

La elección de trabajar con personas ‘comunes y corrientes’ nos ha permitido observar el empoderamiento muy claramente, ya que como afirman sobre todo los entrevistados de Riaño y San Gaspar, tuvieron que partir desde cero, ya que no tenían ninguna experiencia previa, como afirman estos entrevistados:

“Éramos gente que no teníamos mucha idea de nada... hacía poco que había llegado la democracia y nosotros no sabíamos... y luchamos con lo que podíamos” (E.Ri.5).

“Éramos un grupo de gente más desorganizada que ni siquiera sabíamos qué íbamos a hacer” (E.Sg.2).

Eso también ha influido en la carga emocional que acompañaba a estos procesos, ya que la puesta en juego es muy alta, el contendiente muy fuerte y las personas tuvieron que superar sus miedos y actuar:

“Sabes que... ni habla uno puros disparates, porque te gana la emoción, te gana el coraje (...) y sientes tanto coraje contra la persona que les estás diciendo... no es uno tan bueno para hablar, pero sí se defiende uno” (E.Sg.9).

En Coín el proceso de empoderamiento individual fue distinto, porque hubo dos niveles de participación y de empoderamiento. Por un lado, estaba la gente que nunca había participado y que se solidarizó y participó ayudando como podía, y por el otro lado, a diferencia de los demás casos, había una asociación local que tenía más experiencia y contactos. La presencia de la asociación Jara ayudó así a la población a enfrentarse al proyecto y supuso un aprendizaje también para los propios activistas locales, que son personas que viven y trabajan en la comunidad y que, aunque podían tener más experiencia, se tuvieron que enfrentar con todas las dificultades que se presentan en un conflicto de tal entidad, desde aquellas prácticas y técnicas, a las más complejas como los intentos de cooptación, división, descrédito, etc. Así expresa su experiencia una persona de esta asociación:

“La conciencia crece y claro que aprendes. La misma experiencia de la movilización, incluso en lo práctico, de organizar, de juntarnos, de afrontar los medios de comunicación, de sentarte ante una cámara, antes de ti como hoy, se aprende muchísimas cosas a nivel de detalle” (E.Co.8).

En cuanto a Riaño, la experiencia de fracaso puede provocar la pérdida de la esperanza en poder cambiar las cosas, como se puede leer en la experiencia de este entrevistado:

“Estoy cansado... después de aquello que no (...) no tengo ninguna ilusión” (E.Ri.4).

Aun así, como ya hemos recordado, algunas personas han encontrado la fuerza para seguir luchando por la recuperación del Valle.

A pesar de las dificultades, muchas personas vivieron el conflicto como una experiencia más en sus vidas, experiencia que puede hacer sufrir y cansar, pero también puede ser fuente de aprendizaje y de crecimiento personal y colectivo:

“Son experiencias que pasas en la vida, y no estás prevenido para eso, pero tienes que salir... tú sabes que la vida son puros topes... aquí, allá... no te funciona lo que estás haciendo, tienes que cambiar a otras cosas... yo ya con los años que tengo he andado en muchas cosas... buscando... he sembrado chiles, he sembrado fríjol... de todo he sembrado allí en el rancho, no me funciona una cosa le cambio a otra” (E.Sg.7).

Estas experiencias pueden hacer emerger cosas que las personas no esperan, tanto de sí mismos, como de los demás, como se puede leer en este extracto:

“[He aprendido] que la vida te puede sorprender cuando menos te lo esperas, porque nadie se esperaba que la gente se movilizara así aquí” (E.Co.2).

Ese último extracto es una evidencia más del papel de las emociones. La sorpresa y la energía emocional generada por la participación masiva de la población en defensa de río Grande, hacen que la lucha tenga la capacidad de devolver la esperanza para poder cambiar las cosas, que como hemos visto es uno de los resultados del empoderamiento, como también confirma este testimonio del caso mexicano:

“[Ha quedado la idea] de que se puede revertir las decisiones cuando no son tomadas en consenso con la ciudadanía, así es, para mí ha quedado este precedente” (E.Sg.1).

Otro cambio que hemos observado en relación con el empoderamiento es la pérdida del miedo hacia la autoridad, como comentan estos dos hombres mexicanos:

“Yo siento que desde entonces no le tengo miedo ni al gobierno, ni a nadie... son humanos también, y también tienen miedo igual que la gente” (E.Sg.4).

“[Ha quedado] la experiencia que no hay que dejarnos vencer por el temor por la imagen de un gobernante, por un proyecto que supuestamente venga de nación o algo. Siento que no debemos sentirnos perdidos, que no hay que claudicar en ningún momento (...) en sí, debemos de creer en nosotros mismos” (E.Sg.1).

Resaltar que son testimonios de hombres es importante por la idea, mostrada en Hochschild (1975), de que existen patrones de género en las reglas del sentir que hacen que los hombres tengan más dificultades en expresar sus miedos. El miedo en la experiencia de lucha es legítimo y compartido, por esta razón se puede expresar sin vergüenza.

La pérdida del miedo se hace evidente durante el conflicto, en los enfrentamientos, y se contagia entre los protagonistas, tanto que en esos momentos se crean fuertes vínculos entre las personas. Estos acontecimientos son recordados

siempre con una carga emotiva muy importante, que incluye satisfacción y alegría, como se aprecia en este extracto:

“Estos días estábamos bastante metidos en darles a los antidisturbios porque como no conocían el pueblo y nada (...) los tuvimos acojonados, fijate... hasta me gusta recordarlo... me acuerdo que fue una noche muy movidita, hicimos una fogata y tal y se escondieron como perros” (E.Ri.1).

Además de la pérdida del miedo, en los casos de Coín y San Gaspar el empoderamiento se manifiesta en la toma de conciencia de que el gobierno no es todopoderoso y del poder que tienen los ciudadanos:

“Somos ciudadanos que votamos, que damos decisiones para que estos gobernantes que son elegidos nos escuchen, que se haga valer este derecho que tenemos, a expresar nuestra libertad de expresión, nuestras inquietudes, nuestras inconformidades” (E.Sg.1).

En el caso de Riaño hemos podido observar que durante la resistencia surgieron experiencias de auto organización, ya que los jóvenes que vivían en Riaño antes de los desalojos se empeñaron en mantener el pueblo que se estaba dejando morir, como cuenta este entrevistado:

“En estas épocas colaboré todo lo que pude, y de hecho yo estuve unos años al frente de la juventud, de presidente de una sociedad de mozos (...) siempre mirando de atraer a la gente para que lucharan con nosotros” (E.Ri.2).

Las personas empoderadas no solo consideran la lucha como una vía legítima para defenderse y actuar contra las injusticias, sino que también reconocen la importancia de la unión para conseguir sus objetivos:

“He visto que cuando el pueblo se une, ni política ni nada” (E.Co.7).

La unión influye positivamente en la experiencia porque anima a seguir luchando, como se puede leer en las palabras de este entrevistado mexicano:

“Cuando el grupo es fuerte, ya puedes tú gritar, puedes decirles sus verdades y no hay problemas... pero a un principio no te animas...” (E.Sg.7).

Además, hemos podido comprobar que, como consecuencia de la falta de confianza, los entrevistados ya no creen en las palabras de los actores que perdieron la legitimidad. Ni siquiera en un momento de euforia como cuando el gobernador de Jalisco fue a anunciar la desestimación del proyecto de la presa que hubiera inundado a San Gaspar, como afirma esta mujer:

“Y [cuando el gobernador anunció que se desestimaba el proyecto] yo decía ‘no es cierto, nos están engañando’ y no lo creí yo ni le aplaudí, dije ‘son mentiras’” (E.Sg.2).

Los habitantes de estos territorios afirman que la experiencia de lucha —además de empoderarlos y saber que pueden revertir las decisiones que son tomadas contra su voluntad— se convierte en un patrimonio que puede ser aprovechado en el caso de que se presenten otras amenazas, como afirma esta entrevistada:

“El caso de río Grande te da el empuje para saber que si nos sumamos todos y nos sumamos cada vez más personas se puede parar todo lo que consideremos que no estamos a gusto o no estamos de acuerdo y que Coín no se tenga que mantener tan pasivo. Yo creo que cuando haya otra problemática por el estilo la gente simplemente tenga que recordar... o los que están en la mesa recordar de cuando río Grande, y ya la gente va a volver a recordar lo que a ellos le ha tocado esta fibra” (E.Co.5).

En estos casos, el empoderamiento produce una reelaboración del papel de las personas en la vida social, y de la responsabilidad en la dinámica de la toma de decisiones, como afirma este activista:

“Yo creo que hemos dejado todo en manos de los políticos y los políticos se han vuelto todos unos sinvergüenzas, y así nos va... también lo que hay es culpa de todos, de dejadez, de comodidad, de no participar, de —yo a lo mío—... y creo también que eso nos lo han infundido, —seáis así que es más cómodo, consumís—” (E.Co.8).

El empoderamiento se manifiesta también en la conciencia de la responsabilidad de los ciudadanos que, por ejemplo, en el caso de Riaño se manifestó en la toma de los ayuntamientos de la comarca por parte de jóvenes anti-presa poco antes de los derribos, y en otras ocasiones con la conciencia de que los mejores representantes de los ciudadanos son ellos mismos, aunque no tengan experiencia:

“Hubo otras ocasiones en que querían que nos representaran personas más preparadas, que sabían hablar (...) yo creo que tiene más valor la ponencia de una persona que está viviendo el problema que alguien que va a hablar muy bonito y exponer (...) creo que cuenta más el dicho de la persona afectada... aunque no lo puedan entender muy bien...” (E.Sg.7).

El empoderamiento es una consecuencia del abandono por parte de las autoridades de sus responsabilidades, ya que las personas, conscientes de que nadie les podrá resolver sus problemas, deciden organizarse y luchar en contra del proyecto y eso produce el proceso de empoderamiento:

“Fue cuando nosotros sentimos que ante nadie, o sea ante nadie tenía valor lo que nosotros estábamos defendiendo, era una lucha de la comunidad nada más, sin ninguna autoridad, sin ningún partido político y sin ningún apoyo, ni religioso, ni de ningún lado, era rifárnosla nosotros solos, y así nos aventamos, se unió la comunidad, y salimos adelante” (E.Sg.9).

En cuanto a la relación entre empoderamiento y resultado del conflicto, el empoderamiento, es decir el ‘poder de’ cambiar las cosas, está fortalecido por el éxito del conflicto en los casos de Coín y San Gaspar, mientras que en el caso de Riaño se experimenta durante la resistencia, pero no en relación con el resultado ya que finalmente perdieron su lucha. Incorporando la dimensión emocional, podemos observar que la relación entre éxito y empoderamiento se produce gracias a la energía emocional que se experimenta gracias a la victoria, como en los casos de Coín y San Gaspar:

“Y es una experiencia muy bonita que te deja y una enseñanza que dices «es que es solamente así como que te pueden escuchar» porque pues las leyes son buenas, pero por lo general si las sigues al paso nunca te van a funcionar, tienes que alzar la voz, a veces tomar otras actitudes, que a algunas personas les parecen a lo mejor violentas, exageradas, pero es la única manera, y afortunadamente yo pienso que la gente entendió eso, que tenemos que alzar la voz” (E.Sg.6).

“Al final, con lo que te quedas es con eso: ¡es posible! Si te lo curras y crees en la historia, y tienes esperanza, y defiendes realmente porque crees en la historia, es posible que se pueda cambiar algo...yo me quedo con eso...” (E.Co.3).

Pero también podemos observar como el empoderamiento, en forma de satisfacción y dignidad, tiene que ver con el consuelo de haber hecho todo lo posible para salvar el pueblo:

“Por lo menos lo intentábamos, queríamos intentarlo y que no nos quedara... el remordimiento de no haber luchado por ello... tengo la conciencia muy tranquila porque hice lo que pude y si no se salvó desgraciadamente fue porque no pudimos salvarlo, pero intentar lo intentamos, y te queda por lo menos esta satisfacción de haber luchado por ello” (E.Ri.2).

Eso explica por qué en todos los casos la mayoría de las personas entrevistadas reconocen la legitimidad de la lucha, no solo para conseguir sus objetivos, sino también para defender su dignidad, como hemos mostrado al hablar del *injustice frame*, y como también confirman las palabras de este entrevistado de Riaño:

“Hay que luchar en lo que se cree aunque la batalla esté perdida de antemano (...) había que seguir, tampoco se lo vas a poner fácil” (E.Ri.3).

Las personas que ya piensan que no se pueden cambiar las cosas fueron los que a raíz de la experiencia de Riaño se resignaron. El dolor por la pérdida de su pueblo, la tragedia de la emigración forzada, la frustración de no haber podido salvar el pueblo, influyen en la reelaboración de la experiencia, produciendo pesimismo, resignación y cinismo. Para los que siguen luchando en la recuperación del Valle estos sentimientos se superaron con la rabia y la injusticia, así como con los vínculos con los demás, el placer de seguir juntos y la satisfacción de saber que siguen luchando a pesar de la derrota.

En los casos en los que se consiguió parar la construcción de la obra, la experiencia se convierte en una herramienta para las generaciones venideras que tendrán que defender de nuevo el territorio, como podemos apreciar leyendo estos extractos:

“Es una experiencia que nunca se le va a olvidar a la gente, ni a los niñitos, porque hasta los niñitos andaban en la revuelta, y (...) ellos ya van a vivir con eso (...) ellos van a saber qué es lo que tienen que hacer para seguir defendiendo” (E.Sg.9).

Para concluir con el último aspecto de la transformación de conciencia de los sujetos que han defendido su territorio, queremos evidenciar que el cambio que ellos sienten haber vivido a raíz de la participación, y que hemos descrito en estas páginas, llegando a mostrar cómo se produce el empoderamiento en los sujetos, ha sido descrito por entrevistados de todos los casos con una metáfora: el despertar.

“Me di cuenta de que en Coín había despertado todo el mundo” (E.Co.5).

“Fue como que todo eso también despertó más el pueblo” (E.Sg.9).

“Eso era la realidad, es que no teníamos ni idea de nada...y esta gente nos abrió los ojos” (E.Ri.5).

La experiencia de lucha produce un cambio en las personas, que sienten haber despertado. Ese cambio es el resultado de procesos de reelaboración de la realidad que son alimentados por muchas y diferentes emociones que hemos ido describiendo a lo largo del análisis. Un último aspecto que queremos mostrar antes de concluir el análisis del cambio de conducta que se ha podido observar en los casos analizados, es el de los cambios relacionados con las emociones colectivas que creemos pueden ser relevantes a la hora de comprender el impacto de la protesta en la vida de los sujetos.

EMOCIONES Y CAMBIO CULTURAL

Como hemos podido ver en los capítulos precedentes las emociones colectivas juegan un papel muy importante en estos conflictos y también hemos comprobado que las relaciones humanas sufren cambios como consecuencia de los conflictos.

Entre los cambios en la vida de las personas que produce la experiencia de lucha, destacan los vínculos afectivos que se construyen durante la lucha y que permanecen en el futuro, como se puede apreciar en este testimonio:

“Con gente que era de nuestras mismas ideas y luchaban por lo mismo (...) llegamos a coger cierta relación que antes no la habíamos tenido (...) y ahora vienen y te saludan con un afecto y con una cosa fenomenal... perdimos mucho, pero por otro lado sé que hemos ganado en cuanto a la relación con gente” (E.Ri.2).

Como vimos en el apartado dedicado a las emociones recíprocas, el apoyo y los lazos entre personas que compartieron la misma experiencia fortalece a las personas y permite sobrellevar el fracaso, como en el caso de Riaño, o la soledad y abandono que se experimentan una vez terminado el conflicto.

El conflicto —además de crear nuevos vínculos, hasta en personas que se conocían pero no sabían compartir intereses— permite a los habitantes que no son del lugar conseguir el reconocimiento de la comunidad, algo que representa una satisfacción y un orgullo para ellos:

“Me siento orgulloso que siempre me invitan, y esto me hace sentir parte de esta comunidad, que se me toma en cuenta (...) y siente uno bonito que después de esta experiencia, voltea la gente y dice ‘¿Qué dice él?’, que la opinión de uno, como que se les hace importante y eso creo que es algo que lo va a uno vinculando más con la comunidad, aunque siempre dice uno que no es originario de aquí, pero bueno, ya después de treinta años yo creo que me siento parte de esta comunidad, integrado a esta comunidad” (E.Sg.1).

Este testimonio nos permite sugerir que el placer de ser aceptado y de ser parte de una comunidad es un beneficio emocional que se traduce en orgullo y satisfacción, que es producto de la experiencia de protesta.

El conflicto también hace que se redescubra o revalorice la solidaridad, valor que, gracias al conflicto y a las personas que respaldan o se unen a la lucha, adquiere una gran importancia para las personas involucradas. En los casos analizados este valor redescubierto, porque nuevo no es, y que uno de los sujetos denomina ‘interdependencia solidaria’, se fundamenta en la experiencia positiva de colaboración y cooperación:

“Estas personas, el grupo Jara, hacían las cosas desinteresadamente, ellos no cobraban nada, avisaban a una persona, avisaban a otra, venía gente de fuera a dar charlas aquí a la Casa de la Cultura...y todo esto son gastos, y a ellos no les importaba, ellos lo hacían porque les gusta, y querían proteger al río... entonces claro, todavía hay personas que son realmente buenas, que quieren mirar por lo que tenemos (...) siempre habrá gente que intente mejorar esto un poco...” (E.Co.4).

Como veremos más adelante, la reconfiguración de la escala de valores es un resultado inesperado de estas experiencias, que las eleva a luchas políticas, ya que los valores que se redescubren y toman fuerza están en contraposición con los valores dominantes de la sociedad.

A nivel individual, otro cambio consecuente al conflicto es el relativo a los prejuicios hacia determinados colectivos, como el ecologista, o más en general hacia quien lucha. La práctica de la resistencia permite conocer más en profundidad a personas que pertenecen a estos colectivos, a confrontarse y a encontrarse en el lugar de los que tienen que luchar para defender su territorio, que anteriormente no comprendían porque solo los habían visto a través de los medios de comunicación, es decir, con las lentes de la ideología dominante, como ilustra este testimonio:

“Muchas veces que ves en la televisión manifestaciones y dices ‘ah, gente borlotera, y esto y el otro’ yo decía primero, y ya hoy no, hoy digo ‘están bien, porque están defendiendo sus causas’ y es lo mismo que nosotros andábamos haciendo también” (E.Sg.9).

Los ecologistas en particular no gozan de buena reputación en España. En el campo, la gente los considera como un peligro, porque pueden denunciar irregularidades en las actuaciones y, a veces, sus valores medioambientales chocan con los hábitos y valores de la gente que vive del campo. Pero la práctica y la colaboración puede romper este recelo, como afirma esta mujer:

“Los ecologistas. Que no son tanto como yo pensaba, que son de otra manera (...) a mí me caían fatal (...) la idea que yo tenía de ellos... que eran unos ogros, que no te dejaban ni respirar casi (...) [pero] conocimos a gente ecologista muy maja... a mí sí me hizo cambiar la idea de que no se puede juzgar a la gente por la apariencia” (E.Ri.5).

También en Coín un hombre mayor nos confirmó que al principio no confiaba en los “peludos” de la coordinadora, por ser ecologistas que entraban en conflicto con la comunidad de regantes, pero afirma también que cambió de idea y que los estima mucho, ya que trabajaron muy bien:

“Al principio me parecían malos (...) [pero] se portaron los muchachos muy bien (...) cambiamos de idea” (E.Co.10d).

Ese cambio en los prejuicios es aún más tajante si tomamos en cuenta lo que nos dijeron algunos entrevistados de Coín sobre el hecho de apoyarse en los ecologistas, simplemente porque no tenían otra posibilidad y lo veían todo perdido:

“Nosotros nos entregamos a ellos porque estábamos perdidos y no sabíamos defendernos en nada” (E.Co.10c).

Lo mismo emergió en San Gaspar, lugar en el que los sujetos confesaron que no tenían confianza en algunos actores que se acercaron durante el conflicto, fueran ONG o representantes políticos, pero que en ese momento fue considerada una elección estratégica, o como expresó un entrevistado a través de una metáfora:

“Un enfermo al que va a finalizar su vida se agarra de lo que puede con tal de prolongar un poco más las cosas” (E.Sg.1).

La experiencia del conflicto, poniendo personas muy distintas entre sí a trabajar codo con codo, teniendo un objetivo común, influye en el fortalecimiento de la base de la sociedad, muchas veces dividida a causa de creencias, valores e ideologías alimentadas por los discursos oficiales.

Además de las relaciones con otros sujetos, la experiencia de lucha permite reelaborar los valores. Emergiendo durante el conflicto el vínculo con el territorio y las personas con las que han luchado, los entrevistados atribuyen mayor importancia a las relaciones humanas que a los bienes materiales:

“Tener menos para vivir mejor... consumir menos, muchísimo menos... y dedicarnos más a las relaciones personales. Lo que nos da la felicidad son las personas y tenemos que cooperar, y estar más con la gente, y más abiertos, más tolerantes” (E.Co.8).

Las personas, gracias al conflicto, redefinen lo que para ellas tiene valor, incorporando a eso lo inmaterial y aquellos elementos relacionados con su identidad, recuerdos y sentimientos, como afirma este entrevistado:

“El valor, para ellos igual no tiene nada, pero para mí tiene mucho valor, y eso no lo controla nadie, para lo de los antepasados, las casas, las fincas, o recuerdos que tengas, eso se acabó todo, y ellos no se dan cuenta de estas cosas” (E.Ri.4).

Esa reelaboración es posible gracias a la intensidad emocional que une los individuos a sus territorios, haciéndoles llegar a comprender que el dinero vale

menos que la relación afectiva que se construye con un lugar, como se puede leer en las palabras de este entrevistado mexicano:

“Si tú has formado toda tu vida allí, yo allí nací, allí me crié... entonces ¡ah, caramba! Dices... ‘Ah, me va a ofrecer mucho dinero, con eso voy a comprar allá o a hacer otra cosa’ pero no, es que sientes que te están quitando algo... algo que tú quieres... aunque veas tú un rancho, ‘coloriento’, feo, lo que tú quieres... pero es que allí te has hecho vivir, allí... entonces tú lo quieres mucho eso...” (E.Sg.7).

Por último, podemos afirmar que gracias a estas experiencias en las que emerge el apego al territorio, se llega a revalorizar lo sentimental como forma legítima para la defensa del territorio, independientemente de los argumentos racionales y técnicos que se puedan presentar contra los proyectos:

“[He aprendido] que muchas veces no es necesario tampoco conocer todos los aspectos científicos de lo que es un río... que es mucho también lo emocional, que no tenemos que ser expertos, que los abuelos y las abuelas que venían allí no eran expertos en nada, ni en fauna ni en flora ni en nada, y lo sentían más que ninguno... porque el río les había [enseñado] muchas cosas, ese contacto, ese poder de la naturaleza que no era otra cosa que la vida...la importancia que tiene para las personas y lo necesario que es” (E.Co.3).

Ese aspecto es muy importante, no solo porque hemos apostado por las emociones para comprender la protesta, sino porque nos reconduce a la relación entre la dimensión técnica y moral de los conflictos. Los promotores de las obras, en los casos de conflictos ambientales, y los que tienen el poder en general, se atrincheran en los argumentos racionales, técnicos y científicos para defender sus decisiones o actuaciones. Pero, como afirma Martínez Gil: “no todo lo que técnicamente es posible, ni todo lo monetariamente pagable es permisible” (1997: 31), y los sentimientos pueden proporcionar argumentos en contra de proyectos que afecten a los habitantes de un territorio.

Continuando con el análisis de los cambios que la experiencia de lucha produce, en Coín y San Gaspar encontramos ciudadanos más atentos, más informados, o que por lo menos intentan mantenerse actualizados. Estas personas son conscientes del riesgo al que se enfrentan al delegar las decisiones sobre su territorio y se muestran despiertos para reaccionar en el caso de que se presente una amenaza:

“Nosotros estamos listos para cuando vengan y los vamos a corretear, cuantas veces sea necesario” (E.Sg.13).

Tanto en San Gaspar como en Coín destaca que todo el mundo quiera aprovechar la tranquilidad proporcionada por el éxito del conflicto, pero sin bajar la guardia:

“La verdad que ahora mismo estamos tranquilos, estamos contentos, pero hay siempre que dar un poco... es que nos dijeron que eso ya no se iba a hacer, que esto estaba totalmente quitado... ¿pero tú te fiarías?” (E.Co.4).

Esa actitud de los habitantes de los territorios analizados, que siguen atentos a lo que pueda pasar en su territorio, se comprende si consideramos su desconfianza hacia las autoridades, la conciencia de que una amenaza puede volver en cualquier momento, el empoderamiento que se produjo a raíz de la experiencia de lucha, así como la revalorización del territorio, que también fue un aprendizaje de la lucha, como afirma esta mujer:

“Sí, nos quedó una experiencia de que a hoy valoramos nuestro pueblito, más que nunca, sabemos que estas son nuestras raíces, (...) yo pienso que solamente aquí somos algo...” (E.Sg.5).

La experiencia del conflicto influye en un replanteamiento de las jerarquías de valores de las personas, que conlleva una revalorización de la comunidad, representada por el pueblo como espacio físico y de vínculos personales.

Aunque estos procesos de revalorización hayan sido evidentes en los entrevistados, no hemos observado que en los casos de Riaño y San Gaspar se haya difundido una mayor sensibilidad ecológica entre la población en general. En el cuarto capítulo vimos la importancia de la sensibilidad como sentimiento que influye en la motivación a la acción. En este caso las personas que eran sensibles al tema ecológico son las que suelen involucrarse antes, participan de forma activa y, después del conflicto, siguen con su sensibilidad y activismo:

“Yo no sé si fue primero el huevo o la gallina... sí que me declaro ecologista, siempre trato de tener respeto pero a cualquier nivel, también con los animales o con lo que sea, pero ya te digo... no sé si fue antes o después...” (E.Ri.6).

Excepción fue el caso de Coín donde, gracias al trabajo de Jara y a la directa amenaza al río, además de la revalorización del río y de su entorno el trabajo de sensibilización ha conseguido aumentar la conciencia ambiental, como se puede apreciar en este testimonio:

“A mí eso me descubrió mucho... y quizás yo me planteé muchas cosas a nivel medioambiental que quizás antes no me había planteado después de ese movimiento (...) Está claro que tienes que tener allí algo... pero independiente de eso la vivencia

de eso te influye, es que te planteas muchas cosas que a lo mejor yo antes no me hubiese planteado” (E.Co.3).

Sin embargo, en todos los casos se evidencia que la revalorización y la toma de conciencia no son suficientes y hay muchos problemas ambientales que quedan por resolver. El shock moral producido por el conflicto desencadena los procesos que permiten los cambios antes descritos, pero no es algo automático que estos cambios se reflejen en prácticas ambientales o ecológicas, como afirma esta mujer mexicana:

“Eso sí es algo que a mí me da tristeza que no hayamos apreciado, que después de estar amenazados, nosotros mismos estamos destruyendo a nuestro pueblo, porque el problema de la basura, del río, de la contaminación, es algo de aquí, interno, que no respetamos...es bien triste que vas caminando, a correr, en bicicleta... y es muy sucio” (E.Sg.6).

A pesar de que después del conflicto sigue habiendo problemas de naturaleza tanto ecológica como social, el cambio que han vivido los habitantes que defendieron su territorio se puede apreciar tanto en los cambios en la conducta, que describiremos en el siguiente epígrafe, como en la actitud de las personas frente a los problemas, como se puede leer en este testimonio:

“Se siguen haciendo barbaridades pero ahora se tienen que esconder más los que hacen barbaridades, porque hay más gente que denuncia” (E.Co.3b).

El hecho de no observar un cambio difuso y radical en los valores y prácticas ecológicas evidencia cómo estas luchas por la defensa del territorio son conflictos políticos más que ambientales, caracterizados por una puesta en discusión de las relaciones de poder y los valores dominantes, pero no siempre centrados en cuestiones ecológicas. Eso claramente depende de la cultura en la que se insertan los casos analizados y de la presencia de actores locales, como la asociación Jara de Coín, que hacen un trabajo cultural y desde abajo para transmitir valores, informaciones e interés hacia el medio ambiente. La difusión de valores y prácticas ecológicas es un proceso cultural que puede empezar con la experiencia de lucha pero que necesita continuidad y voluntad por parte de los sujetos interesados.

LA TRANSFORMACIÓN DE CONDUCTA

Para concluir el análisis que muestra el cambio que viven los sujetos que defienden su territorio, pasamos ahora a presentar cómo las personas entrevistadas han vivido una transformación no solo de conciencia sino también de conducta.

Cuando hablan de conducta Piven y Cloward (1977) están pensando no solo en huelgas, marchas masivas o insurrecciones, sino también en otras prácticas que tienen un elemento de desafío colectivo hacia el sistema social, aunque la acción en sí puede ser individual. La propuesta de estos autores, después de cuarenta años, es muy actual ya que critica los enfoques de los movimientos sociales que hacen hincapié en la intencionalidad de las acciones privilegiando aquellas organizadas por las organizaciones formales a costa de los movimientos de masa, llegando a negar significado político a muchas formas de protesta. De esta manera, en nuestro estudio construimos un puente entre la propuesta de estos autores que quisieron volver a dar significado político a diversas formas de protesta y las propuestas que surgieron en las últimas décadas en Latinoamérica, como el análisis de Zibechi (2007) de las sociedades en movimiento que incluye la idea de la subversión en lo cotidiano.

Según este enfoque, las prácticas cotidianas alimentan tanto el discurso oculto de los subordinados como la infrapolítica (Scott, 2000) y crean espacios sociales en los que el control y la vigilancia de los grupos dominantes no pueden penetrar. Lo cotidiano se transforma en el primer espacio que puede ser descolonizado, liberado y ‘de-construido’.

El enfoque desde abajo prevé considerar como objeto de análisis tanto la dimensión cotidiana de la lucha que se aborda a través de la experiencia de los sujetos, de sus biografías y de sus emociones, así como las prácticas de resistencia cotidiana. En relación a este último aspecto, De Certeau afirma que es en las prácticas cotidianas donde se despliegan movimientos de micro-resistencias, los cuales crean a su vez microlibertades, “que movilizan recursos insospechados, ocultos en la gente ordinaria, y con esto desplazan las fronteras verdaderas de la influencia de los poderes sobre la multitud anónima” (2000: XXI). Finalmente, la importancia de las prácticas cotidianas reside en ser formas a través de las que las personas hacen frente a la destrucción de su economía moral e impugnan la hegemonía de la clase dominante (Thompson, 1989).

El cambio cultural que se produce a raíz de la experiencia de protesta, comprende así una transformación de conducta que incluye prácticas cotidianas y acciones de protesta, a veces más visibles otras veces menos, y que representan un desafío colectivo. Como mostró McAdam (1989), que analizó las consecuencias políticas y personales de la participación en un movimiento de alto riesgo, el activismo tiene la capacidad de afectar la vida de los participantes en el corto y largo plazo. Luego Jasper (1997), quien analizó el cambio cultural a nivel micro que se genera a raíz de la participación en la protesta, afirmó que la mayoría de los movimientos producen impacto en la identidad y cultura de los activistas (1997: 318). El análisis de la dimensión emocional nos da pistas para comprender cómo se produce este proceso. No es pretensión de este trabajo predecir a qué puedan llevar estos cambios más allá de lo que pudimos observar en el estudio, pero sí

mostrar el potencial de cambio de las experiencias de lucha, aun cuando no produzcan cambios estructurales.

En cuanto al tipo de impactos analizados, la literatura ha estudiado cambios de corto y largo plazo. En el análisis de los tres casos, solo en Riaño podemos apreciar el impacto en los participantes después de veinticinco años, mientras que en los otros casos necesitamos un seguimiento de los casos para poder mostrar los impactos de largo periodo. Así que los cambios que mostramos son principalmente de corto plazo y relacionados con el empoderamiento que se produce a raíz de la participación y que incluye el involucramiento de algunas personas o en algunos casos de todo el pueblo en nuevas experiencias de protesta.

Un primer ejemplo de cambio de conducta que hemos podido observar es la protesta de los habitantes de San Gaspar, que en 2007, por primera vez, fueron a Jalostotitlán, la cabecera municipal de la que dependen, para pedir poder elegir al delegado en el Ayuntamiento, normalmente elegido por el alcalde:

“Sucedió el pasado martes. Un centenar y medio de pobladores de San Gaspar de los Reyes estuvieron en manifestación en el palacio municipal. El alcalde de Jalos recibió a una comisión en dos ocasiones y se logró un acuerdo: irían con el señor Evaristo Tiscareño para convencerlo de que el delegado en esa población debería salir de una consulta con el pueblo”²⁴.

Que los habitantes de los pueblos afectados sean más receptivos en la vida pública también lo demuestra una entrevista informal a una joven de San Gaspar que nos expresó su voluntad de querer ser delegada para hacer algo por el pueblo, así como la elección de uno de los miembros del Comité Pro San Gaspar en las elecciones de delegado municipal en 2015, hecho que confirma lo que afirma este entrevistado:

“Habrá que seguir preparándonos, habrá que seguir participando en ese tipo de causas justas, esta es mi experiencia, de saber, de tener la confianza de que, como decimos ‘sí se puede’, sí se puede...salvar las cosas...” (E.Sg.1).

En el caso de Riaño, el involucramiento está relacionado con la Recuperación del Valle, cuya asociación se constituye en 2007, pero también con la lucha contra el proyecto de una instalación de esquí en puerto de San Glorio:

“Ahora estamos en la misma situación con la mentira de San Glorio, en como el pantano, es lo mismo, eso no va a traer más que la ruina para la montaña (...) pues contra eso hay que luchar ahora, ahora la lucha también está en contra de San Glorio” (E.Ri.1).

²⁴ Miguel Ángel Casillas Báez: “Nombramiento para 9 horas: San Gaspar de los Reyes eligió a Martín Quezada”, *Los Altos*, 5 de enero de 2007, pág.1.

En la transformación de conducta, además de la participación en los eventos y experiencias de protesta, destaca la atención y organización en defensa del territorio, también en los casos en los que los conflictos han conseguido parar la obra, como se aprecia en las palabras de esta mujer mexicana:

“Vamos a estar siempre en este pueblito luchando por él y por nosotros” (E.Sg.5).

En los casos exitosos se observa una mayor atención hacia lo que pasa en el territorio a través de un mejor y más efectivo control del mismo, estando pendientes de las informaciones que les puedan perjudicar o interesar para no ser sorprendidos por nuevos proyectos:

“Tememos un poco que vuelvan a intentar sacarlo otra vez...yo de vez en cuando llamo a Salvi [asociación Jara] aunque ahora mismo están las cosas tranquilas, nosotros seguimos para adelante, estudiando, llamando a gente...” (E.Co.4).

En Coín, como describimos en el tercer capítulo, en 2009, a dos años del fin del conflicto, apareció en un Boletín Oficial de la Junta de Andalucía (BOJA) una financiación para un trasvase en la comarca que finalmente fue declarado un error. La respuesta de los vecinos, que se organizaron rápidamente en una asamblea muy participativa, mostró la atención y la capacidad organizativa frente a posibles nuevas amenazas.

En cuanto al papel de las emociones, la defensa del territorio —independientemente de la existencia de una amenaza— se debe al miedo de sufrir otro ataque que pueda romper la cotidianeidad, a la desconfianza en los gobernantes y también al vínculo afectivo con el lugar que sale fortalecido de la experiencia del conflicto. Lo que hemos comprobado es que en los tres casos analizados, aunque de manera distinta, ha habido una revalorización del entorno, revalorización que se generó de la amenaza que supuso la construcción de la presa, como podemos leer en este extracto:

“[He aprendido] a valorarlo, lo de toda la vida, a mí es lo que más me motiva” (E.Ri.1).

En el caso de Coín esa toma de conciencia hacia el río está mucho más generalizada que en los demás casos por el apego de esta comunidad hacia él y también por la presencia de la asociación Jara que trabaja desde hace casi dos décadas en el territorio promoviendo su revalorización y el conocimiento del medio ambiente, y por otras asociaciones que trabajan sobre valores y concienciación. Así es como lo expresa un entrevistado:

“Todo ese valor que resurgió gracias a esta problemática y que la gente empezó a volver a reconocer la importancia que tenía este río, que antes no se valoraba de

la misma manera, sí se valoraba pero no se habían parado a reflexionar sobre la importancia” (E.Co.3).

Otras personas también ponen en evidencia que este ‘redescubrimiento’ del río ha interesado a los más jóvenes, que lo desconocían más:

“Ese conflicto sirvió un poco a las generaciones nuevas, de conocer o reconocer el recurso tan importante que tenemos (...) a lo mejor esta familia llevaba tiempo sin pisar el río y con la historia del conflicto este se acercaron de nuevo” (E.Co.10b).

En el caso de Coín, una transformación de conducta reside en respetar más el río. Aun siendo el trabajo de sensibilización y conocimiento del medio un elemento fundamental, y clave del éxito en este caso de conflicto, una de las razones que explica ese cambio generalizado es el shock moral que produce a raíz de haber podido llegar a perder el río, como se puede leer en este extracto:

“Se respeta más [el río], se ha aprendido a respetarlo más, la gente se educó en ese periodo de tiempo. Está defendiendo algo, luego a la gente le cuesta hacer daño a algo al que ha defendido y en contra de tus principios. Si has defendido algo, lo haces, y luego mañana no puedes estar haciendo lo contrario... entonces yo creo que mucha gente que defendió el río... [el conflicto] ha concienciado a mucha gente... de lo importante que es el río, entonces hay respeto, [el conflicto] movió por dentro” (E.Co.3b).

Esa toma de conciencia respecto a los sentimientos que se experimentan hacia el territorio (el pueblo, el río) y el apego al lugar, produce la necesidad expresa de defenderlo de posibles amenazas, como podemos apreciar en estos extractos:

“Yo me he dado cuenta que la naturaleza ha sido la que me ha dado la vida, lo que me ha dado todo... y es lo que hay que defender, yo soy enamorado de la naturaleza, sobre todo de esta tierra” (E.Ri.1).

Aun en los casos en los que esa toma de conciencia hacia el medio ambiente no haya sido tan evidente como en el caso de Coín, porque la amenaza estaba focalizada en la pérdida del pueblo, las personas entrevistadas expresan la necesidad de empezar un recorrido para mejorar la calidad del medio en el futuro, resolviendo problemas o evitando destrozos. En el caso de San Gaspar, por ejemplo, pudimos comprobar una mejora sustancial en la calidad del pueblo. Muchas calles fueron pavimentadas, la iglesia remodelada, las escuelas ampliadas y renovadas, así como muchas casas. En una ocasión, dos de los entrevistados de San Gaspar con los que hablamos en años posteriores a las entrevistas (2013), nos expresaron su satisfacción en ver al pueblo renacido después de la amenaza de la presa, y uno de ellos en 2016 fue elegido delegado de la comunidad en la cabecera municipal.

En todos los casos también hemos podido apreciar que hay personas que, por ser padres o educadores, se dedican a transmitir los valores sociales y medioambientales elaborados o reelaborados durante la experiencia del conflicto, como explica esta mujer:

“A lo mejor ya vienen los niños más chicos que ya no van a alcanzar, va a ser una historia nada más para ellos, pero nosotros siempre les hemos tratado de inculcar que la tierra se defiende, que todos merecemos un respeto” (E.Sg.5).

Este compromiso hacia los más jóvenes deriva de la conciencia de que solo trasmitiéndoles los valores relativos al medio ambiente o a la comunidad, ellos podrán un día defender el territorio y sus derechos. Por esta razón, en Coín la asociación Jara y otras experiencias —nacidas a raíz del conflicto y que trabajan con niños y jóvenes— promueven actividades para transmitir los valores y el amor hacia el territorio. Estas actividades incluyen concursos de dibujos sobre el río, teatro y paseos para conocer el territorio, tanto a pie como en bicicleta... En Coín y en San Gaspar algunas de estas actividades se hacen en las escuelas, siendo algunos de los participantes maestros o profesores, como nos muestra este extracto:

“[Con los niños] hablamos de las fuentes de contaminación (...) de qué podríamos hacer para limpiar nuestro río... cómo participar en el saneamiento del agua que se está estancando, cómo trabajar en comunidad... por ejemplo hacer folletos, carteles, invitando a la gente a que no tire la basura (...) actividades para que los niños se interesen para ir participando en las soluciones de los problemas de la comunidad, que es una de las cosas que la escuela debe proyectar...lo que se analiza, lo que se estudia, lo que se aprende hay que proyectarlo hacia la comunidad” (E.Sg.1).

Por último, uno de los grandes aprendizajes que acompañan a estas experiencias es empezar a considerar el medio como algo que te pertenece:

“Bastante está la cosa con el medio ambiente (...) si además no consideras lo tuyo... y yo eso lo considero mío, o como una parte mía” (E.Ri.3).

Además de la transmisión de los valores, todo el mundo reconoce la importancia de la información. Por esta razón, en todos los casos, encontramos personas que reconocen la importancia de documentar, educar y concienciar tanto a jóvenes como adultos, intentándolo llevar a cabo cada uno desde su lugar en esta sociedad:

“Yo lo perdí y lo valoro pero igual tienen que perderlo ellos también, pero yo no quiero joder, quiero decirle lo que vale... pero no me creen, o no lo entienden (...) [es] la batalla más dura, intentar cambiar las conciencias de la gente, que valoren lo suyo” (E.Ri.1).

La segunda etapa de estas prácticas son los proyectos sociales que surgen en las zonas afectadas. En Coín, por ejemplo, el conflicto incrementó la participación ya existente y se crearon nuevos proyectos:

“Y luego también nos ha ayudado para crear otro colectivo. Demostrar que se pueden hacer más cosas con menos medios, por lo menos. Eso es a lo que nosotros aspirábamos: moviéndose un poquito se pueden conseguir un montón de cosas, a demostrar que se pueden hacer muchas más cosas con pocos medios (...) Demostrar cómo con solo un granito de arena que aporte[mos] todo lo que se podía conseguir” (E.Co.7).

En Riaño, a pesar del fracaso, después de 25 años algunos afectados decidieron reorganizarse para pedir la recuperación del Valle. Este proyecto es movido por el amor hacia su tierra, la esperanza que todavía no han perdido, el dolor y la rabia por la desaparición de sus pueblos y el fuerte deseo de justicia, como se puede leer en las palabras de uno de los promotores:

“Recuperar ese Valle y recuperar el pueblo, y hacer los pueblos, y hacer un proyecto de futuro de verdad pensando en el pasado, recuperar el pasado para el futuro, otra forma de vida (...) por respeto al pueblo, por respeto a la gente, por respeto a todas las generaciones que han vivido allí durante generaciones y generaciones (...) de justiciar²⁵ un poquito tanta indignación” (E.Ri.1).

Consideramos que seguir luchando tras lo que ha supuesto el desalojo e inundación de Riaño es la demostración de cómo las emociones de resistencia pueden sobrellevar las emociones del trauma que presupone la pérdida del pueblo. Claramente este proceso no se da en todos los sujetos, ya que cada uno interpreta su experiencia y actúan en consecuencia según su biografía, valores, etc. No todo el mundo colabora en este proyecto porque algunas personas, como hemos visto, han perdido la esperanza de poder cambiar las cosas. Les supone mucho dolor afrontar el tema y, además, tienen resentimiento hacia los que no resistieron:

“Yo no estoy nada involucrado (...) si lo consigue muy bien, ojalá lo consiga... pero que no... estoy cansado, no tengo gana de nada (...) Pero luego también ¿se lo merece la gente que se ha quedado allí? Porque nos han criticado mucho” (E.Ri.4).

Otros están colaborando activamente y estas son sus razones:

“A mí me parece estupendo por varios motivos, el primero es que es bonito, y si realmente se consigue el objetivo sería también una manera de redimir en parte aquellos momentos, y de pensar que realmente mereció la pena toda esta lucha, y todas las obsesiones que seguramente tendremos muchos en la cabeza... a parte que ecológicamente va a ser muy positivo, lógicamente el revertir el tema... y no volverá a ser lo mismo otra vez, pero en parte sí... visualmente puede ser un shock

25 Hacer justicia.

positivo poder volver a pasear por allí abajo y demás... lo veo complicado, pero aun así hay que intentarlo” (E.Ri.6).

Además, hay personas que apoyan pero sin implicarse demasiado por el miedo a sufrir otro fracaso, y nos explican que estarían en primera línea en repoblar el Valle si esto se consigue:

“Lo de recuperar, a mí me encantaría, pero lo que pasa es que lo veo tan [difícil]... pero sí me gustaría recuperarlo, yo volvería a vivir allí otra vez, con los ojos cerrados, no lo dudaría, porque por las circunstancias tuvimos que venir aquí, pero estamos aquí atados, ...porque no tienes más remedio que estar aquí, porque el nuevo Riaño no nos gusta, y si se recupera ahora...” (E.Ri.5).

“Si baja la cota del agua quiero construir en Pedrosa” (E.Ri.8).

Por último, también emergieron algunas dudas acerca de lo que supondría el proyecto para las nuevas generaciones que nacieron con el pantano, como afirma esta persona:

“Yo tengo un sobrino, tiene 12 años, ha nacido y vivido aquí, por esa gente también... esa gente no ha nacido en el otro pueblo, ellos están encantados con esto, porque han nacido en ello, es que es muy complicado ahora... recuperar el valle, hay que pensar también en la gente que ha nacido con el pantano” (E.Ri.3).

Lo que nos interesa destacar en nuestro análisis es que a pesar de la pérdida y el sufrimiento, los que vivieron aquella resistencia siguen luchando contra una injusticia que les destruyó la vida. La lucha para la recuperación del Valle no es más que la reivindicación de la injusticia sufrida. Riaño es uno de los muchos ejemplos de abuso de poder del Estado hacia los ciudadanos y de violación del derecho de poder vivir en su tierra. Estos abusos, lejos de ser recuerdos del pasado, siguen cometándose, y por esta razón la lucha para la recuperación del Valle y la ruptura del silencio por parte de los afectados de Riaño, aunque muy dolorosa, es muy importante, porque pone sobre la mesa el debate sobre la legitimidad del poder del Estado para decidir la vida de las poblaciones locales contra su voluntad.

Pero además, la recuperación del Valle no es el único proyecto. Hay quien habla de proyectos turísticos sostenibles, de construir una *Little* Riaño, es decir, vaya como vaya, la esperanza es, de verdad, la última en morir:

“C. quiere reconstruir el pueblo... quiere coger una parcela similar... eso es imposible porque no hay terreno... hacer lo más emblemático, la calle principal, el ayuntamiento, etc. (...) ya conseguimos el plano de Riaño, fotos, etc. pensamos que para la zona sería muy importante, hacerla como eran... y daría trabajo” (E.Ri.4).

Otra práctica que emergió en los casos de Coín y Riaño es que algunas personas se plantean la posibilidad de volver al campo. En el caso de Coín, este

cambio de perspectiva es alimentada por la crisis económica, por el apego a las huertas y por todo el trabajo de revalorización del patrimonio cultural, natural, etc., mientras que en Riaño está movido más bien por el apego al territorio y al estilo de vida que en las ciudades se ha perdido, como podemos leer en estos testimonios:

“Se ha visto una vuelta al campo... la gente está sembrando más, incluso, la gente se está replanteando que la tierra la tenía abandonada y que a lo mejor tenía que trabajar porque era un recurso que se había abandonado, porque se había caído en lo fácil que era el tema de la construcción...” (E.Co.8).

“Si se recuperara [iría a vivir allí], porque me gusta la tranquilidad, me gusta la montaña, aparte que son las raíces y tal (...) coger un rebaño de ovejas no me importaría, casi me puede gustar más que estar todo el día en una oficina como estoy ahora” (E.Ri.6).

La vuelta al campo, o el deseo de volver al campo, no es solo un cambio en el estilo de vida, sino más bien una forma de reconocer que el modelo de progreso que ha sido promovido en las últimas décadas ha perjudicado a mucha gente imponiéndole estilos de vida que no eligió. La reelaboración de valores causada por el conflicto, como la reelaboración de la idea de progreso o de la importancia de la dimensión emocional de la existencia frente a la material, ha puesto en evidencia que el modelo de vida urbano, cuyas ventajas residen sobre todo en un alto nivel de comodidad, ha llevado a pérdidas en otras dimensiones, que para algunos pueden ser indispensables para poder ser felices.

Siguiendo con las prácticas surgidas después de las experiencias de resistencia, en el caso de Coín hemos podido comprobar que se han fortalecido algunos proyectos de agricultura ecológica, aumentando la difusión, la cooperación entre los productores locales y la acogida por parte de la población local. Estos proyectos, que son oportunidades laborales para algunas personas de la comarca, han sido posibles también por una mayor sensibilidad hacia la temática ambiental que se ha transmitido durante el conflicto, como podemos apreciar en este testimonio:

“Y yo creo que a través de río Grande también...yo creo que mucha gente el tema de la agricultura ecológica lo ha cogido con más cariño (...) Yo creo que se le cambió el chip a la gente, y se le ha cambiado a un montón de gente” (E.Co.7).

También, a raíz del conflicto, hemos podido comprobar que muchos de los entrevistados están más dispuestos a ayudar y colaborar:

“Yo ahora me uno a lo que haga falta, como vea que se hace una cosa injusta, ¿por qué no vas a luchar? Lo mismo que vino gente aquí a luchar por ayudarnos, intentar solucionar o tirar el pantano, lo que fuera, si ves una causa que puede ser justificable” (E.Ri.3).

Este extracto muestra que a pesar de la resignación que se puede producir a causa del fracaso de una lucha, como fue el caso de Riaño, algunas personas encuentran en las emociones morales y en el deseo de apoyar a otras personas que están viviendo una injusticia, la fuerza no solo para pedir la recuperación de su valle, sino para participar también en otras luchas. La experiencia de lucha activa por tanto el interés hacia determinados temas o la protesta contra aquello que se considera injusto, así como la participación en nuevos eventos de protesta:

“Una vez [fui] a Málaga para una cosa relacionada con el tema del agua” (E.Co.4).

La solidaridad no se manifiesta solo en campañas que están directamente vinculadas con el tema del agua o participando en eventos de protesta, sino también en demostraciones de apoyo entre las personas que han luchado juntas:

“Unos compañeros tuvieron unos problemas (...) se organizó un evento para recaudar fondos y la —participación— fue masiva, vinieron gente para apoyar el caso... fue un poco movido por lo que ya se había hecho, algo queda” (E.Co.11).

La transformación de conciencia y conducta que hemos presentado en estas páginas también tiene límites, ya que cada contexto tiene características propias que se tienen que explorar si se quiere comprender por qué la gente participa o no en determinadas acciones. Por ejemplo, en el caso de San Gaspar los entrevistados reconocen que el pueblo no se implicó como hubiera debido en la lucha contra la presa de Zapotillo, propuesta por el gobierno de Jalisco tras desestimar la presa de San Nicolás. Todos coinciden en decir que la gente tenía miedo porque había voces que amenazaban en volver al proyecto anterior si se hubieran involucrado:

“Eso es lo que piensa la gente en San Gaspar ‘¿Vas a apoyarlos? ¿Quieres que no se haga allá? Ah, pues, te la voy a devolver’ y la gente por eso se ha quedado callada” (E.Sg.5).

Lejos de idealizar a las personas, lo que queremos demostrar es que las experiencias de luchas locales dejan importantes huellas en la conciencia de los individuos que las viven. El miedo, como en el caso de San Gaspar, o el cansancio, pueden producir un alejamiento de la vida pública, que a veces se supera tras algunos años, como demuestra el caso de Riaño. No podemos olvidar que estas experiencias son muy duras, emocional y físicamente, entre otras cosas porque en los meses de la resistencia las personas más implicadas apartan sus vidas, sus trabajos, sus familias, para dedicarse a la lucha, como se puede leer en este testimonio:

“Para hacer todo este movimiento es muy pesado... yo abandoné mi rancho por 2-3 años que duramos en eso... y ahora voy para allá y ahora voy para acá, un día y otro, y es muy pesado” (E.Sg.7).

Cualquiera que haya vivido experiencias similares, en las que está en juego la propia manera de vivir, además de los valores relacionados, sabe que después del conflicto lo que más se necesita es tranquilidad y descanso, y eso no hay que atribuirlo a sentimientos de egoísmo, sino a la propia intensidad emocional de la experiencia, como explica muy bien esta mujer:

“Pues te digo que siempre la gente como que está cansada, cansada de luchar con el gobierno” (E.Sg.5).

Ese agotamiento suele ser solo temporal, a menos que no esté acompañado por la resignación, como pasó en algunas personas que lucharon por defender Riaño:

“Ya sabes que no vas a conseguir nada... con aquellos que pensaba que tenía razón no conseguí nada, pues ahora qué... ya vas desmotivado” (E.Ri.4).

Aun cuando la resignación desmoviliza, eso no significa que no haya una actitud de resistencia por parte de los sujetos, ya que la resistencia no solo es seguir involucrados políticamente o participar en eventos de protesta, sino en algunos casos, seguir viviendo en un mundo en el que te han quitado —o amenazan quitarte— lo que más aprecias y necesitas para ser feliz, sin hundirte en la miseria o en la desesperación.

Una última demostración que tuvimos de eso fue cuando pedimos que los entrevistados mandasen un mensaje a las personas afectadas en los otros casos que estudiábamos. Resultó que el mensaje era siempre el mismo: seguir luchando hasta el final, confirmando la legitimidad de la lucha y el sentimiento de satisfacción que queda por haberlo intentado, aun cuando no se consiga vencer.

* * *

En este último capítulo de análisis hemos querido mostrar el papel de las emociones en el cambio que han experimentado las personas que en los casos analizados defendieron su territorio de la amenaza de una presa. La observación de estos procesos en el marco de los tres casos de estudio analizados ha permitido trazar el camino que las personas involucradas en los conflictos recorren y que les llevan a cambiar sus ideas, creencias y valores. El análisis de estos procesos permite así demostrar el potencial emancipador que adquiere la defensa del propio territorio ya que el cambio cultural que hemos detectado no se limita al conflicto, sino que se convierte en bagaje cultural de las personas en sus vidas cotidianas.

La elección de no centrar la investigación en activistas o militantes profesionales o de tiempo completo sino en personas ‘comunes y corrientes’ que empiezan protestando para defenderse de una amenaza exterior nos ha permitido demostrar el potencial de las pequeñas luchas locales y la importancia del cambio

En este último capítulo de análisis hemos querido mostrar el papel de las emociones en el cambio que han experimentado las personas que en los casos analizados defendieron su territorio de la amenaza de una presa. La observación de estos procesos en el marco de los tres casos de estudio analizados ha permitido trazar el camino que las personas involucradas en los conflictos recorren y que les llevan a cambiar sus ideas, creencias y valores. El análisis de estos procesos permite así demostrar el potencial emancipador que adquiere la defensa del propio territorio ya que el cambio cultural que hemos detectado no se limita al conflicto, sino que se convierte en bagaje cultural de las personas en sus vidas cotidianas.

La elección de no centrar la investigación en activistas o militantes profesionales o de tiempo completo sino en personas ‘comunes y corrientes’ que empiezan protestando para defenderse de una amenaza exterior nos ha permitido demostrar el potencial de las pequeñas luchas locales y la importancia del cambio a los niveles micro. Estas experiencias, que se caracterizan por tener un fuerte impacto emocional y un fuerte arraigo con el territorio, se pueden considerar como un granito de arena, o una grieta, que mina la estabilidad del sistema porque son terreno fértil para nuevos vínculos y nuevos valores. Además, toda experiencia, por pequeña sea, tiene su dignidad y merece ser vivida, por su carga emocional, por las relaciones que se crean, por hacer personas más seguras de sí mismas, más optimistas, más solidarias, pero también dignas, porque como han enseñado en Riaño, aunque pierdas siempre sabes que has hecho todo lo que podías hacer

Por último, queremos pensar que los cambios en los valores y en las relaciones entre las personas, así como las reelaboraciones de conceptos como el de progreso y democracia, sirvan, en el largo periodo, como base para la creación de nuevas reglas de convivencia y de autogobierno que deberían surgir de las comunidades locales, como ya han surgido en experiencias de autonomía en distintas épocas y lugares. Sin separarnos del objetivo de la investigación, que quería mostrar el cambio cultural en las personas que resisten a la construcción de una presa en su territorio, esperamos haber sido capaces de transmitir el gran potencial de estas experiencias y que ya no queden dudas sobre su capacidad de unir, hermanar, despertar y concienciar, aunque no generen cambios a nivel estructural.

Conclusiones

“Son historias de resistencias que aportan a la razón y al corazón un poco de optimismo contra la barbarie”.

Ramírez Cuevas (2009: 409).

Como hemos podido apreciar, las luchas en defensa del territorio que hemos analizado se han demostrado ricas en elementos sobre los que reflexionar.

El análisis de la dimensión emocional permitió destacar los profundos impactos tanto de la construcción de las presas como de la experiencia de protesta. Lo que se esconde detrás de las resistencias locales implica emociones, vínculos afectivos, el derecho de poder decidir dónde y cómo vivir sin que alguien, desde fuera o desde lo alto, te lo pueda quitar.

Siguiendo la propuesta de Jasper (1998, 2011) pudimos analizar el papel de los vínculos afectivos, entre los que destacan las emociones que se sienten entre los miembros del grupo o colectivo, las emociones hacia “los otros” y los vínculos con el territorio. Las emociones dentro y fuera del grupo alimentan la identificación colectiva. El apoyo que reciben los que protestan de la familia o de otros actores sociales, permite sobrellevar el cansancio y/o el agotamiento que también puede derivar de la experiencia de lucha. Por otro lado, el análisis del apego al lugar permite comprender tanto la emergencia de la movilización como la elaboración de la amenaza por parte de los afectados.

El análisis muestra también cómo los estados de ánimo pueden influir en la dinámica de la protesta, favoreciendo o desfavoreciendo la movilización. Además, pueden ser el resultado de la experiencia de lucha, evidenciando la importancia de analizar las diferentes facetas de la dimensión emocional de la protesta, que como vimos incluye las emociones morales. Estas dependen de los valores subyacentes de los sujetos, influyen en el proceso de reelaboración de la situación como injusta y cuando son compartidas fortalecen la identificación colectiva ya que presuponen no solo un sentir común, sino también valores comunes. Compartir indignación, ultraje, orgullo, formas complejas de rabia, miedo, disgusto, entre otras, une y hermana a los sujetos, que no solo defienden sus territorios de la construcción de la presa, sino su dignidad, amenazada y pisoteada, por aquellos

mismos actores que quieren inundar sus pueblos y/o tierras en nombre del interés general o del progreso, conceptos que los afectados empiezan a poner en duda a raíz de la experiencia de protesta.

En cuanto a los impactos de la construcción de la presa los casos analizados confirman los resultados de la literatura mostrando que la pérdida del lugar querido es una dinámica psicológica comparable al luto de un familiar que, además, comporta la disolución de las relaciones sociales de las comunidades afectadas. Las emociones que acompañan la noticia de la construcción de la presa influyen en la reelaboración de la realidad por parte de los afectados. A estas emociones del trauma se suman las emociones de la resistencia, que generan los beneficios de la protesta, entre los que destacamos la dignidad, la unión y el empoderamiento.

El análisis de los tres conflictos muestra que la incorporación de la dimensión emocional es imprescindible para un conocimiento en profundidad de las dinámicas propias de las experiencias de defensa del territorio. En particular, la intensidad emocional de las experiencias en defensa del territorio deriva no solo de ser experiencias de protesta, sino también de verse amenazado el territorio, que como vimos representa no solo la identidad sino la esencia misma de las personas que se volcaron en su defensa.

Las emociones, bajo esta perspectiva, no son productos biológicos que pertenecen a la esfera individual y psicológica de los sujetos, sino constructos socio-culturales que permiten a los individuos interpretar la realidad que están viviendo, crear vínculos y relaciones con los demás o distanciarse de otros actores con los que no quieren identificarse, alimentar y legitimar sus discursos, y finalmente actuar. Como dijo una de las entrevistadas acerca del por qué se involucró en la lucha: “Es algo que se siente” (E.Sg.2), o como también dijo un habitante de Riaño: “Yo allí estaba, no podía evitarlo” (E.Ri.1). La racionalidad humana está compuesta por emociones, y los seres humanos actuamos movidos no solo por ideas, sino también por sentimientos, refutando el dualismo entre emociones e irracionalidad. Las acusaciones de irracionalidad alentadas por los promotores de las instalaciones indeseadas que tachan de NIMBY a los habitantes que defienden sus territorios, responden a lo que Whittier (2001) mostró como el uso del discurso racional como estrategia de trabajo emocional. Esa idea se basa en la propuesta de Hochschild (1979, 1983), que en sus investigaciones muestra cómo en cada sociedad y cultura existen reglas del sentir que determinan qué emoción se considera apropiada en cada momento, y la intensidad, dirección y duración de estas. Siguiendo esta línea, las emociones que los afectados sienten durante la experiencia de lucha, pueden ser consideradas inapropiadas o ser expresadas inapropiadamente según la opinión de los promotores o ejecutores de los proyectos, quienes manteniendo el debate en un nivel técnico, evitan que se muestre el impacto emocional de la afectación, que podría conseguir solidaridad y compasión en un eventual público externo. Comprender el papel de las emociones en las ex-

perencias de protesta no se limita a ser un simple objetivo académico. Además de contribuir al conocimiento de un campo de estudio joven y en desarrollo, creemos que la comprensión del papel de las emociones es estratégica para los que luchan, ya que lo que los sujetos sienten y como interpretan y manejan sus emociones es parte de la arena de la lucha política.

Por lo que concierne al análisis del cambio que se produce a raíz de la experiencia de lucha, hemos querido mostrar cómo este es el resultado de procesos emocional-cognitivos que son tanto individuales como colectivos, que motivan y animan la protesta, fortalecen la participación, influyendo en la elaboración de nuevos valores, ideas, creencias e imaginarios que pueden manifestarse en nuevas prácticas cotidianas.

Los procesos emocional-cognitivos que producen el cambio permiten que valores subyacentes vuelvan a la superficie, permitiendo a los sujetos reelaborar la realidad que están viviendo. Se trata de un re-auto aprendizaje, o con palabras de un activista de la Red por una Nueva Cultura del Agua en Andalucía, “es un aprendizaje que no es un aprendizaje de cosas nuevas, sino de cosas que ya existían y de pronto se han rememorado. Es un aprendizaje de dentro a fuera. Muy potente, por tanto, inolvidable” (E.Ex.1).

Gracias al enfoque desde el sujeto y desde abajo hemos podido ver y presentar este proceso de auto-reaprendizaje. La dimensión micro permite explorar estas dinámicas en su formación, antes de que se difundan en el grupo, en la comunidad y finalmente en la sociedad, ya que toda idea o valor presente en una sociedad se forma en el individuo que interactúa con su entorno. El enfoque desde abajo, además, ha permitido apreciar estos cambios de manera más evidente en sujetos que normalmente no están en el centro de los análisis de los conflictos socioambientales que, privilegiando niveles de análisis meso y macro, se centran en analizar los discursos de las organizaciones de los movimientos sociales, líderes de comunidad o de los gobiernos de todos los niveles, técnicos y activistas profesionales, y solo marginal y ocasionalmente los habitantes de las zonas afectadas. La trascendencia de centrar el análisis en la experiencia de los habitantes que se auto-organizan reside en el hecho de que la protesta para estas personas es un momento de ruptura que presupone un cambio profundo en sus vidas y en su visión del mundo mientras que si fuera analizado desde la perspectiva de activistas o políticos profesionales, a pesar de que siempre pueda generar un aprendizaje, es más bien parte de su actividad, con discursos y estrategias preexistentes.

Para poder analizar el cambio producido por la experiencia de protesta, esta tiene que representar una ruptura en la cotidianeidad de los sujetos, y no solo ser un problema o una cuestión por resolver en la dinámica de la vida política. Apoyándonos en Piven y Cloward (1977), que analizaron las protestas de los pobres en los EEUU, hemos analizado el cambio de conciencia que se manifiesta en la deslegitimación del sistema, la pérdida de confianza y miedo hacia las autorida-

des, la reelaboración de los conceptos de democracia y progreso y la pérdida de prejuicios hacia otros actores. También cabe en este cambio el empoderamiento individual y colectivo, psicológico y político, que analizamos como la última etapa de esta transformación. Todos estos cambios se ven en la conducta de los sujetos, que emerge en las entrevistas y que también se observa en el seguimiento de los casos.

Esta investigación muestra cómo para comprender la raíz del problema, hay que entender los procesos que llevan a las personas a no confiar en el Estado o en sus representantes. Quien quiere construir instituciones más cercanas a los ciudadanos tendría que conocer la vivencia, la experiencia y el discurso oculto de los sujetos para poder construir una relación basada en la confianza y el respeto.

El cambio cultural se refleja también en la reelaboración de la idea de democracia que, como concepto abstracto, es percibida positivamente, aunque todos reconozcan que en la práctica hay mucho camino por hacer. Hemos podido comprobar así que, como afirma José Esteban Castro respecto a las luchas del agua en América Latina, “dichos enfrentamientos están íntimamente conectados con las luchas por la democratización sustantiva de las sociedades de la región” (2009: 22) y que “los movimientos sociales son portadores de visiones alternativas de democracia, habiendo elaborado demandas de cambios radicales no solo en las políticas, sino también en la política” (Della Porta, 2009: 262). En relación a España, consideramos interesante además resaltar que mientras estaba terminando el trabajo de campo surgió el movimiento de los ‘indignados’ en cuyo discurso encontramos muchas de las reelaboraciones que surgieron a raíz de las protestas analizadas en los casos de estudio (Poma, Baudone y Gravante, 2015). Eso nos permite sugerir que el nivel micro político, que hemos podido analizar en los conflictos contra represas, nos da indicaciones del discurso oculto que de alguna manera habrá influido en el movimiento español surgido en mayo de 2011. Ese movimiento se identificó con una emoción moral, la indignación, direccionada específicamente hacia el sistema político, que como vimos en los casos españoles analizados, produjo desencanto al no estar a la altura de las expectativas de los ciudadanos que tras la dictadura de Franco confiaron en un cambio en el país.

En cuanto a la relación con el territorio hemos observado que la experiencia de lucha ha influido en la revalorización tanto de los componentes físicos del mismo (el río, las montañas, los cerros, el campo, etc.), como de los culturales y sociales (el pueblo, el estilo de vida, la seguridad, los vínculos afectivos, etc.). Hemos comprobado también que como consecuencia del conflicto se ha producido una revalorización del patrimonio inmaterial (recuerdos, raíces, etc.) y de los valores y sentimientos. Mientras las Administraciones siguen bajo una lógica coste-beneficios puramente materialista, sobre la que se basa por ejemplo la práctica de las expropiaciones, las personas de las comunidades afectadas rechazan esta lógica, reconociendo el valor sentimental y humano de la pérdida que los

lleva a replantearse el valor de las cosas y reconocer la inconmensurabilidad de esos valores.

En esta línea, por ejemplo, se aprecia un cambio significativo en la definición de progreso, ya que las obras que amenazaban el territorio eran presentadas por los gobiernos como ejemplos de progreso, con la consecuente estigmatización de los que se oponían a ellas, por ir en contra del progreso y del interés general.

Finalmente, en relación con la sensibilidad ambiental podemos decir que no hemos apreciado un cambio importante en ese ámbito, ya que las personas que tenían dicha sensibilidad antes del conflicto siguen manteniéndola, aunque es mayor la necesidad de transmitir esa sensibilidad a las nuevas generaciones como estrategia defensiva frente a ataques futuros. Lo dicho no tiene nada que extrañar, ya que estas experiencias son más conflictos sociales y políticos que ambientales, surgiendo de la resistencia contra el Estado para la supervivencia en lugares que son periféricos en relación con los centros económicos y de poder, pudiendo ser sacrificados por ello para llevar riqueza a otros lugares.

Aunque estas experiencias no se caracterizan por la difusión generalizada de una mayor sensibilidad ecológica, la revalorización del medio y la consciencia del apego al lugar que, recordamos, se hace manifiesto en el momento de ruptura, impulsan la difusión de nuevos valores y comportamientos pro ambientales. El agua como valor y no como mercancía, los ríos como lugares de ocio y placer, el respeto hacia el entorno, la consciencia del legado histórico y cultural de los ríos, etc. son elementos que redescubren o fortalecen las personas que viven estas experiencias. Otra cosa es que esto se refleje en un cambio en las políticas hidráulicas de un país o en su política ambiental.

El análisis de la transformación de conciencia y conducta también nos ha llevado al empoderamiento, que en su dimensión individual o psicológica se manifiesta en un aumento de la autoestima de los sujetos superando el miedo a hablar en público o actuar públicamente. El empoderamiento se alimenta por las emociones recíprocas, a través de los nuevos vínculos que se crean entre las personas que antes desconocían compartir necesidades y/o visiones del mundo, o gracias al fortalecimiento de las relaciones en la comunidad, o entre las personas que comparten la vivencia de la protesta. Por último, hemos visto también un cambio en los prejuicios hacia determinados colectivos, caso de los ecologistas, o más en general hacia quien lucha, ya que la práctica de la resistencia lleva a conocer más en profundidad a personas que pertenecen a estos colectivos, a confrontarse y a ponerse en el lugar de los que tienen que luchar para defender su territorio, a quienes anteriormente no comprendían porque solo los habían visto a través de los medios de comunicación, es decir, con las lentes de la cultura dominante.

El empoderamiento de las personas involucradas en estas experiencias ha hecho que se conviertan en nuevos sujetos políticos con capacidad de oponerse

a lo que no creen justo y de tener derecho a vivir según sus principios y necesidades. Ese empoderamiento se ve en la pérdida del miedo hacia la autoridad, sea política o policial, y en la legitimación de la lucha y de la protesta como medio para defenderse y conseguir derechos y objetivos. El descrédito y la desconfianza hacia la clase política y a la política institucional en general, es común en todos los casos analizados. Pero esa pérdida de confianza en los actores institucionales es acompañada por una revalorización de la fuerza de los sujetos, la importancia de la unión y una toma de conciencia del valor de vivir y poder decidir sobre su territorio.

Hemos concluido el estudio de los casos mirando hacia las nuevas prácticas que surgieron en las comunidades analizadas y que reflejan parte del cambio que hemos observado. Estas prácticas, que van desde el surgimiento de nuevas asociaciones o grupos que se ocupan de problemas sociales a experiencias de agricultura ecológica, mercados para incentivar la distribución de productos locales, trabajos de sensibilización con niños y adolescentes promovidos por actores sociales tanto desde asociaciones privadas como desde las instituciones ya existentes (escuelas, parroquias, etc.), muestran que los valores surgidos en el marco del conflicto siguen presentes en las personas que los promueven, tanto en sus vidas privadas como públicamente y a nivel comunitario. Los cambios experimentados por los sujetos producen nuevos valores, o al menos una reelaboración de su escala, que chocan con los que rigen el modelo dominante y que por eso se convierten en el punto de partida para construir una sociedad diferente como ya han sugerido autores como Zibechi (2008) o Holloway (2011).

Tanto en España como en México, para quedarnos en los términos geográficos de nuestra investigación se producen procesos de cambio parecidos cuando se analiza la experiencia de los ciudadanos que se auto-organizan en defensa de su territorio, y ello a pesar de las diferencias estructurales, sociales, económicas y culturales. Trabajando con un enfoque desde abajo y desde el sujeto, y mirando a los procesos cognitivo-emocionales que llevan al cambio, hemos podido comprobar que las personas en los tres casos estudiados —seleccionados para que difirieran tanto en la dimensión temporal y geográfica como en la cultural— han experimentado procesos extremadamente parecidos.

Las relaciones de dominio que caracterizan a los de abajo, aunque pueden ser experimentadas de manera distinta, producen procesamientos emocional-cognitivos parecidos. En los casos de estudio confluyen en una desconfianza de las instituciones, en la comprensión de la importancia de la unión y en la legitimación de la lucha para defender aquello sin lo cual no se puede o quiere vivir. Con esto no queremos ignorar que existan diferencias culturales, apreciables en el lenguaje utilizado, y estructurales que influyen en la dinámica del conflicto. A lo largo del análisis hemos intentado destacar estas diferencias buscándole una

explicación²⁶, pero lo que nos parece más sugestivo es que cuando se trabaja con la ‘gente común y corriente’ y su cotidianeidad es posible encontrar creencias cognitivas, respuestas emocionales y evaluaciones morales muy parecidas en contextos socio-económico-culturales muy diversos. Estos resultados nos abren el camino para poder repensar los impactos de la protesta a nivel micro y el carácter emancipador de la misma.

Finalmente, el análisis del cambio cultural que emerge de la vivencia de los conflictos por el agua y el territorio, muchas veces desprestigiados por su carácter local y territorial, confirma que estas experiencias “revelan un mundo más amplio de poder y resistencia, que en cierta medida terminan desafiando las relaciones sociales de poder” (Krauss, 1993: 248). Los conflictos en defensa del territorio, que se caracterizan por una fuerte carga emocional, juegan un papel importante en el cambio cultural ya que “en el proceso de decir “¡No!”, [las personas] desarrollan formas de autodeterminación o articulan conceptos alternativos de cómo debería ser el mundo” (Holloway, 2009: 17).

A modo de conclusión, podemos decir que lo que piden las personas involucradas en estos conflictos es poder decidir sobre lo que se planifica en su territorio, participando en los procesos de decisión, siendo escuchados y tratados dignamente como seres humanos capaces de elegir su futuro y el de su territorio.

Además, estas experiencias demuestran que la auto organización de los pueblos no es un logro inalcanzable, ya que en la necesidad las personas descubren capacidades que ignoraban. Como escribe Rosas “pareciera que democracia y autogobierno están ahí como al alcance de la mano” (1997: 92), como si se revivieran “prácticas políticas que traemos tan íntimamente arraigadas en nosotros que a veces ni cuenta nos damos por dónde revientan” (1997: 85). Estas prácticas surgen en todos los casos estudiados: en Riaño antes de los desalojos, cuando la asociación de mozos hace trabajo voluntario para no dejar morir el pueblo y donde una comunidad lucha para seguir viviendo en un lugar que en el papel ya no existe; en Coín, donde los habitantes se involucran en la lucha, participando en las asambleas, ofreciéndose como voluntarios, regalando su tiempo y sus habilidades y donde un entrevistado nos dijo que la “democracia es lo que hemos vivido aquí”; y en San Gaspar donde una comunidad, que ellos mismos definen como una familia, se une frente al peligro, compacta, aunque con divisiones, porque donde no hay opiniones divergentes solo hay sistemas autoritarios. En estos lugares las personas se organizaron de manera horizontal, espontánea al principio y luego de forma más organizada, con un objetivo claro: defender su territorio, reapropiándose de los espacios de decisión y de vida, simbólicos y físicos, en un

26 Por ejemplo, el papel de las mujeres o el miedo hacia la represión que sienten en México no es el mismo que en España. También en Coín la presencia de la asociación Jara presuponía un discurso y una práctica ecológica mucho más desarrollada que en las otras dos experiencias.

escenario que el sistema democrático representativo no prevé, y cuya posibilidad se presenta solo en momentos de ruptura.

En estas experiencias, la unión entre los que lucharon y el sentimiento de comunidad que se creó han sido elementos básicos para el desarrollo de estos conflictos, ya que el vínculo emocional, simbólico y material con el territorio amenazado determina la intensidad y la participación en el conflicto.

Finalmente, queremos acabar con las palabras de uno de los entrevistados, quien hablando de su dolor por la pérdida de Riaño, expresaba la incapacidad de la sociedad contemporánea para valorar los sentimientos que hemos descrito en el análisis:

“Lo que pasa es que ese peso no se puede pesar... igual no tiene mucho valor (...) todo lo que tiene valor tienes que tocarlo, verlo, palparlo, hoy por hoy, ¿el sentimiento dónde lo ves, dentro de uno? Eso lo ves tú” (E.Ri.3).

El reto de esta investigación era hacer visibles estos sentimientos, evidenciando el papel que juegan en la dinámica de las luchas analizadas. Como se destacó a lo largo del libro, no son las emociones en sí sino la interpretación que hacen los sujetos a partir de lo que sienten y el compartir ese sentir con otros sujetos lo que proporciona legitimidad, argumentos y energía para la acción colectiva.

Apéndice metodológico

El trabajo de campo, como lo define Coller, “es lo que da cuerpo al caso” (2005: 74) y se divide en cuatro fases: selección, acceso, recopilación y análisis. En una investigación cualitativa, en la que la teoría dialoga constantemente con la realidad, el trabajo de campo se caracteriza por una primera fase de acercamiento en la que se prepara el diseño y se recopilan los primeros datos y luego puede que haya varias fases de recopilación y vueltas al campo para poder desarrollar el análisis.

La primera etapa del diseño de la investigación fue aplicar la técnica del estudio de casos, que permite comprender un fenómeno de la vida real en profundidad, siendo adecuado para investigaciones que quieren explicar el cómo y/o el porqué de un fenómeno contemporáneo, dentro de un contexto de la vida real en el que el investigador tiene un control limitado sobre los eventos (Yin, 2009). Una de las aplicaciones que este autor propone es “explicar las presuntas relaciones causales en las intervenciones de la vida real que son demasiado complejas para las estrategias basadas en diseños estadísticos o experimentales” (Yin, 2009: 19). A eso se añade que el estudio de caso de tipo analítico, que también se adapta al método inductivo, permite “la comprobación de una teoría confrontándola con la realidad y, al mismo tiempo, facilita la repetición de la investigación en otro caso concreto para contrastar las conclusiones de la investigación” (Coller, 2005: 42).

La comparación comporta aún más rigor en el desarrollo del estudio de caso, pues hay que destacar y evidenciar claramente los elementos que pueden ser comparables. Por esta razón, además de la pregunta de investigación, es muy importante que se determinen con claridad las ideas iniciales, las unidades de análisis del contexto y el fenómeno estudiado, la relación lógica entre los datos y las ideas y, finalmente, los criterios para interpretar los resultados. El objetivo de la comparación es la comprobación, el control de lo que se está afirmando y la solidez de la investigación. En este caso la comparación tuvo el objetivo de “aislar mecanismos claves en un contexto de diferencias sustanciales” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 81).

Además, se aplicó la estrategia del caso piloto. Una vez seleccionados los casos, elegí la defensa de río Grande (Málaga) como caso piloto para verificar,

corroborar y refutar las ideas iniciales, limar el diseño, por ejemplo, en relación con las dimensiones del cambio, y perfilar los cuestionarios. Aunque ya había recopilado abundante material, tanto documental como de entrevistas abiertas, no elegí el caso de Riaño como caso piloto por la fuerte carga emocional que lo caracteriza y que se refleja en la dificultad y el dolor que provoca a los afectados el hablar de su experiencia.

El acceso a los casos fue a través de canales académicos-comprometidos, que además fueron las primeras fuentes de información y documentación, jugando desde el principio un papel importante ya que conocían los casos y gozaban de la confianza de los actores locales. Después del primer contacto con los informantes claves, me puse en contacto con personas que habían participado en la movilización, consciente de la importancia de poder acceder a los entrevistados a través de estas personas. Los informantes clave, de hecho, juegan un papel importante en la investigación, aunque hay que mantener una cierta autonomía para que los sujetos se sientan en condición de contestar libremente. Por esta razón, una vez contactadas a las personas, siempre entrevisté a solas, en sus casas o en lugares públicos en los que podíamos hablar con tranquilidad y privacidad, y en donde los entrevistados se sentían más cómodos.

En cuanto a la recopilación de los datos, hay que tener en cuenta varias tipologías de fuentes, entre las que destacan: los documentos, la observación y la observación participante, las entrevistas y otras fuentes como videos, recursos digitales como blogs, redes sociales, etc.

Una de las primeras fuentes a las que he acudido para conseguir información sobre los casos han sido los documentos. Sin entrar en detalle en todo el material acumulado sobre los tres casos de estudio, quiero evidenciar aquí para qué sirve este material y cómo manejarlo. La ventaja del estudio de caso es que permite conocer la experiencia estudiada en profundidad. El material que se puede acumular sobre un caso puede ser muy extenso y no todo es imprescindible. Los documentos sirven para hacerse una idea del caso, construir el cronograma de los acontecimientos, el mapa de los actores para verificar nombres, fechas, eventos importantes o personas implicadas. que emergerán de las entrevistas y la observación. La utilización de material audiovisual sobre los conflictos me ayudó a acercarme a la atmósfera de los eventos, pude ver entrevistas a sujetos que luego entrevisté, así como a otros actores que, aunque no fueron incorporados al análisis nos ayudaron a comprender los conflictos y el contexto. Los periódicos, por ejemplo, fueron importantísimos para reconstruir el cronograma, ya que muchas veces las fechas se pueden confundir en la memoria, mientras que el material autoproducido que proporcionaron los actores permitió conocer el discurso público de los que habían defendido su territorio antes de hacer las entrevistas.

Terminada la fase de documentación, con las ideas claras sobre el caso, los acontecimientos, los actores, etc. pude empezar la fase de recopilación de las

fuentes primarias, a través de la observación, de la observación participante y de las entrevistas.

En todos los casos la fase de recopilación de datos ha incluido una o más estancias en los lugares afectados, entrevistas abiertas con algunos actores clave, intercambio de material, y en algunos casos visitas al territorio para entrar en contacto con los actores en su ambiente, acudir al río y a los lugares de los proyectos hidráulicos, participando también en la vida social de estas personas y/o comunidades. La observación permite verificar también el discurso y hasta las emociones que pueden haberse expresado en una entrevista. Tratar la relación con el río, el pueblo o el territorio sin convivir con las personas con las que se entra en contacto significa perderse mucho. Instaurar una relación empática con los informantes y percibir lo que sienten, por ejemplo, hacia su territorio, paseando, sintiendo cómo sufren al ver un destrozo, o cómo pueden gozar de un baño en el río, permite verificar lo que emerge de las entrevistas. Incorporar las emociones en el análisis presupone medirse con ellas y ser capaces de sentir las también.

En la investigación se aplicaron entrevistas semi-estructuradas, individuales, no directivas, guiadas y en profundidad. La duración de las mismas oscilaba entre los 45 minutos y las dos horas, siendo excepcionales las de mayor duración. Para cada caso había preparado un cuestionario personalizado, aunque servía solo como guía durante la entrevista.

La selección de los entrevistados se hizo a través de los informantes clave (estrategia de conveniencia) como pidiendo a los entrevistados otros contactos (muestreo “bola de nieve”). En total hice más de cincuenta entrevistas, interviniendo en algunas más de una persona, aunque en el análisis no se utilizaron todos los testimonios.

Las entrevistas han sido todas grabadas digitalmente, menos en algunos momentos particularmente emotivos, que me pidieron apagar el aparato. En muchos casos, después de las entrevistas, pasé tiempo con los entrevistados, y muchas informaciones salieron en charlas informales, *off-records*, en los momentos del compartir, donde ellos mismos reflexionaban sobre su experiencia. En algunos casos era tan importante lo que decían que me lo apuntaba, pidiendo permiso, otras veces era tan intensa la experiencia que esperaba a estar sola para hacerlo, y otras veces tuve que pedir poder seguir grabando. Como escribió Yacuzzi “las entrevistas son un proceso de desarrollo continuo de ideas” (2005: 12) y el hablar con la gente se convierte en una de las recomendaciones que el autor sugiere para generar teorías. Las entrevistas ganan mucho con la observación y la convivencia porque es allí donde se corrobora y se verifica si se ha llegado a la saturación. Sin olvidar que están entre las experiencias más enriquecedoras de nuestro trabajo como investigadores. Espero estar a la altura de lo que me han donado las personas con las que he tenido la suerte de compartir este trabajo.

TABLA DE LAS ENTREVISTAS CITADAS

El conflicto contra la presa de San Nicolás, Jalisco, México.

<i>SIGLA</i>	<i>Género (H/M)</i>		<i>Fecha entrevista</i>
E.Sg.1	H	Miembro del Comité Pro San Gaspar	Noviembre 2010
E.Sg.2	M	Miembro del Comité Pro San Gaspar	Noviembre 2010
E.Sg.3	M	Miembro del Comité Pro San Gaspar	Noviembre 2010
E.Sg.4	H	Miembro del Comité Pro San Gaspar	Noviembre 2010
E.Sg.5	M	Miembro del Comité Pro San Gaspar	Noviembre 2010
E.Sg.5b	H	Habitante de San Gaspar	Noviembre 2010
E.Sg.6	M	Miembro del Comité Pro San Gaspar	Enero 2011
E.Sg.7	H	Afectado Teocaltiche	Enero 2011
E.Sg.8	M	Miembro del Comité Pro San Gaspar	Enero 2011
E.Sg.9	M	Miembro del Comité Pro San Gaspar	Enero 2011
E.Sg.10	M	Habitante de San Gaspar	Enero 2011
E.Sg.11	H	Afectado Rancho Viejo	Enero 2011
E.Sg.12	H	Habitante San Gaspar	Enero 2011
E.Sg.13	M	Habitante San Gaspar	Enero 2011

El conflicto contra la presa de Riaño, León, España.

<i>SIGLA</i>	<i>Género (H/M)</i>		<i>Fecha entrevista</i>
E.Ri.1	H	Resistente, grupo 2	Agosto 2010
E.Ri.2	H	Resistente, grupo 1	Agosto 2010
E.Ri.3	H	Resistente, grupo 2	Agosto 2010
E.Ri.4	H	Resistente, grupo 1	Mayo 2011
E.Ri.5	M	Resistente, grupo 1	Mayo 2011
E.Ri.6	H	Nueva generación	Mayo 2011
E.Ri.7	M	Resistente, grupo 1 (entrevista informal)	Septiembre 2009
E.Ri.8	H	Resistente, grupo 1 (entrevista informal)	Agosto 2010
E.Ri.9	H	Resistente, grupo 1 (entrevista informal)	Septiembre 2009

El conflicto contra por la defensa de río Grande, Coín, Andalucía, España.

<i>SIGLA</i>	<i>Género (H/M)</i>		<i>Fecha entrevista</i>
E.Co.1	H	Habitante Coín, Afectado material	Marzo 2010
E.Co.2	H	Habitante Coín, Afectado material	Marzo 2010
E.Co.3	M	Habitante Coín, asociación	Mayo 2011
E.Co.3b	H	Habitante Coín, asociación	Mayo 2011
E.Co.4	H	Habitante Coín	Mayo 2011
E.Co.5	M	Habitante Coín	Mayo 2010
E.Co.6	M	Habitante Coín	Mayo 2010
E.Co.7	H	Habitante Coín, asociación	Mayo 2010
E.Co.8	H	Habitante Coín, Activista Local	Mayo 2010
E.Co.9	H	Habitante Coín, Activista Local	Marzo 2010
E.Co.10	M	Habitante Coín	Mayo 2011
E.Co.10b	H	Habitante Coín	Mayo 2011
E.Co.10c	M	Habitante Coín	Mayo 2011
E.Co.10d	M	Habitante Coín	Mayo 2011
E.Co.11	H	Habitante Coín, Activista Local	Mayo 2011
E.Co.12	H	Habitante de Alaurín	Mayo 2010
E.Co.13	M	Activista local	Marzo 2010
E.Co.14	M	Habitante Coín	Marzo 2010

Bibliografía

- Adams, Jacqueline (2003), "The Bitter End: Emotions at a Movement's Conclusion", en *Sociological Inquiry*, Vol. 73, N.º 1, págs. 84-113.
- Ahmed, Sara (2004), *The Cultural Politics of Emotions*, New York: Routledge.
- Aminzade, Ron y Doug McAdam (2001), "Emotions and contentious politics", en Ron Aminzade, Jack A. Goldstone, Doug McAdam, Elizabeth J. Perry, William H. Sewell, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2001), *Silence and Voice in Contentious Politics*, Cambridge: Cambridge University Press, págs. 14-50.
- Bayard de Volo, Lorraine (2006), "The Dynamics of Emotion and Activism: Grief, Gender, and Collective Identity in Revolutionary Nicaragua", en *Mobilization: An International Journal*, Vol. 11, N.º 4, págs. 461-474.
- Bovone, Laura (1988), "Micro-Macro: una dialettica congenita della sociologia", en Laura Bovone y Giancarlo Rovati (Eds.) (1988), *Sociologie micro. Sociologie macro*, Milano: Vita e Pensiero, Università cattolica, págs. 7-37.
- Cable, Sherry y Beth Degutis (1997), "Movement Outcomes and Dimensions of Social Change: The Multiple Effects of Local Movilizations", en *Current Sociology*, Vol. 45, N.º 3, págs. 121-135.
- Cadena-Roa, Jorge (2005), "Strategic Framing, Emotions, and Superbarrio-Mexico City's Masked Crusader", en Hank Johnston y John A. Noakes (Eds.) (2005), *Frames of Protest: Social Movements and the Framing Perspective*, Lanham, MD-Oxford: Rowman & Littlefield, págs. 69-86.
- Castro, José Esteban (2009), "Presentación", en *Anuario de Estudios Americanos. Dossier: Agua y desigualdad en América Latina*, Vol. 66, N.º 2, págs. 15-22.
- Ceceña, Ana Esther (2004), *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*, Buenos Aires: CLACSO.
- Coller Porta, Xavier (2005), *Estudio de caso*, Madrid: Cuadernos CIS.
- Collins, Randall (2012), "C-escalation and D-escalation: a Theory of the Time-dynamics of Conflict", en *American Sociological Review*, Vol. 77, N.º 1, págs. 1-20.
- Collins, Randall (2001), "Social Movement and Focus of Emotional Attention", en Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (Eds.) (2001), *Passionate Politics: Emotions in Social Movements*, Chicago: University of Chicago Press, págs. 27-44.
- Collins, Randall (1990) "Stratification, emotional energy, and the transient emotions", en Theodore Kemper (Ed.) (1990), *Research Agendas in the Sociology of Emotions*, Albany, NY: State University of New York Press, págs. 27-57.
- Composto, Claudia y Mina Lorena Navarro (Eds.) (2014), *Territorios en disputa. Despojo capitalista, luchas en defensa de los bienes comunes naturales y alternativas emancipatorias para América Latina*, México, D. F.: Bajo Tierra Ediciones.
- Dallago, Lorenza (2006), *Che cos'è l'empowerment*, Roma: Carocci Editore.
- De Certeau, Michel (2000), *La invención de lo cotidiano*, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 1.ª reimpresión.

- Della Porta, Donatella (1995), *Social Movements, Political Violence and the State: a comparative analysis of Italy and Germany*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Della Porta, Donatella (1998), “Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (Eds.) (1998), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid: Editorial Trotta, págs. 219-242.
- Della Porta, Donatella (Ed.) (2009), *Democracy in Social Movements*, London: Palgrave Macmillan.
- Della Porta, Donatella y Gianni Piazza (2008), *Le ragioni del no. Le campagne contro la TAV in Val di Susa e il Ponte sullo Stretto*, Milano: Feltrinelli.
- Devine-Wright, Patrick (2009), “Rethinking NIMBYism: the Role of Place Attachment and Place Identity in Explaining Place-Protective Action”, en *Journal of Community & Applied Social Psychology*, N.º 19, págs. 426-441.
- Devine-Wright, Patrick (2011), “Place attachment and public acceptance of renewable energy: A tidal energy case study”, en *Journal of Environmental Psychology*, N.º 31, págs. 336-343.
- Devine-Wright, Patrick (2014), “Dynamics of Place Attachment in a Climate Changed World”, en Lynne C. Manzo y Patrick Devine-Wright (Eds.) (2014), *Place Attachment. Advances in Theories, Methods and Applications*, Oxon/New York: Routledge, págs. 165-177.
- Devine-Wright, Patrick e Yuko Howes (2010), “Disruption to place Attachment and the Protection of Restorative Environments: A Wind Wnergy Case Study”, en *Journal of Environmental Psychology*, N.º 30, págs. 271-280.
- Drury, John y Steve Reicher (1999), “The Intergroup Dynamics of Collective Empowerment: Substantiating the Social Identity Model of Crowd Behavior”, en *Group Processes Intergroup Relations*, N.º 2, págs. 381-402.
- Drury, John y Steve Reicher (2000), “Collective Action and Psychological Change: The Emergence of New Social Identities”, en *The British Journal of Social Psychology*, N.º 39, págs. 579-604.
- Drury, John y Steve Reicher (2005), “Explaining Enduring Empowerment. A Comparative Study of Collective Action and Psychological Outcomes”, en *European Journal of Social Psychology*, N.º 35, págs. 35-58.
- Ekers, Michael, Gillian Hart, Stefan Kipfer y Alex Loftus (Eds.) (2012), *Gramsci: Space, Nature, Politics*, Chichester: Wiley-Blackwell.
- Elster, John (2002), *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*, Barcelona: Paidós.
- Enciso L., Angelica (2016) *Hay en México 420 conflictos socioambientales: investigador*. Periódico *La Jornada*, 10 febrero, <http://www.jornada.unam.mx/2016/02/10/sociedad/038n1soc>, (último acceso 6 de enero de 2017)
- Fedi, Angela y Terri Mannarini (2008), *Oltre il NIMBY. La dimensione psico-sociale della protesta contro le opere sgradite*, Milano: Franco Angeli Editore.

- Flam, Helena (1990a), "Emotional 'Man': I. The Emotional 'Man' and the Problem of Collective Action", en *International Sociology*, Vol. 5, N.º 1, págs. 39-56.
- Flam, Helena (1990b), "Emotional 'Man': II. Corporate Actors as Emotion-Motivated Emotion Managers", en *International Sociology*, Vol. 5, N.º 2, págs. 225-234.
- Flam, Helena (2000), *The Emotional 'Man' and the Problem of Collective Action*, Berlin: Peter Lang.
- Flam, Helena (2005), "Emotion's map: a research agenda", en Helena Flam y Debra King (Eds.) (2005), *Emotions and Social Movement*, London: Routledge, págs. 19-40.
- Flesher Fominaya, Cristina (2010), "Creating Cohesion from Diversity: The Challenge of Collective Identity Formation in the Global Justice Movement", en *Sociological Inquiry*, Vol. 80, N.º 3, págs. 377-404.
- Friedmann, John (1998), *Empowerment: the Politics of Alternative Development*, Cambridge, Massachusetts: Blackwell.
- Gamson, William A. (1992), *Talking Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Giugni, Marco (1998), "Was It Worth The Effort? The Outcomes and Consequences of Social Movements", en *Annual Review of Sociology*, N.º 98 págs. 371-93.
- Giuliani, Maria Vittoria (2004), "Teoria dell'attaccamento ai luoghi", en Mirilia Bonnes, Marino Bonaiuto y Terence Lee (Eds.) (2004), *Teorie in pratica per la psicologia ambientale*, Milano: Raffaello Cortina Editore, págs. 191-240.
- Goodwin, Jeff y James M. Jasper (1999), "Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of a Political Process Theory", en *Sociological Forum*, Vol. 14, N.º 1, págs. 27-55.
- Goodwin, Jeff y James M. Jasper (Eds.) (2004a), *Rethinking Social Movements: Structure, Meaning and Emotion*, Lanham: Rowman & Littlefield.
- Goodwin, Jeff y James M. Jasper (2004b), "Trobles in Paradigm", en Jeff Goodwin y James M. Jasper (Eds.) (2004), *Rethinking Social Movements: Structure, Meaning and Emotion*, Lanham: Rowman & Littlefield, págs. 75-93.
- Goodwin, Jeff y Steven Pfaff (2001), "Emotion Work in High-Risk Social Movements: Managing Fear in the U.S. and East German Civil Rights Movements", en Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (Eds.) (2001), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago: The University of Chicago Press, págs. 282-302.
- Goodwin, Jeff, James M. Jasper y Francesca Polletta (2000), "The Return of the Repressed: the Fall and Rise of Emotions in Social Movement Theory", en *Mobilization: An International Journal*, Vol. 5, N.º 1, págs. 65-83.
- Goodwin, Jeff, James M. Jasper y Francesca Polletta (2001a), *Passionate Politics: Emotions in Social Movements*, Chicago: University of Chicago Press.
- Goodwin, Jeff, James M. Jasper y Francesca Polletta (2001b), "Introduction", en Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (Eds.) (2001), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago: The University of Chicago Press, págs. 1-24.

- Goodwin, Jeff, James M. Jasper y Francesca Polletta (2004), "Emotional Dimensions of Social Movements", en David Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (Eds.) (2004), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden: Blackwell, págs. 413-432.
- Gordon, Cynthia y James M. Jasper (1996), "Overcoming the 'NIMBY' Label. Rhetorical and Organizational Links for Local Protestor", en *Research in Social Movements, Conflict and Change*, Vol. 19, págs. 159-181.
- Gould, Deborah (2004), "Passionate Political Processes: Bringing Emotions Back Into the Study of Social Movements", en Jeff Goodwin y James M. Jasper (Eds.) (2004), *Rethinking Social Movements: Structure, Meaning and Emotion*, Lanham: Rowman & Littlefield, págs. 155-175.
- Gould, Deborah (2009), *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight Against AIDS*, Chicago: University of Chicago Press.
- Gudyna, Eduardo (2010), "The New Extractivism of the 21st Century: Ten Urgent Theses about Extractivism in Relation to Current South American Progressivism", en *Americas Program Report*, Washington, DC: Center for International Policy.
- Gravante, Tommaso (2016), *Cuando la gente toma la palabra. Medios digitales, apropiación y cambio social en la insurgencia de Oaxaca*, Quito: CIESPAL.
- Halebsky, Stephen (2006), "Explaining the Outcomes of Antisuperstore Movements: a Comparative Analysis of Six Communities", en *Mobilization: An international Journal*, Vol. 11, N.º 4, págs. 443-460.
- Hernández López, José de Jesús y Miguel Ángel Casillas Báez (2006), "Impacto social e intereses económico políticos en la formación de megacuencas. El caso de la presa de San Nicolás, Jalisco", Ponencia en el Tercer coloquio internacional de temas jaliscienses. Ayuntamiento de Lagos de Moreno, Guadalajara, México.
- Hernández López, José de Jesús y Miguel Ángel Casillas Báez (2008), "La presa que se llenó de engaños: el caso de San Nicolás, Jalisco. Respuesta regional a los proyectos estatales de trasvases", en *Relaciones*, Vol. 29, N.º 116, págs. 23-62.
- Hidalgo Villodres, M.^a Carmen (1998), *Apego al lugar: ámbitos, dimensiones y estilos*, Tesis doctoral no publicada. Dirigida por Bernardo Hernández Ruiz. Universidad de la Laguna, España.
- Hidalgo Villodres, M.^a Carmen y Bernardo Hernández (2001), "Place Attachment: Conceptual and Empirical Questions", en *Journal of Environmental Psychology*, N.º 21, págs. 273-281.
- Hochschild, Arlie (1975), "The sociology of feeling and emotion: Selected possibilities", en Marcia Millman y Rosabeth Moss Kanter (Eds.) (1975), *Another voice: Feminist perspectives on social life and social science*, Garden City, NY: Anchor Press/Doubleday.
- Hochschild, Arlie (1979), "Emotion work, feeling rules, and social structure", en *American Journal of Sociology*, Vol. 85, N.º 3, págs. 551-575.
- Hochschild, Arlie (1983), *The Managed Heart: the Commercialization of Human Feeling*, Berkely: University of California Press.

- Holloway, John (2002), *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Revista Herramienta.
- Holloway, John (2009), “Teoría Volcánica”, en John Holloway, Fernando Matamoras y Sergio Tischler (Eds.) (2009), *Pensar a contrapelo: Movimientos sociales y reflexión crítica*, México: Bajo Tierra Ediciones, División Editorial de Sísifo Ediciones, págs. 15-29.
- Holloway, John (2011), *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*, Buenos Aires: Herramienta.
- Jasper, James M. (1997), *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*, Chicago: University of Chicago Press.
- Jasper, James M. (1998), “The Emotions of Protest: Affective and Reactive Emotions in and Around Social Movements”, en *Sociological Forum*, N.º 13, págs. 397-424.
- Jasper, James M. (2006), “Emotion and Motivation”, en Robert Goodin y Charles Tilly (Eds.) (2006), *Oxford Handbook of Contextual Political Studies*, Oxford: Oxford University Press, págs. 157-171.
- Jasper, James M. (2008), *Emotion and Social Movements*, Conferencia magistral presentada en la Ecole Normale Supérieure, Paris, 13 de noviembre.
- Jasper, James M. (2010), “Social Movement Theory Today: Toward a Theory of Action?”, en *Sociology Compass*, Vol. 11, N.º 4, págs. 965-976.
- Jasper, James M. (2011), “Emotion and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research”, en *Annual Review of Sociology*, Vol. 37, págs. 285-303.
- Jasper, James M. (2012), “¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas”, en *Sociológica*, N.º 75, págs. 7-48.
- Jasper, James M. (2014), “Constructing Indignation: Anger Dynamics in Protest Movements”, en *Emotion Review*, Vol. 6, N.º 3, págs. 208-213.
- Johnston, Hank y Bert Klandermans (Eds.) (1995), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Kelly, Janice. R. y Sigal. G Barsade (2001), “Mood and Emotions in Small Groups and Work Teams”, en *Organizational Behavior & Human Decision Processes*, N.º 86, págs. 99-130.
- Klatch, Rebecca (2004), “The Underside of Social Movements: The Effects of Destructive Affective Ties”, en *Qualitative Sociology*, N.º 27, págs. 487-509.
- Kemper, Theodore (2001), “A Structural Approach to Social Movement Emotions”, en en Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (Eds.) (2001), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago: The University of Chicago Press, págs. 58-73.
- Kemper, Theodore (1978), “Toward a Sociological Theory of Emotion: Some Problems and Some Solutions”, en *American Sociologist*, N.º 13, págs. 30-40.
- Krauss, Celene (1989), “Community Struggles and the Shaping of Democratic Consciousness”, en *Sociological Forum*, Vol. 4, N.º 2, págs. 227-238.

- Krauss, Celene (1993), "Women and Toxic Waste Protests: Race, Class and Gender as Resources of Resistance", en *Qualitative Sociology*, Vol. 16, N.º 3, págs. 247-262.
- Lake, Robert W. (1993), "Planners' Alchemy Transforming NIMBY to YIMBY: Rethinking NIMBY", en *Journal of the American Planning Association*, Vol. 59, N.º 1, págs. 87-93.
- Latta, Alex y Jimena Sasso (2014), "Megaproyectos hídricos y conflicto socioambiental en Latinoamérica: perspectivas teóricas desde Gramsci y Foucault", en *Agua y Territorio*, N.º 4, págs. 70-83.
- Leff, Enrique (2004), *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la Naturaleza*, Ciudad de México. Siglo XXI.
- Leyva Hernández, Alejandra, Andrea Cerami, Felipe Romero Bartolo, Lizbeth Lugo Hernández, Ximena Ramos Pedrueza Ceballos (2017), *Informe sobre la situación de las personas defensoras de los derechos humanos ambientales en México 2016*, Ciudad de México: Centro Mexicano de Derecho Ambiental A.C. (CEMDA).
- Low, Setha M. e Irwin Altman (1992), *Place Attachment*, New York: Plenum.
- Manzo, Lynne C. (2014), "Exploring the Shadow Side: Place Attachment in the Context of Stigma, Displacement, and Social Housing", en Lynne C Manzo y Patrick Devine-Wright (Eds.) (2014). *Place Attachment. Advances in Theories, Methods and Applications*, Oxon/New York: Routledge, págs. 178-190.
- Manzo, Lynne C. y Patrick Devine-Wright (eds.) (2014), *Place Attachment. Advances in Theories, Methods and Applications*, Oxon/New York: Routledge.
- Mairal Buil, Gaspar (1993), "'Perder el pueblo'. Antropología aplicada y política hidráulica", en *Revista de antropología social*, N.º 2, págs. 185-237.
- Mairal Buil, Gaspar (1994), "Memoria de una frontera pirenaica", en *Revista de antropología social*, N.º 3, págs. 11-26.
- Mairal Buil, Gaspar (1996), "Recordar para sobrevivir o la memoria colectiva en acción", en *Revista de antropología social*, N.º 5, págs. 65-82.
- Mairal Buil, Gaspar, José Ángel Bergua Amores y Esther Puyal Español (1997), *Agua, tierra, riesgo y supervivencia*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Martínez Alier, Joan (2004), *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Barcelona: Icaria.
- Martínez Gil, Javier (1997), *La nueva cultura del agua en España*, Bilbao: Bakeaz.
- McAdam, Doug (1982), *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970*, Chicago: The University of Chicago Press.
- McAdam, Doug (1989). "The Biographical Consequences of Activism", en *American Sociological Review*, Vol. 54, N.º 5, págs. 744-760.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2005), *Dinámica de la contienda política*, Barcelona: Editorial Hacer.
- McCully, Patrick (2004), *Ríos silenciados. Ecología y política de las grandes represas*, Buenos Aires: Proteger Ediciones.

- Navarro, Mina Lorena y Pineda, Enrique (2009), “Luchas socioambientales en América Latina y México: nuevas subjetividades y radicalidades en movimiento”, en *Bajo el Volcán*, Vol. 8, N.º 14, págs. 81-104.
- Neveu, Catherine (2002), “NIMBYs as Citizens: (Re)defining the ‘General Interest’”, en *Focaal- European Journal of Anthropology*, N.º 40, págs. 51-66.
- Otero Bahamón, Silvia (2006), “Emociones y movimientos sociales: algunas claves útiles para estudiar el conflicto armado”, en *Colombia Internacional*, N.º 63, págs. 174-187.
- Piven, Frances Fox y Richard A. Cloward (1977), *Poor People’s Movements. Why They Succeed, How They Fail*, New York: Pantheon Books.
- Pleyers, Geoffrey (2009), “Autonomías locales y subjetividades en contra del neoliberalismo: hacia un nuevo paradigma para entender los movimientos sociales”, en Francis Mestries Benquet, Geoffrey Pleyers y Sergio Zermeño (Eds.) (2009), *Los movimientos sociales: de lo local a lo global*, Barcelona: Anthropos, págs. 129-156.
- Polletta, Francesca y Edwin Amenta (2001), “Second the Emotion? Lessons from Once-novel Concepts in Social Movement Research”, en Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (Eds.) (2001), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago: The University of Chicago Press, págs. 303-316.
- Polletta, Francesca y James M. Jasper (2001), “Collective Identity and Social Movements”, en *Annual Review of Sociology*, N.º 27, págs. 283-305.
- Poma, Alice (2014a), “Emociones y subjetividad: un análisis desde abajo de las luchas por la defensa del territorio”, en *Paper. Revista de Sociología*, Vol. 99, N.º 3, págs. 377-401.
- Poma, Alice (2014b), “Con amore, rabbia e dignità. Un’analisi delle lotte per la difesa del territorio dal basso”, en *Prisma*, Vol. 5, N.º 3, págs. 120-135.
- Poma, Alice (2014c), “Más allá de la resistencia. Emociones y cambio cultural en dos experiencias de conflictos contra obras hidráulicas en España y México”, en *Agua y Territorio*, N.º 4, págs. 96-106.
- Poma, Alice, Marco Baudone y Tommaso Gravante (2015), “Más allá de la indignación. Una propuesta de análisis desde abajo del movimiento de los indignados”, en *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, Vol. 22, N.º 63, págs. 9-45.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2017), “Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances”, en *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, N.º 74, julio-septiembre 2017.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2016a). “‘This struggle bound us’. An analysis of the emotional dimension of protest based on the study of four grassroots resistances in Spain and Mexico” en *Qualitative Sociology Review*, Vol. 12, N.º 1, págs. 142-161.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2016b), “Environmental self-organized activism: emotion, organization and collective identity in Mexico”, en *International Journal of Sociology and Social Policy*, Vol. 36, N.º 9/10, págs. 647-661.

- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2016c), "Incorporando la dimensión emocional para comprender la protesta. Un análisis de la participación en la marcha en solidaridad con Ayotzinapa del 26 de septiembre de 2015", en *Revista electrónica de psicología de Iztacala*, Vol. 19, N.º 3, págs. 1065-1089.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2016d), "Las luchas por la defensa del territorio como experiencias emancipadoras. Un análisis de la resistencia contra la presa de San Nicolás, Jalisco México", en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, N.º 52, págs. 112-127.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2015a), "Analyzing resistances from below. A proposal of analysis based on three struggles against dams in Spain and Mexico", en *Capitalism, Nature, Socialism*, Vol. 26, N.º 1, págs. 1-18.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2015b), "Emociones y empoderamiento en las luchas para la defensa del agua y el territorio. Un estudio comparado de tres conflictos en España y México", en Julio Contreras Utrera, Sergio Rosas y Jesús R. Navarro-García (Eds.) (2015), *Agua, Estado y Sociedad en América Latina y España*, Veracruz, México: Universidad Veracruzana y EEHA-CSIC, págs. 95- 123.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante (2015c), "Las emociones como arena de la lucha política. Incorporando la dimensión emocional al estudio de la protesta y los movimientos sociales", en *Ciudadanía Activa*, Vol. 3, N.º 4, págs. 17-44.
- Poma y Gravante (2015d), "Resistencias y autogestión en contra del despojo del agua y del territorio en la Zona Metropolitana de Guadalajara: logros y retos", en *WATERLAT-GOBACIT Network Working Papers*, Vol. 2, N.º 18, Newcastle upon Tyne, UK: WATERLAT-GOBACIT.
- Proshansky, Harold, Abbe K. Fabian y Robert Kaminoff (1983), "Place identity: Physical world socialisation of the self", en *Journal of Environmental Psychology*, N.º 3, págs. 57-83.
- Ramírez Cuevas, Jesús (2009), "El espíritu libertario de los movimientos sociales de México", en Claudio Albertani, Guiomar Rovira y Massimo Modenesi (Eds.) (2009), *La autonomía posible. Reinención de la política y emancipación*, Ciudad de México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, págs. 391-411.
- Reed, Jean Pierre (2004), "Emotions in Context: Revolutionary Accelerators, Hope, Moral Outrage, and other Emotions in the Making of Nicaragua's Revolution", en *Theory and Society*, Vol. 33, N.º 6, págs. 653-703.
- Regalado, Jorge (2011), "Protestas, luchas y resistencias sociales en Guadalajara. Despojo y degradación de los recursos naturales colectivos", en Helena de la Paz Hernández Águila y José Benjamín Chapa García (Eds.) (2011), *Transformaciones recientes en la zona metropolitana de Guadalajara. Economía, gobierno y resistencia social*, Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara, págs. 129-156.
- Regalado, Jorge y Luis H. Bañuelos Medina (2006), "La gestión del agua en Jalisco", en Jesús Raúl Navarro García y Jorge Regalado Santillán (Eds.) (2006), *El debate del agua en Jalisco y Andalucía*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos (CSIC) y Asociación Cultural La Otra Andalucía, págs. 153-184.

- Rifkin, Jeremy (2010), *The Empathic Civilization: The Race to Global Consciousness in a World in Crisis*, New York: Jeremy P. Tarcher Inc.
- Rodríguez Salazar, Tania (2008), “El valor de las emociones para el análisis cultural”, en *Papers*, N.º 87, págs. 145-159.
- Romanos, Eduardo (2011), “Emociones, identidad y represión: el activismo anarquista durante el franquismo”, en *Reis*, N.º 134, págs. 87-106.
- Roy, Arundhati (2008), “El máximo bien común”, en VV.AA., *El libro del agua*, Barcelona: Debate, págs. 17-92.
- Salvadori, Massimo (2009), *Democrazie senza democrazia*, Bari: Laterza.
- Sartori, Giovanni (2009), *La democrazia in 30 lezioni*, Milano: Oscar Mondadori.
- Scott, James C. (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, México: Era.
- Scheff, Thomas J. (1990), *MicroSociology: Discourse, Emotion and Social Structure*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Strassoldo, Raimondo (1988), “Micro-Macro: aspetti ecologici”, en Laura Bovone y Giancarlo Rovati (Eds.), *Sociologie micro. Sociologie macro*, Milano: Vita e Pensiero, Università cattolica, págs. 187-217.
- Svampa, Maristella (2008), “Argentina: una cartografía de las resistencias (2003-2008). Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo”, en *OSAL*, año IX, N.º 24, págs. 17-49.
- Svampa, Maristella (2012a), “Consenso de los commodities, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina”, en *OSAL*, año XIII, N.º 32, págs. 15-38.
- Svampa, Maristella (2012b) “Hacia una gramática de las luchas en América Latina: dimensiones de la acción y giro eco-territorial”, en *Nostramo*, año IV, N.º 5.
- Taylor, Verta (2010), “Culture, Identity, and Emotions: Studying Social Movements as if People Really Matter”, en *Mobilization: An International Journal*, Vol. 15, N.º 2, págs. 113-134.
- Taylor, Verta y Leila J. Rupp (2002), “Loving Internationalism: The Emotion Culture of Transnational Women’s Organizations, 1888-1945”, en *Mobilization: An International Journal*, Vol. 7, N.º 2, págs. 125-144.
- Taylor, Verta y Lisa Leitz (2010), “From Infanticide to Activism: Emotions and Identity in Self-Help Movements”, en Jane Banaszak-Holl, Sandra Levitsky y Mayer Zald (Eds.) (2010), *Social Movements and the Transformation of American Health Care*, New York: Oxford University Press, págs. 266-283.
- Thompson, Edward Palmer (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 Vols., Barcelona: Editorial Crítica.
- Whittier, Nancy (2001), “Emotional Strategies: The Collective Reconstruction and Display of Oppositional Emotions in the Movement against Child Sexual Abuse”, en Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (Eds.) (2001), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago: The University of Chicago Press, págs. 233-250.

- Wood, Elisabeth Jean (2001), "The Emotional Benefits of Insurgency in El Salvador", en Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (Eds.) (2001), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago: The University of Chicago Press, págs. 267-281.
- Yacuzzi, Enrique (2005), "El estudio de caso como metodología de investigación: teoría, mecanismos causales, validación", en *Serie documentos de trabajo*, N.º 296, págs.1-37.
- Yin, Robert K. (2009), *Case Study Research: Design and Methods*, London: SAGE, 4ª ed.
- Zibechi, Raúl (2007), *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*, Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM.
- Zibechi, Raúl (2008), *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*, Buenos Aires: Lavaca editora.
- Zibechi, Raúl (2012), *Brasil potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo*, México: Bajo Tierra Ediciones y Jóvenes en Resistencia Alternativa.
- Zinn, Howard (2007), *A power that governments cannot suppress*, San Francisco: City Lights Books.



El libro explora la experiencia cotidiana, menos visible, de la defensa del territorio, mostrando qué mueve a la gente a defenderlo, qué implica defender un territorio amenazado y qué impacto tiene la experiencia de lucha en la vida de los sujetos. El logro de esta investigación es proporcionar conocimiento sobre los conflictos socioambientales desde una perspectiva micro sociológica, que pone en el centro del análisis al sujeto, su experiencia y sus emociones.